

El Oro y la Ceniza

Eliette
Abécassis



Por la autora de *Quim* Lectulandia

Carl Rudolph Schiller, político y teólogo de gran reputación, aparece salvajemente asesinado en su apartamento de Berlín. Su cuerpo ha sido cortado en dos y la segunda mitad no aparece por ninguna parte. Rafael Simmer, un joven historiador, y Félix Werner, un periodista, se encargan de la investigación, un proceso que les conduce desde París a Washington y de Roma a Berlín en un intento por desentrañar los aspectos de la vida de Schiller que lo han conducido a tan cruento final.

Conocer la vida de Schiller significa transitar por la historia de los judíos y por su mística. Pero también por esa historia negra que los ha perseguido durante siglos y, especialmente, por el exterminio a que fueron sometidos durante la Segunda Guerra Mundial. La dimensión política y religiosa de Carl Rudolph Schiller obliga a los investigadores a abordar su asesinato desde una perspectiva más amplia: como un crimen perpetrado no contra un individuo sino contra un pueblo. Pero el horror de esa realidad no admite una mirada abierta. Sólo unos ojos entornados y con un objetivo claro podrán abordarla: aquellos que sean capaces de penetrar en el Mal absoluto con ánimo de distinguir sus causas y sus procesos.

Lectulandia

Eliette Abécassis

El oro y la ceniza

ePub r1.0

Titivillus 28.11.15

Título original: *L'or et la cendre*
Eliette Abécassis, 1997
Traducción: Dolors Gallart

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A la memoria de Claire Lalou,
para Yetta Schneider,
mi gratitud y
mi fidelidad.*

Y buscaba también el origen del Mal, y buscaba mal,
y no me daba cuenta de que el Mal se hallaba en mi
propia manera de indagar.

SAN AGUSTÍN

Deslumbrado, con el rostro abrasado por la cólera ardiente, me llevé la mano a la boca: era sangre. Atravesé la ventana con la mirada: el astro había muerto y su hermana, apenada, se tapaba la cara con un velo. A lo lejos se oía el rugido de una multitud, un ejército tal vez. O quizá fueran simplemente gruñidos, ladridos de perros rabiosos. O quizá fuera yo quien profería alaridos bajo la negra bóveda. Esa noche fragorosa jamás me abandonará.

Era una masa empapada de reflejos azules y violeta, una forma blanda que no se asemejaba a nada de lo que yo conocía. Era un pedazo de cuerpo, un amasijo de huesos rotos, con entrañas derretidas como la cera y los ojos velados por el horror.

Se veía toda aquella anatomía desollada, por dentro y por fuera, igual que una res en una carnicería. La acerada hoja que la había cortado había actuado con espantosa precisión. Aquel hombre había sido cuidadosamente seccionado, siguiendo una línea recta imaginaria. El tajo horizontal pasaba por debajo de las costillas: lo habían partido en dos.

Era la obra de un carnicero, sin duda, pero de un carnicero concienzudo, despiadado, sistemático, que conocía las reglas de la simetría, que entendía de lógica y geometría. Era la transformación de un cuerpo humano, la reducción de un hombre a una mitad de hombre.

No era la muerte lo que aparecía allí; la muerte misma era poca cosa al lado de aquel mensaje. ¿Quién? ¿Por qué?

Ante nosotros yacía, merced al sufrimiento desplegado como la sangre sobre una herida, la clave del misterio, el origen de la creación y el del fin, en ese escándalo de donde, según usted, puede surgir algo bueno, cual vino que brota a chorro de la prensa.

Al acercarme al inmenso desgarrón, me incliné tanto que caí sobre la mitad del cuerpo de Schiller. Entonces comenzó a sangrarme la nariz.

Me lavé las manos en el lavabo de los servicios. Al contemplar mi imagen en el espejo, me costó reconocer un rostro. Estaba cubierto de sangre y tenía negros coágulos pegados a los ojos, los labios, la nariz.

Los grumos se desprendieron bien con el agua; pero no conseguía deshacerme de los que se me habían incrustado en la ropa y en la sortija de sello.

Hacía ya varios meses que había muerto y aún no se había resuelto el misterio de su asesinato. No era por falta de medios, pues en la investigación trabajaban los mejores equipos. El FBI y la CIA, en colaboración con las policías francesa, italiana y

alemana, habían llevado a cabo sus pesquisas sin éxito. No se había descartado ni una sola pista. Se había indagado con minuciosidad en los entresijos de los partidos políticos, las comunidades religiosas y los ambientes universitarios de Francia, Alemania, Italia y Estados Unidos sin lograr el menor resultado.

Él decía que del crimen de autor desconocido emana un maleficio que únicamente sabían conjurar los sacerdotes de antaño. Decía que la sangre llama a la sangre, que un asesinato no castigado clama venganza. De este modo el mal se extiende sobre la tierra; como una llaga purulenta, como la peste, se propaga y siembra el terror; como un maestro, transmite, educa, se granjea discípulos entre quienes pecan y entre quienes no pecan; cual supremo pedagogo, avanza; cual serpiente, se desliza; cual viento del este, sopla; cual río discurre, llevándose los escombros; como las mentiras se multiplica; y culmina sin cesar nuevas alianzas, que son demonios que engendran demonios.

Él decía que había que creer en Dios a pesar de todo. Ser como Job: amar por amar, sin recompensa, amarlo todo contra todo, amar sin queja, sin lamentarse, desde el fondo de la injusticia, en el seno de las tinieblas, dar gracias a Dios y adorarlo sin razón, sin condición, sin esperanza ni reticencia.

No, no era eso lo que decía: decía que escarnecía a Dios y que, mientras viviera, no dejaría nunca de manifestar su indignación y que, si Dios existía, tenía que estar por fuerza ausente de la historia. Pero si era un ser impotente, ¿quién era entonces?

Él decía: «La muerte es un amo venido de Alemania».

PRIMERA PARTE

1

«¿Cometemos el mal por nuestra voluntad o bajo la influencia de alguien que nos habita?».

Esta es la pregunta con que se abre el cuaderno, este cuaderno maléfico que me posee como yo lo poseo a él: ¿las personas hacen el mal a sabiendas, por un acto de libre voluntad, o bien están habitadas por una fuerza externa..., ese Maligno del que se habla?

Durante todo el día y hasta entrada la noche, paso las páginas sin cesar. Este cuaderno pertenece a la familia de los libros malditos, aquellos en los que los hombres consignaron los preceptos del Maestro, esas obras que se transmiten de generación en generación, para conservar y propagar su secreto. Tiene las hojas de un tono púrpura tan violento que abrasa la mirada. El profano solamente ve en ellas fuego: los arcanos del demonio no se divulgan sin más. Para que aparezcan las palabras, trazadas en letras blancas, primero hay que librar un duro pulso con Satán. En una habitación oscura, con el torso desnudo, hay que luchar hasta la extenuación. Ni siquiera para el brujo es recomendable esta lectura: cuanto más lee, más desea saber. Es tanto su anhelo que puede agotarse lanzando hechizos. Estos, empero, se vuelven contra él, cuya sangre se debilita más que la de quien quiere hechizar, y así el brujo se convierte en su propia víctima. El que quiera asediar al libro para arrancarle sus secretos debe demostrar mayor fortaleza que él. Para que surjan los caracteres en negro, hay que domar cada página, propinarle una tunda como a un caballo enloquecido. A veces la lucha puede durar horas, meses o años. Algunos no la culminan jamás. Otros, jadeantes tras la batalla, tardan días en recuperarse. En cualquier caso, el hombre que posee uno de estos cuadernos ya no puede deshacerse de él sin la ayuda de un sacerdote.

Dicen también que esa clase de libro está vivo. Por eso se resiste al dominio y repele las tentativas de consulta. Al pie de cada hoja está escrito: «Pasa la página, si te atreves».

En una vida anterior, fui historiador. Aquello me parece tan lejano ahora que, a veces, me cuesta creerlo. Mi celda es el confín del mundo. En su interior hay un ritmo diferente, un espacio distinto, donde se halla el ser descarnado, el hombre nuevo, hijo de aquel que recorría el mundo de coloquio en conferencia y de biblioteca en archivo. La prueba del sufrimiento y la lucha que he sostenido me ha cambiado. Me miro, sí, me miro y me flagelo para extirpar de mí ese pasado, me mortifico para vencer la tentación de la dimisión y dominar al Adversario.

Me acuerdo de mí y me contemplo como si se tratara de otra persona; a menudo

me asombra lo que he podido hacer y ser en esa vida. Me encontraba en el exilio, en un continente distinto, impulsado por el viento del Este hacia las lejanas costas: una barca sin remero, un navío sin marinero, sin nadie al timón.

He visto tantas cosas antes de esta vida, he pasado por tantas pruebas que ya no sé cómo encontré la gracia, ni por qué la perdí; ¿acaso no dicen que esta revelación, esta intuición, es un misterio inaccesible para la razón? ¿Por qué quise traspasar la pureza, cómo deseé la pérdida de mí mismo, la unión con el otro, siempre más íntima a través del dolor, por qué desde el fondo de mis tinieblas busqué la transparencia? ¿Y por qué he acabado por despojarme de todo apetito sensible, para borrar las formas de mi existencia anterior? Es bien cierto que el alma no puede franquear por sí sola el umbral y sin usted, sin esa función especial que me ha otorgado y que me ha abierto la vía, no habría logrado reconquistar mi verdad, mi misión primordial. Sí, sin usted el día no habría engendrado nunca la noche, no la habría desposado en ese matrimonio espiritual que es el crepúsculo, epifanía de la desesperación, donde todo en el reino que usted domina goza, cubil mío, de una libertad infinita.

He atravesado tantas tierras de fuego que he quedado deslumbrado y, si he decidido morir a mi vida pasada, es para no seguir viendo Su Luz.

Quiero que mi pecado quede al desnudo bajo la mirada de Dios.

Si de veras es preciso comenzar por el principio, tendré que hablar de él, pues él es el origen de todo, el comienzo y el fin, el inventor, el maestro, el relojero de esta maquinaria de la que todos nosotros somos engranajes.

Conozco bien esta arquitectura: es la de las conspiraciones y la ingratitud, la de las infidelidades y las traiciones, la de los hurtos y los crímenes. Conozco todo lo que compone el sólido edificio, que pervive a través de los cambios: perlas de rocío, polvo arremolinado, días y noches que discurren como los ríos y arroyuelos, sin regresar jamás.

Cuando hoy pienso en él, lo hago a través del velo de un humo extraño, un humo negro, que observo evaporarse sin llegar a despegar la mirada de él. Allá a lo lejos, en lo alto del cielo. Sin mí. Yo, un suspiro que hace volar las lentejuelas.

Lo conocí por casualidad. Un día me lo encontré allí, delante de mí. Me contemplaba, como a través de un espejo. Yo lo acepté, sin saber por qué. Quizá por una extraña evidencia, una connivencia..., un reconocimiento.

¿Quién es Félix Werner? Más tarde, tuve que responder con frecuencia a esta

pregunta.

Félix Werner era algo más que un amigo para mí. Nos veíamos o hablábamos casi a diario, charlábamos y comíamos o cenábamos juntos. Había una confianza mutua absoluta. Yo tenía la llave de su piso y él la del mío. Antes de él, yo no había tenido nunca nadie en quien apoyarme, nadie que me escuchara y comprendiera hasta ese punto.

Él era todo lo que no era yo, todo lo que yo habría querido ser: un hombre de carácter, en quien confluían prestancia y distinción, una fuerza de la naturaleza, un volcán en continua actividad. Yo era reservado, desconfiado en ocasiones, un poco misántropo. Él era abierto y generoso. Nunca temía dirigir la palabra a los demás, ir hacia ellos, apreciarlos y granjearse su estima. Yo era solitario: la intransigencia de mi carácter no me inducía a amar al género humano. Lo contrario no era, sin embargo, cierto: yo poseía ascendiente sobre los hombres y las mujeres me encontraban atractivo. Félix, por su parte, tenía carisma.

Yo admiraba su inteligencia, su clarividencia. Era lúcido en sus ideas, genial en sus intuiciones. Me asombraba. La perspectiva de verlo me llenaba de gozo, sus palabras seguían conmigo mucho después de haberme separado de él. Cuando estaba en su compañía, me sentía plenamente yo. Era de esa clase de personas que hacen aflorar el lado espiritual de los demás. Era inspirador. A veces lo asaltaba una peculiar exuberancia que hacía de él un ser casi inquietante. Fumaba, caminaba, escribía, hablaba, lo hacía todo a la vez, porque él era la vida misma y estaba dotado del apetito bestial y desmesurado que poseen las personas de talento.

Era lo opuesto a mí, mi complemento. Él era expansivo y voluble. Yo era tímido, apagado, pensativo. Él era realista y organizado. Yo era soñador y distraído. Tenía tendencia a evadirme en desvarios solitarios, en viajes imaginarios. A él le interesaba lo real por encima de todo. Leía los periódicos, estaba al corriente de lo que ocurría en el mundo, conocía los problemas políticos y sociales de cada país.

Tenía una tupida melena de cabellos morenos, ardientes, ojos oscuros y piel blanca, pómulos altos, labios carnosos y una sonrisa rodeada de hoyuelos. Yo tenía el pelo castaño ligeramente rizado en torno a una cara triangular, de nariz recta, frente altiva y una célebre risa entrecortada. Él disimulaba su miopía con lentillas duras, yo resaltaba la mía con unas gafas, me rodeaba los ojos con su aureola metálica. Él tenía los hombros anchos y apariencia atlética. Sin ser endeble, yo no era lo que se dice fuerte. Cuidadoso con su aspecto, él llevaba trajes hechos a medida, negros o grises, combinados con camisas de vivos colores, sin corbata. Yo iba a menudo con pantalón de pana, chaqueta de mezclilla y jersey negro de cuello de cisne. Él era un mujeriego, un dandi, un juerguista al que le encantaba destacar en las conversaciones y en las cenas. Era un parisino, un pilar de los cócteles mundanos, aficionado a las mujeres y a los buenos vinos, amante incondicional de las veladas interminables que se desgranaban charlando, bebiendo y bailando. Yo prefería la compañía de los libros a la de los seres humanos y las relaciones efímeras a las sentimentales. A los treinta y seis

años, me había instalado ya en una vida de soltero... y me sentía bastante a gusto en ella.

Los dos teníamos un elevado concepto de nosotros mismos. Llevábamos muy alto el estandarte de la juventud, el idealismo y la libertad. El mundo era nuestro, caminábamos por las calles como si nos pertenecieran, nos dirigíamos a las mujeres como si fueran un regalo que se nos debía, nos servíamos de los hombres según nos parecía. Estábamos unidos por una camaradería de combatientes, aun cuando no hubiera todavía ningún combate que librar... hasta que se produjo el asesinato que iba a marcar un viraje decisivo a nuestras vidas.

Félix trabajaba para un periódico de gran tirada. Después de ocuparse de la sección literaria, se había especializado en el periodismo de investigación: crímenes y asuntos turbios. Yo era historiador, especialista en la Segunda Guerra Mundial, en el genocidio de los judíos durante la Alemania nazi.

Algunos hablan de «holocausto», pero le he explicado muchas veces a Félix que no se trataba de un sacrificio ofrecido a Dios y que no había ningún sentido religioso en el asesinato de judíos perpetrado por los nazis.

Se trata de una destrucción, una desolación, una abominación, Shoah.

2

Ocurrió pues el 27 de enero de 1995, seis meses después de conocer a Félix Werner. Se había cometido un asesinato en la persona de Carl Rudolf Schiller, político alemán, reputado teólogo y personaje público conocido en el mundo entero. Descubrieron la mitad inferior de su cuerpo en su apartamento de Berlín. Lo habían cortado en dos, en horizontal. Se ignoraba el paradero de la mitad superior del cadáver.

Los medios universitarios quedaron conmocionados y la noticia se propagó de inmediato, antes incluso de que apareciera en la prensa. Por lo atroz e incongruente, habríase dicho que era un chismorreó, una especie de rumor como los que circulaban en la Edad Media. Yo mismo manifesté mi incredulidad al respecto antes de que Félix me confirmara el hecho.

—¿Lo conoces personalmente? ¿Has tenido oportunidad de verlo? —me preguntó una noche por teléfono.

Su periódico le había encargado investigar ese asesinato y se disponía a tomar el primer avión para Berlín.

—Llegué a hablar con él en conferencias y coloquios sobre la Shoah. Además, lo he visto algunas veces en casa de unos conocidos, los Perlman. Era una persona fascinante. Un hombre bajo y delgado, de cara demacrada, rasgos bastante finos y arrugas profundas en la frente y alrededor de los ojos. Pero en cuanto se ponía a hablar, encandilaba a su auditorio. De repente parecía poseído y emanaba una especie de fuerza, de violencia, que lo convertía en alguien casi guapo. Era un valor en alza en Alemania, un verdadero tribuno al que auguraban un brillante futuro...

Oí que encendía un cigarrillo.

—Es extraño —dijo al tiempo que exhalaba el humo—. Esta monstruosidad tiene algo tan estrictamente ordenado que me inquieta.

—Sin duda es obra de un demente...

—O bien la ejecución de una sentencia... Lo encuentro todo bastante turbador.

Es verdad que Félix tenía lo que yo llamaba «cierta tendencia a embalsarse». Un artículo de periódico lo hacía saltar de rabia, un mendigo en la calle lo trastornaba, una injusticia cometida en el otro extremo del mundo lo afectaba como una ofensa personal, todo le interesaba, todo le emocionaba, todo le parecía importante. Las cosas hallaban en él una resonancia infinita. De tarde en tarde se oía su eco en lo más profundo de su alma. Las vivía en carne propia, en su cuerpo, con todo su ser. Aquello al principio me sorprendía: lo trataba de exaltado, de exacerbado, y me vanagloriaba de ser más ponderado, más reflexivo, menos impulsivo. No comprendía que alguien pudiera sentirse tan involucrado con lo que sucedía a su alrededor.

Yo era diferente. A veces tenía la impresión de que todo me traía sin cuidado. Fueran cuales fuesen los acontecimientos, no conseguía participar en ellos por completo: era un barco que navega plácidamente en un mar encrespado, un árbol

salvado de la tempestad, una gaviota sobre un osario hediondo.

Dos días más tarde volvió de Alemania con las manos vacías, sin haber tenido acceso al lugar del crimen ni haber obtenido información importante. El apartamento de Schiller estaba precintado, sometido a constante vigilancia. Habían abierto una instrucción e interrogado a los colegas de la víctima. El muerto no tenía mujer ni hijos. Al parecer, pasaba la vida entre la universidad donde enseñaba teología y su partido político, que desde el anuncio del asesinato estaba sumido en un terrible desconcierto. La noticia, aparecida en primera plana en todos los periódicos, había consternado al país: Carl Rudolf Schiller atraía a las multitudes. Autor de numerosos libros, aquel hombre era percibido como una especie de profeta de voz autorizada que tomaba a menudo la palabra en los medios de comunicación.

En Francia, la noticia había causado sensación. Un periódico de gran tirada había logrado incluso, no se sabe cómo, hacerse con las fotos del cuerpo mutilado. Todo lo que tenía que ver con Schiller adquiría valor. Los informativos invitaban a criminólogos que aportaban su particular explicación de los hechos. Cada uno trazaba el retrato, el perfil psicológico del asesino: para algunos se trataba de un hombre inteligente, cultivado, que vivía solo, retirado en el campo; para otros era un demente, un enfermo mental de tendencias antisociales, un sádico anal que acumulaba basura en un sórdido apartamento. O era un histérico que había ejecutado el asesinato de manera compulsiva.

A su regreso, Félix vino a reunirse conmigo en un sitio que se había convertido en nuestra guarida, nuestro local fetiche: el bar del hotel Lutétia. Lo había citado allí en nuestros primeros encuentros para «conmemorar» los años negros, cuando el invasor transformó ese corazón de París en sede del alto mando militar. Después se había convertido en un ritual del que formaban parte también el *gin-fizz* y el puro que fumábamos hundidos en los enormes sillones de cuero de la salita de luz tamizada. Preferíamos esta a la sala grande, demasiado animada para los complots que urdíamos de madrugada.

Hacia las once de la noche, bajo la mirada indiferente de los porteros de librea roja, empujé la enorme puerta giratoria del Boulevard Raspail y penetré con paso augusto en el universo atemporal del Lutétia, de espesas alfombras y mobiliario recargado del más puro estilo Belle Époque; crucé el salón de las arañas de cristal, cubierto de espejos y de vidrio, para llegar, al fondo, a la puerta de la sala pequeña. Allí, en esa habitación rectangular, tan negra que apenas si se distinguían el bar, las mesas bajas y los sillones *art déco*, se encontraba el escenario de todas las intrigas. Ya no se celebraban los bailes de los siglos de esplendor; corrían los años treinta, burgueses y algo decadentes, y predominaba la idea que de la vida parisina se forma

el extranjero que se interesa por ella unos años y se permite ciertas intimidades con una sonriente y peripuesta mujer de tacones altos, una mujer francesa, quizá ni siquiera achispada, a la que se obligará apenas a subir al piso de arriba. Es la imagen del romanticismo parisino que sólo ha existido para quienes han querido que así fuera y para quienes han colaborado a dar cuerpo a ese sueño, a hacerlo aún más maravilloso y real; pero nosotros nos encontrábamos allí en respuesta a la llamada, para reconquistar el sitio pisoteado por las botas militares y mitigar, bajo el cuero de nuestros zapatos, el deterioro de la alfombra roja desenrollada a traición.

A través del humo de su puro, Félix clavó en mí una intensa mirada. Sus pupilas se movían inquietas de derecha a izquierda y de izquierda a derecha para acabar fijándose en un punto que absorbían como un pozo negro.

—La policía alemana no dispone de ninguna pista —me dijo—. Siguen sin encontrar la segunda mitad del cadáver. No se han mostrado muy colaboradores... Tengo la impresión de que intentan tapar el asunto.

—¿En serio? —repliqué yo.

—Schiller no estaba bien visto por el Gobierno, sobre el que vertía violentas críticas. Debido a su creciente popularidad, representaba, con su partido ecologicorreligioso, una grave amenaza de cara a las futuras elecciones. En mi opinión, su muerte ha aliviado a más de uno...

—¿Has conseguido entrevistarte con personas de su entorno, allegadas a él?

—Sólo con uno de sus colegas, el padre Franz, un monje de unos cincuenta años.

—¿Te explicó algo interesante?

—Sí, claro. Me dijo que tomara en consideración la creación: la tierra, el mar, el aire y los astros, los árboles y todo lo que existe...

—Entiendo..., el firmamento y el cielo, con todos los ángeles y seres espirituales...

—... esa inmensa masa, colmada de infinito. También me aconsejó que tuviera presente la existencia del Mal frente a todas esas cosas. ¿Cómo ha podido Dios, que es bueno, crear el Mal? Es un interrogante insoluble. Resumiendo, que para él no merece la pena investigar. Nunca resolveremos el misterio de la muerte de Schiller... Se descubrirá tal vez al asesino, lo castigarán y ahí se acabará todo.

—Un poco fatalista, ese hombre. Y tú, ¿cuál es tu postura?

—Creo que voy a pasar a la acción.

—¿Pasar a la acción? —repetí, sorprendido.

—No podemos permitir que las cosas queden así, ¿comprendes? —contestó con calma tras volver a encender el puro—. Sería imperdonable, después de todo lo que ha pasado.

—¿A qué te refieres con eso? Soy muy consciente de que es horrible lo que le ocurrió a Schiller y es una pena que no hayan encontrado al culpable. Pero de todas maneras, no es algo que nos incumbe a nosotros.

—¿Que no nos incumbe? —exclamó Félix—. ¿No crees que eso es precisamente

lo que decía la gente, aquí mismo, en 1942? No hay nada, nada que reconozcamos que tiene que ver con nosotros. No es asunto nuestro si tiran a los inmigrantes al Sena, si queman las barracas de los turcos, si se hacen limpiezas étnicas. No es de nuestra incumbencia que corten a un hombre por la mitad... Y así, todos permanecemos indiferentes hasta que nos llega el turno.

Tenía la mirada fija en mí. En su cara bailaban sombras inquietantes. En sus ojos centelleaba la imagen vacilante de la llama que ardía encima de la mesa. No eran ojos, sino mares, mares en llamas, olas encolerizadas bajo un diluvio, océanos azotados por la tempestad, sobre horizontes abrasados.

—Sé de sobra —prosiguió— cómo comienzan y en qué acaban las cosas, ¿entiendes? Si nosotros, historiadores y periodistas, no somos capaces de extraer las lecciones de la Historia, ¿quién lo va a hacer?

—¿Qué propones tú? —pregunté.

—Durante la investigación se ha mencionado, varias veces, el nombre de Samy Perlman. Era un amigo íntimo de Schiller, según parece. ¿Dijiste que lo conocías?

—Sí, así es.

—¿Puedes presentármelo?

—De acuerdo —acepté, tras reflexionar un instante—. Concertaré una cita con Samy Perlman. Pero ya verás que no es un regalo.

—¿Qué quieres decir?

—Mina y Samy Perlman son dos supervivientes de los campos de concentración. Llegaron a Francia después de la guerra... Los conocí cuando investigaba para un artículo sobre la persecución de los judíos de Lodz. Después de varias entrevistas surgió una corriente de simpatía y desde entonces voy a visitarlos de vez en cuando. Son personas encantadoras, no se puede negar, pero...

—¿Pero?

—Tardé varios meses hasta llegar a saber un poco más sobre ellos. Al principio, Samy no abría la boca y Mina hablaba de todo menos del tema en cuestión. La mayor parte de las entrevistas estaban plagadas de silencios. Poco a poco conseguí ganarme la confianza de Mina, y me contó su historia...; sin embargo, Samy...

Callé un momento. Él exhaló una bocanada de humo, tras el cual sus ojos se perdieron un instante.

—Nunca he obtenido nada de Samy.

3

El 30 de enero de 1995, a las cinco y media de una gélida tarde, nos llegamos a pie hasta el Marais, el antiguo *Pletzel*, donde vivían Samy y Mina Perlman, y nos detuvimos en el número 7 de la Rue des Rosiers.

Unos años antes, la primera vez que estuve en ese piso de techos altos y atravesados por vigas, no pude evitar la sensación de encontrarme en un hogar judío. No era por el candelabro de la biblioteca, ni por los grabados que representaban a los sabios en oración, ni por los viejos libros hebreos; era una atmósfera indefinible, que me había producido una curiosa emoción. Cada objeto resguardaba una especie de misterio: como una eternidad que atravesaba la vejez, una antigüedad venerable, un privilegio de estar allí y cargar con una larga historia, la de un mundo pretérito, recreado por el fervor de quienes eran sus guardianes, sus depositarios: una extraña fidelidad.

Antes de especializarme en la Segunda Guerra Mundial, nunca había tenido contacto con judíos. Para mí eran personajes históricos, reliquias, piezas de museo. Mi familia hablaba «de los judíos» como si fueran seres aparte. Y yo tenía conciencia clara de esta diferencia cada vez que conocía a un «judío» puesto que para caracterizarlo me venía a la mente esta categoría, cuando bien hubiera podido decir un parisino, un rubio o un profesor. Recuerdo que un estudiante judío ganó las oposiciones a catedrático de Historia el año en que yo no lo conseguí. Sin poder evitarlo, pensé que ese joven originario de Hungría o de Polonia conocía la Revolución Francesa mejor que yo, aunque mi árbol genealógico se remontaba al siglo XII. Ese chico me superaba a mí, que era la historia de Francia en persona.

En aquella ocasión pensé en Drumont, en Barres y en Maurras, que decía que los judíos eran incapaces de captar la pureza de este verso de Racine: «En el Oriente desierto, cuál no llegó a ser mi tedio».

Racine, mi país, mi tierra, mi patria. Es cierto que no existe nada más «francés» que un verso de Racine. De pronto, pensaba, ellos conocían mejor la historia de Francia que yo; nutridos de griego y de latín, hablaban un francés más perfecto que el mío, aunque yo descendía de una persona que tuvo trato con Racine. Racine, mi carne, mi sangre, era un éxtasis para ellos. ¿Con qué derecho?, me había preguntado. «Unos jóvenes franceses de mirada azul, rubio bigote, anchos de hombros, hechos para la batalla y el amor, y ese viejo ídolo judío de boca putrefacta... ¡Qué rabia le causa no comprender! Pues ha creído ver Francia peor que traicionada: embrujada».

Yo creo que precisamente eso es lo que hace comprensible el que me consagrara a la historia de la barbarie y que, en el marco de mis investigaciones, conociera a cientos de supervivientes, algunos de los cuales se convirtieron en amigos.

Félix admiraba mi devoción y mi fidelidad para con esos ancianos. Un día me

habló de su abuelo, verdadero héroe de su infancia, a quien debía, más que a sus padres, su educación. Durante largas horas, el viejo le hablaba con pasión de la Revolución: la francesa y también la futura, la internacional. Había pasado tres meses en Drancy, cuando tenía treinta y cinco años, por ser «amigo de los judíos». Era una de aquellas personas que, indignadas por el uso obligatorio de la estrella amarilla, optaron por ostentar caprichosas insignias, como «goy», «swing», «Danny» o «130». En Drancy, en ese campo insalubre donde permanecían encarcelados los judíos antes de la deportación, había conocido a toda clase de «amigos de los judíos»: electricistas, estudiantes, arquitectos o panaderos. Explicaba con emoción cómo los recibían los prisioneros, con lágrimas y abrazos fraternales. Los «amigos de los judíos» estaban exentos de los penosos trabajos que se reservaban a sus «amigos» y, cuando intentaban ayudarles a cargar los cubos, cinco o seis prisioneros se precipitaban para quitárselos de las manos, suplicando: «Usted no, usted no».

Su abuelo le hablaba asimismo de la Resistencia, de los documentos falsos y los periódicos clandestinos; le describía la elevada meseta poblada de pinos donde lloraban los helechos, los estrechos senderos que se sumergían en el fondo del misterio, la tierra blanda que habían excavado y esa vida activa pero invisible que transcurría en las negras cámaras subterráneas. A la sombra del mundo real, de una luz del día demasiado cegadora para los ojos deshabitados, habían practicado la estrecha abertura por la que, encogidos pero ardorosos, encendidos casi bajo el fuego del calor humano y del ideal, soflamados en medio del frío glacial de Corrèze, combatían. Le había referido extracciones de bala realizadas sin anestesia a la luz de una lámpara de petróleo, había evocado a los camaradas apresados, torturados, asesinados, y el miedo de cada instante, las miradas huidizas y las manos húmedas, y también la absurda necesidad, a veces, de matar como los verdugos: se acordaría hasta el día de su muerte del joven de Auvernia al que había abatido de un balazo en la nuca. Aún conservaba la carta que había encontrado en el bolsillo de su chaqueta, en la que se detallaban minuciosamente los lugares, los nombres y los proyectos de emboscada, y, con mano trémula, le había enseñado el sobre que había guardado desde entonces: la «tía» de Clermont-Ferrand tenía la misma dirección que la Gestapo.

Cuando murió su abuelo, Félix se sintió completamente solo en el mundo. Tenía apenas trece años. Se había jurado permanecer fiel a la vida y al pensamiento de ese hombre, ese faro de su infancia.

Escuchando aquellas historias, la de Félix o la de mis viejos supervivientes, yo me inventaba una propia. Ellos eran un padre, una madre, una familia de adopción a través de la cual aprehendía el mundo, ese vasto mundo de la humanidad.

Mina Perlman provenía de un medio burgués de Varsovia. A los dieciséis años había combatido en la resistencia, hasta el día en que la arrestaron y la enviaron a Auschwitz.

Nacido en Alemania, Samy había pasado dos años en Auschwitz II-Birkenau, lo

cual suponía un tiempo considerable, teniendo en cuenta que la esperanza de vida en los campos se cifraba en unos meses. Después de la guerra, Mina, sin familia, decidió emigrar a París. Allí conoció a Samy. Tenían tres hijos, que yo no conocía: dos varones, Béla y Paul, y una mujer, Lisa, que llevaba el nombre de su abuela materna.

Samy era contable jubilado y su mujer, que enseñaba teología, había escrito varias obras sobre la Shoah.

Mina nos dispensó una calurosa acogida y nos ofreció té. Regordeta y jovial, rubia, llevaba una media melena y un traje sastre de tonalidad lila que, junto a unas joyas a juego, realzaba la luminosidad de sus ojos azules. En aquella mujer cuidada, ardiente y voluntariosa se percibía una especie de rebeldía, de rabia interior que contrastaba con la reserva y el frío distanciamiento de su marido. Desde la primera mirada, yo había captado que Mina era una mística, una mística judía que se proyectaba en la unidad suprema; formaba parte de esos elegidos para los que Dios se revelaba en las dimensiones íntimas de su ser. Más tarde llegaría a descubrir —en carne propia— la hondura íntima con que vivía la historia y el destino de Israel, el cual constituía para ella la expresión más pura y acabada del drama cósmico.

Salió de la habitación, dejándonos solos con Samy. Félix intentó varias veces interrogarle a propósito de Carl Rudolf Schiller, pero se topó con un muro de obstinado mutismo. La única reacción que obtuvo fue una mirada inexpresiva con los párpados bajos y un fruncimiento de labios. A la desesperada, para rellenar el silencio, me puse a hablar de la tesis que estaba escribiendo sobre Hitler y la solución final, pero tampoco logré gran cosa.

Debía de tener setenta años. Su rostro severo, demacrado, estaba surcado de arrugas que formaban simas de sombra en la frente, en las comisuras de los ojos y alrededor de la boca. Al mirarlo, uno se veía aspirado hacia esos precipicios, verdaderas facciones de aquella cara, junto a las cuales los otros contornos, los de los ojos, la nariz o la boca, aparecían tan sólo como pálidos bosquejos. No eran pliegues sobre el agua lisa, profundizados por las sonrisas o la melancolía, no eran surcos de labranza, eran abismos en los que zozobraban las orillas, fosas cavadas por la mano del hombre, tumbas hundidas en una piel, urnas de las tinieblas, cúmulos de sufrimientos. Sus cabellos grises cortos, su cuerpo delgado, derecho y tieso, recordaban las figuras de Giacometti, hombres descarnados que recorren el siglo, esqueletos negros que rezuman hollín, que apartan con paso indolente sus miembros desesperadamente finos, contruidos sobre la memoria dolorosa.

Mina volvió por fin, cargada con una bandeja.

—¿A qué se dedican sus hijos, señora Perlman? —le preguntó Félix mientras nos servía el té.

—Lisa, la pequeña, debe de estar al caer —respondió Mina—. Ha encontrado hace poco un estudio de escultor cerca de aquí y, desde entonces, viene a vernos casi

todos los días después del trabajo. Paul tiene una consulta de pediatría que funciona bastante bien y Béla, el mayor... —Mina vaciló—. Béla no está aquí en este momento —terminó con precipitación.

De repente, se levantó y fue a mirar por la ventana. Yo sabía que tenía la costumbre de esperar a su hija apostada en la ventana desde que era niña.

—Ah, ahí viene —dijo, aliviada.

Así fue como, el 30 de enero de 1995, a las seis menos cinco de la tarde, conocí a Lisa. Había oído hablar a menudo de ella, pero no la había visto nunca. Lisa Perlman, judía asquenazí, hija de supervivientes de la Shoah.

Quisiera que, de todo lo que diré a continuación, quedara muy claro algo: yo amé realmente a Lisa. Nunca he querido a nadie más que a ella.

Antes todo era diferente. No creía en el amor, como tampoco creía en la muerte. Pensaba que era un mito, una invención occidental, una convención apta para las novelas, las películas y los anuncios de perfumes. Me daba dentera ver a los hombres exaltados por sus idilios —esas idioteces que yo sabía que acabarían, para los más afortunados, en un piso burgués, con mujer, hijo, perro y amante—. No creía en el amor-pasión, sobre el cual había leído una vez que era un avatar del cristianismo, un invento cómodo para combatir la herejía. Para mí, Tristán e Isolda, Romeo y Julieta eran figuras crísticas, y no hacía distinción alguna entre la pasión de estos y la de Jesús.

¿Qué más puedo decir? Se produjo lo más banal y lo más extraordinario, lo más descrito y lo más inaudito, lo más simple y lo más inexplicable. Con la primera mirada, con la primera sonrisa, fui conquistado o más bien: fui, sin más. El amor es un demiurgo.

Ella dejó su abrigo, una especie de capa de seda púrpura, sobre el brazo del canapé y se sentó con soltura justo a mi lado, rodeada de un aura de frescor.

Los Perlman ocuparon los sillones que había frente a nosotros. Yo me corrí ligeramente hacia Félix para dejarle sitio a Lisa, pero esta se encontraba a escasos centímetros de mí y casi me rozaba con el hombro. Llevaba una blusa blanca con adornos transparentes, y una falda de satén negro. Sus cabellos largos, lacios, muy oscuros, colgaban a uno y otro lado sobre sus hombros.

Con ayuda de un cuchillo, puso delicadamente un trozo de *strudel* en un platito y se volvió hacia mí.

—¿Quiere un poco?

Me quedé pasmado, incapaz de responder durante varios segundos. El corazón me dio un brinco como si quisiera salirseme del pecho. Mis ojos acababan de sumergirse en un océano de pureza.

Hoy en día aún podría reconstruirlo todo con orden: la curiosidad que se plasmaba en sus ojos de color azul grisáceo, el aire benévolo de su sonrisa de labios finos, la blancura de su piel, que contrastaba con sus cabellos de azabache. No obstante, en aquel momento no percibí la organización de esa belleza. Lo que veía se parecía más bien a un cuadro de Picasso: los ojos devoraban la cara, la nariz, en medio de la frente, estaba del revés, la boca de lado, los colores se arremolinaban y el mundo entero daba vueltas a su alrededor.

Repitió la pregunta, marcando un poco las sílabas:

—¿Desea un poco de *strudel* con el té?

—Yo sí tomaré un poco, Lisa, gracias —acudió en mi auxilio Félix.

—Gracias —balbucí yo atontado, como un eco.

—¿Qué tal le va el trabajo, Lisa? —preguntó Félix.

Para hacer algo, retiré la taza de té con el plato que tenía debajo, pero me temblaba la mano y tuve que devolverlos enseguida a la mesa.

—Ah, muy bien —respondió ella—. Acabo de recibir un encargo para un monumento sobre la Shoah, para la ciudad de Friburgo, en Alemania. Es un proyecto algo estrambótico: una inmensa columna de plomo, donde todo el mundo podrá firmar y escribir lo que quiera. Esta columna se irá hundiendo poco a poco en el suelo, hasta hacerse totalmente invisible.

Había explicado aquello acompañándose de lentos movimientos de manos y terminó con una sonrisa que descubrió una dentadura blanca levemente irregular.

—Aparte de eso —prosiguió Lisa—, tengo pendiente una cuestión que enlaza con un tema muy candente, la del monumento conmemorativo de la Shoah en Berlín, que estará situado en pleno centro de la ciudad, en la Postdamer Platz, cerca del bunker de Hitler. Presenté una propuesta hará un año, en colaboración con un escultor alemán: una gigantesca tumba grabada con los nombres de los judíos muertos, rematada con piedrecitas traídas de Masada, en Israel.

»En la tradición judía —aclaró al advertir nuestra expresión interrogante—, es costumbre poner piedrecitas encima de las tumbas. Son las marcas de nuestro paso y de nuestra presencia fiel.

—Y ese proyecto, ¿ha sido aceptado? —preguntó Félix.

—Al principio gustó mucho. Ahora los responsables políticos nos dicen que es la expresión de la generación judía oprimida, que quiere vengarse de los alemanes infligiéndoles recuerdos penosos. Yo comienzo a dudar de si ese monumento va a perpetuar la memoria de los seis millones de judíos muertos bajo el régimen nazi o si más bien servirá para enterrar ese período. Me parece que la Alemania reunificada prefiere enfrentar el futuro con más libertad, sin la carga de su pasado...

De repente calló y luego, en tono más grave, murmuró:

—Mamá, a propósito de la carga del pasado, ¿has tenido noticias de Béla? Hace mucho que no lo veo y no contesta al teléfono...

—No, no sé dónde está... —repuso Mina con aire contrito—. Estos últimos tiempos he estado muy ocupada, por el cambio de Gobierno...

—A mamá —explicó Lisa, volviéndose hacia mí— la acaban de nombrar consejera de la Comisión Consultiva de Derechos Humanos.

—Sí —confirmó Mina—, y hay mucho que hacer, con lo que se está preparando...

—¿Podrías contarnos qué es eso que se prepara, o es un secreto de Estado? —preguntó Lisa.

—El Gobierno ha nombrado una comisión para establecer nuevas leyes de extranjería. Se habla de impermeabilizar las fronteras y de restringir todavía más los derechos de los inmigrantes.

Lanzó una mirada a Samy, que no había dicho palabra durante toda esta conversación. Parapetado en su sillón, nos observaba con expresión fría, casi ausente.

—Sí —prosiguió Mina con semblante pensativo—. En estos momentos hay en Francia un clima enrarecido. La profanación de cementerios, el racismo... Hasta el famoso padre Daniel, el emblema nacional del Bien, acaba de apoyar en público las tesis antisemitas de uno de sus amigos. Y algunos reiteran a pesar de todo su admiración por ese «santo varón», que les ha aclarado las cosas y que ha tenido, según ellos, el valor de volver a poner sobre el tapete una cuestión tabú. ¿No fue usted —añadió, volviéndose hacia Félix— quien contribuyó a hacer estallar este asunto?

—Así es —respondió él—, hacía cierto tiempo que le seguía la pista. Todo esto no es nuevo.

—¿Cree que se debe a una crisis de senilidad? —apuntó Mina.

—No, en absoluto. No me cabe duda de que esas son sus convicciones profundas, las que ha tenido siempre.

—Sí —continuó, con aire entristecido, Mina—. Este clima enrarecido me recuerda los años treinta...

—Y el asesinato de ese personaje célebre, Carl Rudolf Schiller —agregó muy oportunamente Félix—, ¿diría usted que se trata de un asesinato ideológico?

—Es posible —concedió Mina.

—¿Conoció bien a Schiller?

—Bien, no... —contestó, titubeante—. No era una persona simple... desde el punto de vista teológico, quiero decir. Si desea saber más al respecto, debería venir al coloquio sobre la Shoah que se celebrará el mes que viene. Yo misma hablaré en él, y seguro que encontrará a otros conocidos.

No recuerdo bien lo que se dijo después. El resto de la conversación queda sumido en

una espesa niebla, puro reflejo de mi confusión. Lo que sí recuerdo es la transparencia que se desprendía de Lisa, su voz argentina, sus gestos airoso, su dulzura. Era una mezcla de candor y de serena distancia. En ella había una claridad de alma, que yo atribuía al influjo de su madre, y a la vez una determinación, una perseverancia, que parecía haber heredado de su padre. Aquella mujer, aquella niña, me dan ganas de decir, no había estado jamás en contacto con la infamia. Estaba íntegra, no tenía ninguna herida, era absoluta, inmaculada.

Hacia las siete, Félix y yo salimos juntos de casa de los Perlman y nos encaminamos a la estación de metro de Saint-Paul.

—¿A qué acontecimiento aludía Mina, en tu opinión, cuando ha hablado de los años treinta? —me preguntó Félix.

—¿En relación a la actualidad?

—Sí.

—La cuestión de la nacionalidad era el tema central de los debates políticos en Francia. Se decía que la República había aceptado demasiados inmigrantes y que había naturalizado demasiada gente. Además, en junio de 1940, cuando Pétain asumió el poder, la primera medida de su Gobierno fue revisar las naturalizaciones y prohibir a los que no tenían un padre francés la práctica del derecho o la medicina, por ejemplo, con el pretexto de que el «cosmopolitismo» era la principal causa de la derrota francesa.

Me interrumpí de repente. Félix me observaba con asombro y no le faltaba razón. Había dado aquellas explicaciones de forma maquinal, con actitud de arrob, porque tenía la cabeza pendiente de otra cosa.

—¿Qué te pasa? —dijo, frunciendo el entrecejo.

—Félix, creo que me he enamorado.

Se detuvo en seco en medio de la Rue des Ecouffles.

—Si decías que el amor era una creación de la civilización occidental que se funda en el valor individual de cada uno...

—Félix...

—«Creencia de origen cristiano, el amor presupone la predestinación» —prosiguió.

—No me vas a convencer.

—«El amor es un misterio cristiano».

—Sí, todo un misterio.

—Precisamente tú —señaló, volviendo a arrugar el entrecejo—, sucumbes a la fascinación del Pueblo Elegido...

—¿Qué quieres decir con eso?

De pronto echó a andar con paso rápido. Cuando lo alcancé, en sus ojos había un brillo de hilaridad.

—Es el conocido síndrome de la bella judía: la mujer de piel blanca, cabellos negros, largas pestañas y ojos sombríos como abismos, adonde van a perderse los

pobres gentiles. La mujer piadosa, misteriosa, inteligente pero sumisa, cuyo destino nefasto no es más que el castigo de un designio secular, la Rebeca de Ivanhoe, la bella cortesana de Balzac... Sólo los auténticos antisemitas enloquecen de amor por una mujer judía, porque no es más que el reverso del odio que les tienen.

—¡Tú estás chalado! Esta sí que es buena. Te digo que me he enamorado de ella y aún te las ingenias para tildarme de antisemita. Para mí, aunque fuera católica no cambiaría nada, en lo más mínimo... ¿A ti no te parece maravillosa?

—No —contestó Félix—, no me va el tipo angelical. Pero ya veo que tu caso es grave.

Se paró y me apuntó con el dedo.

—Escucha este consejo. Yo, que me enamoro cada cinco minutos, puedo decirte que en estas condiciones, cuando la emoción es tan fuerte que parece una evidencia, existe la tendencia a creer que al otro le ocurre lo mismo. Pero es un error. A veces no sucede así y, por más intenso que sea el sentimiento, no tiene por qué ser necesariamente correspondido. Por eso conviene no precipitarse.

Ahí había aparecido el Félix más puro: era muy propio de él darme consejos sobre la seducción. Era su *hobby*, su afición favorita. La idea del matrimonio le parecía incongruente. Para él, equivalía a encerrarse en la rutina y en la repetición. Después de seducir, huía tal como había llegado; sin esperar a que empezaran las presiones. Podía ser tan brusco como antes había sido encantador. Podía incluso obrar con mala intención.

—Nada de declararse, nada de sentimentalismo —añadió—. No es la clase de chica que se rapta a lo bruto, con un puñal entre los dientes.

¡Qué extraña es la vida! Parece discurrir por caminos tortuosos, por vías impenetrables, pero acaba siempre, siempre, cumpliendo su proyecto. Si lo conociéramos todo desde el principio, si pudiéramos abarcar con una mirada el encadenamiento de los hechos, sabríamos elegir, y el bien y el mal no serían ya tan confusos. Pero poco importan al final las razones, los porqués y los cómo, los motivos y los móviles. Ese día, sin que yo pudiera explicármelo, el suelo se hundió bajo mis pies. El suelo de mis certezas, de mis intereses, de mis costumbres. Había ido a casa de esas personas para ayudar a Félix a investigar un asesinato atroz, pero, de pronto, al conocer a Lisa Perlman, todo me parecía irrisorio.

No imaginaba entonces que mi amor por ella y mi interés por el asunto Schiller fueran a estar tan estrechamente ligados.

«Señor, me permito llamar su atención en relación a un individuo judío extranjero que, con su actividad nefasta, compromete la seguridad del país y entorpece la obra de recuperación nacional».

Las semanas posteriores a mi encuentro con Lisa Perlman, fui todos los días a los Archivos Nacionales, tanto para trabajar —escribía un artículo sobre las denuncias que afectarían a judíos en París y en la región parisina— como para callejear por el barrio. Mi propósito era estar cerca de la Rue des Rosiers, donde había conocido a Lisa. Tal como averigüé de inmediato, vivía justo al lado de sus padres, en el 1 de la Rue des Mauvais-Gargons.

Pasaba más ratos fuera que dentro, deambulando, esperando verla, o simplemente para aspirar el aire que respiraba ella. A mediodía compraba un *falafel*, cerca del edificio de los Perlman, en la confluencia de la Rue des Rosiers y la Rue des Ecoiffes, y lo comía mirando los escaparates de las librerías judías, de los viejos colmados y de las tiendas de alta costura. Otras veces iba a una pizzería oscura y vetusta en la que se celebraban sobre un fondo de música hasídica, eruditas reuniones de estudiantes del barrio. En ciertas ocasiones, antes de volver a los Archivos, subía por la Rue Vieille-du-Temple, con sus elegantes tiendas y bares, y proseguía mi errante curso hasta la Rue de Rivoli, hacia el majestuoso Hotel de Ville, imagen tranquilizadora de la República.

Me gustaba ese barrio amparado por casas antiguas, restaurantes kosher, casas de comida preparada y pastelerías donde había ese *strudel* a la adormidera que había probado en casa de los padres de Lisa y que devoraba, casi ritualmente, todos los días: mil granos de polvo que me habían trastocado hasta el éxtasis, mil motas de arena pegadas al azúcar, mil días y mil noches de paciencia, de esperar que ese pueblo nacido de una lejana promesa consienta en abrirse y entregarse a mí. Los escaparates del restaurante Goldenberg, curiosamente, no habían sido arreglados desde el atentado, y eran visibles los agujeros que habían dejado las balas de los terroristas. ¿Sería desconfiada, rencorosa, la Rue des Rosiers? Aún estaba un poco pálida, no repuesta del todo, y sin embargo animada por el viento estival, después del primaveral que había diezmado sus yemas apenas despuntadas, que había arrancado de raíz sus sólidos troncos, plantados en épocas antiguas, que crecieron con orgullo y ardor para adornar la Rue de Rivoli, cuadrangular la Place des Vosges, dispuestos a defenderla con riesgo de su vida, cruz de madera cruz de guerra, para verse, viejo árbol enfermo, pobre tabla que nadie quiere salvo para quemarla, pero no aquí, un poco más lejos, más allá de la línea azul que antaño fortificaban sus ramajes.

Hoy en día son otras ramas las que, después del desierto, habían venido a dar calor al barrio transido, de sus mejillas macilentas despertar el color y, sazonadas con

sales picantes, hacerle recobrar el ánimo.

El resto del tiempo, lo pasaba examinando documentos. Los Archivos, que eran mi segunda casa, el sitio donde en general me sentía más a gusto, comenzaban a agobiarme. Inclinado sobre los papeles amarillentos —esas cartas sórdidas que espulgaba una a una—, ya no formaba totalmente parte de ese grupo de eruditos incondicionales que permanecían sentados ante su pequeña caja gris, delante de sus códices o de su incunable, como coleccionistas que sólo viven para conservar, copiar, descubrir y fijar sus fuentes de consulta. Para ellos, los Archivos eran el templo de la Verdad, en el cual ejercían de oficiantes. La luz brotaba allí de las numerosas ventanas, de las cajas de las que la mano extraía objetos ocultos y de los saquitos transparentes que se entregan a los investigadores para que depositen en ellos sus efectos. Ese es el escenario de todas las revelaciones. Pero no entra en él todo el que lo desea: hay que tener una autorización, y ni siquiera los historiadores tienen acceso a ciertos dossiers: nadie puede mirarlos de frente y seguir con vida.

No obstante, el latir acelerado de mi corazón al franquear la entrada se debía menos a la perspectiva de descubrir un nuevo elemento para mis pesquisas que a la de hallarme cerca de Lisa. Una tarde, cuando volvía al trabajo, la divisé en la calle. Iba con su padre. Los dos caminaban a paso rápido. De improviso entraron en una pequeña tienda. Yo me aposté a corta distancia a esperar que pasasen delante de mí, para saludarlos como si se tratara de un encuentro casual. Salieron, sin embargo, sin verme y yo los seguí para darles alcance. De repente, Lisa volvió la cabeza hacia su padre; sus palabras me llegaron a través de un viento glacial:

—Deberías decir a la policía lo que sabes sobre Schiller. Sabes muy bien que no tienes derecho a callarte.

Samy se mantuvo callado, con la cabeza baja.

Petrificado, incapaz de realizar el más mínimo movimiento, los vi desaparecer en la esquina.

Por la noche, cuando me reuní con Félix en el Lutétia, me apresuré a contarle lo que había oído.

—Es lo que te decía —añadí—. Estoy seguro de que el viejo Samy sabe muchas cosas de Carl Rudolf Schiller. Pero no habrá quien se las saque.

—¿Sabes al menos dónde y cuándo se conocieron ellos dos?

—¡No! No tengo ni la menor idea. Quizás en un coloquio sobre la Shoah. De vez en cuando, Samy asiste a alguna que otra conferencia.

—Pero ¿crees que se podría hacer hablar a Lisa? Parece que ella está enterada de algo y, además, quiere incitar a su padre a revelar lo que sabe.

—Sí, es posible —admití—. Aunque no parece sencillo... Haría falta tiempo.

Nosotros no teníamos tiempo, sin embargo. La circunspección no era la cualidad más destacada de Félix, y ¿no consistía además su oficio en transformar el tiempo en historia, con la presión de la urgencia? Con el historiador sucede precisamente lo contrario. Su manipulación delicada del tiempo obedece a unas reglas precisas: adquirir informaciones, habituarse al tema en cuestión, nutrirse de él, empaparse de él hasta quedar poseído, transformado por él y, por fin, del mismo modo que el músico traduce el ruido en sinfonía, montar el armazón de la intriga y construir la historia.

Todo empieza con el gesto de reunir las fuentes: una mano que toma un documento, sopesa y escoge y luego copia, transcribe con fidelidad. Esa es la condición preliminar, necesaria, para que el objeto pase a ser suyo, para que cambie de lugar y de estatuto, para que se convierta en signo por efecto de una mirada. Sostener el incunable es todo un arte: hay que situarlo justo delante de uno; hay que tener cuidado porque es tan frágil que a veces se deshace, transformado en polvo, entre el pulgar y el índice. Se precisa mucha delicadeza para llegar a descifrarlo. Yo he visto manuscritos coptos casi borrados, he tenido entre las manos los papiros de Nag Hammadi, que permanecieron bajo tierra durante milenios. He contemplado códices ilegibles, facturas de vino y de cereales del siglo IV, algunos escritos en sahídico o en subajmímico. Es una labor delicada considerar como idea un fragmento, frágil en tanto que objeto, una narración, una visión del mundo que llevarse consigo hacia el gran imperio del sentido.

Félix volvió a visitar a Samy varias veces, para tratar de obtener información sobre Carl Rudolf Schiller. Era un esfuerzo vano: el anciano no respondía. Lo miraba a los ojos con semblante grave y no respondía. No había conseguido sacarle ni el más mínimo detalle a ese hombre que se negaba obstinadamente a hablar.

Pero Félix, que no pensaba dejarse vencer por tan poca cosa, había encontrado en mí a un fiel aliado. Él, a quien yo acosaba con toda clase de preguntas y reflexiones a propósito de Lisa, no se quejaba del rumbo que habían tomado los acontecimientos. Estaba contento de tenerme como colaborador, sabueso e informador en sus investigaciones. Durante horas hablaba con él y ampliaba sus conocimientos sobre la Segunda Guerra Mundial, y sorprendentemente esa historia, que nunca le había concernido, despertó de golpe en él una tremenda pasión.

El 27 de febrero de 1995 lo llevé a la Universidad Católica de París, donde tenía lugar el coloquio teológico sobre la Shoah del que nos había hablado Mina Perlman. La discusión estaba centrada en la existencia de Dios después de Auschwitz, un problema al que Carl Rudolf Schiller había consagrado su vida y su obra. Había historiadores y teólogos, así como antiguos deportados, que tomaban la palabra en los debates para referir sus experiencias. Parecía que allí se les prestaba más atención que

en los encuentros de historiadores, donde a menudo, cuando contradecían con violencia determinados puntos, suscitaban indefectiblemente ásperas reacciones, como si su presencia resultara una incongruencia.

Nos encontramos con el hermano Franz, que Félix conocía ya de Berlín. Era un hombre alto, de una anchura de hombros impresionante, pelo largo entrecano, frente despejada y franco apretón de manos. Llevaba un hábito de sayal gris, sin cruz, y sandalias sin calcetines.

Pertenecía a esa clase particular de personas que se reconocen por su porte, un poco más envarado de lo normal, un poco más rígido, por la frente a menudo amplia y por la expresión que se capta en sus ojos, de fuerza y de intensidad, como si esos seres desbordasen de ímpetu supremo, como si llevaran ceñida una corona que simbolizara su condición de elegidos. No cabía duda: el padre Franz era un ejemplar puro. Yo no sabía aún por qué había escogido aquella vía ni por qué se había consagrado a la vida monástica, como tampoco sabía cuál era su ideal, el objeto de su búsqueda, pero desde el primer momento sentí que la vivía con ansia y que era leal en su avidez.

—¿Es el asunto Schiller lo que lo ha traído aquí? —preguntó el hermano Franz.

—Sí; a pesar de sus recomendaciones, continúo con él —repuso Félix.

—¿Por eso ha venido a parar a este reducido ambiente de habituales?

Félix no contestó. El hermano Franz lo observó un momento. Era extremadamente miope y sus ojos, ni castaños ni verdes, ni negros ni azules, adoptaban matices extraños, entre el amarillo y el naranja. Sus pupilas dilatadas subrayaban la rareza de su mirada.

—Le dije que no valía la pena proseguir —agregó—. No encontrará nada... Y aún menos aquí...

—¿Por qué no aquí?

—Detesto estos sitios donde se debate sobre la Shoah, donde Auschwitz se trata como un tema de controversia o de debate.

—¿Ha tenido alguna novedad en lo referente a Carl Rudolf Schiller?

—Claro que sí. Creo que Schiller se sabía amenazado.

—¿De veras? ¿Qué le hace pensar eso?

—Hizo un testamento en el que me legó algo..., algo que recibí por correo unos días más tarde.

—¿De qué se trata? —preguntó Félix sin rodeos.

—Lo siento, pero él mismo exigió que no hablase de ello con nadie.

—¿Incluso si ello pudiera contribuir al avance de la investigación?

—Yo sería en tal caso el único en determinarlo. De todas formas, él me dio instrucciones muy precisas sobre qué debía hacer con ello.

—¿Y qué debe hacer?

—Devolverlo a su sitio. —Y sin dar más explicaciones, añadió—: En el fondo, puede que encuentren al asesino, pero con eso no adelantarán nada en lo tocante a las

causas de este mal.

—¿Qué le lleva a pensar eso? —preguntó Félix.

El padre Franz entornó un instante los ojos y luego repuso, con una sonrisa triste:

—El Mal existe, es un hecho, y la Caída reside en su conocimiento, el conocimiento del Bien y del Mal... Ya saben a qué me refiero...

Dicho esto, se alejó.

El coloquio comenzó. Félix y yo nos situamos en el fondo de la sala, para poder salir cuando lo deseáramos, sin molestar demasiado: yo no sabía si querría quedarme mucho rato.

No obstante, al cabo de una hora fui yo quien le rogó a Félix que escuchara a la siguiente conferenciante, Mina Perlman, que hablaba de la Shoah.

—Un judío de hoy en día, ¿puede seguir creyendo aún en el Dios de la historia? —decía—. ¿Puede correr el riesgo de exponer a sus hijos y a los hijos de sus hijos? ¿Es posible y es necesario para el judío creer que ha sido elegido para dar testimonio? ¿Y de qué va a dar testimonio después de la Shoah?

»La fe religiosa ha sido puesta gravemente en entredicho por los acontecimientos de nuestra época; la fe judía en particular ha sufrido el mayor traumatismo de su historia. Nuestro pueblo fue el primero en afirmar la existencia del Dios de la historia. Ha tenido con ese Dios una relación única. Durante años creyó depender de él para su supervivencia. Ese Dios, que lo salvó de Egipto, que le concedió la Tierra Prometida y que obró por él milagros, ¿dónde estaba durante la Shoah?

»En el momento mismo en que ciertos creyentes encuentran motivos para rechazar al Dios de la historia, yo sostengo que el judío tiene, al contrario, la obligación de continuar creyendo en ese Dios. La pregunta que se plantea es la siguiente: ¿es seguro que las catástrofes de nuestro tiempo son razones suficientes para decidir la inexistencia de ese Dios de la Biblia, cuando la fe judía ha sobrevivido ya a tantas tragedias desde la opresión egipcia, hace más de tres mil años? En Auschwitz, los judíos no fueron masacrados por haber desobedecido al Dios de la historia, sino más bien porque sus abuelos lo habían obedecido. Lo que Hitler pretendía al matarlos a ellos era la muerte del Dios de la historia. Por eso nos está vedado obrar como él. Está vedado conceder a Hitler una victoria postuma.

—Como ves, Auschwitz plantea un grave problema a los religiosos —susurré a Félix—. ¿Cómo es posible creer en un Dios que ha permitido que se cometiera tamaña catástrofe?

—¿No hay teólogos que dicen que sólo puede tratarse de una venganza de Dios,

un castigo?

—Sí, algunos lo dicen; pero son una minoría. Sin embargo, todos se afanan con desesperación por darle un sentido a la Shoah. Por ejemplo, Mina Perlman denuncia el argumento según el cual después de Auschwitz no puede practicarse ya el judaísmo ni ninguna religión, ya que para ella eso equivale a rematar, consciente o inconscientemente, la obra de Hitler. Ella afirma que precisamente porque Hitler hizo del mundo un lugar de desesperación no hay que desesperar.

—Pero ¿cómo explica que Dios no interviniera para salvar a su pueblo?

—¿Y por qué Hitler no fue castigado? Es una pregunta infantil... Aun así, es lo que se preguntan todos. Carl Rudolf Schiller sostenía que en Auschwitz no fue la religión y la fe lo que quedó en entredicho, sino más bien el secularismo de nuestra cultura. O, lo que es lo mismo, la Shoah...

—¿... es en cierto modo un signo de la presencia divina en la historia? —exclamó.

Había levantado la voz y algunas personas se volvieron a mirarnos. Algunas, no sé por qué, me observaron con detenimiento, con ademán de sorpresa.

—Exacto —confirmé, más bajo—. Auschwitz representa para él la victoria del ateísmo. Schiller decía que la Shoah era deudora de la ideología de la Ilustración, de la fe absoluta en la razón técnica y la ciencia, y ponía como ejemplo que, en los campos de concentración, algunos judíos ayunaban el día del *Yom Kippur*, para demostrar la preeminencia de Dios sobre las fuerzas bárbaras... La Shoah es para él lo que ocurre cuando se desafía todo. Occidente, que fue el primero en proclamar que Dios había muerto, tenía que acabar por hacer morir al Hombre.

—Pero ¿cómo se puede afirmar que los nazis eran ateos? —preguntó Félix—. En *Mein Kampf*, Hitler habla continuamente de Dios. ¿Qué programa deberemos seguir, dice, si no es exactamente el mismo que la Iglesia católica cuando impuso su religión a los paganos? Y los nazis, ¿no creían en Dios? ¿Acaso no eran cristianos?

Habíamos bajado la voz, pero no lo bastante para que nuestro vecino, un hombre endeble y canoso de mandíbula prominente rematada por una larga barba, no oyera nuestra conversación, que escuchaba cada vez de manera más ostensible. A raíz de esas últimas palabras, advertí que se sobresaltaba.

Llevaba sobre la sotana una gruesa cruz de madera, colgada de un simple cordel.

—Schiller tenía razón —intervino de repente—: Auschwitz es el Calvario. Es el Cristo en la cruz. Los judíos fueron ofrecidos en holocausto en Auschwitz, igual que Jesús fue sacrificado en la cruz para salvar a la humanidad.

—¿Conocía usted a Carl Rudolf Schiller? —preguntó Félix.

—Sí, lo conocía. Coincidimos a menudo en reuniones religiosas. Había una corriente de simpatía entre nosotros. Compartíamos las mismas ideas.

Después de la última intervención, Félix y yo salimos, en compañía de nuestro

vecino, del gran recinto de la Rue d'Assas. Bajo el resplandor del crepúsculo, el alumbrado comenzaba a encender el cielo y la luna se disponía a velar de la tierra. El horizonte era una llamarada en la que decaían los colores del ocaso: el rojo y el violeta, el púrpura y el añil. El sol no se había puesto aún: parecía una gran bola de carmín que rodara sobre el azur. Sobre el mundo informe, la luz y la oscuridad se abrazaban una última vez, antes de la separación.

Nuestro acompañante era un hombrecillo muy peculiar, aquejado de una rara y leve cojera que le hacía decantar su cuerpo ora a la derecha, ora a la izquierda, como si tuviera las dos piernas demasiado cortas y demasiado largas a la vez. Hablaba mucho, a trompicones. Era sacerdote de una abadía próxima a París, donde los monjes consagraban la vida a los pobres. Se hacía llamar padre Francis.

Cuando le confié que era historiador, especialista en la Shoah, se detuvo en seco bajo el puente metálico del metro elevado y, con la mirada iluminada, exclamó:

—¿Trabaja entonces sobre el Holocausto? ¡Ustedes los historiadores no temen ni al Diablo!

Félix arrugó el entrecejo con aire interrogador. Oímos un zumbido, el suelo tembló y, mientras se acercaba el metro sobre nuestras cabezas, el sacerdote gritó, para compensar el ruido:

—A Satán, ya sabe, el padre de la mentira y el autor del mal, aquel que hace que el hombre se revuelva contra sí mismo. —Se aproximó a nosotros y, en tono confidencial, prosiguió—: Un consejo: ¡tenga cuidado! Corre el riesgo de perderse en el fondo de la siniestra humanidad. Ya conoce el viejo mito de la posesión: ¡el hombre al que el Diablo ha apresado ve quebrada su unidad para siempre jamás!

Su boca tenía una expresión voluntariosa y algo arrogante. Sus ojos, pequeños y vivos, se desplazaban de Félix a mí y luego de mí a Félix. Parecía casi vacilar sobre sus piernas demasiado cortas. Sus cabellos hinchados por el viento formaban una masa impresionante alrededor de una cara demacrada. Tenía la frente perlada de gotas de sudor. De improviso se inclinó, me tomó de la muñeca con una mano y posó la otra sobre el hombro de Félix como para formar un corro de conspiradores.

—Deben tener cuidado con ustedes mismos y con aquellos a quienes conozcan —susurró—. ¡Las personas henchidas de un éxtasis demoníaco tienen un poder que proviene del abismo y que controla su conciencia! ¡También ustedes corren el riesgo de ceder a la Ambición!

—¿A qué ambición? —pregunté yo.

—¡A qué ambición va a ser! —replicó, ceñudo, el padre Francis—. ¿Acaso hay varias ambiciones? ¡La ambición de ser Dios, por supuesto!

Félix le dirigió una mirada cargada de ironía.

El viejo se encogió de hombros y después continuó, dándonos un abrazo:

—Sea como fuere, el verdadero responsable, en definitiva, el auténtico asesino, a quien todos señalarían con el dedo si tuvieran valor para ello, ya saben ustedes quién es. Es el más poderoso, el más omnipotente, el más eficaz y el más sutil, el más

inquebrantable, el más violento, el más terrible y el más feroz, el más impetuoso y el más reflexivo, el más inteligente, el más incomprensible y el más legítimo de los asesinos.

—¿A quién se refiere? —pregunté, aprovechando la pausa que había abierto.

—A Él, claro está —contestó el padre Francis—. ¡A Dios! A Él, origen de las cosas, principio primigenio, puro, perfecto, poder supremo, eterno, infinito y absoluto. El inefable, el oculto. ¿Es que no ven que hay dos mundos irreconciliables? ¿El mundo de la plenitud y de la perfección, mundo eterno del Dios padre y su cortejo de ángeles, y el mundo fenoménico, constituido por los eones del Mal? El creador de este mundo, el que regula el cosmos, no es el mismo que la divinidad suprema. Presten atención: el verdadero creador es Satán, el dirigente de los eones, que ocupa una posición privilegiada en el mundo celeste. En algunas tradiciones se dice que él es el hermano mayor de Jesús.

Lo miramos sin saber muy bien qué responder, buscando la manera de zafarnos de él. Pero prosiguió, con vehemencia creciente:

—Satán, ¿saben? El Demiurgo, el que posee el mundo, la vieja serpiente, el Diablo, el rey de los demonios, el príncipe de las tinieblas... Sí, créanme, él es el auténtico creador de este mundo. En el comienzo, el Demiurgo creó el tiempo; hizo el espacio y la materia, intentó copiar la infinitud de la eternidad, pero lo único que consiguió hacer fue este universo de corrupción y desintegración. Y de este modo inventó al hombre de carne y hueso, a partir de la tierra, del barro y el polvo. De este modo creó esta tumba andante, concebida en la inmundicia de la sexualidad, que nace mediante las convulsiones grotescas y repugnantes del parto...

—¿Adónde quiere ir a parar? —dijo Félix, separándose con violencia del abrazo del viejo.

—¿Acaso no ven —repuso este en voz algo más baja— que el asesinato de Carl Rudolf Schiller tiene una significación teológica? ¿Esa escisión, no les recuerda nada? Se trata de algo muy grave..., que no tiene nada que ver con una simple disputa de capilla.

Por encima de nuestras cabezas pasó el metro, como un tornado infernal.

—Lo que quiero decir es que lo que está en juego aquí tiene una importancia tal que puede conducir al asesinato —continuó el padre Francis—. He visto a personas a las que indignaban tanto las afirmaciones de Schiller que juraron que sentían deseos de matarlo.

—¿Quién, por ejemplo?

—Pregúntenle a Ron Bronstein, el filósofo israelí, qué opina al respecto. Él y Schiller llegaron incluso a las manos... Vayan a verle: la semana que viene se celebrará en Washington una gran reunión de teólogos en torno a la cuestión de la Shoah, él está invitado. Puedo adelantarles que yo también asistiré.

Con este anuncio, el curioso hombrecillo se separó de nosotros y nos dejó proseguir nuestro camino a través de un dédalo de calles sombrías, imbricadas como un vertiginoso entramado de causalidades. La oscuridad se abatía sobre la ciudad y el pequeño astro, lleno ese día, tomaba despacio el relevo del mayor, su hermano, el dios que ya no era tal, cuya potencia refractaba aún, en forma de pálida claridad, en los círculos inferiores. Sin embargo, se trataba sólo de una bruma, una ilusión más, que escondía lo que parecía revelar, enmascarando las emboscadas, volviendo las aceras lisas cuando en realidad estaban sucias y confundiendo en la negra opacidad los verdaderos contornos de las casas. Ante nosotros partió a la carrera, con un chillido estridente, una rata.

Alcé la mirada hacia el cielo arrebolado. Ese Dios, pensé, creador del mundo, que dio forma a Adán y Eva, que los instaló en el Paraíso para prohibirles lo mejor que en él había, ese Dios que los expulsó de allí y maldijo a su descendencia hasta el Diluvio, ese Dios que se ensañó contra el hombre, que derramó las calamidades sobre los hijos de Noé y sobre los hijos de sus hijos, ese Dios, ¿podía ser lo que pretendía? ¿Acaso no era un demiurgo que se había burlado del hombre, ese ser falible cuya alma surcaban sin embargo los ríos del Edén, la fuente viva, la chispa inagotable, la del verdadero Dios? ¿Dios es uno, es el mismo o está habitado por otro Dios igual de poderoso que él, pero malvado? El otro Dios, el apóstol del Mal...

—¿Qué crees que ha querido decir? —me preguntó un poco más tarde Félix, mientras concluíamos la velada en el Lutétia.

—¿El vejete? Quizá que ese Ron Bronstein es una pista interesante para el asesinato de Schiller.

—No, cuando ha hablado de Dios.

—Ah, ya... Me parece que hacía alusión a las doctrinas gnósticas.

—¿Lo cual significa...?

—El gnosticismo era una religión de misterio y sociedades secretas. No la conozco muy bien, pero sé que más que una religión era una teosofía: un conocimiento de lo suprasensible.

—¿En qué consiste ese conocimiento?

—Es el saber referente no sólo a Dios..., sino también al Diablo. Los gnósticos son dualistas. Creen en dos dioses, en dos principios que organizan el mundo, uno bueno y otro malo.

—En mi opinión, ese hombre se equivoca en lo de la Shoah —señaló Félix—. La Shoah no es la victoria de Satán. Además, no es un fenómeno religioso, es una manifestación de odio al otro, de aborrecimiento de una minoría en cuanto grupo constituido. No hay nada místico ni metafísico en eso. Tú mismo me lo has enseñado: era un crimen organizado, burocratizado, industrial, consecuencia de una trama precisa, de una sucesión de móviles y de acontecimientos que, al final, desembocaron en el horror.

—Pero precisamente en eso reside la derrota de Dios: en ese resultado imprevisto

pero ineluctable de una larga política de persecución, sumada a las dificultades económicas y sociales de un pueblo angustiado.

—No es la derrota de Dios, es la derrota de los hombres... Basta con ver la cara de un niño asesinado para dejar de creer en todas esas bobadas.

¡Oh, Dios! Durante un momento, hubo un silencio que ni Félix ni yo nos atrevimos a quebrar. Odioso; esa era la palabra que me venía a la mente. El Dios único y todopoderoso, el Dios bíblico, el creador que hizo del hombre un ser racional, que no abandona al que peca, que lleva a cuestras la gracia de su misericordia, el Dios gracias al cual se reproduce la vida, crecen las plantas y se abren las flores, aquel de quien emana toda norma, forma y orden, ese Dios, ¿era el que había permitido la barbarie? El que obró el milagro de crear cielo y tierra, al hombre y a todos los seres vivos, de los más grandes a los más pequeños, minúsculos e insignificantes, el que libera y salva, que produce señales y prodigios, el que da plumas a los pájaros, hojas a los árboles y agua a los ríos, que aporta la paz entre los hombres, que los saca de la hoguera y de la llama ardiente, que los salva del Infierno, el que triunfa sobre los malvados, que los combate hasta el confín del mundo, el refugio, la fortaleza, el amparo siempre ofrecido en la necesidad, el Todopoderoso, en fin, ¿era el mismo Dios que el de la Shoah? *Evita el mal, obra el bien y tendrás siempre una morada.*

—¿De ahí viene tu interés por la Shoah? —preguntó Félix.

—Quería comprender... Sacar a la luz la verdad, adquirir el conocimiento de lo que ocurrió. No podía conformarme con representaciones falsas o simplistas. Quería hacer aflorar la lógica de ese pasado..., algo que sólo ahora es posible.

—¿Por qué sólo ahora?

—Porque comenzamos apenas a disponer de la perspectiva necesaria y la distancia adecuada. Porque hay un relevo de generaciones. Antes todo era confuso, multiforme, ininteligible. Para el contemporáneo de un hecho es difícil discernir la causa del efecto y aún es más duro hacerlo cuando se es juez y parte. La visión que se tiene de él ha de ser necesariamente fragmentaria. Gracias a la historia, es posible saber más que quienes vivieron el acontecimiento...

—¿Más que los testigos, quieres decir?

—Sí, en cierto modo, porque nosotros nos situamos más allá de todo prejuicio moral. Los testigos, en cambio, son parte interesada.

»A menudo pretenden que los historiadores den fe de su propia visión de las cosas. Pero nuestro compromiso, nuestra única ley, nuestra obligación, es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad... No digo que sea siempre fácil. Cuando me enfrasqué en esta tarea, trabajaba en soledad, vivía en un mundo cerrado en el que me encontraba solo frente a mí mismo y a mis documentos. En el centro de los archivos de Alemania donde trabajaba, éramos dos los que abríamos las puertas cada mañana, a las ocho: un viejo coronel encargado de realizar una investigación para el ejército y yo. Al principio me daban náuseas; es duro estar inmerso todo el día en los bajos fondos de la humanidad, cambia la forma de ver el mundo. Se pierde por fuerza una

parte de inocencia. Cuando comencé a estudiar los campos de concentración, me impuse la misión de saberlo todo, todo, hasta el funcionamiento de los hornos crematorios. Para mí aquello tenía una importancia vital, porque los alemanes querían que no quedara ni rastro ni cadáver. Las personas no morían: caían en la nada, desaparecían. Había que comprender. Comprender cómo y por qué asfixiaron y mataron a millones de personas, entrar en la lógica de ese proceso. Por eso son tan importantes los documentos: son objetos, restos tangibles de lo que ocurrió. Con el tiempo aumentó mi convencimiento de lo necesario que es definir las fuentes y las pruebas, necesario y esencial, porque los testimonios se equivocan o bien nos engañan, porque dependen de la fragmentación de la memoria humana. Cuando, a partir de un documento, consigo hacer salir a la luz un hecho nuevo y probarlo, experimento un sentimiento de victoria y orgullo, como si fuera padre...

—Pero ¿padre de qué?

Félix encendió el puro y le dio una calada. Sus ojos atravesaban el humo como un par de bolas fosforescentes. El humo salía de su boca y subía hacia el techo, formando volutas azules. Tenía la expresión sombría, muy sombría.

—De un hijo monstruoso... —se contestó él mismo.

—Sí —admití—, es un viaje muy extraño..., que desafía todos los principios de la moral y los límites normales del pensamiento, para ir hacia las zonas más alejadas de lo que se considera humano. Cuando un hombre mata a un hombre, yo puedo decir por qué y cómo. Pero no me corresponde a mí castigar al asesino. Eso supone que se lo considera culpable, cuando el crimen no es más que una opinión sobre la cual divergen las civilizaciones, culturas y épocas. Por esencia y por deontología, nosotros estamos más allá del bien y del mal. La verdad, la verdad es lo único que nos preocupa, aunque sea atroz, aunque sea inmoral e inmundada, aunque sea innominable...

—El padre Francis no estaba equivocado del todo, entonces. Es peligroso frecuentar al Diablo.

—Pero a ti nunca te ha dado miedo el peligro.

—Al contrario, me atrae... Pasando a cuestiones concretas, dentro de cuatro días se celebra esa reunión para la presentación de un documental importante sobre la Shoah. Me pareció entender que Schiller era una de las personas filmadas.

—¿La reunión de Washington a la que se refirió el padre Francis? —pregunté—. Recibí un folleto hace unas semanas. —Saqué un programa del maletín.

—Ron Bronstein da una conferencia después de la proyección de la película —dijo Félix, mirándolo—. ¿No es el hombre del que habló el padre Francis?

—Sí...

—Creo que realmente deberíamos ir, sobre todo tú: te encantan ese tipo de actos.

—Sí —convine sin entusiasmo—. Puedes ir tú, si quieres.

—¿No me acompañas?

—Tengo cosas que hacer aquí. No puedo tomar el avión así, sin más, de un día para otro.

De repente, después de pasar la página del folleto, Félix sonrió.

—De todas formas, no es grave. No estaré solo.

Me enseñó un apartado del programa: «Exposición de esculturas de Lisa Perlman, con la presencia de la artista».

Lisa Perlman... Todavía hoy, al pronunciar ese nombre, me acuerdo del lugar primigenio, de los susurros infinitos, del púrpura y del añil, del verde aceituna y del oro, de la espuma blanca del río y de todos los frescores de las madrugadas y también de los crepúsculos, cuando, bajo un cielo rosado, los árboles proyectaban sombras serenas. Ojos agrandados, sonrisas que hechizan, cabellos de Lisa, mar sin arrugas, pequeñas en torno a los ojos, formadas cuando reía, risas afables, impregnadas de mansedumbre, risas sencillas, sin venganza. Venganza: de todos mis vagabundeos a través del tiempo, de mi vida y de su sentido. Lisa. Ese nombre tenía el sabor de la primera rosa, aquella que yo aspiraba con felicidad: un viento cálido repleto de olores. Los zarzales de color esmeralda y violeta delimitaban los dorados rastrojos.

Al día siguiente por la noche, Félix tuvo la idea de invitarnos a los dos, para que yo pudiera volver a verla.

Normalmente, cuando cenábamos juntos con Félix, yo preparaba pescado a la plancha o al horno. Soy vegetariano. Dejé de comer carne a los diez años: considerando mi carácter demasiado blando, mi padre me había llevado a visitar un matadero «para templar».

Lisa se había ofrecido a ayudarnos con la comida. Trajo una carpa para preparar un plato típicamente asquenazí: el *geffilte-fish* y una especie de paté de pescado endulzado. La carpa, recién sacada de la pecera de la pescadería, coleaba todavía cuando la extraje de la bolsa de plástico. Agitaba la cola con movimientos convulsivos y abría y cerraba con pánico las agallas, tratando en vano de aspirar, pues sólo había aire y el aire aún la acababa de asfixiar más. Cuanto más respiraba, más se intoxicaba y más violentas y desesperadas eran las sacudidas de su cuerpo. Puesta en el borde del fregadero, la escurridiza carpa escapó varias veces de las manos de Lisa y se deslizó hasta el interior del barreño. Entonces, con gesto brutal, Lisa la sacó y la retuvo con firmeza con una mano, mientras con la otra tomaba un cuchillo de cocina con el que le rebanó la cabeza. El cuerpo del pez decapitado experimentó aún algunas sacudidas y la cola algunos espasmos. La sangre chorreó por toda la pila, manchando las manos de Lisa de una sustancia roja.

Desescamó el pescado manteniendo el cuchillo bien recto sobre el cuerpo inerte y

luego lo abrió con un movimiento oblicuo de una extrema precisión, desde lo alto de la cabeza hasta debajo de la aleta ventral superior. Después, con un cuchillo más pequeño, penetró en el vientre del animal y lo limpió. Con su mano larga y ágil, sacó un amasijo de órganos que tiró a la basura. A continuación cortó con precisión cuatro filetes de carne de carpa, que mezcló con zanahorias y miga de pan para formar una pasta untuosa mientras yo la observaba con atención, sin perderme ninguno de sus movimientos.

Nos sentamos a la mesa y nos regalamos con el plato de Lisa, acompañado con rábano blanco del que yo me serví en abundancia. Al cabo de poco me sentí sofocado; me lloraban los ojos y a Lisa se le saltaban las lágrimas de tanto reír.

—Pero ¿no sabías que el rábano blanco es muy picante?

—Sí, claro —contesté—. Pero no me he fijado, soy un poco distraído...

—Me recuerdas a Béla. Cuando era más joven, quiso impresionarnos y se zampó entero todo el cuenco de rábanos blancos.

—¿Y qué pasó? —pregunté yo, al borde de la asfixia después de tomar una simple cucharada.

—Fue toda una odisea. Tuvieron que llevarlo al hospital y hacerle un lavado de estómago. Parece que podría haber sido grave.

—¿Lo ves a menudo, a tu hermano Béla? —inquirí prudentemente—. ¿A qué se dedica?

—A qué se dedica... —repitió Lisa—. A veces hace trabajos de fontanería, para ganar un poco de dinero...

De repente, como si temiera haberse ido de la lengua, se ruborizó y cambió de tema.

—¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—No, soy hijo único...

—¿Y tus padres? ¿Los ves a menudo?

—No, muy poco. No viven en París.

—¿No naciste en París? —preguntó Lisa.

—Sí... —respondí, tras un instante de duda—. Nací en París, pero mis padres se fueron a vivir a otra parte.

Mentía. Nací en Estrasburgo, pero me avergonzaba de mis orígenes provincianos. Me había trasladado a París al acabar el bachillerato, había cursado todos los estudios posteriores allí y consideraba que una quincena de años eran suficientes para naturalizarme. Desde entonces no había vuelto a abandonar la capital. Félix, que era parisino, había vivido una infancia normal, en una familia cariñosa y sociable, que lo había inscrito en los mejores colegios, que lo llevaba a visitar los museos y las exposiciones, que lo dejaba ir con sus amigos a las grandes avenidas del jardín de Luxemburgo..., la infancia que yo habría soñado tener.

De Estrasburgo conservo el recuerdo de una ciudad apagada, muerta: las calles se vacían desde las primeras horas del crepúsculo, y las avenidas mal iluminadas reflejan sólo las sombras impasibles de los graves edificios germánicos. Recuerdo los inviernos crudos, y tenebrosos, en que la oscuridad cae sobre la ciudad a partir de las tres de la tarde; recuerdo el cielo como una sucesión de chapas de plomo sobre nuestras cabezas, malos augurios emanados de los dioses encolerizados que hacían rechinar los dientes hasta que por fin estallaba su furia. Recuerdo los veranos sofocantes, de un calor húmedo que volvía el cuerpo pesado y flojo. Tomábamos duchas heladas a todas horas. Algunas veces atravesábamos la frontera del Rin para ir a la piscina en Alemania, donde el agua era más fresca y más limpia y había menos gente. En eso consistían nuestras vacaciones. Nunca nos movimos de la Alsacia natal: mis padres debían ocuparse de sus padres, demasiado ancianos para quedarse solos o para viajar. Para hacer correr más deprisa aquellos días de verano interminables, me iba en canoa: llegaba con mi pequeña embarcación hasta los parajes más apartados de los brazos del Ill, hundía mi remo en las aguas pringosas, aún más sucias en verano, como si ellas también se pusieran a sudar, a exudar miasmas y humores glaucos, y las ratas de agua daban vueltas y vueltas, felices, como bailarinas acuáticas.

—Yo —dijo Lisa— soy un espécimen del Marais. Nunca he dejado este barrio, desde que nací. Fue mi padre quien lo eligió. Había estado allí antes de la guerra, para visitar a unos primos. Entonces era distinto: era un pueblo de emigrantes llegados de todas partes, de todos los rincones de Polonia, de Alemania, de Rusia... Se parecía a lo de ahora, había tenderos, panaderos, carniceros, pero todos hablaban yiddish: era un *shtetel*^[1], reconstruido en París. La gente se ayudaba, como si fuera una gran familia. Después, en 1942, todo eso quedó a un lado y los policías se presentaron en las casas para arrestar a personas a las que conocían de toda la vida. Mi padre no volvió a ver a sus primos; pero algo lo impulsó a regresar a ese barrio, como para hacer revivir las cenizas.

—Dime, Lisa —preguntó sin tapujos Félix, interrumpiendo el silencio que se había producido—, ¿qué sabes tú del asunto Schiller?

Ella lo miró, turbada.

—¿Otra copa? —dijo, tomando la botella de champán—. No sé nada de ese pobre hombre —acabó por añadir, ante la mirada insistente de Félix.

—¿Nada? ¿Y tu padre, lo conocía bien?

De repente lo observó con fijeza.

—Me parece que has ido a interrogarlo varias veces sobre eso, ¿no?

—Sí...

—¿Y bien?

—No dijo nada.

—Creo que Schiller era el único hombre a quien mi padre se dignaba dirigir

algunas palabras, pero no me preguntes por qué.

A continuación compuso una expresión desarmante con la que daba a entender que no deseaba continuar con ese tema. Félix pareció comprender.

Esa noche bebimos mucho, tres botellas de Deutz y luego *armagnac*. Hablamos hasta muy tarde y después escuchamos música. Era un concierto de Elgar, cuyas lúgubres notas seducían mi corazón y lo transportaban con violencia hacia el que las emitía. Esa melodía romántica, sombría, a veces cruel, era como un presentimiento terrible y fulminante.

Todavía hoy en día, cada vez que la escucho, mi cuerpo entero se agita con un escalofrío. Es como una amenaza que pesa y que aterroriza, como una emboscada en las tinieblas, algo que se acerca y se amplifica de manera inexorable, un complot que se decide, un severo decreto, un monstruo implacable. Esta música que anuncia, se da completamente, se da y arrastra: no tiene necesidad de ser comprendida como las composiciones contemporáneas, es ella la que comprende. Susurrando al oído, penetra en todas partes, como un viento que se precipita sobre la ciudad, toma cada calle, barre toda avenida, para acabarse en forma de magistral tempestad. Ni afectada ni almibarada como las músicas románticas, ni guerrera ni plomiza como la de Wagner, se precipita, apasionada, como una ola contra una roca, estalla como mil truenos, como un mar enfurecido, arrastra, como un diluvio arrasa, como un recuerdo infinitamente triste hace resonar mi alma de pesar, de tristeza y de dolor, sí, de dolor. Un diluvio, una tempestad en mi corazón. Las aguas se ensanchan y forman una masa enorme sobre la tierra y nosotros nos dejamos llevar, a la deriva, en la superficie de las aguas; y la crecida cobra cada vez más fuerza y, bajo el firmamento entero, las montañas más elevadas quedan anegadas, toda carne expira y todo ser que respira se asfixia y todos los que inspiran el aire como aliento de vida, todos los que viven sobre la tierra firme mueren y todos los nombres quedan borrados.

—¿Querrás creer —comenté a Lisa, mientras escuchábamos elevarse las volutas— que los nazis eran unos apasionados de la música clásica?

—Sí —respondió—, aunque habría que ver de qué clase...

—Cuando era un adolescente exaltado, Hitler se empapó de las obras de Wagner. Uno de sus amigos, Kubizek, explica que durante un paseo nocturno en la colina de Freinbeg, después de haber asistido a la ópera de Wagner *Rienzi*, el joven Hitler se puso a hablar de repente con una extraordinaria exaltación: confundía su porvenir con el del pueblo alemán, como *Rienzi* percibía una misión para sí, que consistía en liberar a su pueblo.

—¿Esa ópera de Wagner podría haber decidido el destino de Alemania... y de los judíos?

—¿Quién sabe?... En fin, Elgar no me inspira las mismas ideas.

—¿No? ¿En qué te hace pensar?

Me hundí en el sillón y, exhalando un bocanada de humo, repuse:

—En los Archivos, por ejemplo, quince mil millones de documentos que, puestos

uno al lado de otro, cubrirían más de dos mil quinientos kilómetros...

Y aparte, en ti. En ti, a quien tu madre esperaba en la ventana cuando volvías del colegio. Te veía, estudiosa, aprendiendo a tocar ese violín que yo había advertido en el comedor de tus padres. En todos esos judíos que, en los campos, hacían resonar su instrumento en los oídos del verdugo. En tu madre, arrestada por la Gestapo; en tu abuela, cuyo nombre llevas tú: te pareces a ella. Tenía el pelo blanco, recogido en un moño, y unos ojos azules muy dulces; era una dama menuda y delgada, vestida con ropa oscura.

O bien en una mujer de mejillas hundidas y ojos grises, una mujer vieja que no había envejecido. Tú, para siempre.

Hoy en día, cuando escucho el concierto para violoncelo de Elgar, vuelvo a revivirlo todo: no hay nada como la música para evocar el pasado, con tanta precisión y tanta profundidad de espíritu. El gusto, el olfato o el tacto proporcionan efluvios intensos pero fugaces; y el esfuerzo, inmenso, para reconquistar el recuerdo es casi un trabajo para el alma. La visión de un sitio en otro tiempo habitado, antaño frecuentado, puede provocar una formidable nostalgia, pero el recuerdo de las épocas pasadas sigue siendo borroso, pues, capturado por la vista, no puede vagar por las zonas más recónditas y alejadas. Con la música, todo se ordena y se dispone como bajo el efecto de una máquina de remontar el tiempo. La música produce un impulso del corazón que dura y se profundiza, igual que una conversación entre dos amigos que rememoran lo mismo. Por eso nada puede entristecer más que un fragmento musical: el pasado es evocado con tal fuerza que uno casi siente que ha retrocedido y luego la caída hasta el presente es aún más vertiginosa.

Sí, la música es una gnosis que revela los conocimientos enterrados en lo más hondo de nuestro interior. ¿Quiénes somos? ¿En qué nos hemos convertido? ¿Dónde estamos? ¿Adónde nos hemos visto arrojados? ¿Adónde vamos? A veces uno reflexiona sobre estas preguntas y otras no se las plantea, simplemente porque es feliz.

«En el Oriente desierto...». ¿Es preciso que sepa hasta tal grado lo que fui? A Lisa, tan bella, se le saltaron las lágrimas de tanto reír durante aquella cena demasiado regada de alcohol. Lisa callaba, escuchaba con su semblante sereno y bailaba el vals al final de la velada. ¿Es preciso que sepa hoy hasta qué punto he perdido mi felicidad? Mi cuerpo y mi alma sufren porque se acuerdan de lo que éramos y saben también en qué nos hemos convertido.

Entonces bailábamos, bailábamos y girábamos cada vez más rápido, ebrios de velocidad, ebrios de pesadumbre y ebrios de cólera, de la rabia surgida del fondo de las edades, y con ella subía una risa suave que hacía estallar el mundo irrisorio.

Paneles enteros de la vida cotidiana se venían abajo con cada carcajada, que significaba: todo es un mero juego en el que uno se deja embarcar, un juego de pretextos falsos que se rodea de todos esos seres que hacen creer en su apariencia y que cuando se vuelven dejan aflorar otros aspectos, aquellos que no se ven nunca, y en torno a ellos todo vacila, el cielo, la tierra y las estrellas, y todos los valores, el bien y el mal, bailan, bailan juntos y flotan, flotan y dan vueltas en la sombra, aquí y en ninguna parte, en otro lugar, de repente semejantes, tan parecidos, tanto, que ya no se sabe cuál es uno y cuál es otro.

Ahora estoy solo y no hay nadie más que yo como referencia de mi espíritu, de mi pensamiento, de mi alma y de mi cuerpo, y debo revivir mediante el doloroso proceso del recuerdo todo lo que ella me había revelado en un relámpago, una fulguración: la felicidad y la tristeza, la espera y la impaciencia, el amor y el odio, el fervor, todo lo que supe como por arte de encantamiento, el vasto territorio del hombre. Sí, aprendí sin querer, como se mira sin ver o como se ama sin saber.

Para siempre, la música de Elgar será para mí la del origen, la de los balbuceos, cuando todo es puro y perfecto, cuando todo se dice por lo que no se dice, por la elocuencia inigualable de la mirada, cuando sólo existe el silencio para expresar lo que se siente, pues las palabras, demasiado abruptas, demasiado vulgares, desharían lo que enuncian: ese discurso infinitamente frágil y delicado de los primeros amigos. Para siempre, la música de Elgar será para mí la del final, pues en el momento más perfecto anunciaba la llegada del desastre.

La noche posterior a aquella cena, no dormí; dormité y me desperté sobresaltado para ver el icono de su cara. Un par de ojos angélicos, de una dulzura infinita, un rostro ovalado con un hoyo en la barbilla que se había hundido cuando sonrió, una boca de labios finos y rosados, una piel diáfana, un cabello negro que constituía el marco más dulce que se pueda imaginar para este cuadro, este retrato de artista.

¿Era preciso que, una vez más, un cristiano venerase a una mujer judía como su diosa? Entonces comprendí por qué Dios tenía una madre. Era la Virgen, tenía la gracia hierática de las madonas de la Edad Media.

Al día siguiente desaparecimos en el aire, hacia Washington, donde tenían lugar los actos conmemorativos de la Shoah. Allí conocimos al filósofo Ron Bronstein... y nos adentramos más en el camino del infierno.

SEGUNDA PARTE

6

Usted lo sabía, lo sabía todo. Como los profetas Amos, Oseas e Isaías, usted anuncia la catástrofe, la destrucción, sabía lo que íbamos a ser porque sabía lo que éramos. Usted es la mirada absoluta, usted sondea las entrañas y los corazones, por su sabiduría tiene conocimiento de la vanidad del hombre que siempre quiere convertirse en Dios.

Dios: eso era Félix. Nada lo asustaba, ni siquiera la muerte. En su vida de periodista había hecho de todo: reportajes en los guetos negros de Nueva York, encuentros secretos con los terroristas o los dictadores. No se trataba de valentía ni de temeridad: desconocía el miedo. Lo que lo asustaba lo atraía, lo fascinaba. ¿Era fatalismo? ¿Era inconsciencia? Incluso si, al interesarse por el asesinato de Carl Schiller, hubiera previsto que iba a verse engullido en semejante espiral, no habría dudado en precipitarse en ella.

A pesar de las diferencias existentes entre Félix y yo, había algo que nos unía de manera profunda. Esa era quizá la verdadera razón, la clave de nuestra complicidad: nuestros focos de interés no estaban tan alejados. El objeto de mis investigaciones — me refiero a lo que me animaba, al sentido de mi búsqueda— era aprehender, a través de la Shoah, el origen del mal absoluto. Félix era un periodista de grandes reportajes, y obraba guiado por el mismo ideal cuando se enfrentaba a los escándalos, a los crímenes sórdidos, a los conflictos y a las guerras. Sus investigaciones, como las mías, consistían en interpretar y analizar los documentos, rastrear las marcas y las huellas, reunir los testimonios y comparar las versiones para sacar a la luz la verdad: para comprender el Mal.

No obstante, en esta empresa similar, cada cual procedía de modo distinto. Él estaba enamorado del presente; yo era el hombre del pasado. A él le interesaba la realidad que se desarrollaba ante sus ojos o lo que acababa de suceder, nunca hechos lejanos. Yo prefería las excavaciones, las pesquisas entre documentos dudosos; me complacía abrirme paso a través de las adulteraciones solapadas, los añadidos falsos, los vestigios o los fragmentos. Yo era el hombre de los esqueletos y las cenizas, el detective que lleva a cabo su investigación después del crimen, que sigue la pista de la verdad enterrada bajo la mentira de los años, de las pasiones y de los intereses. En tanto que historiador, yo no era coetáneo de los hechos, pero era el primero en descubrir y anunciar, con minuciosidad y precisión, en buscar, igual que el explorador o el arqueólogo, el filón de las vidas fenecidas y hacer brotar su oro negro.

No obstante, de la verdad obtenemos únicamente una huella. Así son las cosas de los humanos. De las acciones, de los hechos y de los grandes discursos queda tan sólo la pisada sobre un suelo polvoriento, la sombra de una momia en un panteón oscuro..., ciudades enterradas, ruinas y escombros. De las palabras perdidas de la Sibila a las informaciones de los telediarios, sólo tenemos relación con esas marcas fugitivas de un fenómeno imposible de captar: el hecho improbable. Porque el pasado

no es un dato, es un recuerdo en perpetua evolución.

Para el historiador del tiempo presente, las huellas son menos tenues: son los testimonios, leyes y decretos, decisiones judiciales, anuncios y proclamaciones, discursos, periódicos, papeles, cartillas de racionamiento, permisos, pases, pasaportes. Están asimismo las órdenes, las propuestas, los informes, las cartas, los diarios de guerra, los documentos personales y también las listas, materiales dispersos en los centros de archivos y en las bibliotecas, medio destruidos, medio quemados.

Y además están las personas. Recuerdos, heridas, números grabados en los brazos. Palabras de supervivientes, de testigos. Memorias vivas, frases entrecortadas, llantos, miedos, dudas: huellas. Como dijo el historiador caído en la batalla, la historia no es la ciencia del pasado, sino la ciencia de los hombres inmersos en su tiempo. Lo humano es su materia de estudio, y la duración, la herramienta más apta para aprehenderlo: gracias a ella se desvela lo mejor. Porque es el tiempo lo que nos revela al hombre: igual que un prisma, refleja las fragmentaciones de lo real.

Yo había visitado con frecuencia la Costa Oeste y había ido varias veces a Nueva York, cuya fuerza y decadencia futuristas me agradaban en especial, pero Washington era diferente. Al descubrirlo, comprendí lo que significaba el Nuevo Mundo. Era un imperio que dominaba el universo, como lo habían sometido el imperio griego o el imperio romano, por medio de su potencia política y económica. Era una civilización, era la nueva Atenas: un esplendor de mármol blanco, de columnas y de frisos.

Aquí todo era lento, majestuoso. Aquí se habían tomado el tiempo suficiente para construir una República tan importante como las de la Antigüedad. Por todas partes podía divisarse el cielo: no era sólo la capital de Estados Unidos, era el centro del mundo. La cúpula del Capitolio, sus pilastras neohelenísticas, las águilas de las cornisas, las omnipresentes estatuas de generales y jefes de Estado en cada esquina daban prueba del predominio de esa democracia fundada en el ideal de la libertad. Aquello era Atenas en sus tiempos gloriosos: uno sólo podía sentirse fascinado o anonadado. Encaramado en lo alto de una colina igual que el Partenón, el Capitolio, simétrico, imponente, es el cuartel general de los emperadores o de los dioses. La biblioteca del Congreso, en el Jefferson Building, es, como la de Alejandría, el santuario del conocimiento universal, con su vestíbulo inmenso, sus escaleras, sus frescos en los techos, sus pinturas y sus mosaicos. Uno de ellos representa a la diosa Minerva sosteniendo una lista de las disciplinas académicas y otro escenifica las etapas del saber humano: de este modo, este país posee también el conocimiento, como si hubiera recogido lo que cada civilización ha aportado a la humanidad, cuyo punto culminante sería él. Tres medallones figuran la medicina, la ley y la teología, consideradas como las artes mayores. La ley, en el centro, es reina de este país, depositaria suprema de la democracia: una pasión para esta nación amante de la moral.

El Museo del Holocausto acababa de abrir sus puertas, después de seis años de obras. Su ubicación simbólica —en el inmenso Mall, cerca del monumento a Washington— demostraba que la Shoah era parte integrante de la memoria estadounidense es decir, de la memoria mundial.

No en vano los museos y los monumentos están ahí, al igual que la historia de Herodoto, para forjar el espíritu de las naciones, para dispensar la educación popular adecuada para cimentar la unión de un pueblo. Como en los templos de las sociedades antiguas, en ellos se oficia la religión de la República: la historia. El Museo del Holocausto no difería de la norma: había que integrar el suceso en la conciencia norteamericana.

Al entrar en el museo, reconocimos de lejos al padre Francis por su extraña cojera. Inclinandose ora a la derecha, ora a la izquierda, avanzaba con andar renqueante. Intercambiamos unas frases educadas; él nos contó que había llegado el día anterior y luego, como si fuera lo más normal del mundo, se unió a nuestro grupo para efectuar la visita.

Experience the Holocaust! Las ventanas cegadas separaban el espacio americano del dedicado a la memoria. Aquí estábamos en ninguna parte. Fuera del tiempo y del espacio, la mirada no podía proyectarse afuera, a la gran explanada del Mall. A la inversa, el interior del museo no era visible desde el exterior. El edificio de Freed ofrecía un contraste sorprendente con el resto de las construcciones. Aquella edificación sórdida, un calco de la siniestra arquitectura de ladrillo rojo de las torres de los campos de concentración y los hornos crematorios, resaltaba sobre el resto de lugares ceremoniales.

Nos adentramos en el inmenso vestíbulo del Testigo, al fondo del cual una escalera que representa el ferrocarril asciende hacia una puerta en forma de arco: la entrada de Birkenau. En ese lugar completamente cerrado se hacía vivir a los visitantes la experiencia de la deportación: se les daba un librito con una fotografía y una descripción de la víctima que iban a encarnar, así como el relato de su vida durante la guerra. A cada cual se le atribuía una identidad correspondiente a su posición, su edad y su sexo. Los padres eran adultos atrapados en la tormenta. Los más jóvenes se identificaban con los niños judíos asesinados.

Y todos debían amontonarse en uno de los vagones de ganado, todos debían pasar por la puerta del campo, donde está escrito que el trabajo nos hace libres, y todos debían sentarse en un barracón de prisioneros reconstruido y, durante un instante, vivir un poco la pesadilla. *Remember the children:* Se narraba la historia del pequeño Daniel por medio de su diario íntimo y sus pinturas de la guerra, el gueto y el campo de concentración. Los niños podían revolver sus cajones, extender su manta y abrir las ventanas para seguir su vida, antes y después de las leyes antisemitas.

La visita continuaba a través de grandes salas oscuras, donde se proyectaban fotografías a tamaño natural y películas en blanco y negro que mostraban pueblos, campos y rostros de individuos aterrorizados. Los niños no podían entrar en las que describían los experimentos médicos o las cámaras de gas. La historia de la Shoah, iniciada desde el despuntar del antisemitismo cristiano, no escamoteaba los ejemplos norteamericanos y mencionaba la negativa de Roosevelt a bombardear los campos de exterminio, a pesar de las reiteradas demandas de los judíos de su país.

No era aquella la primera vez que reparaba en ese *mea culpa* nacional. A mi parecer, la civilización estadounidense debe su tremenda fuerza a esa relación que mantiene con su pasado y que consiste en situar las propias faltas frente a sí, en observar las propias miserias y crímenes para afirmar con fuerza el orgullo de ser americano. Para un puritano, hay una remisión posible del pecado: confesar o reconocer equivale a ser perdonado. La peor de las faltas es la mentira. Nosotros, los jansenistas, nos sabemos condenados: por eso preferimos disimular el acto culpable y hacer como si no hubiera existido.

Pero ¿eran manos vivas las que surgían de las paredes de esa falsa prisión, eran los niños asesinados los que aparecían en esos guetos de papel, era acaso posible experimentar en una catarsis benéfica el camino de la muerte, la agonía humana? Ver esos rostros por espacio de un instante, oírlos hablar a la sombra de la nada, ¿equivale a ofrecer una tumba a aquellos que no tuvieron ninguna? ¿Ese mundo de palabras y de imágenes, que pretendía conducir a los visitantes por un viaje al seno del mal, contaba la vida de los hombres reales? ¿Era posible experimentar esa vida?

Como todos, yo estaba fascinado, cautivado. Ese recorrido equilibrado, interesante, documentado, reconstruido con objetos auténticos de supervivientes, visibles y palpables cabellos de mujeres de verdad, uniformes de prisioneros, botes de leche e incluso, en el tercer piso, un trozo de vía. Todas esas imágenes me producían vértigo. Trasladado al espacio de Auschwitz, yo había visto los barracones y había avanzado un paso en esa historia, la suya, la mía en la actualidad, con su intensidad creciente, su «suspense». Había visto a esos hombres como si fueran de verdad, esas figuras de niños húngaros antes del drama, esas miradas de maestros de escuela de expresión indescifrable, entre la sorpresa y el espanto, esos ojos despavoridos de las mujeres en la rampa, ese inventario fotográfico del horror, esa revelación, esa epifanía, una Redención tal vez, pues el museo del Mal no podía por menos, para satisfacer a su público, que acabar con una nota de esperanza, un *happy end*, cuando la última superviviente, ya anciana en la filmación, explicaba cómo, abandonada en un escalón de la muerte, fue recogida por un joven soldado americano que poco después se convirtió en su marido.

Lisa no dijo ni una palabra durante toda la visita. Caminaba con la cabeza alta y ademán pensativo. Félix tenía el semblante sombrío de los peores días. El padre

Francis, por su parte, estaba locuaz; comentaba lo que veía, explicaba que quería tomar sobre sí el sufrimiento del pueblo judío, que este era el Calvario y que también rezaba por los verdugos, instrumentos de Dios, mensajeros divinos venidos para purificar el mundo.

—Son los dolores del parto del Mesías, hijos míos —decía—, es la lucha entre el Cristo y el Anticristo.

Yo notaba que Félix estaba a punto de salirse de sus casillas. A cada palabra del sacerdote apretaba un poco más la mandíbula, al borde del estallido.

—Estamos volcados a la oración por los crímenes de Auschwitz —proseguía, con su voz temblorosa, el padre Francis—. La puerta del infierno es la puerta del cielo.

—Cállese —le espetó Félix, clavándole una mirada asesina—. Todo el mundo está en silencio aquí.

El padre Francis lo miró de arriba abajo un momento y luego esbozó una sonrisa conciliadora.

—Tiene razón, hijo mío.

En la inmensa sala del Testigo, en cuyo centro brillaba a perpetuidad la llama del recuerdo, el viejo se inclinó hacia mí.

—En confianza —susurró—, le confieso que sólo puedo soportar esta noche en la que se hunde Israel si pienso en la noche en la que nos encontramos a la espera del regreso del Mesías, para abrimos a todos el camino de la vida, para hacer surgir la luz del mundo.

Abandoné a aquel extraño hombrecillo en el recinto y seguí a Lisa, que se encaminaba a la sala donde estaban expuestas sus obras.

Había cuatro esculturas de formas abstractas, una de las cuales me llamó especialmente la atención: se trataba de una simple piedra de granito de varios metros de ancho, situada delante de una pared, en posición horizontal. Cuando interrogué a Lisa sobre el significado de esa obra, me señaló el otro lado de la piedra, en cuya cara posterior había grabados unos nombres en letras minúsculas.

—Son los nombres de los niños muertos en Auschwitz —explicó.

—Pero ¿por qué exponerlo así, sin que se vean los nombres por delante?

—Para no hacer un monumento —respondió—. La idea de crear arte en torno a la Shoah tiene algo de incongruente, de obsceno, y más teniendo en cuenta que la escultura y la arquitectura eran piezas clave de la escenografía nazi.

—¿Y por qué una simple piedra? ¿Por qué no una escultura con formas humanas?

—Porque es imposible representar lo que pasó, ya sea en una obra de ficción, una novela o una pintura, y con mayor motivo en una escultura, que es la forma de arte más próxima a lo humano y más sujeta a la idolatría. Por eso hay que encontrar una manera de hablar de la Shoah, de hacer sentir el horror que fue, de conmemorarla, sin describirla jamás. Es la idea de los «antimonumentos».

—Pero, si no se dicen nunca las cosas, ¿cómo se sabrá lo que pasó?

—Leyendo y escuchando a los testigos, viendo documentales, separando bien la

verdad de la ficción; pero no con una obra de arte, que apela al alma, a la sensibilidad. Un acontecimiento único exige una representación única: la única obra de arte que puede hacerse sobre este desastre es un documental que haga saltar todos los marcos de la representación, no mostrar los cadáveres amontonados; sino dejar hablar a los testigos, sin pretender nunca comprender.

—Pero los testigos aportan sólo una verdad subjetiva —objeté.

—Una verdad humana —corrigió ella—. ¿No es esa la única verdad?

Me señaló una escultura de otro artista. Representaba unos rostros aterrorizados de hombres, mujeres y niños y tenía por título *En la habitación*.

—¿Ves, por ejemplo, esta escultura? En mi opinión, es exactamente esto lo que no hay que hacer: caer en la morbosidad y el *voyeurismo*. Es obsceno.

Mientras proseguía con sus explicaciones, me incliné a mirar los nombres inscritos en la piedra.

Eran muchísimos, innumerables. No sé por qué mi mirada se vio atraída hacia la parte inferior de la piedra, donde figuraban los apellidos que empezaban por S.

El corazón me dio un vuelco en el pecho. Acababa de leer el nombre de Carl Rudolf Schiller.

—Lisa —pregunté—, ¿fuiste tú quien grabó todos esos nombres en la piedra?

—No, los mandé grabar —repuso.

—Mira.

Se fijó en el lugar que le señalaba.

—Qué raro —comentó con tono sosegado—. Tiene que ser un error. El nombre de Carl Rudolf Schiller no puede estar inscrito en esta piedra. Es totalmente absurdo.

—¿De dónde proceden estos nombres?

—De una lista elaborada en Yad Vashem, el museo de la Shoah de Israel... Quizás ese hombre tenía un homónimo —añadió.

—Sería una coincidencia bastante extraña —observé—. No se trata de un nombre muy común.

—Tiene que ser un error —repitió en tono resuelto.

Después de reunimos con Félix, dimos los primeros pasos en la calle, un poco embotados.

Félix afirmó que el museo nos había trastornado. Dijo que el espectro de lo *kitsch* se perfilaba a través de aquellas imágenes del horror.

Félix dijo que aquello le recordaba Disneylandia.

Por la noche nos volvimos a encontrar en el gran cóctel que daban para la inauguración del documental. Félix se había puesto un traje negro sobre una camisa de tono añil y, como de costumbre, se había esmerado en tener un pelo y unos ojos relucientes. Lisa, vestida con una blusa blanca y una falda de terciopelo púrpura, se movía con gracia.

Me turbaba, no habría sabido precisar por qué. Quizá tan sólo porque era hermosa, con sus largas pestañas que daban sombra a unos ojos grises como un cielo encapotado, su piel salpicada de algunas pecas igual que un cielo estrellado, sus manos dulces y finas como medias lunas, su cuerpo delgado que se plegaba bajo el viento adverso. Había en torno a ella un silencio que la protegía, una aureola de pena y de dolor. A veces parecía completamente sola, completamente triste, y yo lo habría dado todo para consolarla y apaciguarla.

Mirarla me sumía en un estado extraño: mis juicios, mi talante no eran los habituales. De un instante al siguiente, me tambaleaba experimentando, una tras otra, sensaciones de una intensidad y una fuerza que no habría creído posibles. ¿Había pasado de una indiferencia apática a otra clase de ataraxia? Mi corazón nunca había latido, nunca había resonado antes de conocerla.

Lo que ahora diré es indecente a más no poder y carece de todo valor moral. Pero es así. El recuerdo que guardo del conjunto de esta visita a Washington es el de un viaje absolutamente maravilloso. Acabábamos de ver y escuchar las peores

atrocidades, y yo nadaba en la felicidad. Estaba enamorado o, lo que es lo mismo, estaba situado más allá de la moral, en una burbuja de egoísmo que sólo sabía de ella y de mí. Nada habría podido interponerse a mi euforia, ni Dios, ni la sociedad de los hombres, ni la propia naturaleza. Ni siquiera el horror de la Shoah llegaba a empañar mi felicidad. Solamente tenía ojos para ella. Veía el espanto a través de ella: era hermoso. Me producía estremecimientos de placer. Estaba contento de estar allí, al lado de aquella mujer que sufría en silencio; me sentía útil, aquello me brindaba la ocasión de aproximarme a ella. Era como si participase de su historia, era como si esa experiencia nos reuniera. El corazón es un órgano fascista, irracional y monolítico, un imperio fanático y totalitario. Por ella habría podido atravesar todas las barreras, humanas e inhumanas. ¿Quién ha dicho que el amor es una virtud moral?

El padre Francis se incorporó pronto a nuestro reducido grupo. En el fondo nadie deseaba su compañía, pero no podíamos dárselo a entender.

De pronto reparó en dos hombres que conversaban y se dirigió hacia ellos, indicándonos que lo siguiéramos. Uno de ellos era un hombre alto y delgado, de cabello oscuro y tupido, cortado a cepillo, mirada inteligente y sonrisa sarcástica.

—Les presento a Ron Bronstein —dijo el padre Francis con un guiño de ojos.

—Álvarez Ferrara, un viejo conocido —dijo a su vez Ron Bronstein señalando a su interlocutor—, exembajador de Argentina en la ONU. Nos conocimos hará unos diez años en los encuentros de la Unesco.

El hombre que se inclinó para saludarnos, de estatura mediana, tendría unos setenta años. Sus ojos quedaban ocultos tras unos cristales oscuros y su cara, de piel reseca y arrugada, estaba devastada por la varicela. En su nariz chata aparecían finas venillas rojas. Lo más asombroso, con todo, era su boca sin labios, semejante a un abismo sin rebordes, un agujero que se abría en medio de su cara.

—¿Su país se interesa por los encuentros relativos a la Shoah? —preguntó Félix.

—Digamos que... me encuentro aquí un poco por azar —respondió—. Estoy en Washington por cuestiones profesionales, pero me he enterado de que el señor Bronstein estaría presente y he decidido venir a saludarlo...

Lanzó una mirada de complicidad a Bronstein. Estuvimos charlando un momento con los dos hombres sin hacer la menor alusión a nuestra investigación. Después nos separamos de ellos. Regresamos al hotel donde nos habíamos alojado y en el que también se había instalado el padre Francis. Al llegar, decidimos tomar una copa en el bar. El padre Francis nos seguía como una sombra.

Lisa y yo queríamos evitar hablar del museo, pero el anciano se las compuso para desviar la conversación hacia los judíos y los cristianos. Félix encendió un puro con gesto nervioso y soltó una nube de humo.

Noté que estaba a punto de estallar cuando el viejo declaró que quería cargar sobre sí el sufrimiento de los judíos en Auschwitz. Lisa lo observaba sin decir

palabra, con una mirada de franca compasión.

—Recuerdo las palabras que dirigió el Papa a los judíos de Varsovia el 14 de junio de 1987 —decía el padre Francis—. «Cuanto más atroz es el sufrimiento, mayor es la purificación. Cuanto más penosas son las experiencias, mayor es la esperanza. Podéis continuar con vuestra vocación particular... Es vuestra misión en el mundo contemporáneo». Cuando visitó el campo de Mauthausen en 1988, dijo que los judíos han enriquecido al mundo con su dolor.

—¿No se da cuenta de que está profiriendo obscenidades? —lo interrumpió con aspereza Félix.

A continuación aplastó con rabia la colilla del puro en el fondo del cenicero.

—Si se admite que el sufrimiento tiene un sentido, ¿cómo puede comparar Auschwitz con las otras desolaciones?

—Pero si es el calvario de Jesús en la cruz, hijo mío. ¡Es el misterio divino que garantiza la salvación!

Se produjo un silencio tenso. Lisa y yo nos miramos, con el mismo pensamiento. Yo estaba seguro de que Félix iba a montar un escándalo.

—Lo que murió en Auschwitz fue el cristianismo —dijo—, igual que todas las religiones. Auschwitz no es la Pasión. Ni de Jesús, ni de nadie. La Shoah tiene que ver sólo con los hombres y con su espantosa cobardía frente al mal.

Félix tomó su vaso y, tras agitar el hielo, declaró sin más:

—Pero quizá sea necesario que le inflijan el mismo final que a Schiller para que entienda de una vez.

Durante un momento, permanecimos boquiabiertos. El padre Francis lo observaba con ojos inexpresivos mientras apuraba su copa sin inmutarse en lo más mínimo.

—¿No crees que eres un poco duro con nuestro amigo? —logró articular al fin Lisa.

Yo, por mi parte, estaba sorprendido por la actitud de Félix: es cierto que Auschwitz suscitaba preguntas existenciales y que todo el mundo debería haberse tomado las cosas tan a pecho como él. De todas formas, viéndolo de repente tan involucrado con la Shoah, cabía preguntarse si no tenía alguna ascendencia judía.

El padre Francis debió de hacerse la misma reflexión, puesto que tuvo la inoportuna idea de expresarla en voz alta.

—Habla como Hitler —le replicó, cortante, Félix—. Yo soy *goy*, de pies a cabeza. Y precisamente por eso me interesa esta cuestión. Desde mi punto de vista, si algo puede afirmarse de la Shoah es que no es un asunto exclusivo de judíos.

Así era Félix: era hábil para el insulto y no le costaba encontrar palabras envenenadas para desarzonar a sus adversarios. Yo, que lo conocía bien, sabía con precisión cuándo estaba a punto de proferir una terrible insolencia. Sus ojos de brasa se entornaban un poco, adoptando un brillo maligno, su boca se torcía con una mueca que expresaba una mezcla de desaprobación y asco, entonces yo sabía que de sus labios iban a salir no las perlas habituales, sino los sapos más horripilantes.

Para recobramos de la emoción y distender un poco el ambiente, pedí vino. Bajo la mirada triste del padre Francis, bebimos en silencio, una copa, luego dos, después tres..., un poco más que de costumbre.

El vino me producía variados efectos, que iban desde un ligero desajuste de la percepción hasta la euforia o la plenitud extática. Félix, cuando estaba borracho, comenzaba a hablar de manera totalmente desenfrenada, avanzando por medio de asociaciones de ideas, y a menudo extraía de esas elucubraciones pensamientos más precisos, verdades más profundas. Lisa, por su parte, tal como constaté con asombro, tenía un aguante fabuloso.

—Pues oíd lo que os voy a decir —vaticinó Félix al cabo de una hora y seis copas—. En el fondo, bien mirado..., no me desagrade lo de Schiller... Ese viejo cretino recibió lo que se merecía. Desbarraba totalmente. Y además, si lo han matado los neonazis, tanto mejor. Eso demuestra, una vez más, que no han entendido nada...

—¿Por qué dices que lo han matado los neonazis? —lo interrumpió Lisa.

Félix pareció desconcertado. Se quedó inmóvil un momento, como si esperara algo. Yo estaba nervioso, pues tenía una vaga conciencia del peligro que representaba volver a tocar aquel tema, y me mantuve a la expectativa. Entonces, no sé de dónde, me vinieron a la mente unos versos:

Antes de que me vaya sin retorno
al país de las tinieblas y de la sombra densa
donde reinan la oscuridad y el desierto
donde la misma claridad recuerda la noche oscura

Advirtiendo su turbación, Lisa se prestó a ayudarlo:

—Es cierto que Schiller no había entendido nada... Decía que es imposible que un Dios omnisciente ignore lo que ocurre en la tierra. Decía que lo sabía todo, desde siempre. Que conocía los pecados de la humanidad antes del diluvio. Él nos lo había advertido: llegaría el día en que íbamos a traicionarlo y a faltar a su ley. Por eso recibiríamos castigo y no sabríamos la razón de nuestro sufrimiento. Para Schiller, Dios no se escondió en Auschwitz; somos nosotros los que hemos perdido la capacidad para oírlo. Decía que si los niños hicieran caso a sus padres, si los maridos y las mujeres se respetasen, no se habría producido la Shoah. Decía que Dios no esconde jamás su rostro... Decía que Dios había provocado la Shoah para castigar al pueblo hebreo por sus faltas...

—Pues claro, por supuesto, y tenía razón —encareció el padre Francis—. Decía que Auschwitz es el purgatorio. Pero el purgatorio es esto. Ahora es cuando puede verse abreviada la pena de los muertos gracias a las voces de los vivos. Ahora es cuando se juzga la responsabilidad individual, se evalúan la imperdonable culpabilidad de los pecadores criminales y los pecados veniales. Estamos entre el paraíso y el infierno, en los círculos de fuego, entre los lagos y los mares de fuego,

los anillos, las paredes y los fosos. Créanme: por eso mataron a Schiller. Porque le tenían miedo, tenían miedo de lo que podía decir y hacer.

—¿Y qué podía hacer? —preguntó Félix.

—Era muy popular, desde luego. Habría podido subir al poder y no sólo en Alemania.

Lisa me lanzó una mirada inquieta. A pesar del alcohol, sus ojos no habían perdido un ápice de su vivacidad y agudeza. En el fondo yo me preguntaba, sin embargo, qué podía afectar a aquella alma, tan elevada y digna que parecía casi intocable.

Al día siguiente, se proyectaba el documental. Félix, Lisa y yo acudimos a las diez de la mañana al gran anfiteatro del museo. Al entrar en la sala, un graderío frente a una pantalla inmensa, sentí que se me aceleraban los latidos del corazón. ¿Era por la perspectiva de ver a Carl Rudolf Schiller, vivo, en la película? ¿O era a causa de la noche que había pasado, arrugando las sábanas de la cama mientras pensaba en Lisa, que dormía a apenas unos metros a unos cuantos tabiques de distancia? Era como si oyera su respiración. Quizá se debía simplemente al café solo en el que me había empapado los labios por la mañana, para despertarme y para captar plenamente lo que me estaba sucediendo: ella estaba allí, delante de mí, tomando el desayuno, ella estaba allí, tranquila, bebiendo té y dirigiéndome miradas a hurtadillas, ella también.

Si bien carecía de la formación filosófica suficiente para comprender todo cuanto se decía en los debates, me pareció que allí se dirimía algo importante: ¿cómo es posible el mal, si se concibe a Dios como el señor de la historia? ¿Cómo ha podido un Dios bueno crear el mal? La idea de un Dios providencial exige una teoría capaz de explicar el mal. Ahora bien, el mal, en su forma absoluta, pone en tela de juicio la existencia de Dios, o cuando menos la de la Providencia divina. La teodicea clásica resuelve ese problema diciendo que desconocemos el punto de vista de Dios, y que lo que es un mal en nuestro nivel humano puede ser un bien en un nivel superior al que no tenemos acceso. La Shoah, no obstante, añade nuevas dudas a todas las teodiceas: en la Shoah no puede haber racionalización del mal, que sería un medio para un bien futuro, porque nada puede justificarla, porque no puede afirmarse que la Shoah sea un bien que ignoramos.

Algunos, en su desarrollo de una nueva teoría, rechazaban al Dios del judaísmo tradicional y consideraban el regreso a Sión como un momento de *kairós*, de transformación decisiva de nuestro tiempo. Propugnaban un redescubrimiento de las religiones arcaicas para volver a conectar con los poderes de vida y de muerte de Baal y de Astarté. Para ellos la tierra es una madre, pero una madre caníbal que, tarde o temprano, consume lo que ha puesto en el mundo. Si Auschwitz tiene un sentido, es el del ciclo natural de la vida y el renacer: hubo muerte para el pueblo que se proclamó el Elegido entre las naciones y después hubo resurrección en la tierra de

Israel. No en vano la elección corre pareja con la vulnerabilidad de aquellos que son ofrecidos en sacrificio en los tiempos de crisis.

Según esta concepción, los nazis no eran paganos, sino satánicos anticristianos. Igual que los sacerdotes del diablo, su problema era, precisamente, que creían pero que creían demasiado. Celebraban una misa negra, no por falta de fe, sino porque odiaban a Dios. A la manera de un grupo de religiosos rebeldes, querían invertir los cánones de la religión establecida.

En la tercera entrevista filmada aparecía Mina Perlman en su despacho de la École Pratique des Hautes Études. Su media melena rubia, su tez transparente, sus ojos azules, pequeños, intensos, rebosantes de inteligencia, revelaban un alma ardiente. Con su voz grave, Mina explicaba que, según ella, existía una conjunción teológica entre la Shoah y el Estado de Israel.

—Si el sionismo y el retorno de los judíos a su tierra son anteriores a la Shoah, para mí la creación del Estado de Israel después de la guerra es inseparable de la catástrofe —expuso Mina—. Auschwitz es el purgatorio y el Estado de Israel es la redención del pueblo judío, una primicia anticipada de los tiempos mesiánicos. El heroísmo de los primeros inmigrantes demuestra a las claras que el sionismo era una teofanía de la voluntad colectiva judía con respecto al Absoluto. Lo que quiero decir es que, de una manera o de otra, hay una redención posible, incluso después de las peores atrocidades.

La principal atracción del documental era, naturalmente, la entrevista con Carl Rudolf Schiller, que había sido filmada varios meses antes de su muerte, en Berlín. Fue un poco como una aparición; un fantasma resucitado. Yo recordé, de pronto, todas las veces que lo había visto hablar en coloquios y el asombro que me había producido el carisma de ese teólogo, ese tribuno que concitaba el entusiasmo de las masas, que tenía fe en Alemania después del destino siniestro que había infligido a este siglo. También rememoré nuestro primer encuentro en casa de los Perlman, seis años antes. Aquel incansable viajero, aquel hombre de firmes convicciones, aquel creyente, me había causado una gran impresión. Todo había acabado, sin embargo: él ya no existía y, por más que sus labios se movieran en la filmación, era otro Schiller, un falso Schiller, un Schiller que sobreviviría eternamente al hombre de carne y hueso, pero a fin de cuentas un Schiller de papel.

¿Qué decía? Decía que había que creer en Dios a pesar de todo. Ser como Job: amar por amar, sin compensación, amarlo todo contra todo, amar sin queja ni lamentación, desde el fondo de la injusticia, en el seno de las tinieblas, dar gracias a Dios y adorarlo sin motivo, sin condición, sin esperanza ni pesadumbre.

O tal vez dijera lo contrario: decía que escarnecía a Dios, que mientras viviera no dejaría nunca de proclamar su indignación y que, si Dios existía, tenía que estar a la fuerza ausente de la historia. Pero si era impotente, ¿quién era, entonces?

La verdad es que ya no lo sé. Recuerdo más que nada haber visto que sus labios finos se movían tan pronto con rapidez como casi al ralenti; recuerdo sus ojos pálidos e inexpresivos que miraban al vacío o bien hacia mí, como si me sondearan; recuerdo su piel transparente, como un velo evanescente, cubierta sin embargo de manchas en las sienes, como si estuviera tatuada; recuerdo su rostro en un primer plano y a pesar de ello borroso, cada vez más lejano e incierto.

Hablaba con una voz extraña que parecía vacilar entre los graves y los agudos, una voz exaltada y temblorosa, con frases dichas a tirones, como si quisiera retener las palabras, o bien como si estas se precipitaran hasta su boca antes incluso de que hubiera decidido articularlas, como si fuera necesario que hablara, que hablara sin freno, sin parar jamás.

La secuencia siguiente mostraba a Ron Bronstein, vestido con una camisa deportiva de color crudo y pantalón corto marrón, sentado con desparpajo en la terraza de un café de Jerusalén.

—Hoy ya no se puede decir que el Mesías ha venido. De igual manera, no se puede decir que Israel es la Redención después del sufrimiento, porque no hay sentido alguno en el sufrimiento, contrariamente a lo que afirman ciertos teólogos judíos y contrariamente a los llamados sionistas cristianos, que asimilan el regreso de los judíos a su tierra a una escatología cristiana, destinada a cumplir la profecía de la conversión última de los judíos al cristianismo. Yo sostengo que esta teología es antisemita porque celebra la formación de un Estado judío como piedra angular de una conversión que remite a la aniquilación de los judíos y al triunfo de Cristo. ¿Por qué los cristianos no acaban de hacerse plenamente cargo del *Ahavat Israel*, el amor incondicional del pueblo judío?

En ese momento se produjo un apagón. Unos segundos más tarde aparecía en la pantalla el rostro de Carl Rudolf Schiller; pero la calidad de la película era distinta. Era como de un vídeo doméstico malo. La imagen era turbia, la cámara se movía y se oían sólo numerosos chisporroteos.

En un primer plano, el hombre aparecía colorado y jadeante, como si estuviera furioso, a punto de salirse de sus casillas. Tenía los ojos desorbitados, inyectados en sangre. Parecía sufrir a causa de un violento esfuerzo.

Entonces la cámara se alejó y dejó ver el conjunto de la escena.

En la sala brotó un alarido.

A mi lado, oí una voz que murmuraba: «Un castigo, sí, un castigo divino». No habría podido afirmarlo con certeza, pero me pareció que era la voz temblona del padre Francis.

Enseguida se encendió la luz. El servicio de orden se precipitó a la sala de

proyección: la película había sido manipulada. Alguien había añadido una secuencia rodada en otro lugar, en otro momento, por un ojo que no pertenecía a los autores del documental.

Un verdadero delirio, una histeria colectiva se había adueñado de los presentes. Las caras expresaban estupor y repugnancia. Félix se hallaba en un estado indescriptible. Desplazaba febrilmente la mirada a todas partes, como si buscara algo a qué agarrarse. Parecía que los cabellos se le hubieran puesto de punta. Se diría que se había vuelto loco.

Lisa tenía los ojos desorbitados de pavor y los labios apretados, reducidos al filo de una hoja. De improviso se precipitó hacia los lavabos del fondo de la sala para vomitar.

Jamás olvidaré aquella visión. Dulce es el mal, gozoso es el mal para aquel que lo comete, aquel para quien la ejecución del designio funesto es un momento supremo, un deleite partícipe del absoluto.

La carne en las montañas, las virutas de hombres en los valles, la sementera abrevada con la sangre que fluye como en ríos, todas las visiones del horror permanecerán para siempre en el fondo de mis noches. Es el Abismo; el propio Abismo se puso de luto ese día nefasto, en lo más hondo de las tinieblas, la consternación era patente en los ojos de todos, el terror temblaba en las caras desencajadas: era la fosa de la que subía un grito amargo, terrible, era la fosa llena de cenizas y de amargura.

La escena sólo había durado unos minutos, el tiempo que tardó el servicio de orden en parar la proyección, pero todos los asistentes se quedaron clavados en los asientos, presas de espanto.

Carl Rudolf Schiller, atado a una silla, forcejeaba violentamente, tratando de zafarse de sus ataduras. Como no había sonido, no se podía saber qué decía, pero parecía alternar los gritos y las súplicas. Su cara presentaba la marca del terror.

De repente, una mano armada con un revólver se acercó a él: era el brazo inexorable de quien tiraba de los hilos de aquella macabra puesta en escena.

La mano apretó el gatillo. El hombre murió de un balazo en el corazón.

Entonces la misma mano se acercó, esta vez armada con un cuchillo.

Lo que pasó después entra en la categoría de lo indescriptible. No tengo palabras para encarar la verdad de ese acto.

La policía, que había cerrado las puertas del edificio, comprobaba las identidades.

Félix y yo, manteniéndonos un poco aparte de la multitud empavorecida, esperábamos a Lisa.

—¿Se han fijado en ese pequeño cuaderno tan extraño que había encima de la mesa cerca de Schiller? —murmuró alguien a corta distancia de nosotros.

Me sobresalté: era el padre Francis.

Schiller, en efecto, lanzaba de vez en cuando furtivas miradas a un cuaderno situado en una mesa cerca de él, un pequeño cuaderno marrón.

—Entre los discípulos de Jesús —prosiguió, con su voz almibarada, el padre Francis— había una secta, los judasitas, rama de los cainitas, que asignaba a Judas una importancia superior a la de Juan, el discípulo bienamado. Según ellos, Judas entregó a Jesús porque él era el único que sabía que este era el enviado de Dios: de ahí que, al poseer la gnosis, sea él el verdadero autor de la Redención, que ha traído la mayor bendición a la humanidad. El término empleado en los Evangelios para designar la muerte de Judas proviene de *apagcho*, que significa no sólo «ahorcarse», sino también «estrangularse». Por eso se cree que Judas entró en trance y se estranguló según un rito especial...

—¿Por qué nos cuenta eso? —lo interrumpió Félix.

—Ahora se lo explicaré, hijo —contestó el padre Francis con aire de entendido—. Hay un evangelio de Judas, pero se perdió. Ese evangelio no se refería al saber de Dios, sino al de Satán.

—¿Lo dice por lo del cuaderno marrón de la filmación? Le puedo asegurar que he visto bastantes manuscritos antiguos para saber que ese no databa de la época de Jesús —precisé yo—. Ese cuaderno tendría unos cincuenta años a lo sumo.

—¿Sí? —dijo el padre Francis—. Entonces dataría...

—De la Segunda Guerra Mundial, sí, esa es mi opinión —concluí.

—Eso no impide que sea un manuscrito de Satán, hijo mío —murmuró el anciano—. Es un eslabón de una larga cadena de libros de la misma casta.

—¿Qué casta? —pregunté.

Feliz por haber encontrado un oído atento, el anciano prosiguió con renovado brío:

—Los libros más conocidos son *El gran libro mágico*, *La clavícula de Salomón*, *La magia negra* y *El gran Agripa*. Investidos de fuerzas infernales, permiten descubrir todos los tesoros ocultos y obtener obediencia de todos los espíritus.

»Luego están *El gran Alberto*, que contiene los secretos de los hombres y de las mujeres, y *El pequeño Alberto*, que trata de la magia natural y cabalística, y también *El dragón rojo o el arte de dominar los espíritus*, *El dragón negro o las fuerzas infernales sometidas al hombre*, *La gallina negra o la gallina de los huevos de oro...*

»Además, está *El Agripa*, un libro enorme que, puesto en pie, tiene la altura de un hombre. Es extremadamente peligroso. No hay que dejarlo bajo ningún concepto al alcance de la mano.

»Por eso se tiene la costumbre de colgarlo, con una cadena, de la viga más fuerte de una habitación reservada exclusivamente a tal fin. Mientras no haya necesidad de consultarlo, se debe mantener cerrado mediante un recio candado.

»Y, mucho cuidado —agregó el padre Francis, levantando un dedo como si nos diera un importante consejo—, la viga no debe estar recta, sino torcida. Es de vital importancia.

—¿No va a acabar nunca con sus monsergas? —lo atajó Félix, exasperado.

Al ver a Lisa comenzó a alejarse, pero el padre se interpuso en su camino.

—Y hay algo más: el hombre que posee uno de estos libros exhala un olor particular; una mezcla de azufre y de humo... ¿Saben por qué?

Félix apartó al sacerdote con la mano y echó a andar. El otro siguió hablando, sin embargo.

—Porque tiene trato con el Diablo —le lanzó a la espalda—. Por eso se apartan de él. Y además no camina como todo el mundo. Vacila a cada paso, por temor a pisar un alma.

—Un poco como usted, ¿no? —señaló Félix, volviéndose de repente.

—¡No se ría, hijo! No es este tema para burlarse.

—¿Y qué contienen esos libros? —reanudé yo, convirtiéndome en blanco de una mirada asesina de Félix.

—Los nombres de todos los diablos y también la forma de invocarlos. Y además, el nombre de las almas condenadas. Enseñan a cerrar pactos con los demonios, sean cuales sean, sin que estos puedan hacer ninguna trampa; enuncian los nombres de los principales espíritus de los infiernos y dan información valiosísima sobre la manera de descubrir tesoros y esquivar la enfermedad. Hay también oraciones infalibles para conversar con el Diablo, para adquirir el recuerdo reciente de lo que ocurrió hace

mucho, para volver inmortal a un gallo o incluso para conseguir el amor de la mujer que se desea...

—¿Para conseguir el amor de la mujer que se desea? —interrumpí.

—¡Por supuesto! ¿Le interesa? Basta decir, mientras se recoge la hierba de los nueve caminos o concordia: «Yo te recojo en nombre de Shiva para que me sirvas para procurarme el amor de...», y se da el nombre de la persona amada, después de lo cual se le tira discretamente un poco de esa hierba sobre la espalda, sin que se dé cuenta. Otra manera es llenar un jarrón con cien gramos de hachís, cinco gramos de flor de cáñamo y de amapola, mezcladas con raíz de eléboro, una pizca tan sólo, y dejarlo todo, bien tapado en el fuego, al baño María durante dos horas. Por la noche, antes de acostarse, se extiende este unguento en la parte posterior de los dedos del pie, en el cuello, luego debajo de las axilas y en la región del gran simpático, hacia la derecha, y se engrasa uno bien pensando intensamente en la persona amada. También puede arrojarse un corazón de paloma acribillado de alfileres, en número impar, que se tirará a una hoguera de sarmientos de vid, al tiempo que se declara: «Quiero que el corazón de la mujer que amo arda de amor por mí como arde este corazón en el hogar». O bien se puede uno revolcar desnudo en el rocío la noche del 30 de abril al 1 de mayo...

—Ya es suficiente —dijo Félix.

—¡Ah! Tiene miedo, hijo. No le falta razón. Estos libros son peligrosos, pueden paralizar a los que los detentan, pueden poseerlos. Quienes los leen están sujetos a una misteriosa influencia y llevan al Diabolo dentro de sí: son a la vez su morada y su esclavo. Acatan su voluntad y obran sólo bajo su influencia. El Demonio se pone a hablar por su boca, a pensar con su cerebro, a actuar con sus extremidades, y tienen a menudo alucinaciones.

—Vale —lo atajó Félix—. Ya hemos tenido bastante. Muchas gracias por el cuarto de hora de diversión. Ha sido muy entretenido.

Me arrastró a la fuerza y nos reunimos con Lisa.

El día siguiente fue uno de esos días luminosos que se dan sólo en Estados Unidos, en los que el cielo presenta un azul tan vivo que parece salido de un decorado de cine. La cúpula del Capitolio brillaba bajo los rayos de sol. La ciudad parecía, más que nunca, un Olimpo triunfante y soberbio, ajeno a lo que acontecía en su seno.

Por la tarde, a las dos, había una conferencia de Ron Bronstein sobre la teología y la Shoah. Los organizadores habían pensado en anular el acto, pero después habían cambiado de opinión. Lisa, muy afectada por los sucesos del día anterior, había decidido quedarse en el hotel.

En la entrada del edificio, Félix y yo nos cruzamos con Álvarez Ferrara. Llevaba un traje claro, gafas oscuras y un sombrero de fieltro flexible que le confería un aire vagamente inglés.

—¿Sabe usted algo sobre lo que ocurrió ayer? —le preguntó Félix.

—La policía investiga —nos dijo quitándose las gafas, que dejaron al descubierto unos ojos de un azul acerado en los que no había reparado la primera vez que lo vi—. Esta mañana han arrestado a un miembro del partido neonazi americano, John Robertson, que había asistido a la proyección. Quizá fuera él quien manipuló la película.

Nos explicó que el partido nazi estadounidense había sido fundado en 1958 en Virginia, no lejos de la capital, por un tal Rockwell. En 1967, este fue asesinado por John Patler, un disidente. Su muerte descabezó al movimiento hasta que uno de sus amigos, Matt Koehl, emergió como el nuevo *führer*. Él americanizó el movimiento, que bautizó, en noviembre de 1982, como partido del Nuevo Orden. Según la Liga Antidifamación, en sus cuarteles generales tenían colgada una fotografía de Hitler encima de una enorme cruz gamada...

—El hombre al que han arrestado, John Robertson —prosiguió Ferrara—, ha confesado su adhesión al movimiento negacionista, que niega la existencia de las cámaras de gas y el alcance del exterminio de los judíos.

—No tiene nada de raro —comenté yo—. Desde hace unos años, la falsificación de la historia del Tercer Reich es una estrategia central de los partidos de extrema derecha y de los neonazis, en especial en Estados Unidos. El Institute for Historical Review, fundado por el líder de la extrema derecha antisemita, organiza conferencias y reuniones en torno a su publicación *Journal of Historical Review*, que es una plataforma para negacionistas y otros apologistas del sistema nazi. Además de sus vínculos con el partido neonazi, esta institución mantiene estrechos contactos con sus homólogos alemanes, austríacos, franceses o británicos...

—¿Sospechan que ese Robertson está relacionado con el asesinato de Carl Rudolf Schiller en Berlín? —preguntó Félix.

—Por ahora se desconoce —repuso Ferrara—. Pero ¿quién sabe? Últimamente se ha constatado un esfuerzo de reagrupamiento de los partidos neonazis de Alemania, Italia, y Francia. Sobre Bélgica recae el honor de tener la organización más dinámica, la Vlaamse Militanten Orde, con sede en Amberes. También llevan a cabo acciones concertadas a escala mundial. Se sabe, por ejemplo, que ciertos banqueros neonazis suizos financian a la OLP. Los miembros de esa organización belga, los neonazis franceses y los miembros del grupo alemán Hoffman llevan a cabo ejercicios paramilitares conjuntos cerca de la frontera germano belga.

Álvarez Ferrara había dado todas esas explicaciones de un modo formal, desinteresado, como si se tratase de una cuestión administrativa. En aquel momento no nos produjo extrañeza aquel derroche de información.

La sala de conferencias estaba ya a rebosar. La prensa se encontraba allí, alertada por el escándalo del documental. Los periodistas hacían preguntas a diestro y siniestro,

tomaban fotos, algunos grababan para la radio los testimonios de quienes habían visto la película.

Yo me senté con Félix en la última fila del fondo.

Cuando Ron Bronstein compareció en el estrado, se hizo un silencio unánime. Sus declaraciones adquirirían, en aquel contexto, una relevancia particular.

—¿Acaso no ven —decía— que el mundo es el mismo, que las naciones se enfrentan unas contra otras, que aún se mata, se tortura y se cometen genocidios? Los hombres siguen siendo los mismos monstruos, las mismas bestias viciosas y malas... y, sin embargo, ningún animal igualará nunca su crueldad. ¿Cómo puede verse en Auschwitz una redención final?

»En mi opinión, Auschwitz obliga a una revisión total y radical de la teología, a negar la afirmación del poder providencial de Dios en la historia, a rechazar toda idea de una misión escatológica. Auschwitz es un punto teológico de no retorno.

»Hoy en día, se ha hecho evidente para todos que el mundo es un lugar trágico desprovisto de sentido, donde los hombres están solos, sin ninguna ayuda. El único Mesías es la muerte, y cada uno de nosotros debe aceptar la vulnerabilidad de un universo que no se ocupa de nosotros, ni de nuestras oraciones ni de nuestras esperanzas. El gozo y la realización personal deben buscarse activamente, de la misma forma que se padeció pasivamente el sufrimiento y la injusticia. En esta vida, aquí abajo, no en algún hipotético mundo futuro, en algún *eschaton*. Hay que renunciar a la omnipotencia divina y creer en la voluntad humana y su infinita libertad..., que es también libertad para cometer el mal. Hay que convencer al hombre del valor de la vida y del esfuerzo necesario para preservarla y perpetuarla.

Ron Bronstein debía de tener entre treinta y cinco y cuarenta años. Con el pelo corto como un soldado y los ojos negros, era un intelectual que se parecía a todos los sabios del mundo en su mirada penetrante y sus modales un poco torpes y distantes, pero algo le distinguía de los eruditos que yo conocía.

No era escuchimizado ni enclenque, ni tampoco era patizambo: transmitía una sensación de fuerza temible.

Después de la conferencia, Félix me llevó a hablar con el conferenciante, que todavía estaba sentado en el estrado.

—¿Podríamos hacerle unas preguntas, señor Bronstein? —preguntó Félix.

—Por supuesto.

Tomamos asiento cerca de él.

—¿Conocía usted personalmente a Carl Rudolf Schiller?

—Tuve varios encuentros con él. Como pueden imaginar, Schiller y yo no éramos amigos del alma precisamente.

—¿A causa de sus puntos de vista opuestos?

—Sí —confirmó Ron Bronstein—. La policía me ha interrogado ya sobre ese

tema. Me peleé con él y no sólo con las armas del espíritu.

—¿Fue por una cuestión personal?

—No, no del todo... —respondió. Luego, tras un ligero titubeo, añadió—: Fue por su postura en el asunto del convento de carmelitas de Auschwitz.

—¿Qué pasó?

—Es largo de contar.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo Félix.

—¿Ah, sí?

Enarcó una ceja, divertido.

—De acuerdo, pero debo decirles que aunque Carl Rudolf Schiller fuera mi enemigo, sigo pensando que no mereció ese fin tan... atroz. Todavía estoy afectado por la película de ayer...

Dejó vagar un instante la mirada.

—Todo comenzó en 1985. —Tomó el cigarrillo que yo le tendía—. Con la autorización de la Iglesia y del gobierno polaco, una docena de hermanas carmelitas se instalaron en el emplazamiento del campo de exterminio para abrir un espacio de oración consagrado «a las víctimas y a sus verdugos». Auschwitz se ha convertido, como muy bien saben, en el símbolo de la Shoah. Hay tres emplazamientos: Auschwitz-I, Auschwitz II-Birkenau y Auschwitz III-Monowitz. Pues bien, las carmelitas se instalaron en Auschwitz-I, donde al parecer murieron sobre todo polacos católicos, mientras que en Birkenau fueron mayoría los judíos... Esta clasificación es absurda, un calco de la propensión alemana a instaurar categorías.

»Enseguida se emprenden negociaciones en Ginebra entre las delegaciones católicas, uno de cuyos representantes es Carl Rudolf Schiller, y las delegaciones judías, en las que me encuentro yo mismo como mediador. Al final del primer encuentro, los católicos aceptan desplazar la instalación carmelita.

»Durante el verano de 1988, delante del convento que se suponía provisional, se erige una cruz de varios metros de altura en el sitio donde al parecer fueron ejecutados unos miembros de la resistencia polaca al principio de la guerra. Schiller declara lamentar la presencia de esa cruz erigida con nocturnidad, “por sorpresa”, pero quiere hacer creer que no tiene autoridad para hacerla retirar. Diversos testimonios, avalados por fotos, demuestran que prosiguen las obras de renovación en el antiguo teatro donde debía instalarse el convento. Llega el mes de septiembre, la cruz sigue allí y las obras continúan.

»En la segunda reunión, en Ginebra, el ambiente es mucho más tenso. Los cardenales franceses prometen una vez más que retirarán la instalación. Yo, por mi parte, intento explicar a mis interlocutores que en Auschwitz se impone únicamente el silencio y que ninguna instalación religiosa, sea del signo que sea, puede tener acomodo allí.

»Entonces va Schiller y me suelta:

»—Nosotros rezamos por ustedes. Ustedes han sufrido porque son el siervo

doliente.

»—Lo que pasó en Auschwitz no tiene ningún sentido —le contesté—. La implantación del convento sobre las cenizas de los muertos es un insulto a su memoria.

»—Pero si nosotros estamos aquí por amor a sus muertos...

»Entonces perdí el control, lo reconozco, y le dije que rebosaba amor por los judíos muertos y desprecio por los vivos, que amaba a los judíos, sí, pero sólo a los asesinados.

»El asunto del Carmelo fue remitido hasta el Vaticano. Los cardenales franceses se desplazaron a Roma para entrevistarse con el superior general de la orden carmelita. Después nos aseguraron que las monjas serían trasladadas a un nuevo convento. Sin embargo, 1989 concluyó sin que se hiciera nada.

»—Sería trágico —dijo Schiller—, que esto abriera una brecha entre católicos y judíos. Sería una gran desgracia.

»Poco después, con un pequeño grupo de judíos americanos, fui a meditar en el jardín del Carmelo, debajo de la cruz. Entonces nos agredieron los obreros que trabajaban en las obras. No sé si se imaginan bien la escena: unos judíos, a la sombra de la cruz, recibiendo una tunda de unos polacos en Auschwitz. Al día siguiente tenía que reunirme con ciertos miembros de la delegación católica, entre los que se contaba Schiller y este va y anuncia la suspensión pura y dura de la aplicación de los acuerdos de Ginebra, en represalia, dice, por la actitud de los judíos, “que no han sabido comportarse”. Entonces ya no me pude contener y le di un puñetazo en la cara. Aunque ahora lo lamente, no sé qué se podía hacer, díganmelo ustedes: ¿responder, argumentar, decir que habíamos tenido ya bastante paciencia y que debían largarse de una vez?

—¿Y no intervino nadie del Vaticano? —preguntó Félix.

Bronstein lo miró con una sonrisa irónica.

—¿Se refiere al Papa?

—Sí...

—El Papa no rechistó. ¿Quieren saber por qué?

Félix asintió con la cabeza.

—Porque auspició en secreto desde el principio la instalación del convento —contestó simplemente.

—¿Cómo dice? —pregunté yo.

—¿Les sorprende? ¿Creen que unas carmelitas iban a ir a instalarse tranquilamente en Auschwitz sin más, sin la autorización del Papa? O mejor dicho, sin la incitación del papa polaco...

—Autorización, quizás —admití—; pero eso no significa que la idea partiera de él.

—¡Escúchenme! Lo que digo, lo oí de labios del mismo Schiller..., que era amigo del Papa.

—¿Amigo personal? —inquirió Félix.

—Digamos más bien amigo político. El Papa apoyaba activamente a Schiller en su campaña electoral. En justa compensación, Schiller apoyó al Papa cuando este tomó o ratificó la decisión de instalar un convento carmelita... al mismo tiempo que canonizaba a Kolbe y a Stein.

—¿Quiénes eran? —preguntó Félix.

—Maximiliano Kolbe fue un franciscano polaco que murió en Auschwitz. Según dicen, ocupó allí el lugar de un padre de familia en un calabozo mortal. También era un antisemita militante, que se definía como un «conversor de pecadores, herejes, cismáticos, masones y judíos». Edith Stein era una judía alemana que se convirtió y se hizo carmelita; murió en Auschwitz y fue beatificada en 1987. La Iglesia reconoce en ella el símbolo de la Shoah y a la vez a una mártir de la fe cristiana; en realidad, murió exclusivamente por sus orígenes judíos, ya que las otras monjas de su convento no fueron deportadas. El antisemita canonizado y la judía conversa beatificada son una muestra del camino que hay que seguir... ¿Por qué todo esto?

Bronstein abrió una pausa. Encendió el segundo cigarrillo y prosiguió, exhalando el humo:

—Porque Auschwitz plantea el problema teológico más grave que se le haya planteado nunca al cristianismo: el problema del sentido del sufrimiento. La Iglesia tiene miedo y, en lugar de reflexionar sobre su doctrina, pretende apropiarse por todos los medios del sentido de la Shoah, igual que se apropió del destino de un tal Yeshuah crucificado por los romanos...

—¿Me permite que tome algunas notas? —consultó Félix, sacando su cuadernillo de periodista.

—Sí, sí, escriba si quiere... Llegué a las manos con Schiller, es verdad. Pero hablando sin rodeos, puesto que es lo que todo el mundo tiene en el pensamiento, no fui yo quien trucó el documental, ni fui yo quien mató a Schiller. Ni creo tampoco que el asesino fuera un antiguo superviviente.

—¿Por qué no lo cree? —preguntó Félix.

—Porque cuando pegué a Schiller, comprendí...

—¿Qué comprendió?

Calló un instante y clavó una intensa mirada en Félix.

—Comprendí que de tanto discutir con él, aunque fuera para contradecirle, me había convertido en un crápula. Me había embrutecido, ¿entiende? Un superviviente de los campos, por más dolido que estuviera por las declaraciones del teólogo, jamás le habría puesto la mano encima a un hombre. Antes se suicidaría; pero nunca podría cometer un acto que lo identificaría con el verdugo.

Nos reunimos con Lisa en el hotel, donde mantuvimos un pequeño conciliábulo. Teníamos pensado quedarnos en Washington unos diez días, pero como no

preveíamos averiguar nada más y todos nos sentíamos bastante afectados, decidimos adelantar la fecha de regreso al día siguiente.

No me molestaba volver. Sin embargo, no sabía qué pasaría una vez estuviéramos en Francia. En Washington había tenido la oportunidad de alojarme bajo el mismo techo que Lisa, compartir todas las comidas con ella, verla de la mañana a la noche. Tenía la incertidumbre de si en París podría continuar hablando con ella y me aterrorizaba la idea de que desapareciese en la bruma, que se evaporase como una gota de agua, una perla de rocío.

Esa misma noche, sin decirle nada a Félix, me armé de valor y decidí ir a hablar con Lisa.

Antes de llamar a su puerta, me detuve un instante.

—Quiero que el corazón de la mujer que amo arda de amor por mí como arde este corazón en el hogar —murmuré.

De improviso, sonaron voces al otro lado de la puerta.

—No —gritaba Lisa—, te digo que no sospecha nada.

Agucé el oído.

—Que no —prosiguió—, no ha chistado al ver el nombre de Schiller. De todas maneras, le he dicho que era un error.

Desconcertado, di media vuelta y me dirigí a mi habitación. De pronto cambié de parecer y volví sobre mis pasos. No sabía aún si iba a pedirle explicaciones o que se casara conmigo, pero era imperioso que hablara con ella. Llamé con suavidad a la puerta y ella me abrió y me hizo pasar. La noté violenta. Iba desgredada y parecía que tenía los ojos húmedos.

Su habitación estaba decorada, como la mía, en un estilo neorromántico; las sábanas y el papel pintado eran de color rosa pálido, igual que las cortinas.

Se sentó en la cama y me señaló un sillón que había delante.

Había llegado la hora de la verdad. Sentí que un viento de pánico me recorría la columna. Me vi invadido por un flujo incontrolable, un calor que me partía de la frente y me cubría todo el cuerpo.

Me había dicho a mí mismo que sería como la prueba de las oposiciones. De repente comprendí que no era un tribunal de viejos profesores lo que me aguardaba. Para disminuir el agobio de la intimidación, me quité las gafas.

—Lisa —comencé, temblando—. Quería verte... porque quería hablar contigo.

«Menuda introducción —pensé—. Banal a más no poder...».

Ella había pegado las piernas al cuerpo y se sujetaba las rodillas con los brazos.

—No, no es eso. En realidad, quería verte porque mañana volvemos a París y cada uno se enfrascará en sus ocupaciones. Y esta separación, de pronto, me aterroriza. ¿Cuántas horas tendré que pasar sin ti, sin tu gracia, tu belleza, tu finura, tus gestos, la dulzura de tu presencia?

«Vaya una enumeración —pensé—, insuficiente, pesada, convencional».

—La relación de amistad que hemos desarrollado —proseguí— me complacía y, quiero que lo sepas, me complace todavía. Pero si he de serte del todo franco, mis sentimientos para contigo no se limitan a esa amistad.

«Por qué ese tono doctoral —me reprendí—. Es de una ridiculez absoluta».

—Mira, quería exponerte tres ideas.

El plan en tres partes, me estaba embrollando... ¿Por qué me sentía tan incómodo, por qué temblaba como una hoja, yo, el maestro de la retórica?

—En primer lugar —continué—, quiero decirte que antes de conoceros, a tu familia y después a ti, ya me interesaba por los judíos. La verdad es que el pueblo elegido me ha fascinado siempre. Y luego hubo ese asesinato horrible, gracias al cual te conocí.

Un desarrollo lamentable.

Se produjo un silencio embarazoso. Yo no sabía si me miraba o no, ni tenía ningún indicio de lo que pensaba, y ella no hacía nada para disminuir mi incomodidad. Por suerte, gracias a mi miopía, delante de mí tenía sólo una masa vaporosa cuyo perfil borroso habría podido evocar a cualquier mujer, hombre o animal encogido sobre la cama.

—Lo que querría expresarte, Lisa —proseguí con voz ronca—, es que mis sentimientos con respecto a ti no carecen de cierta ambigüedad...

Una conclusión que, en sí misma, no carecía tampoco de ambigüedad. Levanté la cabeza, me puse las gafas... y lo lamenté amargamente: Lisa me observaba con una infinita mansedumbre, una especie de ternura maternal que me dio ganas de ponerme a aullar de rabia o de desesperación.

—Rafael —dijo—, tú me gustas mucho, siento un aprecio enorme por ti y comprendo, de veras, este arrebató emocional. Pero no creo que esa clase de relación sea posible entre nosotros.

Fue como si una cuchilla cayera con el filo de cara sobre mi corazón. Con gran esfuerzo, reuní mis últimas fuerzas y me levanté para salir.

—Me gusta tu colonia —comentó ella al tiempo que me daba un afectuoso beso en la mejilla—. ¿Qué es?

—Es poco conocida —contesté.

Así, todo había acabado entre nosotros antes incluso de comenzar. Habían bastado unas cuantas palabras para hacerlo zozobrar todo. En cuestión de segundos había pasado del éxtasis al infierno. Félix tenía razón. La evidencia de un sentimiento no es un criterio conmutativo. Lisa no me quería.

De regreso en Francia, las cosas reanudaron su curso, tal como había temido. Pasó una semana durante la cual paseé mi tristeza por las calles de París; el azar de mis pasos me llevaba siempre al mismo lugar: ese Marais viscoso en el que me había quedado encenagado^[2].

En realidad estaba mortificado por el rechazo de Lisa. Me había herido en mi orgullo y, por prurito, intentaba recomponer una fachada, pero el desaire me había dejado helado y me escocía el haber recibido sin pestañear esas palabras que me habían destrozado el corazón.

«Un arrebató emocional...». Ella ignoraba hasta qué punto era inaudito mi sentimiento por ella, hasta qué grado había quedado impresa en mi cerebro enfermo la imagen de un mundo nuevo, pues yo retornaba de lejos..., de una familia y de una patria que no conocían la ternura. La puerta abierta a la esperanza y a la redención de mi alma condenada se había cerrado rozándome la cara. Como una bofetada.

Estaba desesperado. Sentía ya la marca de una extraña dependencia que no me dejaba en paz y que, hasta el día de hoy, me retiene cautivo: me parece que cuando se ha amado con tanta intensidad, ya no se puede prescindir del amor. Yo no pedía gran cosa: simplemente verla de vez en cuando, oírla. Me resultaba duro existir sin su mirada. No conseguía dejar de amarla; y ya entonces tenía conciencia de que jamás lo conseguiría. Era como el juego, era como el alcohol, como la droga: no era un estado

de gracia, sino un infierno.

—¿Cómo va el caso Schiller? —pregunté una noche a Félix en el Lutétia—. ¿Todavía lo sigues?

—Por supuesto —respondió—. Tengo otros casos entre manos, pero ya sabes que este me tiene enganchado... Presiento el peligro, Rafael. Cada vez estoy más convencido de que no es un asesinato cualquiera. Basta tirar de un hilo y acabarán por salir muchas cosas.

—¿Sabes algo nuevo?

—Hablé por teléfono con el padre Franz..., ¿le recuerdas?, es el monje que conocimos en la Universidad Católica. En ese momento no le presté apenas atención, lo encontré desalentador; pero de repente caí en la cuenta de que era de las primeras personas que me habían hablado de las relaciones de los Perlman con Schiller. Por suerte conservaba sus señas y no me costó localizarlo. Le hice un breve resumen de la situación, le hablé de Washington, de lo que había pasado, y le mencioné también las elucubraciones del padre Francis.

—¿Y qué dijo?

—Que en la vida de Schiller se había producido algo que le había hecho cambiar por completo, durante el mes anterior a su muerte.

—¿Sabe qué es?

—No. Pero Schiller iba a menudo a París. Iba a ver a los Perlman. Al parecer, también Lisa fue a verlo a Berlín.

—¿Lisa? —dije, con un nudo en la garganta—. ¿Estás seguro?

—Sí —confirmó—. ¿Por qué pones esa cara? Mira que eres raro, Rafael. No sé qué te pasa desde hace un tiempo, que estás irreconocible.

—¿Sabes por qué fue a verlo? —proseguí.

—No. Pero tengo el firme propósito de averiguarlo. Si Lisa conocía personalmente a Schiller, nos mintió. Y si nos mintió es porque tiene algo que ocultar. No sé de qué se trata ni qué papel tiene en este asunto, pero me intriga. Y otro tanto me ocurre con Samy... Cuando le interrogó la policía, no abrió la boca.

—Ese mutismo del que se rodean todos no simplifica las cosas.

—¿Crees que alguien puede conseguir hacerlos hablar?

—A Samy, no. Pero a Lisa, después de todo...

Explicué a Félix que Lisa padecía sin duda lo que yo llamaba «el síndrome de los hijos de la segunda generación». Al haberse visto afectada de lleno por el drama de la Shoah, había en la familia una herida que se propagaba indefinidamente, de generación en generación, un dolor imposible de expresar, que heredaban los hijos de los supervivientes.

Lisa había vivido su infancia sumida en el silencio: la mayoría de los deportados no hablan de los campos, no dicen ni una palabra al respecto. El dolor, no obstante, igual que una enfermedad crónica, reaparece para estallar de modo repentino en forma de amargura, ataques de cólera, accesos de rabia cotidianos que hundan sus raíces en el pasado. En ese silencio entreverado de furores reside el secreto.

Es algo que atraviesa el tiempo, que traspasa el espíritu; más que una certeza, es una fulguración. Como una falta vergonzosa, atormenta a las generaciones. Los hijos de los que han sufrido el mal se recriminan el no poder aligerar el corazón de sus padres, no estar siquiera en condiciones de ayudarlos, y se consideran como criminales no identificados de un asesinato que quedó en el misterio. Crean haber cometido un terrible crimen, intentan repararlo y a veces se prohíben vivir para sí mismos. Desde su más tierna infancia optan por la bondad, se esfuerzan por complacer, por mitigar las penas. Utilizan la ternura como un arma contra el espectro vivo de la barbarie; contra el fantasma que habita al padre herido, cuya mano querrían asir, una mano demasiado tenue para poderla tomar.

¿Qué hacer? ¿Qué puede hacer Lisa? ¿Practicar la soledad como una ascesis, rechazar a todo aquel que amenace con turbarla? Responder a las caricias con un grito, para que cesen o para que prosigan, pues si huye es porque para ella no existe otra forma de amar. Si se va es para que el otro acepte atravesar el seto que la rodea, la barrera franqueable. Pide paciencia, valor; quiere que vayan con ella al mundo bárbaro y que, sin miedo ni repugnancia, le den el amor que no devuelve. Pide magnanimidad ante la injusticia de su reacción: dulzura, pese a todo. Que se hagan cargo de ella en la noche ardiente y que las lágrimas dejen por fin de brotar. Ser comprendida: ella ha querido luchar contra el mal, pero al hacerlo el mal la ha absorbido y, ahora, el mal se encuentra en su interior. Ella es el esqueleto, el siervo doliente, y a la vez es también el verdugo. Ella es la hija empeñada en la búsqueda de la perfección. Odia lo que ama, esquiva lo que captura, destroza la inocencia perdida. Quiere la belleza como una forma de perdón. Ella es la lucha, la renuncia y la obsesión: su espíritu ve cómo se pinta la muerte en los rostros. Y avanza, sola, entre los cadáveres que siembra a capricho con sus miradas y, si avanza hacia el reincide los muertos, lo hace porque desea con toda su alma arrancar al mal las fuerzas que este retiene cautivas. Ella es la tristeza en la pendiente de la desesperación. Ella es la angustia que ofusca el porvenir, es decir al otro, al que busca las palabras para llegar a ella. Pero de su boca no brota jamás respuesta alguna: ella querría decir la aurora, el fresco rocío de la mañana, y señala el barranco.

—Pero ¿por qué —preguntó Félix— no hablan los supervivientes? ¿Por qué guardan silencio?

—Hay cosas que no pueden contarse. Son cosas tan terribles que no pueden ser expresadas verbalmente.

Yo sabía por Mina que Lisa había tenido anorexia a los diecisiete años. ¿Se había esforzado acaso por asemejarse a la silueta que la atormentaba, como si pretendiera

expiar aquel mal del que ella no era responsable?

Lisa era así: se doblaba, frágil, bajo el peso de una responsabilidad por la que yo lo habría dado todo con tal de poderla soportar con ella, yo, que me sentía huérfano.

Entonces, después de aquella larga conversación con Félix, no tanto por la necesidad de proseguir con la investigación como por las ganas de verla, reuní de nuevo el valor para llamar a Lisa Perlman. Le pregunté si quería que nos viéramos y aceptó.

La cité una tarde, hacia las seis, en el bar del Lutétia. Era el 13 de marzo de 1995.

Hacía un tiempo bastante agradable, de modo que paseé un buen rato antes de impulsar la puerta giratoria del Boulevard Raspail y cruzar la gran sala de las arañas de cristal, los dorados, los grises y los púrpura sabiamente armonizados, para desembocar en el pequeño bar y hundirme en uno de los gigantescos sillones de cuero. Como había llegado con mucha antelación, encendí un cigarrillo, que fumé lenta, pensativamente, igual que lo hago hoy, un poco para calmarme y un poco para tratar de ordenar mis ideas.

El cigarrillo es lo único que conservo de ese pasado quemado que he dejado atrás. ¿Por qué siento todavía la tentación de encenderlo, de verlo arder, consumirse muy despacio hasta desaparecer? ¿Por qué me gusta tanto llenarme la boca con ese humo acre y mezclar mi aliento al suyo? Es como aspirar el alma de un ser vivo que muere en la punta de mis dedos. Es como un amor devastador, un combate íntimo del que sólo queda el olor a quemado y a ceniza acumulada. Todos esos recuerdos..., más que si tuviera mil años.

Llegó alrededor de las seis y media. Reconocí de lejos su andar grácil. Llevaba una chaqueta blanca y una falda de tela tornasolada. Las largas mechas de su pelo liso componían un lustroso marco oscuro para su cara. Su mirada se iluminó al cruzarse con la mía. Parecía contenta de verme.

—¿Es este tu sitio preferido? —me preguntó mientras se sentaba.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por el ambiente retro? A mí no me evoca nada bueno... El cuartel general de la *Kommandantur*...

—Sí, es verdad —reconocí—. La cruz gamada flotaba aquí, en pleno centro de París, entre Saint-Germain y Montparnasse. Los alemanes estaban aquí, con sus uniformes negros, y con sus botas marrones pisoteaban las mullidas alfombras, aprovechaban el París fastuoso, comían con los cubiertos resplandecientes y se pavoneaban entre maderas pulidas y dorados. Los acogían como reyes. Les abrían los salones con amistad, con devoción. Por la noche, después de haber ido al teatro a ver *Huís dos* o *Le soulier de satín*, cenaban en la Tour d'Argent, que había preparado expresamente para ellos unos menús en alemán, bailaban, bebían y fumaban con las

señoritas de París engalanadas con vestidos de Lanvin, Maggy Rouff o Nina Ricci. Otras veces se reunían con sus amigos, los que montaban sus espectáculos, esos respetables señores que distraían al París de la época: la patria de los intelectuales, del lujo y de las noches locas: qué divina, divina sorpresa...

—Pero ¿por qué, entonces, venir aquí?

—Para reconquistarlo. Algunos deportados se hospedaron en este hotel después de la guerra. Y además —añadí con una sonrisa—, De Gaulle pasó aquí su noche de bodas...

Estuvimos charlando un momento más y luego fuimos al cine, al Odéon, hacia las ocho. Vimos una película que había elegido ella. Tenía varias tramas imbricadas e iba de unos turbios asuntos de gánsteres y drogas. Entre dos conversaciones sobre las rarezas de las lenguas, los dos matones liquidaban a sus víctimas, que imploraban piedad invocando un versículo de la Biblia referente a la venganza de Dios. Esa película, crítica con la utilización totalitaria del lenguaje y la cultura del crimen, parecía vehicular sin embargo esa violencia en escenas que se hacían en ocasiones insostenibles por su crueldad.

Al salir del cine nos pusimos a caminar juntos, despacio, por las calles de París, en dirección al Marais. Cenamos en un restaurante que le gustaba mucho a Lisa, una especie de café sombrío similar a los que seguramente había en la Viena de los años treinta. Unos rabinos nos observaban con gravedad desde los tristes cuadros que colgaban de las paredes. Bebimos vodka, celebrando no sé exactamente qué. Nuestro reencuentro, nuestra amistad..., yo no veía nada en sus ojos que me permitiera esperar algo más que solicitud. Sin embargo, decidí conformarme por esa noche.

—Me cuesta —murmuró Lisa— soportar las escenas de violencia de las películas. No sé cómo hacen los demás para aguantarlas. Y yo todavía puedo verlas; pero mis padres, ¿crees que comprenderían algo de lo que acabamos de ver? Es raro, en momentos como esos no puedo evitar pensar en ellos... Me parece que yo formo parte de su sufrimiento, es mi comunidad.

Por primera vez advertí que la Shoah era, para muchos judíos, el último reducto de su religión. Era como una argamasa de la identidad judía que unía al ortodoxo y al ateo, al judío practicante y al laico, al comunista y al religioso, a Israel y a la diáspora, al sionismo y al antisionismo.

—Lisa —pregunté al salir del restaurante—, ¿supone un problema para ti el que yo no sea judío?

—¿Un problema? —preguntó, sorprendida—. No, no soy religiosa..., pero soy parte de un pueblo y de una historia. Si un día tengo hijos, me gustaría que ellos lo fueran también.

Mientras pronunciaba estas palabras, volvió su hermoso rostro hacia mí. Eran más de las doce y sus cabellos negros atraían la luz pálida de la luna. La miré a los ojos, pensando en lo que le había dicho a Félix: ¿era Lisa una mujer prohibida para mí? En realidad, para mí todo era nuevo: el amor era un país en el que no había nacido. Yo

mismo era diferente. Me sentía renacer con cada mirada suya. Félix, que se había dado cuenta, me tomaba el pelo a menudo a propósito de mi «conversión».

—Ser judío hoy en día, ¿equivale sólo a ser superviviente? —pregunté a Lisa.

Durante un instante, su cara quedó iluminada por una farola, aureolada igual que un serafín. Encendió un cigarrillo. A mí me encantaba ver cómo subía el humo, cual vaporosa vela, alrededor de sus ojos y su pelo: bajo el resplandor de la luna, parecía aún más impalpable.

—Es lo único que conozco —repuso—. En general no sigo los preceptos en la comida; no celebro ninguna fiesta ni respeto el *sabbath*.

—¿Porqué?

—Estoy enfadada con aquel que se mantuvo pasivo sin intervenir, el Señor de la historia que brilló por su ausencia. El mismo que había decretado que la Creación era buena. Si hubiera un Dios, habría tenido que sufrir en Auschwitz, habría tenido que estar inmerso en el devenir, en lugar de ser una instancia supratemporal, impasible e inmutable; habría tenido que verse afectado por lo que pasaba en el mundo, es decir, habría tenido que temporalizarse o, si no, habría tenido que ser impotente, pero ¿sabes tú de algún dios impotente?

Me observó un instante y se le endureció la mirada.

—Mi madre sigue creyendo, pero a mí me parece que ningún valor se sostiene frente a eso. Nada, ni la fidelidad, ni la creencia, ni la culpabilidad ni el juicio, ni la esperanza mesiánica: todo eso no sirve de nada contra Auschwitz, contra ese Dios de «justicia, de amor, de clemencia y de misericordia», ese Dios que dejó que se ejecutara el Mal absoluto. Yo pienso que o bien Dios es Dios y es todopoderoso, y por tanto culpable de dejación, o bien no es todopoderoso y entonces no es Dios. Si Dios existe, su presencia se impone, y si rehusa manifestarse, es porque es inmoral e inhumano, porque se ha aliado con el enemigo, y en tal caso no veo en qué se diferencia de los dioses violentos de las mitologías.

Para Lisa, esa era la condición judía. Un pueblo que ha sufrido desde los tiempos en que fue reducido por los egipcios a la esclavitud, un pueblo al que se impidió practicar su religión hasta la Edad Media, cuando los cruzados, en su salvaje y desatinada aventura en la tierra que llamaban santa, saquearon pueblos y ciudades, masacrando comunidades enteras que morían con el *Shema Yisrael*^[3] en los labios, pensando que la Redención llegaría con el Mesías..., y hasta hoy, ayer apenas, con la espantosa catástrofe.

No obstante, el viejo pueblo no fue asesinado en Auschwitz por amor de Dios. Fue asesinado por ser como era. Entonces comprendí lo que decía el padre Francis: la gnosis había decidido, de una vez por todas, que el dios de la creación no era el Dios verdadero, que era imposible que un ser tan bueno y tan poderoso hubiera podido crear un mundo tan atroz.

—¿Cómo creer en él, cómo seguir confiando en él, después de ese drama? —continuó Lisa—. Todo ha cambiado. Nosotros en especial. Mis hermanos y yo siempre estuvimos aparte. No teníamos derecho a jugar con los niños, a hablar con ellos en la calle, a ir a sus casas, a entrar en el terreno de juego. En el colegio, los demás nos evitaban, se apartaban de nuestro camino, porque estábamos siempre a la defensiva y rehusábamos participar en cualquier actividad: mi madre nos había prohibido frecuentar a nuestros compañeros. Y nosotros la obedecíamos, dábamos a entender a los otros que no teníamos nada en común con ellos. Mi hermano Béla, sobre todo, era muy hábil en ese sentido: era un virtuoso granjeándose la antipatía de todo el mundo. Era así desde pequeño. Todos nos habíamos dado cuenta de que había algún problema. Lo sabíamos, pero nadie hacía nada. Mi padre nunca decía nada. A veces mi madre se salía de sus casillas y se ponía a chillar, a echar pestes e invectivas contra toda la familia. Luego tiró la toalla, concentró todo su afecto en Paul, el pequeño... Ella también está atormentada, a su manera. Consagra su vida a la Shoah. Precisamente por eso conoció a ese pobre Schiller, después de haber leído uno de sus libros.

—¿Lo conoció primero ella? —pregunté.

—Sí, bueno..., me parece —contestó, turbada.

—Creía que era sobre todo amigo de tu padre —comenté.

Ella no respondió nada.

—Lisa, ¿qué sabes sobre el asesinato de Schiller? ¿Me estás ocultando algo? Habíamos llegado frente a su puerta. Entonces me observó con gravedad.

—Ha pasado algo terrible.

—¿Qué?

—Acaban de detener a Béla; está en prisión preventiva.

—¿Cuándo? —pregunté—. ¿Por qué?

—Esta tarde. La policía ha efectuado un registro en su casa.

—¿Con qué derecho?

—Recibieron una denuncia anónima.

—¿Y?

—Han encontrado el arma que mató a Schiller..., la pistola.

—¿Dónde?

—En su casa, en casa de Béla.

—¿Cómo saben que es la pistola con que mataron a Schiller? No tienen la bala; le dispararon justo en el corazón y aún no se ha encontrado la parte superior del cuerpo.

—Según parece, los policías han analizado la película de Washington. Han ampliado la imagen y, como es una pistola un poco especial...

—¿Qué clase de pistola?

—Es un arma que data... de la Segunda Guerra Mundial... Un arma alemana.

—¿Crees que tu hermano puede ser el culpable? —pregunté, tras reflexionar un instante.

—¡No! —exclamó—. En absoluto. Creo que alguien ha querido hacer que lo acusen a él.

—Pero ¿quién? ¿Tienes alguna idea?

—No, ninguna... Pero este asunto me da cada vez más miedo, Rafael. Es como si el mal se nos fuera acercando...

Después de dejarla, decidí caminar un poco. Era bastante tarde, casi las dos de la madrugada. Mis pasos me llevaron a los muelles de la isla Saint-Louis. El Sena centelleaba como un millar de piedras preciosas bajo la luna. Los puentes refrescaban sus pies en ese baño claroscuro. Las luces de la ciudad se perdían en él y el agua, cual una naturaleza muerta, bebía su color con discurrir pausado. Era una fiesta, una fiesta suntuosa, un ballet de espejos y de ojos soñadores, de vestidos color de fuego, color de sol y color de noche, de princesas dormidas y de príncipes azules; era Versalles en la época de las fiestas, era París antes de la guerra, en el tiempo en que las penumbras eran promesas y en que el agua, en un tierno nocturno, desgranaba las notas del tiempo al compás del sordo latido de un suave metrónomo. El Sena tornasolado iluminaba París y París se miraba en él como una reina que se engalana, una diosa portadora de mil cetros.

Qué bellas y lisas eran las olas de la superficie y qué sucios y repugnantes eran sus lechos, atestados de muertos, esos desconocidos del Sena ahogados en sus aguas estancadas, enese estanque fangoso cuyo chapoteo murmuraba, cual sórdido susurro, el canto del último barquero.

Me disponía a enfilear el Pasagge des Singes cuando vi a Lisa. No iba sola. Me escondí en el hueco de una puerta, aguardé un poco y luego seguí a las dos sombras hasta un bar. Las observé un buen rato a través de la vidriera. Lisa me daba la espalda, pero percibía su reflejo en un espejo que tenía delante. El hombre, situado frente a ella, debía de rondar los cuarenta años. Tenía muy buena planta, el pelo rubio y lacio, ojos negros y unos rasgos finos que conformaban una cara atractiva, agradable. Era extraño, pero tuve la certidumbre de haberlo visto antes en algún sitio.

Hablaron, bebieron y fumaron. Al cabo de media hora se levantaron para irse. Entonces vi que el hombre acariciaba lentamente la mejilla de Lisa; luego le dio un prolongado beso. Yo eché a correr y corrí, corrí y corrí en aquella noche interminable. No sé cómo acabé por regresar a mi casa, media hora más tarde, después de seguir un complejo itinerario.

Era increíble. Yo no había tenido nunca un comportamiento como aquel. ¿Por qué la quería tanto? ¿Por qué la seguía y por qué la evitaba? ¿Por qué no había irrumpido en el bar, para dar al traste con su conversación? ¿Qué era aquella furia que se apoderaba de mí?

Los celos. Ellos son la amante de las horas venideras, la que tiñe el deseo de furia, la que da ganas de agarrar lo que amenaza con irse, de retenerlo para reducirlo a la nada. También son la reina del instante, demasiado tonta para reflexionar, demasiado tosca para proyectarse hacia el futuro. Son el hogar de los sentidos, tan ardientes que me asfixiaba con ellos.

Aquella velada me enloqueció hasta el punto de no lograr conciliar el sueño. Al final de esa noche terrible, las preguntas se sucedían, atormentadoras, en mi cabeza: ¿quién era ella? ¿Quién era el hombre que la había besado? ¿Qué secreto compartía con su padre? ¿Qué sabía de Schiller? ¿Quién era, en el fondo? ¿Qué me ocultaba? ¿Qué ocultaba Lisa Perlman?

Cuando la sangre judía brota bajo nuestros cuchillos, todo va ya a pedir de boca.

El 20 de enero de 1942, en Berlín, en el número 56 de Wannseebedweg, en una casa confiscada a un judío, se celebró la conferencia sobre la «solución final a la cuestión judía». *Endlösung*, que significaba: aniquilación física de los judíos de Europa a la mayor brevedad posible.

En la tesis de historia contemporánea que preparaba, yo intentaba descubrir la génesis de la solución final. Por más monstruoso que fuera, explicaba, el genocidio tenía un motivo.

Yo trataba de precisar las razones de la masacre, de encontrar el hilo en la trama de decisiones y acontecimientos que habían desembocado en la Shoah.

Retomaba el debate que enfrenta a los historiadores que tratan de comprender las causas del genocidio. Los intencionalistas pensaban que Hitler y su particular ideología habían tenido una incidencia capital en la solución final. Los funcionalistas, por el contrario, aseguraban que la obra de Hitler era accidental en relación a la forma de funcionamiento del régimen y a su dinámica estructural, que eran los que iban a dictar el desarrollo de los hechos. Para estos, sin el ejército, la administración, la industria, el partido y la SS, Hitler jamás habría podido llevar a cabo su objetivo.

Para mí, el meollo de la cuestión, el centro del debate, era sin duda el Führer, con su manera de ser, con su obsesión por la idea de la decadencia del pueblo alemán, que atribuía al mestizaje y al contacto con los extranjeros, con las otras «razas»..., con los judíos. ¿Cómo puede entenderse esta mentalidad? ¿Por qué odiaba tanto Hitler a los judíos? O para ser más exactos, ¿por qué decidió Hitler exterminar a los judíos? Esa era la cuestión central, para la que me esforzaba en hallar una respuesta.

En contra de la opinión de la mayoría de historiadores, para quienes la decisión de la solución final fue aprobada en el transcurso del verano de 1941, yo intentaba demostrar que esta había sido tomada más tarde, en otoño del mismo año. Hitler creía probable tener que librar una guerra en dos frentes. Los traidores que habían llevado a la derrota alemana de 1918 debían ser por tanto eliminados.

Yo siempre he estado obsesionado con las fechas, los días, las horas. Ahora bien, esa precisión tenía, tal como lo exponía en mi tesis, una importancia capital: si la decisión de la solución final se había tomado en otoño, se acreditaría la teoría según la cual aquel crimen, estrechamente ligado a la guerra, era una reacción defensiva, de miedo, de un hombre que se sentía amenazado.

Al día siguiente de salir con Lisa tuve, no sé por qué, un sueño horrible. Lo veía a él, a Hitler, mirándome con sus ojos de loco, susurrándome palabras terribles al oído...

De improviso, adoptaba la fisonomía de mi padre, que gritaba, que vociferaba contra mi madre. Los dos mantenían una violenta discusión por un asunto de dinero. Mi padre acusaba a mi madre de haberle robado. ¿Cómo se podía robar al propio marido?, me preguntaba yo.

Me desperté bañado en sudor, con la mente ocupada por la misma pregunta que a menudo me había planteado en la infancia.

De pequeño, cuando intervenía en las discusiones de los mayores, me mandaban callar. No tenía que llevarle la contraria a mi padre. Más tarde comprendí que este temía que fuera más inteligente que él. Pronto supe que, si quería sobrevivir, tendría que encontrar un refugio, un cobijo, un mundo aparte. La huida a través de los libros me permitió saber quién era..., no el hijo anodino del señor y la señora Simmer, sino el heredero de un largo linaje de héroes, personajes gloriosos de la historia de Francia. Los admiraba, los amaba; soñaba que era huérfano, un bastardo recogido por el matrimonio Simmer; yo provenía de otra familia, en realidad.

Incapaz de dormir, acabé por levantarme y me tomé un vaso de *whisky*, luego otro. Me sentía cada vez más transpirado y pegajoso. Las gotas de sudor me resbalaban por la frente. El alcohol no solucionaba nada: me daba sed y me secaba la garganta, incitándome a beber más. Me tendí un instante sobre el canapé del salón que daba al Boulevard Montparnasse. Por la ventana veía algunas luces encendidas en las casas y el parpadeo de unos rótulos rosa y violeta en la Place du 18-juin-1940. Entonces me puse el chándal y las zapatillas de deporte, como hacía a menudo cuando no lograba conciliar el sueño, y salí. Subí corriendo por el Boulevard Montparnasse, hasta los Inválidos, para llegar al Campo de Marte. La torre Eiffel no era mayor que una gran A, aún más oscura que la noche.

De repente varios relámpagos desgarraron el cielo y no tardaron en caer las primeras gotas.

Fue un estruendo gigantesco. Los cielos enfurecidos tronaban con una inmensa cólera que amenazaba con destruirlo todo a su paso, tan pronto con un soplo jadeante como con un aullido estridente que laceraba las tinieblas. Una luz fulgurante violó la opacidad solitaria.

Yo seguí corriendo bajo la lluvia, sin resuello, aguardando con impaciencia el siguiente relámpago. Estaba un poco borracho y tenía la impresión de ser el dueño secreto de ese espectáculo sin principio ni fin. Era yo quien desencadenaba la lluvia y los rayos eran fruto de mi cólera. Al llegar bajo la torre Eiffel, me detuve para contemplar la extensión estrellada, velada por la bruma acuosa. Observé con

delectación cómo caían las aguas negras sobre la ciudad y cómo crecían las gotas, por millares, en número suficiente para invadir el planeta, para lavarlo o borrarlo. Las peligrosas aguas caían racheadas, encendidas por el rayo, la lluvia era un espíritu que giraba, que bogaba a través del aire, y el agua ahuyentaba el viento, ahuyentaba el aire, ahuyentaba el fuego, ahuyentaba el humo, ahuyentaba el agua. La tormenta engullía a los reprobos, golpeando al azar de su avance, a derecha, a izquierda y hasta en las hondonadas, llenando los cielos de ruina y de muerte, como un deseo que quema y que hiela. El cielo, fuerza suprema, ordenaba la existencia de los humanos y los golpeaba, les pegaba como haría un padre encolerizado con su hijo. Había eclipsado a la luna, a la dulce luna que canta a las noches. Clamaba: «Haré de ti un objeto de espanto y dejarás de ser; te buscarán, pero no te encontrarán, nunca jamás».

Entonces, arrebatado, me dejé caer por el suelo con los brazos en cruz, justo en el centro de la gran A, que me acogía como una madre de anchas caderas y colosales piernas. Como cuando era niño, cerré con fuerza los párpados y mil luces rojas recorrieron mi espíritu trastornado.

Al cabo de un momento, el agua espesa se transformó en llovizna y sobre las bolsas fangosas de la tierra accidentada se abatió una neblina, un nubarrón en el que viajaba el arconte del quinto mundo. Subió entonces de las simas profundas, de los abismos, cual ponzoña de la Muerte, una humareda. Luego el aire de lluvia, ese aire preñado de olores tras la tormenta, ahuyentó al viento malo y se hizo el silencio: exhalé un suspiro, la ciudad había expiado su pecado. Se trataba sólo de una advertencia, un anuncio de la última batalla.

Regresé a casa. Eran las cuatro de la mañana. Abrí la ventana para aspirar el aire nuevo y miré hacia la calle.

Me quedé petrificado. ¿Era efecto del alcohol? ¿Eran imaginaciones mías? Debajo de mi casa había una mujer parada bajo la lluvia. En la mano llevaba un cuchillo que destelló a la luz de la luna.

Cerré los ojos un instante. Al abrirlos, había desaparecido.

TERCERA PARTE

Eran tal vez una veintena los que esperaban ese día en la pequeña habitación oscura, apenas ventilada. Cuando los hombres fueron a buscarlos, retrocedieron de un brinco: se estremecían de miedo. Entonces los hombres los habían empujado a patadas y allí estaban, dispuestos en fila o casi, haciendo cola para entrar en el matadero. No estaban ni siquiera gordos: eran enclenques.

Uno tras otro, colgaban por los pies a los terneros y los desnucaban antes de desanjarlos. Ahí acababa todo.

Recuerdo como si fuera ayer el olor terrible, repugnante, el infame olor de la muerte, de la sangre que mana, que mana a borbotones y lo salpica todo: la cabeza me daba vueltas, me sentía mareado. En el suelo, los ríos rojos arrastraban los escombros, los pedazos de carne. Los residuos de las bestias colgadas, empaladas, despiezadas, las bolsas de los voluminosos estómagos, las cabezas de res, los pies, las vísceras: esas eran las piezas separadas en aquella carnicería orquestada por la mano del hombre. El responsable del matadero nos detallaba con orgullo las cifras: a cincuenta terneros por hora, resultaba una media de ternero y medio por minuto. Era sangre lo que bebían esos hombres, sangre muerta que profería alaridos a través de los pulmones de los animales asesinados y que, como la vida, se escapaba afuera, para alimentarlos a ellos, a esos vampiros, a esos seres demoníacos. Ellos pensaban que había una sangre pura, digna de circular por ciertas venas, y una sangre indigna que debía brotar de los cuerpos como un torrente, una fuente viva, para abreviar las entrañas del hombre e irrigar su tierra natal y hacían vomitar la sangre de los que no tienen la misma sangre, y el suelo absorbía como una madre voraz los desechos industriales, y la enorme máquina de la sangre servía para alimentar a esas bestias que se consideran dioses, a esos hombres rodeados de cadáveres, y la sangre ahora se halla en todas partes, en mi boca, en mis manos, en mi torso, en mi nariz, brota y brota sin cesar, como la de los animales.

Aún no había cumplido los seis años cuando mi padre me llevó al matadero. Él pretendía curtirme, enseñarme de qué iba la vida. Más tarde, cuando era un adolescente enfrascado en la búsqueda de mi identidad, me escondía para leer el periódico o escuchar la radio, porque me daba vergüenza que mis padres me tildaran de «intelectual». De muy joven había aprendido a disimular y a mentir para evitar su compañía; para huir de la necesidad. Me había construido un mundo reducido a mi alrededor, un universo mágico en el que interpretaba por turnos los papeles de los personajes que me gustaban: héroes románticos, aventureros, como los de los libros de Alejandro Dumas. Me sedujo la figura de Herodoto porque, a los veinticuatro años, había abandonado su patria para viajar, para tomar notas y consignar historias y leyendas. Su estilo, sobrio y preciso, no desdeñaba las digresiones que se abrían a

capricho según por donde discurrieran sus periplos: desde Egipto, donde se interesó por el culto a Hércules, hasta la ciudad fenicia de Tiro, en la que prosiguió con sus indagaciones. Llegó hasta la Cólquida donde preveía encontrar a los descendientes de los colonos que había dejado Sesostri. Volvió a embarcarse en Taso para después rodear el cabo y llegar a las costas del Helesponto. Nadie antes que él había viajado tanto para conocer a la humanidad. Nadie supo como él describir su verdadera naturaleza: la barbarie.

Esta es la historia de mi vida... la única historia que podré nunca contar. Pero ¿qué es mi vida? ¿Soy yo el hombre de la memoria, del rastro grabado en el suelo igual que una huella? ¿Soy yo el hombre de los pasos perdidos, de las palabras borradas, el testigo del tiempo que pasa, del tiempo que huye? No hablo aquí de todo lo acontecido desde mi nacimiento; selecciono un periodo y no lo hago al azar, sino porque debo evocarlo, revivirlo mediante las palabras. Ahora ángeles de rebelión, ahora mensajeros de luz. A veces son dóciles y maleables y otras las fulmina la impotencia, cuando deben expresar el horror, lo inconfesable, lo obscuro.

El día después de la noche de tormenta me costó una enormidad despertarme. Había bebido demasiado: una resaca espantosa me mantuvo clavado en la cama gran parte del día. Hacia las siete de la tarde, Lisa me llamó por teléfono y me pidió que me reuniera con ella en casa de sus padres. Habían organizado una pequeña reunión en torno a Béla, que acababa de ser puesto en libertad.

Me extirpé de la cama como pude, me vestí a toda prisa y fui a casa de los padres de Lisa.

Mina me acogió con un caluroso abrazo y me dirigió amablemente hacia un pequeño bufet. No había comido nada en todo el día, de modo que devoré con placer los arenques en salmuera, el *geffilte-fish*, los *latke* y otras especialidades asquenazíes que no había probado hasta entonces.

Samy me saludó brevemente con la cabeza. Estaba con una pareja de antiguos miembros de la resistencia, Jacques y Geneviève Talment, héroes de guerra de quienes había oído hablar a menudo: los Talment formaban parte de la mitología nacional.

Jacques Talment era un septuagenario muy delgado, con la piel arrugada y los ojos brillantes. Geneviève, que debía de tener la misma edad, era una encantadora abuela de cara alegre, pelo blanco recogido en un moño y sonrisa fácil. Su voz delicada contrastaba con el hablar, más bien ronco, de su marido.

Crucé algunas palabras con los Talment mientras buscaba a Lisa con la mirada. Estaba hablando con dos hombres de mediana edad. Al final me acerqué a su pequeño grupo.

Lisa me gratificó con un beso de bienvenida y me presentó a sus hermanos antes de eclipsarse hacia la cocina.

Béla, de cuarenta años, resultaba impresionante por su estatura y su compleción. Con el pelo largo recogido en una cola y la camisa blanca medio abotonada, ofrecía un aspecto totalmente desgarbado. Mostraba, al sonreír, una dentadura amarilla. Fumaba un cigarrillo tras otro observando con aire burlón a su hermano, que lo sermoneaba sobre los sufrimientos del fumador pasivo. Al cabo de unos minutos acabó por salir de su irónico mutismo y, al tiempo que encendía otro cigarrillo, dijo:

—Ya basta, Paul, yo no vivo contigo. No te preocupes tanto. Me ves demasiado poco para correr ninguna clase de riesgo... De todas formas, reconozco que me costaría seguirte a todas partes.

Entonces se volvió hacia mí y, con ademán fingidamente pomposo, añadió:

—En la familia están todos muy orgullosos de Paul. Mi hermano acaba de volver de Bosnia: pertenece a Médicos Sin Fronteras. Admirable, ¿no?

—¿Ha estado en Bosnia? —pregunté yo por cortesía para con Paul.

—Sí, he pasado tres meses allí.

—No debió de ser fácil.

Paul no tuvo tiempo de articular palabra. Su hermano contestó por él, con brusquedad:

—Sí, así es. Para cortar piernas a niños heridos hay que tener el corazón muy en su sitio, digo yo. Y todo esto para cuidar a hijos de verdugos...

—No es fácil, no... —dijo Paul, ruborizado, tras dirigirme una mirada de embarazo—, pero todavía es más duro al volver: el ver cada día las masacres por televisión, mirarlas y acostumbrarse a no hacer nada. Ahora, con las noticias que se transmiten veinte horas al día, no se puede uno quejar por falta de información...

Tieso y delgado como su padre pero más bajo que él, Paul tenía el pelo castaño, barba entrecana y los ojos de un azul grisáceo que, en el fondo de la mirada, traslucían la misma pureza que Lisa, el mismo aire de niño maravillado, sincero e inocente. Era de esas personas a quienes la edad adulta no les merma la ingenuidad, sólo se la había teñido de una pizca de desesperanza. Paul Perlman era un hombre justo: llevaba plasmado en la cara el infinito de las almas atormentadas que, incomprendidas, planeaban por encima del mundo sin entenderlo. Tenía la expresión generosa del hombre que siente desapego por los bienes materiales, que domina los códigos de la vida social aun cuando no le merezcan el menor interés, pues lo que busca está en otra parte. Paul Perlman estaba libre de mentira: carecía de doblez. Su corazón, con el cual debía juzgar a las personas y las cosas, desbordaba amor.

—El mundo entero está horrorizado por lo que ocurre —prosiguió—. Pero nadie hace nada. Una vez más, la comunidad internacional demuestra una impotencia total. Europa y la ONU son incapaces de tomar medidas..., igual que la Sociedad de Naciones en otro tiempo. La gente se pregunta siempre cómo puede producirse lo impensable y, al final, lo único que se hace es volver a repetir la misma historia.

—¿Y qué opina tu mujer de que te vayas así, cada dos por tres, eh? —lo atajó Béla, con agresividad.

Se refería a la preciosa mujer morena de ojos almendrados, labios carnosos y tez pálida que acababa de acercarse.

—Le presento a Tilla, mi esposa —dijo Paul.

Me saludó con una sonrisa inmensa y luego se encaró a Béla:

—Su mujer opina que más te valdría que solucionararas tus problemas yendo a un psicoanalista. Tú aún no has digerido la Shoah. Pero se ha acabado ya, Béla. ¿No ves que ahora es distinto? En Israel no hablamos de todo eso. El *Yom Hashoah* es el día del recuerdo y del heroísmo. Se celebra la insurrección del gueto de Varsovia; nadie quiere recordar que se dejaron atrapar como corderos en un matadero, todos nos avergonzamos de eso, ¿lo entiendes?

Sus cabellos plagados de rizos indomables, sus vaqueros y sus zapatos planos formaban una curiosa imagen de gracia y de determinación.

—¿Y usted? ¿También piensa continuamente en la Shoah? —preguntó, volviéndose hacia mí.

—Sí —respondí—. Por fuerza. ¿Usted no?

—Yo soy psiquiatra —explicó—. Es distinto.

—Tilla Perlman... —dije—. ¿No será usted la que acaba de publicar un libro sobre Hitler?

—En efecto. ¿Lo ha leído?

—Sí, preparo un artículo sobre la juventud de Hitler. Según parece, su casa familiar no era el lugar idílico que tanto le gustaba describir...

—Yo creo que Hitler heredó de su padre su personalidad sádica y narcisista. Además, sufrió la perturbación de una ascendencia incestuosa. Su padre, Aloïs, se había casado en terceras nupcias con Klara Pölz, una mujer a la que llevaba veintitrés años y de la que nació Hitler. Dado que Klara era prima hermana de Aloïs, el matrimonio tuvo que celebrarse previa dispensa de Roma.

—¿Usted también es historiador? —inquirió Béla.

—Sí, pero ¿por qué «también yo»? —pregunté—. ¿Qué otro historiador hay aquí? Béla iba a responder, pero Paul lo interrumpió con una mirada cortante.

—En todo caso, es muy amable por su parte el haber venido a apoyar a Béla —dijo.

—¡Ah! ¿Así que ha venido a apoyarme? —exclamó Béla con fingida ingenuidad—. ¡Es increíble la cantidad de amigos que uno llega a descubrir!

Siguió un silencio tenso. Béla nos miró alternativamente a Paul, a Tilla y a mí, orgulloso por su pequeña victoria.

—«El hombre que no tiene amigos tiene el corazón tan estrecho como una cárcel» —declaró por fin, con una débil sonrisa, Paul.

—Gracias, Paul. Encantadora, esa alusión a la cárcel. Es una suerte tenerte aquí para devolvernos a la realidad. Pero me temo que mi hermana haya hecho tomarse tantas molestias a nuestro nuevo «amigo» para nada. Según el abogado de la familia, el malentendido se disipará enseguida. La carta anónima, el arma colocada en mi

casa, todo es demasiado burdo. Lo que le interesa ahora a la policía es averiguar por qué motivo quería atraer el asesino la atención sobre nosotros. Es él, sin duda, el que ha tramado esas pruebas falsas.

»De todas formas —agregó con una risa sardónica—, por si acaso tuviera necesidad de testigos de fiar, constato que habéis reunido aquí a una pléyade de personas honorables: supervivientes, antiguos resistentes y hasta mi hermano, que es una especie de ángel. ¿No es cierto, Paul, que eres un angelito? ¿No es eso lo que dice mamá?... Debe de estar muy preocupada, la pobre, joder, para poner en danza a toda esta gente.

—Béla, ¿quieres calmarte, por favor? —lo cortó Tilla.

Yo desvié púdicamente los ojos. Entonces mi mirada se cruzó con la de Lisa.

La recuerdo con la misma claridad que si hubiera sido ayer. Llevaba el cabello recogido en un moño alto que resaltaba el esplendor de sus ojos. Ceñía su cuerpo esbelto un vestido de satén rosa pálido del que escapaban dos piernas muy finas encerradas en unas sandalias de tiras de cuero.

Cuando me volvía un poco para mirarla, dos manos me agarraron los hombros por detrás.

—Es guapa, ¿eh?

Era Béla, que me observaba de arriba abajo, con ironía, desde su metro noventa de altura. En ese momento vacilé: ¿tenía algo contra mí en concreto o su resentimiento abarcaba a toda la humanidad?

—Sí, es guapa —convine.

—¿La conoces bien? —preguntó, mirándome a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien a qué me refiero.

—Somos amigos, nada más.

—¿De verdad? ¿Amigos, «nada más»?

Había pronunciado aquellas palabras compungido.

—Decididamente, mi querida hermana no dejará de sorprenderme nunca...

Antes de que pudiera interrogarle sobre el sentido de aquella última alusión, Mina se unió a nosotros.

—Nuestro abogado acaba de comunicarnos que han dejado en libertad al hombre que detuvieron en Washington —anunció.

—Sí —dije—. Robertson. Fue él quien manipuló la película, pero parece que no es el asesino. Según sus declaraciones, recibió por correo un fragmento de película junto con las indicaciones de lo que debía hacer con ella.

—Otro anónimo —señaló Mina—, como el que acusaba a Béla. El abogado cree que la semejanza de los procedimientos corrobora la hipótesis de una maquinación y que eso facilitará la exculpación de mi hijo. A propósito, ¿vio usted esa filmación, en Washington?

—Sí.

—Lisa me dijo que había un pequeño cuaderno marrón cerca de Schiller.

—Sí, así es.

—¿Lo recuerda usted?

—Sí, más o menos —dije.

—¿Tenía una costura roja en el borde?

En efecto, cuando el padre Francis me habló de los libros maléficos de páginas carmesíes, había pensado de repente en el cuaderno de la película, cuya tapa de cuero aparecía rodeada de un pespunte en hilo rojo.

—Sí, sí —confirmé—. Creo recordarlo. ¿Cómo lo sabía usted?

—Rafael, usted es historiador y yo, teóloga. Igual que usted, me intereso por los documentos del pasado y en especial por los relacionados con la Shoah. Tengo una ligera idea acerca del contenido de ese cuaderno, aunque por el momento no puedo añadir nada más. Pero ¿quién podría quererle mal a Béla? —agregó, cambiando de tema—. ¿Quién tiene interés en que se sospeche de él?

Yo pensé para mis adentros que si era tan virulento con los demás como lo había sido conmigo, mucha gente podría quererle mal.

—Eso habría que preguntárselo a él —contesté, volviéndome hacia Béla.

Este se quedó pensativo un instante y sacudió la cabeza:

—Hay alguien, sí...

—¿Quién, di?

—Alguien que me detesta más que a nada en el mundo...

Mina lo observó con repentina aprensión.

—¿No estarás pensando en...?

—Sí —la interrumpió su hijo—. Y tú sabes muy bien por qué pienso en él.

—¿De quién se trata? —pregunté.

—De un amigo, Jean-Yves Lerais —respondió Béla, sin dar tiempo a que interviniera Mina—. Bueno, para ser exactos, un examigo.

Había puesto un énfasis especial en lo de «ex».

—¿Jean-Yves Lerais, el historiador? —pregunté.

—Sí —dijo Béla—. ¿Lo conoce?

—Personalmente no, pero sí de nombre. ¿Por qué iba a querer causarle daño?

—Lisa... —comenzó, antes de que lo atajara con precipitación su madre.

—Béla y él estuvieron muy unidos en otro tiempo —explicó—, pero se pelearon y a partir de entonces se envenenó su relación, aunque de eso a decir que te detesta... Exageras un poco, Béla.

—Lo que quería decir antes de que me cortases —prosiguió, muy despacio, Béla— es que Lisa ya no quiere a Jean-Yves. Nada más —concluyó, con una sonrisa afectada.

—¿Ha hablado de ello a la policía? —pregunté a Béla.

—No —contestó—. No quería ponerlos sobre una pista falsa... ¿Sería abominable, no, poner a la policía sobre una pista falsa? De todas formas, si se quiere

hacer que acusen a alguien, hay que estar completamente seguro de no errar el golpe...

Pronunció aquellas últimas palabras mirándome con fijeza a los ojos.

Yo me escabullí pronto, con una curiosa sensación de malestar.

Tenía la impresión de que no me habían hecho ir por casualidad a casa de los Perlman esa noche. Quizá quisieran transmitir, a través de mí, ciertas informaciones a Félix..., cosa que, por otra parte, me apresuré a hacer aquella misma noche.

A partir del día siguiente, Félix se puso manos a la obra para localizar a Jean-Yves Lerais, con el fin de averiguar más detalles: enseguida supo que no residía en Francia, sino en Italia, en la École Française de Roma.

No había modo de comunicarse con Jean-Yves Lerais por teléfono, pero debía regresar a París la semana siguiente.

Transcurrieron varios días, durante los cuales Félix se vio obligado a dejar de lado aquel caso para cubrir otro: un embrollo político-financiero en el Parlamento. Además, se produjo el asesinato de un niño en una población del cinturón industrial de París.

Durante aquella semana intenté acercarme a Lisa. Siguiendo los consejos de Félix, procuré proceder paso a paso. Como no conseguía avanzar hacia su corazón, me insinué en su vida cotidiana. Aquel fue el comienzo de una nueva asociación, sin intimidad ni ternura, aunque dotada de una verdadera comprensión, una complicidad, una unión espiritual. Estábamos a gusto juntos, éramos como hermano y hermana. Esa fraternidad me sabía a veces a incesto, porque por dentro ardía, la bebía, la tocaba con la mirada, me consumía en el infierno. Practicaba una especie de encratismo^[4] que me colocaba en un estado muy extraño, no sé si de desesperación o de éxtasis.

Creo que fue entonces cuando descubrí la castidad, como fuerza y como purificación. En la actualidad recuerdo sin sufrimiento la tensión, la tentación y la continencia, y me parece que aquellos momentos fueron para mí los que contenían mayor amor, pues la alegría es más fuerte que el placer y la comunión espiritual más genuina que la de la carne.

Félix se burlaba: «El hombre que no es tentado no puede alcanzar el reino de los cielos», sentenciaba con guasa. O bien decía que yo practicaba la abstinencia como medio para evitar la propagación de la simiente humana, que multiplicaba de modo indefinido el sufrimiento y perpetraba el reino del Mal. Luego añadía, en tono irónico, que la concupiscencia era el arma de Satán y que la fornicación reducía al hombre a un estado de imbecilidad.

En el fondo, no andaba equivocado. Poco me habría importado no desearla. Casi me reprochaba el hacerlo. ¿No es acaso el deseo como el mal? ¿Estúpido, brutal, desenfrenado, irracional en su causa, terco en su voluntad, limitado en sus ideales? Igual que el mal, en cuanto se ha saciado, en cuanto se ha aniquilado, se empeña en

renacer. Él es el príncipe de las tinieblas, provisto de una fuerza virulenta y temible. Puede abalanzarse sobre su presa; o bien agazaparse y avanzar despacio, arrastrándose o deslizándose. Igual que el mal, arde y hiela, se esconde bajo máscaras y se metamorfosea y, como el mal, procura actuar por encantamiento, seducir con el embrujo del verbo. Sin embargo, no llega a asir nada aparte de la presencia de un objeto inmediato. Igual que el mal, busca la materia, sin principio ni fin, sin razón alguna, aparece y desaparece en un instante y sólo deja tras de sí el perfume degenerado de una noche de desesperación.

Félix decía que había límites, que había obrado bien siguiendo sus consejos, pero que no debía exagerar.

Yo, por mi parte, pensaba que él no conocería nunca ese vértigo de cada instante, ese momento crucial en el que se siente que la propia vida puede dar un vuelco. No conocería nunca el paroxismo del deseo, la extraña satisfacción de no saciarlo.

No, no era el deseo lo que me ligaba a Lisa Perlman. Era otra cosa.

Un reconocimiento de que todo reside en el espíritu, de que la carne está supeditada al alma y que el alma sueña con otro mundo: eso tenía un nombre.

El amor es el choque de los extremos, el vacío que cobra vida, las fuerzas que se atraen, las formas que encajan entre sí. Esta fuerza incontrolable que aplaca al tiempo que excita, que tranquiliza y enloquece a la vez. Antes de ella, mi cuerpo era una cárcel, una mazmorra estrecha en la que se ahogaba mi alma, que topaba siempre con sus paredes; ella había abierto la primera puerta, la que lleva a la reunificación.

Lo que querría decir con toda llaneza es que he conocido el éxtasis de los primeros instantes, la locura de los amantes de Verona que tantas burlas ha suscitado. Yo he vivido las ansias de la pasión: cuando un deseo infinito, incommovible, ardiente como el fuego, orgulloso como una roca, halla su paroxismo ante el rechazo que se le opone. La evasión hacia la nada, la tentación del abismo, las noches de insomnio, los llantos de desamparo, la soledad: descubrí todo eso. Sé lo que es un progreso glorioso, cuando una sonrisa, un pequeño resplandor indican el más mínimo interés, la certeza inquebrantable de la belleza de la vida, cuando el sol se cuele en una mañana primaveral. He conocido también el nihilismo más descarnado, la desesperación y la angustia metafísica. He paladeado todos los extremos, la felicidad más absoluta y la postración, el odio más sordo y el afecto más tierno, la alegría y el dolor, la vida y la muerte, la sabiduría y la locura, todo lo he experimentado por una primera mirada.

Sin embargo, carecía de toda predisposición para ello. No tenía ni la imaginación creadora ni la abertura espiritual necesarias para vivir esta aventura inenarrable; no tenía la vulnerabilidad propicia a la pasión. No tenía capacidad de adhesión fiel, incondicional, y sentía demasiado interés por los bienes terrenales para correr el riesgo de ponerlos en peligro. Lo que me sucedía era a todas luces impensable. Había

vivido, en esa vida histórica, paseando mi incredulidad a través de los siglos y, de improviso, todo mi vagabundeo adquiriría un sentido inaudito, que justificaba mi existencia. Jamás habría sospechado que aquello pudiera ocurrirme a mí. Me daba escalofríos sólo de pensarlo. Tenía miedo de perder el control sobre ese ser: yo, esa ficción, ese suspiro que hace volar las motas de polvo.

Creo que entré en el ámbito de la pasión igual que san Agustín entró en el de la religión. Por una conversión. Algunos dirían que fue por la gracia.

Ella iba todos los días a nadar a la piscina del hotel Nikko, a orillas del Sena. Y yo la acompañaba todos los días.

Era una pequeña piscina en la que flotaban en silencio algunos turistas japoneses. Otros realizaban sus extraños ejercicios al borde del agua, desarrollando con lentitud los movimientos, como si tomaran impulso para un acto que nunca llevaban a cabo. Ese pueblo calmado y sereno parecía esforzarse en adquirir la fuerza suprema, el control de sí. ¿Acaso no son la paciencia y la determinación las claves del dominio del mundo? Sus gestos interminables conferían a ese lugar una tranquilidad particular, más propicia a la meditación que la que se halla en los baños donde la gente chapotea de manera ruidosa.

Yo procuraba imitarlos mientras veía a Lisa sumergirse, hendir el agua con su cuerpo espigado, golpearla con sus largas piernas, dividir las olas con sus brazos acerados como remos, como láminas. Félix decía que aquello era el suplicio de Tántalo. Yo me sentía purificado por esa prueba que me incitaba a la contemplación y cuyo punto culminante, según dicen, es la visión de Dios. Aquella piscina estaba en verdad en algún punto elevado del monte Hermón, descendía hasta Galilea, se alargaba hasta el mar Muerto y se llamaba Jordán, por Jared, antepasado de Noé. Bajar al cauce natural de sus aguas puras y turbias era el placer.

Me gustaba el agua fría. Me gustaba ver mi imagen reflejada en la piscina: era como mi auténtico ser. Una imagen imprecisa, cambiante, que se adaptaba a los altibajos de las olas. A veces tenía la impresión de que no era yo quien miraba al fondo del agua, sino el otro, el doble, que buscaba su ser real. Me escrutaba; quería saber qué significaba ser. Me remitía a mí mismo y me decía: ¿quién eres tú? ¿Quién eres tú, el historiador de sombras que no ha sentido nada verdadero, que no ha expresado nada relacionado con las esencias infinitas, que no ha desvelado nada del otro mundo? ¿Vas a despojarte de tus ropas y a desprenderte de tu torpeza alienante? ¿Te meterás por fin desnudo en esta piscina? ¿Oyes la agitación del oleaje? Eso decía el hombre de luz, ese compañero, ese gemelo de las aguas vaporosas y de las aguas claras que, a la manera de un velo transparente, reanimaban con un fuego brillante el abismo profundo del universo.

Todos los días se repetía el mismo ritual. Ella tardaba unos minutos en entrar en el agua y luego nadaba durante una hora, a braza o de espaldas. Después de bañarse,

se embadurnaba los brazos y las piernas con un unguento de olor dulzón para tomar el sol de aquel comienzo de primavera. Yo debía ayudarla a ponerse crema en la espalda. Lentamente, moviendo apenas la mano, hacía penetrar la dulce unción en su piel y me maravillaba viendo cómo esta bebía las lágrimas de vida, las engullía para reconstituirse. La espalda de Lisa era todo un paisaje y yo, su geógrafo.

Dos pequeñas colinas descendían en suave pendiente hasta una serie de dunas que se elevaban haciendo de contrafuertes de una llanura de calma y belleza, de un trazado de serenidad infinita, un área lisa y llana, una larga playa constelada de mica, de caracolas varadas en la orilla, como ébano sobre marfil. El desierto de Lisa era un desierto blanco cuya arena acariciaba, cuyos surcos rozaba con mis manos. Yo despertaba a esa playa virgen con una sustancia rica para paliar la aridez del sol y, gracias a un milagro del cual era artífice, pero en el que era el último en creer, llovía en el desierto, llovían gotas acres y dulzonas que caían como flor nocturna, como un bálsamo sobre un corazón marchito.

La piscina estaba situada en lo alto de las torres de Beaugrenelle y desde ella se veía París a partir de los muelles del río. Hacia las seis descendía una luz que aureolaba el entorno con un nimbo fosforescente. Era la creación del mundo, era el vacío de los primeros instantes, posado sobre nosotros como un fluido imponderable, un gas, ni blanco ni negro, ni rojo ni verde, ni de ningún color; era el cénit, el azul propicio, fulgor de los comienzos. De la piscina subía un vapor ligero que se elevaba hacia el cielo, y la luz, fuego y sol, igual al origen, ahuyentaba a la noche, y a nuestro alrededor se borraba la nada... Delante de mí se producía el milagro: de las tinieblas y del abismo surgía el firmamento y abajo, las aguas, el verdor, los árboles y las hierbas, y los astros, luna, sol y estrellas, y todos los seres vivos, y yo no salía de mi asombro por todo lo que aquello me inspiraba, y veía, a lo lejos frente a mí, el mundo de antes de la creación, y la nada de la que había nacido el mundo, y quizás el lugar adonde este se dirigía, y presentía el más allá del mundo, el espacio de las estrellas, y ponderaba el infinito y me formaba con ello el concepto de un pavor primordial.

Era como un mar en el cielo, por encima de los nubarrones de la ciudad. Era un fresco valle entre las nubes, de diluidas tonalidades blancas, pardas o verdes. La espuma blanca de la piscina era un rocío más fresco que el de las madrugadas. Era una ola límpida cuyos contornos formaban una ribera de guijarros grises y blancos. Era un pequeño valle tras el cual los espacios místicos revelaban el horizonte. El sol se ponía por el oeste; era allí donde la noche cortejaba al día.

Ella se bañaba en el curso de agua virgen, se ahogaba en él como la primera rosa, como una flor irisada.

Allí observaba yo correr el tiempo igual que el agua, con abundancia y rapidez, pero

sin aprensión. Allí observaba yo caer el cielo e inflamarse el azul, rojo y violeta, púrpura y añil. El aire no era ya sofocante como en la ciudad asfixiada: envolvía sus miasmas con un velo dorado. La noche caía muy lentamente, la noche caía y todo se tornaba negro, salvo los astros que seguían iluminando el firmamento, y la luna velaba a la tierra. La ciudad de las luces brillantes parecía contemplar el cielo, como si hubiera dos mundos situados cara a cara: el de arriba y el de abajo. Y nosotros estábamos suspendidos en el aire, entre cielo y tierra, y quizás estábamos allá simplemente para unirlos.

Mi sed se aplacaba con el agua en la que se bañaba la gracia diáfana del rostro y del cuerpo de Lisa. La bebía como si emanara de ella. Cuando salía de la piscina, las gotas le resbalaban sobre la piel como un millar de pequeños arco iris. Sus ojos sonreían; brillaban con el destello de la vida. Casi me hacía daño mirarlos.

Los ojos de Lisa eran el universo, con los círculos concéntricos del globo, el iris y la pupila. El blanco, donde se ramificaban las venillas enrojecidas por el cloro cual coral sobre la duna, perla de luz, era la luna herida; el círculo intermedio del iris, pigmentado de azul de ultramar y salpicado de manchas grises, era el cielo y sus estrellas, de donde lloraba a veces la lluvia bajo las nubes cenicientas; y el círculo central de la pupila, sima de sombra de profundidades insondables, noche de ébano, misterio de los misterios, era el fondo secreto de la tierra.

El mundo entero se reflejaba en la piscina, todo se absorbía en su espacio, el mundo acudía allí para purificarse; y yo era el agua que ella batía, era el líquido que poseía su ser y que se hundía en el abismo, hechizado, y era la onda que se adaptaba a su forma como por efecto de un profundo beso.

Después de la piscina, íbamos a cenar. Teníamos hambre y nos abalanzábamos sobre el pan que traía el camarero antes de la comida. A ella no le gustaba el vino solo: lo diluía con agua.

Antes de la separación, se repetía el casto beso en las mejillas, intercambio entre perfectos^[5].

El 29 de marzo de 1995, a las doce menos veinte, después de la piscina, en un cine del futurista y aséptico barrio de Beaugrenelle, le robé un beso a Lisa Perlman. De la película, sólo recuerdo el nombre: *Regreso a Howards Ends*.

Al día siguiente, a las ocho y cinco de la tarde, llamaron a mi puerta. Fui a abrir. Lisa entró con la cara descompuesta y los ojos enrojecidos. Sin decir palabra, enfiló vacilante el pasillo que llevaba al salón, se dejó caer en un sillón, hundió la cabeza entre las manos y comenzó a sollozar.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Lisa? Pero ¿qué pasa?

Levantó la cara hacia mí y, con los ojos rebosantes de lágrimas, me miró un

momento.

—Acaban de interrogar a un nuevo sospechoso del asesinato de Schiller.

—¿Quiénes?

—Jean-Yves Lerais.

—¿El amigo de Béla? —dije—. ¡Entonces, eso significa que tu hermano queda exculpado! ¿Por qué te pones así?

Las preguntas se precipitaban, sin orden.

Ella hizo un gesto evasivo, como si no supiera por dónde empezar.

—Te refieres a Jean-Yves Lerais, el historiador, el especialista en la Francia de Vichy, ¿no? —continué, tratando de mantener la calma—. ¿Lo conocías?

—Sí, lo conocía bien.

El final de la frase salió estrangulado de su garganta en forma de sollozo. Yo le acerqué un pañuelo y se sonó con él igual que una niña.

—¿Lo conocías bien? —repetí.

Me miró con expresión desolada y sacudió la cabeza.

—Tuve una relación de pareja con él.

Tras oír esas palabras, las paredes de la habitación retrocedieron y el suelo se hundió bajo mis pies. Presa de vértigo, me dejé caer en el sillón que había frente a ella. Era como una enfermedad que volvía a manifestarse en los momentos más propicios, para abatirse de forma implacable cuando se insinúa la curación. El padre Francis tenía razón: estábamos de camino hacia la patria celeste y los malos espíritus nos atacaban desde las orillas.

Dicen que la rabia del Demonio se multiplica contra aquellos que entrevén la gracia de Dios: le cuesta resignarse a que se le escape un corazón sobre el que preveía reinar. Lo llaman León a causa de su crueldad y Tigre por las múltiples formas que reviste su astucia.

—¿Tuviste una relación con él? —logré articular.

—Por eso acaba de citarme la policía, hace un momento —explicó despacio—. Creen que él mató a Schiller.

—¿En qué se basan? ¿Tienen pruebas?

—Estoy segura de que ha sido Béla quien les ha hablado de él —declaró mientras me dirigía una mirada sombría—. Le había suplicado que no lo hiciera. Yo quería llevar a cabo nuestra propia investigación primero. Pero se lo ha contado todo... Se ha vengado del pobre Jean-Yves...

—¿Qué les ha dicho en concreto?

—Que Jean-Yves odiaba a Schiller. Que si revisaban los papeles del teólogo encontrarían sin duda las cartas de amenaza escritas de su puño y letra. Y las han

encontrado —añadió, sacudida por violentos temblores.

Fui a prepararle un *whisky*.

—No —dijo—, no serviría de nada.

Entonces me levanté y fui a buscar unos calmantes, que también rechazó.

—Esto te tranquilizará, créeme —insistí.

Acabó por tomárselos, engullendo el vaso de alcohol de un trago, sin pestañear.

—Pero... ¿habíais roto? —pregunté, titubeante.

—Sí.

—¿Hace mucho?

Sacudió la cabeza de nuevo.

Me alargó el vaso para que volviera a llenárselo. Después fue a tumbarse en el sofá, donde pronto se quedó dormida. Yo la observé un instante. ¿A quién? ¿A quién me recordaba?

Al día siguiente, Félix llegó a las nueve de la mañana agitando su periódico.

—¿Has visto? —dijo sin perder tiempo en saludos.

Como era de esperar, el asunto había saltado a los medios de comunicación. Esa es la naturaleza del acontecimiento, que fascina a nuestros contemporáneos tanto por su importancia como por su misterio y su realidad. Los noticiarios actualizados cada hora, componen el cantar de gesta de las sociedades democráticas, la gran obra teatral cotidiana, la ruptura de la rutina, el gramo de locura que aporta un sentido a cada día que Dios hace amanecer en los hogares desencantados.

El detalle más sorprendente, que alimentaba el folletín televisivo, era que seguía sin encontrarse la otra parte del cuerpo de Schiller: Jean-Yves Lerais no había confesado nada.

Félix se encaminó con paso seguro hacia el salón.

—Félix... —comencé, con intención de advertirle que Lisa estaba allí.

No me dio tiempo.

—Oh, perdón —dijo, al verla acostada en el sofá—. No quería molestar.

Le hice un breve resumen de la situación y, como ella seguía dormida, nos fuimos a mi habitación.

—No acabo de creer que...

Se produjo un silencio, durante el cual encendí un cigarrillo.

—¿Qué ibas a decir, Félix?

—No, nada.

Félix sacó un puro del bolsillo y le quitó el celofán con lentitud. Parecía absorto en intensas reflexiones.

—¿En qué piensas? —volví a preguntar.

—En él, en Lerais.

—¿Y?

—He hecho indagaciones. Tiene una particularidad interesante: es el sobrino de un eclesiástico al que tú y yo conocemos...

—¿De quién se trata? —pregunté, sorprendido—. ¿Del padre Francis?

—Exacto. El padre Francis, que era amigo de Schiller. En este preciso momento se encuentra en Roma, adonde había ido a ver a Lerais justo antes de que cayeran sobre él los inspectores.

—¿Crees que Lerais puede ser el asesino?

Acababa de pronunciar esas palabras cuando apareció Lisa en el umbral, con los ojos aún hinchados por el sueño.

—No —respondió a mi pregunta—. Es imposible.

—¿Porqué?

—Escucha. Se ha cometido un crimen horrible. Todo el mundo está conmovido. Se busca un culpable a toda costa. ¡Jean-Yves es la víctima expiatoria elegida!

—Pero ¿por qué? —pregunté, sorprendido.

—Para los antisemitas, el no judío que se interesa por la Shoah es casi peor que un judío. Es un traidor, un vendido, ¿entiendes?

—Sí, quizá... Pero de todas formas podemos confiar en que la policía...

—¿Confiar en la policía? —replicó, enarcando con socarronería una ceja—. ¿Después de 1942, de las redadas y, luego, de la milicia?

—Mil novecientos cuarenta y dos, sí —confirmé—... La operación Viento Primavera, la redada del Vel d'Hir; 4.051 niños, 5.802 mujeres, 3.031 hombres, o sea, un total de 12.884 seres humanos arrestados.

—El glorioso saldo de las piezas cobradas por las fuerzas del orden, que debería permanecer grabado sobre el dintel de la jefatura de policía.

—Mil novecientos cuarenta y dos..., julio de 1942 —repetí, pensativo—. Pero ¿qué día? Es raro. Ahora no consigo recordarlo. Normalmente soy un as con las fechas y esta es elemental, un clásico del período.

La redada del Vel d'Hiv... Novecientos grupos compuestos por dos o tres policías cada uno, elegidos en todo el espectro del cuerpo: policía municipal de uniforme o de paisano, policía judicial, información general, gendarmería, guardia móvil, sección especial antijudía de la policía. Incluso los matones del Partido Popular de Doriot colaboraron para imprimir mano dura a la operación. Habían desembarcado a las cuatro de la mañana en los pisos catalogados ya en fechas lejanas y habían embarcado a familias enteras, hombres, mujeres, niños o viejos. A los solteros y a las parejas sin hijos los mandaron a Drancy, a los otros al Velódrome d'Hiver.

—Ah, ya lo tengo —grité de repente—, el 16. Era el 16 de julio de 1942.

Lisa me observaba, estupefacta.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó.

—Dios mío, Lisa —dije—. Esto confirma que el asesinato de Schiller es un

asesinato ideológico.

—¿Podrías explicármelo?

—No se trata sólo del acto de un demente, de un loco —contesté—. Es algo peor, mucho peor de lo que creía...

Félix y Lisa me observaban con una mezcla de inquietud y perplejidad.

—A Schiller lo mataron el 27 de enero de 1995 —dije—. ¿No os hace pensar en nada?

—...

—¿No?!

—...

—¡No sé cómo no he reaccionado antes! Es el aniversario de la liberación de Auschwitz... Exactamente cincuenta años después. Teniendo en cuenta que Schiller era especialista en la Shoah, se diría que esa fecha no es del todo anodina.

Al día siguiente, Félix fue citado por la policía para que los pusiera al corriente de las informaciones que había recabado en su propia investigación sobre el asesinato de Schiller. Pasó toda la mañana en los locales de jefatura y allí desveló la naturaleza de sus sospechas: era probable que el crimen guardara relación con la Segunda Guerra Mundial, aunque todavía ignoraba de qué modo.

Tal como me refirió más tarde, en el despacho del comisario se había encontrado con un conocido.

—Buenos días —lo había saludado un hombre con marcado acento sudamericano—, ¿se acuerda de mí?

Félix había reconocido de inmediato los acerados ojos azules, la nariz rojiza y las mejillas picadas del extraño personaje con el que nos habíamos cruzado dos veces en los actos de Washington.

—Por supuesto, señor Ferrara —respondió.

—¿No le sorprende verme aquí?

—No del todo. Ya me parecía que usted no era solamente el exembajador de Argentina en las Naciones Unidas y que su presencia en aquel encuentro no se debía a un mero azar.

—Bravo, bravo —lo felicitó Ferrara con una chispa de diversión en la mirada—. Es usted muy perspicaz.

—¿Pertenece a la CIA o al FBI?

—Colaboro con la policía francesa —contestó, con una sonrisa, Ferrara— porque este asunto compete, según parece, a nuestros dos continentes.

—¿Sabe algo más sobre John Robertson, el hombre que manipuló la película? ¿No es un cabo que permita llegar hasta el asesino? —le preguntó a Ferrara.

—Pese a ser un neonazi revisionista que asiste con asiduidad a las conferencias y coloquios sobre la Shoah, Robertson no es el asesino: recibió el fragmento de película

por correo, en un paquete anónimo...

—¿No hay manera de saber quién se lo envió?

—Todo indica que es un hombre bien informado sobre los ambientes históricos o pseudohistóricos... En ese sentido, su ayuda podría ser inestimable para nosotros: necesitamos a alguien que nos sirva de enlace con ese reducido círculo. Y dígame una cosa, su apellido, ¿no es de origen alemán?

—No, alsaciano, parece ser —respondió Félix. Luego reflexionó un instante, antes de añadir—: Yo no he estado nunca en Alsacia, sin embargo.

Por la tarde, Félix quiso hablar con Jean-Yves Lerais, pero estaba encarcelado y no quería hacer ninguna declaración a la prensa. Todo lo que habían averiguado a través de su abogado era que insistía en proclamar que era inocente y que así iba a declararse en el juicio.

Félix decidió entonces que había que ir a Roma para investigar sobre Lerais. No tuvo dificultad en conseguir que su periódico le enviara allí y me propuso acompañarlo. Estaba empeñado en encontrar al padre Francis, porque pensaba que podía obtener una información preciosa de él.

Cuando llamó por teléfono a la policía para informarles de su propósito, le respondieron que Álvarez Ferrara iría con nosotros.

Esa vez no me hice de rogar. Yo había ido a Roma con frecuencia y volvía siempre que podía. Soñaba con llevar allí a Lisa, enseñarle la ciudad a la puesta del sol, mostrarle desde el Janículo el tupido conjunto de ruinas dispuestas a sus pies. Ver en derredor las colinas coronadas de malva y violeta y, delante, esa extensión plana de un verde profundo salpicado de amarillo, de gris y de púrpura, esa llanura con sus árboles y arbustos ardientes y su río, el Tíber, que refleja en su profundidad tornasolada la luz celeste y discurre por la ciudad, rutilante de estrellas igual que el cielo de Roma en las noches de verano; estar en Roma, residir un instante entre los muertos mientras el pasado y el presente se concretan, por medio de iglesias superpuestas, por medio de épocas reunidas de forma apresurada: esa es la esencia de todo cuanto he amado en este mundo. Roma es el origen y el fin. El Coliseo, esa gran elipsis donde la gente aplaudía, en aquellos jactanciosos espectáculos del Imperio, entre los combates de gladiadores y las luchas de fieras, no es ya más que un vestigio; y si yo oigo aún los parlamentos políticos, el clamor de las multitudes, y si percibo la potencia romántica de esos sitios celestes, el Panteón, el Foro, el Capitolio y el Palatino, lo hago desde mis bloques de piedra, polvo y ceniza. En un carro tirado por cuatro caballos blancos, el vencedor desfilaba encabezando un largo cortejo, pero, cerca de él, el esclavo murmuraba: «Recuerda que no eres más que un mortal». Roma es en su pasado esplendor, el paraíso perdido, y sus escombros son testimonio de la decadencia universal. Roma está triste y Roma llora: sus fuentes se llenan con sus sollozos.

Roma, salvaje, embrollada, diseminada entre verdor y coches, entre aguas puras y río sucio, desarreglada como una mujer sin peinar, descuidada pero encantadora. Roma es el tiempo que huye entre vestigios y calles estrechas que halagan al laberinto de la memoria y a mi instinto de historiador, que me lleva a construir con los muertos, a distribuir y a clasificar. No, Roma no es grandiosa. Como el amor, Roma es una catástrofe, una cascada imprevista, como el amor devastado, Roma es un vestigio desgastado, erosionado por la tempestad, una larga plaga de silencio tras el tumulto.

Después de dejar el equipaje en el pequeño hotel de detrás del Campo dei Fiori en el que tenía por costumbre alojarme, nos dirigimos a pie al palacio Farnesio, sede de la Ecole de Rome, institución de investigación destinada a los historiadores franceses. Atravesamos los jardines llenos de escombros y de fragmentos, migajas inmensas. Pasamos delante de los cercados de viñas situados dentro de los claustros, delante de las villas y los palacios de mil cipreses. Admiramos las flores de Roma, en los patios interiores y las largas ramas de hiedra que acariciaban las casas de piedra. Atravesamos las arcadas y las plazas innumerables, en cuyo centro corrían a mares las aguas, y nos paramos para tomar un café con leche tan batida que la cuchara se sostenía de pie. Después nos adentramos en el Corso, que, bajo las tinieblas de sus altos muros, se adentra hacia la Piazza de Venecia, como a la búsqueda de la luz en un corredor sombrío.

Era una vasta residencia, de imponente fachada provista de una austera cornisa. Entramos bajo una bóveda que nos condujo al patio interior al que daban las ventanas, rematadas con tímpanos triangulares en cuyo centro dos guirnaldas encuadraban una cabeza de toro. Entramos en el edificio central y, tras cruzar una galería cuya bóveda ilusionista mostraba a Hércules en sus más duros trabajos, vimos otra sala donde se celebraba el triunfo de Baco y de Ariana, con gran profusión de tirso, racimos de uvas, silenos borrachos y bacantes.

Llegamos al primer piso, que acoge la École Française de Roma. Eran las cuatro de la tarde y había poca gente. Los estudiantes y los investigadores estaban de vacaciones. Logramos localizar a una secretaria, una italiana que se parecía un poco a la Ariana de Hércules, con sus ojos y su cabello negros y su blusa blanca de seda fina, y a la que no sorprendieron nuestras explicaciones confusas.

—¿Ha visto a Jean-Yves Lerais últimamente? —preguntó Félix, pese a conocer de antemano la respuesta.

—No —respondió la joven—. Hace tres días que no le hemos visto.

Al parecer la noticia de su encarcelamiento todavía no había llegado allí.

—¿Está enterada del tema de la investigación que llevaba a cabo aquí?

—No, pero esperen, lo buscaré.

Se levantó y se puso a rebuscar en un cajón del que sacó un paquete de pequeñas

fichas que fue pasando una por una. Álvarez Ferrara comenzaba a manifestar signos de impaciencia cuando exclamó:

—¡Ah, aquí está, creo que lo he encontrado! El señor Lerais hizo su tesis sobre Jérôme Carcopino, director de la École de Rome, director de la École Normale Supérieure y ministro de Educación bajo el régimen de Vichy. Vino aquí para efectuar investigaciones sobre Pío XII y el nazismo, a partir del Concordato firmado entre el Tercer Reich y la Iglesia católica en 1933.

Había leído concienzudamente todo el contenido de la ficha.

—¿Podría darnos su dirección? —preguntó Álvarez Ferrara, tabaleando sobre el borde de la mesa.

—¿De quién? —preguntó la mujer, poniendo unos ojos como platos—. ¿De Pío XII?

—No —contestó secamente Ferrara—, de Jean-Yves Lerais.

—No, no puedo. No divulgamos las direcciones personales de los investigadores.

Entonces, con un brusco gesto de su mano peluda, Álvarez Ferrara le plantó su carné de policía ante la cara y la mujer, intimidada, obedeció. Sin más dilación, tomamos un taxi a la dirección que nos indicó. Era en el primer piso de una encantadora casita de la Piazza Navona. No tuvimos necesidad de pedir la llave a la portera ni de forzar la cerradura: dentro había alguien y nos abrió la puerta.

Era el padre Francis. No parecía extrañado de vernos.

Félix y yo le pusimos al corriente de la nueva identidad de Ferrara. Luego entramos en un salón acondicionado con muebles antiguos y sillones desaparejos en los que tomamos asiento. Había decenas de velas encendidas aquí y allá, encima de las mesas, en las estanterías, en el alféizar de las ventanas... La habitación estaba llena de un vapor que debía de provenir de un incienso almizclado cuyo olor se nos agarró en la garganta. Frente a nosotros, encima de una gran chimenea, descansaban en desorden un montón de libros y cuadernos antiguos. De las vigas pendían plantas secas. En una de ellas estaba colgado un bastón ornado de esculturas. Su extremo más voluminoso se inclinaba hacia abajo, mientras que el otro estaba atado con una tira de cuero afianzada con siete nudos.

—¿Cuándo vio por última vez a su sobrino? —preguntó Ferrara.

—Hace ocho días exactos. Ese pobre muchacho... —añadió con su voz temblequeante—. Él no es el culpable, créanme... Incluso sé quién cometió el crimen... Es una conspiración...

—¿Una conspiración? ¿Organizada por quién? —inquirió Félix.

El padre Francis le susurró algo al oído. Félix enarcó una ceja y frunció los labios. Yo percibí el amago de una mueca de desaprobación.

—Si quieren que les diga mi opinión —prosiguió el padre Francis en voz alta—, esa es la dirección a la que hay que ir para encontrar al asesino de Schiller. Mi pequeño Jean-Yves es un historiador de la guerra. Quería redimir la conducta de su padre, ¿entienden?

—¿La conducta de su padre? ¿Qué hizo? —se interesó Félix.

El viejo se turbó al oír la pregunta, como si comprendiera que había hablado demasiado.

—Su padre... Oh, nada..., nada. Era la guerra, ¿qué quieren...? Y además, no hubo tantos muertos, ¿saben? —farfulló—. Los judíos exageraron, llevados por la emoción, y no se dieron cuenta.

Félix le observaba con frialdad. A mí siempre me había chocado verlo así. Mientras que en las conversaciones privadas con amigos o conocidos podía demostrar una rara agresividad, cuando realizaba una investigación, cuando «curraba», como él decía, conseguía mantener una calma olímpica. Podía conversar con dictadores, con antiguos colaboracionistas y con criminales, sin pestañear siquiera. Era incluso capaz de dar la razón a aquellos de quien quería extraer una información. En tales casos podía obrar con una mala fe absoluta.

—Desde que conoció a esa chica comenzaron a venírsele encima las preocupaciones —continuó el viejo.

—¿A qué chica? —preguntó Félix.

—A esa tal Lisa, Lisa Perlman. Las mujeres no traen nada bueno, no... Esto me ha recordado...

El padre Francis nos miró un instante antes de proseguir con nuevo brío.

—Yo tenía veinte años y estudiaba teología. Tenía vocación, como dicen. Quería ser fraile. Quería poner mi alma en las manos de Dios, entregarle mi destino. ¿Se han fijado ustedes en que lo que llaman un aire de familia no reside en la forma de la frente, de la nariz ni del mentón, sino en el brillo de los ojos? Por eso todos los monjes se parecen. Fue un tiempo bendito aquel en que formé parte de esa estirpe de elegidos.

El padre Francis elevó la mirada al cielo, como para rememorar mejor aquellos instantes mágicos, y luego continuó, clavándome los ojos como si se dirigiera a mí en particular.

—Todo cambió de manera brusca una mañana de invierno. Ya no me acuerdo cómo conocí a esa chica... Mi vida sufrió una alteración total a causa de ella.

El anciano sacudió la cabeza. Álvarez Ferrara parecía escucharle sin prestar mucha atención. Félix, por su parte, fumaba tranquilamente su puro y lo observaba con una concentración teñida de desprecio.

—No crean que no me doy cuenta —continuó el padre Francis—. Ya sé que se burlan de lo que les cuento. Ustedes no creen en Satán ni en los malos espíritus que actúan en este mundo. Nunca han experimentado la posesión... Ustedes no creen en el Diablo... Y sin embargo existe, ¿saben? ¿Quieren saber algo?

Tenía los ojos agrandados por la exaltación.

—Cuando está totalmente solo, le gusta quedarse desnudo. Entonces deja exhalar su olor: es el hedor de un agua pringosa, de una tempestad negra, de una podredumbre infame. Cuando está entre los hombres, disimula esa pestilencia con

ayuda de un bálsamo de misteriosa composición. Le gustan las tinieblas y las casas donde hay agua bendita y velas. Le gustan los astros y los cometas, las estrellas fugaces son sus cerillas y el rayo es su grito. Le gustan el fuego y el azufre. No tendrán dificultad para reconocerlo: su mirada supera la fuerza normal de la mirada humana.

Tenía los ojos desorbitados y su tez había palidecido; en sus sienes destacaba el latido de las venas y su voz, ronca, se tornaba cada vez más grave.

Levantó una vela que tenía cerca a la altura de su mirada. La llama dibujó zonas de sombra, haciendo que su rostro pareciera una calavera.

En torno a la aureola creada por la vela, la habitación parecía invadida por la oscuridad. Sentí que una vaga náusea se apoderaba de mí. Estaba mareado y me dolía la cabeza.

Dirigí una mirada a Félix, que continuaba fumando impasible su puro con aire concentrado, la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Ferrara tamborileaba con nerviosismo sobre el brazo del sillón. «¿Hay alguien normal aquí?».

—Vean —exclamó el padre Francis—. ¡El fuego sagrado nos devora! ¡Estamos en las tinieblas, en el imperio de las Tinieblas!

Clavó la mirada en un punto de la tela de moaré escarlata con que estaba tapizada la pared.

—¡Ah, aquí estás, Satán! —prosiguió—. Príncipe del mundo, que dominas a la humanidad desde el principio hasta el fin... Dios te ve, pero tú no puedes verlo. Dios te ve, Satán, y te permite acercarte a los hombres. Pero tú no eres uno solo, ¡eres múltiple! ¡Eres legión! Puedes revestir tantos aspectos como individuos hay en el mundo. Porque temes mostrarte tal cual eres, te disfrazas. Vives bajo una máscara. A veces tu astucia te lleva a volverte invisible, pero yo ¡te veo y te reconozco!

No sé si se debió al reflejo de las luces dispuestas encima de la mesa o al ambiente extraño que reinaba en aquella habitación, propiciado por la multitud de velas, el bastón mágico y el incienso embriagador. El caso era que sobre la tela adamascada de la pared bailaban unas sombras que tenían forma de animales, de serpientes, de dragones y de leones, de machos cabríos, de cerdos, de murciélagos y de demonios con manos y pies humanos, rostros monstruosos, colas y repulsivas patas. Las pequeñas llamas ardían encima de la mesa de igual forma que en los altares, como para consumir, para dominar a esas fuerzas mágicas, a esos batracios indómitos y rabiosos, sedientos de sangre, pero la llama atizaba su cólera. Se agitaban como duendes, gesticulaban con brazos y piernas y sus cuerpos adoptaban todas las formas:

cabezas de león, colas de serpiente, alas de águila, flancos de tortuga.

Y toda esa ralea reptaba, caminaba, rugía, se dilataba y encogía a voluntad, retrayendo sus miembros para luego volverlos a estirar. ¡Ruina y destrucción, infierno y condenación! Era un desfile de carroñas, de serpientes y sapos desmembrados que pataleaban sobre el fuego, criaturas satánicas que se transformaban sin cesar, furias de cinco cuernos, víboras, corazones, órganos de toda clase, humanos e inhumanos, siluetas de ultratumba.

—Igual que el pecado está siempre presente —murmuró el viejo al tiempo que apagaba la vela con los dedos—, el Diablo está siempre ahí, a nuestro lado, pero tiende a manifestarse más en determinados períodos. El fin de una era es un momento peligroso.

Félix me lanzó una mirada que significaba: «Senil o no, este viejo empieza a irritarme».

Ferrara debía de pensar lo mismo, porque se levantó e hizo ademán de marcharse. Cuando nos disponíamos a seguirle, se volvió de repente.

—A propósito de su sobrino, ¿recuerda algo que pudiera ayudarnos a encontrar al verdadero criminal?

—Vaya que sí —contestó el padre Francis tras un instante de reflexión—. Hace unas semanas, Jean-Yves me dijo que si alguna vez le ocurría algo, debía abrir su caja.

—¿Qué caja?

—Una caja fuerte, de un banco.

—¿Se lo ha contado a la policía?

—La policía no me ha preguntado nada todavía.

—¿Le dio los números?

—Sí, me los dio... Bah, ya me ocuparé de eso cuando vuelva a París...

—¿Podría darnos esos números? Nosotros podríamos ocuparnos de esa gestión en su lugar —se ofreció con falsa solicitud Álvarez Ferrara.

—No —respondió el padre Francis—. De ninguna manera. Jean-Yves me hizo prometer que no se los revelaría a nadie. Y además, ni siquiera estoy seguro de dónde los puse.

Félix lo observaba con curiosidad. Ferrara lanzó una severa mirada al anciano antes de encaminarse bruscamente hacia la puerta.

Mientras bajábamos por la escalera, el viejo nos persiguió con sus imprecaciones desde el rellano:

—¡Y ándense con ojo con esa mujer! Es peligrosa: le sería muy fácil embrujarlos... Basta con unas cuantas gotas de santo crisma o fragmentos de hostia consagrada, algún pedazo de uña, un diente o unos cabellos de la víctima para confeccionar una muñeca. Luego se le administran todos los sacramentos: bautismo, eucaristía, confirmación, sacerdocio y extremaunción. ¡Tengan cuidado con los íncubos y con los súcubos! ¡No se fíen de esa mujer, créanme! ¡Ella ha embrujado a

mi sobrino! ¡Se lo aseguro, ha sido ella!

Las palabras del viejo se perdieron en la noche. Ferrara pidió un taxi para volver al hotel. Lo dejamos instalado en un pequeño coche negro: yo tenía ganas de andar y Félix no puso reparos en acompañarme.

—¿Las has visto? —le pregunté—. ¿Has visto esas sombras, esas bestias horribles?

—¿De qué hablas?

—Ya sabes, de las criaturas que bailaban en la pared. Ese mundo infernal invocado por el padre Francis. ¿No has visto nada?

—No. ¿Qué rayos te pasa? ¿No te habrás vuelto impresionable, Rafael?

—Pero ¿no has visto nada?

—Lo único que veo yo es que desde hace un tiempo no eres el mismo, te estás volviendo cada vez menos racional, ¡y ahora resulta que ese cura ha conseguido imprimir imágenes en tu cerebro! En otras palabras —añadió, mirándome con ironía—, has sido víctima de una sugestión. ¡Puesto que estás bajo el influjo del amor, puede pasarte de todo!

—¿Por qué dices eso?

—La pasión, igual que la fe, es el resultado de una sugestión: son pensamientos ajenos que se hallan implantados en el otro hasta el punto de convertirse en una idea fija... La relación amorosa también es fruto de la hipnosis.

—¿No te parece que exageras un poco?

—No. Mira a Hitler: ¿acaso no llegó a hipnotizar a un pueblo entero?

Nos dirigimos a pie al hotel por las calles del centro histórico, por una Roma que tenía algo de inquietante bajo un cielo negro como un tizón. Nuestros pasos resonaban sobre las aceras adoquinadas y la luz de las farolas trazaba en el suelo sombras espantosas. ¿De dónde provenían aquellos reflejos? ¿De nuestros cuerpos recortados bajo la luz de las farolas? ¿O de más alto, de esa gran Serpiente enroscada en las raíces del cielo, bajo la masa fantástica de las tinieblas? Había una especie de pesadez que se adivinaba en el aire, en el viento fresco, casi violento a veces, en el temblor de las hojas y el titilar de las estrellas. Había en esa noche de Roma la presciencia de otro universo, de un hipermundo del que este resultaba como una copia errónea. De improviso tuve la impresión de que no debíamos estar allí, que mejor habría sido que estuviéramos durmiendo, igual como hacíamos durante toda nuestra vida, cerrando los ojos a todas las verdades superiores.

—¿Qué te ha dicho el padre Francis al oído? —pregunté a Félix.

—¡Oh! Nada...

Tal vez, en el fondo, tuviera razón el padre Francis: toda la historia del mundo comienza y termina con la Serpiente, que se muerde la cola como el devenir del universo, en ciclo continuo, del Uno al Todo y del Todo al Uno. La Serpiente está en todas partes: es el círculo que rodea el cosmos con sus anillos, son las siete esferas planetarias que van de la Tierra a Saturno, es la curva que separa la sombra de la luz, es la tierra en la que ondula como un río gigantesco el Océano, son los pliegues de los intestinos, lugar donde se transforman los alimentos y que presentan, como la serpiente, el flujo de la vida: consumo, degradación y corrupción. Sí, está en todas partes, del microcosmos al macrocosmos, del cuerpo del hombre hasta la infinitud del cielo. Ella perpetúa todos los mecanismos de la vida. En ella reside el origen y el fin: con su saber supremo, domina a la muerte. Es el primer maestro del hombre, el rebelde de la historia. En el Edén, ella osó cuestionar el poder del falso dios. Ella es la verdadera heroína del Paraíso, que desafió la cólera divina para revelar al hombre los secretos de su origen. Para ello sedujo a Eva y después a Adán, aportando el conocimiento y el goce a la primera pareja. Eva, la mujer perversa, la mujer malvada por quien transita el mal... Tal vez tuviera razón el padre Francis: Lisa no era la mujer que yo creía.

Miré a Félix, que caminaba a mi lado, impasible en medio del tormento, como si nada ocurriera, y noté que me temblaban las manos. Aquella noche era una mujer, un misterio, igual que el mundo, bajo el cual se enterraban los milenios sin que hayamos adelantado ni un solo paso en dirección a la sabiduría. ¿Qué se proponía, tratando de saber más, siempre más? ¿Pero, en concreto, qué quería saber? La verdad sobre aquel asesinato. Sobre el Mal... Qué absurdidad: no hay nada que sea comprensible, nada que sea racional, nada que se aproxime siquiera a la idea que se forma la gente de la Razón. El Mal no es ni único ni indudable: es volátil como las palabras de un discurso. Su signo no es la certeza ni la evidencia. La razón se desentiende de él porque es incapaz de imaginar: serena y altiva, se queda en la superficie, sobre el lago helado de lo que ella denomina «verdad», que no es otra cosa que su creencia o, lo que es lo mismo, su ignorancia: no la ausencia de conocimiento, sino del deseo de conocer.

Al principio, en un comienzo, estaba ese asesinato de un hombre partido en dos. Después se dio el engranaje fatal, el dispositivo que yo mismo puse en marcha. Cuanto más avanzaba, más me extraviaba. ¿Qué hacía yo allí, bajo ese resplandor extraño prodigado por los rostros mudos de las farolas, esos árboles inofensivos de desmochadas copas, plantados allí cual soldados lunares para custodiar a los perturbadores? ¿Qué hacía delante de esas luces estridentes que, alzando la cabeza hacia el cielo, gritaban el odio por la obligada tarea de repoblar, de noche, esta tierra desierta?

Sí, había algo extraño en ese mundo que no era obra de Dios, que no podía sino emanar de un demiurgo sádico y maligno, de un espíritu retorcido. Me pareció que todos los edificios que me rodeaban, las iglesias y las casas elevadas bajo el cielo cósmico atestiguaban la perpetuación de un engaño milenar. Sí, los hombres eran unos extranjeros en esa tierra en la que se esforzaban por vivir. Eran los sedimentos de un lugar perdido. Esta materia, pesada y oscura, era sin duda la menos dinámica, la más inmóvil y la más opresiva. Las estrellas, esos desgarrones en la bóveda celeste, mostraban que había una vía posible para escapar a ella. Pero ¿cuál?

—¿Qué opinas tú? —preguntó Félix al tiempo que acelerábamos instintivamente el paso.

—Es muy raro —repuse—. Todavía me dura el efecto de esas visiones.

—¿Te refieres a las fábulas morales del padre Francis? —replicó, asombrado, Félix—. Yo ya me he acostumbrado a oírle. No, yo pensaba en ese asunto de la caja del banco. ¿Qué opinas de eso?

La verdad era que no opinaba nada de nada del asunto.

Seguro que no iba a esclarecer nada. En la caja debía de haber cartas, joyas de familia o simplemente dinero.

Pero ¿por qué me estremecía de ese modo en la Roma silenciosa, mi Oriente desierto?

—¿Qué te ha dicho antes al oído, Félix?

—¿De verdad quieres saberlo?

Asentí con la cabeza.

—Me ha dicho que todo había sido por culpa de los judíos. Que los habían deportado porque habían pecado.

Entonces comprendí aquel dolor que había sentido, que me invadía como una oleada de nostalgia.

Antes, los judíos eran una entidad abstracta, un concepto histórico, pero todo había cambiado: estaba Lisa.

Entonces, por enésima vez, pensé en esa pregunta que todo el mundo se plantea en un momento u otro, le inquiete o no la cuestión de la guerra, la auténtica, la única pregunta, la pregunta metafísica; la pregunta que Félix se planteaba y me planteaba con insistencia, para llegar por lo general a la conclusión de que probablemente no habríamos hecho nada y que, como tantos historiadores o periodistas, habríamos empleado nuestra pluma... para escribir una tesis sobre las estructuras agrarias en el Occidente cristiano o un redondo artículo literario para la *Nouvelle Revue Française*.

La Pregunta, en mayúscula de este siglo, de la conciencia, del hombre. La auténtica pregunta, la pregunta certera, aquella a la que es posible responder, aquella

a la que es imposible no responder, aquella ante la cual no se permite ninguna huida. De nada sirve cuestionarse de dónde proviene el mundo, adónde va y por qué estamos nosotros aquí. Responder a esa pregunta equivalía, no obstante, a responder a todas las preguntas, incluidas las tocantes al origen y al fin.

¿Qué habría hecho yo? ¿Qué habría hecho en plena tormenta nazi? ¿Qué habría hecho durante la Shoah?

¿Qué habría hecho? ¿Habría combatido a los alemanes a riesgo de perder la vida? ¿Habría resistido por patriotismo o por militancia comunista? ¿Me habría unido a De Gaulle, después de su famoso llamamiento, que tan pocos franceses escucharon? ¿Me habría dedicado a confeccionar documentos falsos? ¿Habría colaborado en un periódico clandestino? ¿Habría permanecido a la sombra? ¿Habría llevado una doble vida, habría tenido una segunda identidad? ¿Me habría unido a los maquis? ¿Habría escrito poemas? ¿Habría cantado a quien creyera en el cielo y a quien no creyera en él? ¿Habría escondido judíos en mi sótano, en mi granja, en mi pueblo de montaña? ¿Habría escondido judíos porque son el pueblo elegido? ¿Habría escondido judíos aunque no me cayeran demasiado bien, consciente empero de que hay unos límites que no se deben rebasar? ¿Habría sido valiente y arrojado en cualquier situación? ¿Habría sido un héroe? ¿Habría sido un valeroso combatiente o un pusilánime? ¿Habría empuñado las armas? ¿Habría puesto en peligro mi vida para salvar inocentes, para defender a mi patria? ¿Habría hablado si me hubieran torturado? ¿Qué habría hecho, qué habría dicho en nombre de mis convicciones? ¿Me habría comprometido? ¿Habría escrito una obra filosófica sobre la libertad? ¿Habría montado obras de teatro con el afán de expresar una crítica implícita al régimen?

¿Habría sido un tipo tirando a fracasado al que habría reclutado la milicia? ¿Habría sido un cabecilla o un subordinado? ¿Un funcionario celoso, un burócrata? ¿Habría cumplido órdenes sin reflexionar? ¿Me habría trasladado a Vichy? ¿Me habría quedado en París? ¿Me habría ido a Londres o bien a Cherchell? ¿En 1940 o en 1945? ¿Habría sido miembro de la Resistencia desde el principio o me habría sumado a los maquis en 1943? ¿Habría ido a Alemania a cumplir con el Servicio de Trabajo Obligatorio? ¿Me habría hecho maquis para eludirlo? ¿Habría caído prisionero? ¿Me habría escapado? ¿Habría traficado en el mercado negro? ¿Por necesidad o para sacar beneficios? ¿Habría sido un subdito fiel, cumplidor concienzudo de las órdenes del mariscal? ¿Habría sido un colaboracionista a ultranza, exaltado partidario de Pétain? ¿Le habría seguido por cobardía, sin convicción, por corporativismo, o bien por ambición? ¿Habría estado conforme con el discurso de Laval? ¿Habría leído *Je suis partout*^[6]? ¿Habría escrito en *Je suis partout*? ¿Habría sido uno de esos intelectuales seducidos por la Revolución Nacional? ¿Habría provocado la muerte de hombres, mujeres y niños judíos, incitando con mis artículos a la delación y al odio? ¿Habría vendido a mis camaradas? ¿Lo habría hecho por convicción, por envidia o por interés? ¿Habría denunciado a judíos?

¿Habría denunciado a judíos? Igual que ellos. Sí, igual que ellos. ¿Por qué? ¿Por

qué no decirlo al fin? El lindo secreto de la familia. El muerto escondido en el armario. El fiambre, mudo. Sobre todo no digas nada, Rafael. Cállate. No has oído nada. Es una mentira. Tu abuelo miente. Es que lo mezcla todo, el pobre. Está ya senil. ¿Senil? Eso significa viejo, demasiado viejo. No le escuches más, Rafael. No te consiento que vuelvas a verle. Y te prohíbo que repitas esas burradas, ¿entendido? Lo único que tiene que hacer, el pobre viejo, es palmarla.

Sí, igual que ellos. ¿Habría entregado judíos a la policía, escribiendo su dirección con mi impecable ortografía, con todas las letras del alfabeto y con la tinta china cuidadosamente preparada a tal efecto? ¿Habría escrito con aplicación o deprisa? ¿Habría dado su nombre, sus señas, habría indicado el sitio donde se escondían? ¿Habría llevado personalmente la carta de denuncia o la habría enviado por correo? ¿La habría enviado con odio, con regocijo, o con la serenidad de quien acaba de cumplir con un acto cívico? ¿Habría regresado a mi casa aliviado o con cierto desasosiego? ¿Habría tenido remordimientos? ¿Habría dormido bien por las noches o me habría despertado empapado de sudor? ¿Me habría sentido contento por haberme librado de esa gente? ¿Habría denunciado a judíos porque eran mis competidores? ¿Habría provocado el desahucio de judíos para quedarme con su tienda y su piso? ¿Habría echado a unos judíos para instalarme en su espacioso piso de Estrasburgo, de la Avenue des Vosgues? ¿Habría vendido a judíos porque ganaban más dinero que yo? ¿Habría deseado la desaparición de mi prójimo? ¿Por envidia o por afán de lucro? ¿Por rabia, por antojo, por necesidad? ¿Por placer, por sadismo, por vicio o por perversidad? ¿Habría entregado a judíos? ¿Habría entregado a judíos porque eran judíos? ¿Habría entregado a judíos sin hacerme preguntas, sin pensar, o con conocimiento de lo que les iba a pasar? ¿Habría despachado a judíos en los trenes? ¿Habría mandado a judíos a los campos de exterminio? ¿Habría empujado a judíos a la cámara de gas? ¿Los habría denunciado, sí, los habría denunciado? ¿Los habría denunciado, igual que mis padres? ¡Oh, Dios mío!

En mi cabeza sonaban alaridos, voces estridentes que amenazaban con hacerla estallar. Preguntas, murmullos de dolor, de angustia. Cada vez que pensaba en aquello se repetían los mismos clamores, los mismos gritos, gritos terribles, gritos de muerte. Oía imprecaciones que maldecían aquel linaje, a su ascendencia nefasta y a toda su descendencia. Unos golpes ensordecedores percutían en mi cráneo con un horrendo martilleo.

Esa noche, la pregunta era sin embargo distinta: ¿cómo habría reaccionado si hubieran querido quitarme a Lisa? Sólo de pensarlo, me ponía a temblar de pies a cabeza, de miedo y de rabia.

Sí, habría empuñado las armas. Sí, habría matado, por supuesto.

—¿Sabes qué deberíamos hacer?

Tuve un sobresalto. La voz de Félix había resonado entre los muros de la angosta

calle como una onda cavernosa.

—No.

—Deberíamos volver al palacio Farnesio.

—¿Cuándo? ¿Para qué?

—Ahora mismo. Es muy posible que encontremos algo.

No faltaba mucho para las doce. Tras seguir paralelos al Tíber, tomamos una bifurcación para encaminarnos a la École de Rome. Ensimismado en mis pensamientos, seguía a Félix de forma maquinal, pese a que conocía Roma mejor que él. Se extravió y fuimos a parar a un viejo cementerio.

Mientras lo atravesábamos, arreció de repente el viento. Nuestros pasos, cada vez más rápidos, despertaban al silencio, violaban el sopor de la tierra, estremecían el alma de los muertos.

Pasamos ante una larga lápida salpicada de musgo. La cruz plantada frente a ella estaba tan inclinada que parecía a punto de caer. Algo atrajo mi mirada hacia los contornos de la sepultura. Entonces advertí que alguien había desplazado la losa: la tumba no estaba totalmente cerrada.

Me paré en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Félix—. ¿Es que has visto un aparecido o algo por el estilo?

Le señalé la losa. Él se inclinó y le pasó la mano por encima.

—Parece que han intentado abrirla. ¿Quién ha profanado esta tumba? ¿Por qué?

¿Quién había osado provocar a las almas de los muertos? ¿Quién había despertado al ave de estridente grito? ¿Quién había turbado el pálido sueño?

Abandonamos el cementerio y nos dirigimos al palacio Farnesio.

Bajo la luna, el viejo edificio renacentista aparecía aún más impresionante en su elegancia y equilibrio. Como había residido en él, yo conocía la manera de acceder a su interior sin pasar por la puerta de entrada. Después de escalar un muro nos encontramos en el patio. Desde allí enfilamos en silencio la monumental escalera y luego pasamos por delante de la gran sala del Amor Divino y el Amor Profano. Desde las paredes de los pasillos, emperadores con cara de verdugo fijaban su mirada vacía en nosotros.

Llegamos por fin a la biblioteca. Era allí, sin duda, donde Jean-Yves Lerais había llevado a cabo sus investigaciones, entre los manuscritos y los libros antiguos. Félix sacó una llave pequeña del bolsillo, un pase universal que conservaba de un reportaje «exótico». Entramos en las inmensas salas abovedadas pobladas de largas estanterías. Al fondo, una galería cerrada con una verja comunicaba con los apartamentos privados del director.

La puerta de hierro daba a una habitación aún más oscura, semejante a una prisión. Avanzábamos despacio, pero la precaución era inútil, pues no parecía haber

absolutamente nadie en aquel lugar.

Félix caminaba delante de mí. Cada crepitación nos sobresaltaba. Era el ruido de los libros trabajando, devorados también por el tiempo. Hablaban entre ellos, cuchicheaban, mantenían conversaciones secretas. Algunos, muy viejos, consumidos, dispuestos ya a deshacerse, a convertirse en polvo, daban las últimas recomendaciones a los más jóvenes, a aquellos cuyas páginas vigorosas eran aún un territorio virgen que no había profanado mirada ni mano alguna. Otros, delgados y frágiles, a duras penas se sostenían. No disponían de muchos medios y sabían ya que, a causa de su pobreza, vivirían menos que los otros, los ricos de hermoso aparato: a copia de trabajo, su piel se ajaría antes y sus páginas se volverían amarillas más deprisa.

«¿Qué buscan estos visitantes inoportunos?», se preguntaban unos. «Procuremos asustarlos para que se vayan y nos dejen conservar nuestros secretos», contestaban los otros. Pues los libros se murmuran entre sí cosas terribles. Son ellos los custodios últimos de los crímenes. No les gusta que los molesten por la noches, cuando los hombres se ausentan de las bibliotecas y pueden por fin entregarse a su actividad preferida: fomentar el complot siniestro, el mismo que urden desde hace siglos. Prepararon, la chita callando, la unión de todos los libros. Cada uno aporta su pequeño grano de arena. Los religiosos prodigan fuerza a los espíritus, los científicos aportan los medios técnicos, los filosóficos desencantan, los políticos agrupan y galvanizan, y hay también numerosos libros —la porción más abundante— que sirven para hablar de los otros libros, para propagar la idea y acabar de convencer a las conciencias. Porque ese grandioso proyecto en el que pacientemente trabajan, la gran utopía de los libros, es el fin del mundo, ni más ni menos.

No, no son fabulaciones. Los libros gritan su desesperación, su pavor. Sobre ellos caen salpicaduras de la sangre y la carne de los hijos descarriados, de quienes han escrito libros y de quienes los han leído antes de ser quemados.

Al final de un pasillo, más oscuro aún que las tinieblas místicas, había una mitad de hombre.

Un olor acre presagió el descubrimiento, un miasma cada vez más insoportable a medida que avanzábamos. De golpe, me detuve; todos mis sentidos estaban alerta. Me parecía que tenía al acecho hasta las más minúsculas fibras de la piel, de la nariz, de las papilas.

Entonces nos acercamos. Estaba oscuro y era difícil distinguir algo. Eran unas formas rosadas, un poco vagas. Era como una aglomeración de cosas dispersas. Era una masa viscosa y blanda, inerte y flácida como la vida asesinada. En aquellas formas había, no obstante, algo común, algo que hacía que casaran entre sí, como si tuvieran una sujeción íntima. Era una pequeña pila de la que se desprendía una sustancia rojiza, casi negra en ciertas partes.

Bañado en un charco viscoso, había un tronco cubierto de sangre negra, una cara con la mirada extraviada por el horror, una nariz y un asomo de boca bloqueada por una lengua colgante. Las tripas se desparramaban más allá del cuerpo destrozado: vísceras e intestinos cortados, huesos seccionados, tendones y carne desgarrados. Aquella anatomía desollada se veía toda a la vez: las entrañas recubiertas de moho verde y gris, las vértebras segmentadas, la abultada bolsa del estómago reventada, los intestinos desmadejados. Era una exudación conjunta de carnes deshauciadas, filamentos que se deshilachaban, membranas descompuestas, devoradas por la podredumbre. Como si fuera una res en una carnicería, en ella se veía todo.

No, no era la muerte lo que aparecía allí; la misma muerte era poca cosa en comparación con lo que teníamos delante. Un hombre, un individuo, se había abalanzado sobre la víctima para desmocharle la cara. No era un estado natural, sino el orden de la civilización cuyos criterios estéticos y éticos se basan en la igualdad, la redistribución y la simetría. Había habido una víctima y un verdugo, un esclavo y un amo, que había decidido que podía, o debía, matarse a un hombre de acuerdo con un determinado ceremonial, una regla capital, permanente, una norma.

No era solo un asesinato; era una degradación de la vida. No había habido furia incontrolada, sino un gesto controlado, meditado, ordenado, organizado. Había habido una decisión y una aplicación inexorable de lo decretado. Había habido, en el principio, una conciencia.

¿Había habido también aquella mirada dirigida a Dios, que restituye a la tierra su esplendor, y el postrer pensamiento: «Padre, si es posible, aleja de mí este cáliz»?

Delante de mí, Félix vaciló. Yo avancé un paso para sostenerlo. Resbalé sobre una sustancia blanda y caí pesadamente sobre la mitad del cuerpo de Schiller. Entonces noté un sabor en la boca: era algo que brotaba, manaba y se desparramaba fuera de mí, sin que yo pudiera contenerlo.

Bajo la mirada de las estrellas y de todas las constelaciones, resplandeciente de ardor vengativo, abrasado por la ardiente cólera con olor a ceniza, me llevé la mano a la boca: era sangre. Sangraba por la nariz y estaba cubierto de humores igual que un

recién nacido. A lo lejos se oía un gemido, un clamor, un corderillo tal vez. O quizá simplemente el grito de un niño que llora. O quizá fuera yo, quizá fuera yo el que gritaba, el que daba alaridos en la fosa.

Salimos precipitadamente de la biblioteca y yo me fui corriendo al lavabo. Tenía unos infames cuajarones negros pegados a los ojos, a la boca, a la nariz. Mi sangre se había mezclado con la sangre putrefacta de Schiller, formando una mezcla, una especie de líquido negruzco en el que se maceraban algunos colgajos. Al contemplar mi imagen en el espejo, me costó reconocer un rostro.

Después de lavarme me reuní con Félix y, medio despavoridos, nos precipitamos hacia el hotel. Llamamos a la puerta de Álvarez Ferrara para informarle de nuestro descubrimiento. No hubo respuesta. Llamamos más fuerte, pero al parecer no estaba. Eran más de las tres. ¿Adónde habría ido? ¿Qué había hecho después de separarse de nosotros?

Cuando volvíamos a bajar nos cruzamos con él, que acababa de llegar.

—Hay que regresar allí antes de que alguien avise a la policía —dictaminó en cuanto le hubimos puesto al corriente de lo que habíamos visto—. Quiero examinar con calma el cadáver. Acompañenme.

Sin perder más tiempo, llamamos a un taxi y efectuamos en silencio el recorrido inverso. En el palacio Farnesio, nos siguió sin hacer preguntas hasta el sitio donde habíamos encontrado el cadáver.

Con un pañuelo pegado a la nariz, Álvarez Ferrara se puso a examinar el torso sin repulsión alguna, como si de un vulgar pedazo de carne se tratara. Acumulaba los indicios, iba tomando notas, hundía su bolígrafo en las heridas ulcerosas, removía visceras y entrañas, se acercaba para observar con más detalle las distintas partes, que ponía en contacto con su nariz o con su boca. Félix salió. Yo me quedé. Estupefacto, no podía dejar de observarlo.

—Es muy raro —comentó al cabo de unos minutos—. No parece que hayan pasado más de tres días desde que mataron a este hombre.

—¿Qué? ¿Cómo dice?

—Puedo certificarle que, dado el grado de putrefacción, a este hombre lo mataron hace tres días como máximo —repitió.

—Pero ¿entonces? No se tratará de...

—No, no. Se trata de Schiller. No hay duda, de acuerdo con la descripción que tengo de él.

Tras secarse con un pañuelo las manos impregnadas de sangre coagulada, extirpó una fotografía de su bolsillo y me la enseñó. Yo le eché una breve ojeada: entre el rostro que tenía ante los ojos y la masa desparramada a mis pies quedaba ya bien

poco en común. Satisfecho con la comparación, Ferrara volvió a ponerse manos a la obra. Procedía con una concentración extrema. El sudor le resbalaba por la cara. Yo le observaba, cada vez más estupefacto. De pronto, como si hubiera reparado en mi turbación, levantó la cabeza y dijo:

—Antes de trabajar para el servicio de información, daba clases de medicina... Este tipo de cosas no me impresionan.

A las siete de la mañana nos trasladamos a la comisaría de policía, donde permanecemos casi hasta mediodía. A la salida nos asaltó una multitud de periodistas que nos acosaban con preguntas en todos los idiomas. ¿Era efectivamente el cadáver de Carl Rudolf Schiller? ¿Desde cuándo se encontraba allí, en Roma? ¿Por qué se había localizado una parte del cuerpo en Berlín y la otra en Roma? ¿Había alguna conexión con la Segunda Guerra Mundial? ¿Por qué nadie había topado con la otra mitad del cuerpo? ¿El cadáver se había conservado de forma milagrosa, o lo habían mantenido en una cámara?

Félix y yo conseguimos esquivarlos metiéndonos en un taxi que nos condujo al hotel.

Por la tarde fui a la basílica de San Pedro. Quería volver a ver la *Pietà*, como si quisiera saciarme de pureza después de una noche ensangrentada. La primera vez que la vi, hace ya mucho, me había quedado arrobado durante varios minutos, sin poder apartar los ojos de aquel rostro de mármol blanco en el que se plasmaba la expresión más pura que había contemplado hasta entonces. Aquella vez, al observar aquellos ojos de mirada abatida, aquellos labios discretos, aquel hoyo en la barbilla y aquella frente noble, lo comprendí: era ella, era Lisa. Mi reminiscencia, mi amor, mi diferencia.

La observé con atención. Con los párpados entornados, parecía mirar algo situado más abajo. La boca cerrada no dejaba traslucir nada, ni tampoco la palidez de su semblante: la *Pietà* estaba feliz, sosegada. Su frente no presentaba ninguna arruga de dolor, en sus ojos no había lágrimas y en su boca se adivinaba un esbozo de sonrisa: la *Pietà* contemplaba el corazón maltratado de su hijo y se enorgullecía de él. Lo sostenía con orgullo, y la lasitud que siempre había creído advertir en ella se me apareció por fin con su verdadera cara: el consuelo. La *Pietà* admiraba a su hijo muerto, se admiraba de admirarlo. Se pasmaba ante el horror, deslumbrada, fascinada. La *Pietà* velaba sobre Roma, era la reina plácida de la Roma violenta, la de las arenas y los arcos de triunfo donde debían ser humillados los vencidos, la Roma de las guerras y los gladiadores, Roma sanguinaria, Roma de las tormentas, cuando de las entrañas de la tierra suben curiosos vapores, cuando el Tiber, negro como el azabache, separa con sus remolinos la ciudad del campo, y Roma, encendida bajo el

relámpago, hace surgir a los muertos de sus ruinas, *miserere*, y en sus mosaicos se pinta la belleza del Terror, ese sublime bárbaro, en el que unos cuerpos despedazados se pasman de placer. Es Cristo, cuyos pies tocan el suelo mientras su cabeza alcanza las bóvedas de las iglesias, Cristo es quien preside estos escombros donde medran las zarzas y en cuyos muros agrietados supuran las llagas, puesto que aquí todo es cristiano, incluso el paganismo: el sufrimiento tomó posesión del país desde los tiempos en que las llamas devoraban la mitad de la ciudad, cuando los acusados del incendio fueron castigados por las fechorías que no habían cometido. Su ejecución se produjo en medio de actos deportivos: los vistieron de pieles de animales salvajes y fueron despedazados por los perros. Como les habían prohibido el acceso a los cementerios, los cristianos enterraron a sus muertos en lugares secretos.

Allí, bajo tierra, en las catacumbas, ofrecieron sepultura a los cadáveres mutilados, pues pensaban que el cuerpo estaba destinado a revivir y a compartir la inmortalidad del alma y creían preciso otorgarle por tanto un asilo. Excavaron inmensas galerías, que formaron una vasta necrópolis debajo de la tierra, se calcula que hay seis millones de muertos allí enterrados. Seis millones de muertos cobijados en los nichos estrechos, maternales, humanos, cada uno con su placa, su nombre, imagen del vínculo entre los vivos y los difuntos. Seis millones de muertos en un refugio, una casa familiar, bajo las callejuelas de Roma. Seis millones de tumbas esculpidas, forradas de musgo y de líquen: sólo el dedo permite a veces reconocer sobre el granito una forma, un personaje, una letra, dos, tres y luego un nombre. Esas inscripciones, que trataban de proteger al difunto contra la profanación de su tumba, acompañaban a su imagen como los guardas custodios de su alma, en su viaje hacia los misterios del mundo invisible. En la Roma humana, todavía era posible reagruparse.

Era la hora de las vísperas. Cuando retumbaron las campanas, sentí, sentí, sí, la presencia del Espíritu. En Estrasburgo la tenebrosa, donde mil veces contemplé la bóveda rosada y el ábside macizo de la catedral, nunca había experimentado un sentimiento comparable: la mujer que representaba a la Iglesia en arenisca tenía los rasgos demasiado duros para producir emoción alguna y yo prefería incluso la estatua que aquella tenía delante, la *Sinagoga* de ojos vendados, de rostro más dulce y radiante que el de la inmensa institución: no era más que un corazón de piedra en lugar de un corazón de carne.

La pálida luminosidad del cielo, los cirios blancos de los comulgantes, las salmodias que traía el viento de conventos alejados atestiguaban sin quererlo Su Majestad. En todas partes estaba Él: en la capilla subterránea y en las momias; en los esqueletos, los fémures, los omoplatos, las pelvis, en los cráneos que descendían desde los techos, en *El martirio de san Sebastián*, en el que los verdugos prevalecen sobre los ángeles, en el éxtasis de santa Teresa de Bernini, desmayada de amor, con

los ojos entornados, de dolor y de gozo. El Espíritu estaba allí y me miraba igual que un ojo, un ojo candente, un ojo abrasado, abrasado por la ardiente cólera, cólera que olía a ceniza.

Al día siguiente, 3 de abril de 1995, el último episodio del caso Schiller aparecía ventilado en toda la prensa.

En el avión que nos conducía de regreso a París, Félix me confió el descubrimiento que había realizado por la noche. Había vuelto a ver al padre Francis y al final habían «congeniado».

—¿Congeniado? —exclamé con asombro—. ¿Y qué más?

—¡Pues que los tengo, hombre!

—¿El qué?

—¡Los números de la caja de seguridad, qué va a ser! Después de pasarse toda la velada despotricando contra los judíos, el padre Francis me tomó cariño y me dio los números. Y para postre, aclaré el misterio de la desaparición transitoria de Álvarez Ferrara anoche.

—¿Dónde estaba?

—Pues resulta que nuestro querido Ferrara había vuelto ni más ni menos que a casa del padre Francis. Tuvo exactamente la misma idea que yo: quería obtener los números de la caja. Pero por lo visto no aplicó el método correcto...

—¿Y en qué consistía ese método?

—Cuando vi al padre Francis ayer, tenía unos cuantos cardenales bastante feos... y le faltaba un dedo.

En cuanto llegamos a París, nos desplazamos sin perder un instante al distrito VII, donde se encontraba el banco.

Retiramos de la caja un dossier que nos llevamos a mi casa. Félix lo abrió febrilmente. Contenía viejos papeles parecidos a los que se examinan en los Archivos. Los tomó con delicadeza y comenzó a ojearlos.

—¡Por todos los demonios! —exclamó—. ¡Mira, mira!

Tomé los papeles que me tendía. Y entonces, lo reconozco, me invadió el asombro.

No nos dio tiempo a disfrutar a nuestras anchas del descubrimiento.

Alguien llamó a la puerta: era Lisa. Félix se eclipsó discretamente y yo me quedé solo con ella.

—Me he enterado de lo del cadáver —dijo con voz angustiada—. Ha salido en todos los periódicos.

Encendió un cigarrillo con la vela que había encima de la mesa. La llama le perfiló la cara de una manera especial; las pestañas negras, la boca realzada por un pintalabios discreto, los pómulos rosados y sus gestos lentos le daban un aire casi irreal. Bajo la palidez de la piel se distinguía la red azulada de las venas, que parecían latir más rápido de lo normal.

Se me quedó la mirada prendida de sus manos, de los larguísimos dedos cuyas uñas reflejaban el suave resplandor de la vela, multiplicando por diez su apagada luz.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Conocías a Schiller? ¿Tuviste relación con él?

La mirada se le tornó opaca.

—No —contestó al cabo de un momento—, no lo conocía. Lo había visto en casa de mis padres, eso sí.

—¿Sólo eso, de verdad?

—Sí.

Mentía. ¿Por qué? ¿Qué ocultaba?

—¿Cómo se explica entonces que conozcas tan bien sus teorías?

—Mi madre me ha hablado de ellas.

—Lisa —dije después de tragar saliva con apresuramiento—, es preciso que me digas la verdad. ¿Desde cuándo conoce tu padre a Schiller?

—Desde hace mucho, creo.

—¿Cuándo se conocieron?

—No sé. Ya sabes que mi padre no habla mucho... Pero ¿por qué me haces todas esas preguntas?

Alzó la mirada hacia mí y yo la observé con atención. Tenía sueño atrasado. Las mejillas hundidas y unas terribles ojeras orlaban sus ojos grises.

¿Qué había debajo de aquellos indicios? ¿La angustia retrospectiva por haber vivido con un asesino? ¿O tal vez seguía ligada aún a su antiguo novio? ¿Le quería todavía?

—He ido a ver a Jean-Yves —anunció por fin, con ademán fatigado.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —interrogué, con cierta precipitación.

—A la cárcel. Hoy.

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho?

—Dice que es inocente. No entiende nada de lo que pasa.

—¿Y la mitad del cadáver encontrada en la École de Rome?

—Cree que es un montaje.

—¿Y tú?

—Me niego a pensar que Jean-Yves haya hecho algo semejante.

—Lisa —reclamé, mirándola a los ojos—. Respóndeme con franqueza. ¿Lo amas todavía?

Se produjo un momento de silencio.

—Es complicado.

—¿Qué quieres decir?

—Últimamente no le veía a menudo. Habíamos roto hacía varios meses, pero... la separación no fue fácil.

Le serví un vaso de *whisky* y saqué un cigarrillo. Tras demorar la mirada en su imagen reflejada en el fondo del vaso, engulló su contenido de golpe, como ya le había visto hacer antes.

—¿Por qué rompisteis? ¿Qué pasó?

—Nos enfadamos.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Hace unos meses —respondió, lanzándome una mirada de reojo—, tuvimos una discusión. Yo le había pedido que reflexionara sobre ciertas cosas... También por eso se fue a Italia. Yo esperaba su respuesta desde entonces...

Hundió la cabeza entre las manos y añadió, con un sollozo:

—Me siento culpable, ¿entiendes?

Me miraba intensamente con sus ojos apagados, como si me implorara algo.

—¿Culpable de qué?

—De haberle hecho daño. De no haberle demostrado suficiente comprensión. De haber pecado de impaciencia. De haberlo mandado lejos de mí, en lugar de resolver el problema con él... Estoy convencida, totalmente convencida, de que habríamos podido encontrar una solución... No era malo. Era un idealista... Hablaba de mayo de 1981 como de uno de sus más bellos recuerdos de juventud.

Apuré con nerviosismo el cigarrillo. Me temblaban las manos.

—¿Por qué rompisteis, Lisa?

—Es largo de contar...

—En el fondo, prefiero que no me lo cuentes —decidí bruscamente.

Había comprendido que, a causa precisamente de la detención, Lisa revisaba toda su relación con melancolía. Rememoraba el pasado, adornaba los recuerdos, magnificaba al hombre. Se decía que no había sido buena con él. Se hacía reproches. Se entregaba a la lamentación y a la añoranza.

No me cabía duda de que Lerais era el hombre con quien la había sorprendido aquella noche. Tuve la sensación de haberlo visto antes porque me había cruzado con él en los ambientes profesionales. Era absurdo, incomprensible e inadmisibile, pero estaba celoso. Habría tenido que actuar con magnanimidad, dada la situación en que se hallaba Lerais, pero me resultó imposible. Ese día fui débil, lo reconozco. Me faltó aplomo. Habría podido dominar la emoción, habría tenido que comprender que Lisa acababa de sufrir un golpe. En lugar de ello, me mostré implacable.

—Lo siento mucho, Lisa —dije, levantándome sin más preámbulo—. Tengo una cita. Debo irme.

Se encaminó despacio hacia la puerta, más desamparada aún, más perdida. Había venido a verme para hablar, en busca de consuelo y apoyo, y había encontrado sólo dureza y despecho.

En cuanto se fue, llamé por teléfono a Félix y le informé de que Lerais seguía sin confesar nada.

—¿Y el dossier? —pregunté—. ¿Has acabado de leerlo?

—Prefiero no hablar de eso por teléfono —dijo.

—¿Porqué?

—Nunca se sabe. ¿Qué te parece si nos vemos ahora mismo, a las seis, en el bar del Lutétia?

—De acuerdo.

Llegué al Lutétia a la hora convenida y, al ver aproximarse a Félix, me paré a esperarlo delante de la puerta giratoria.

De repente apareció un hombre en moto y le dio un violento empujón. Le arrebató el dossier que llevaba en la mano con gesto preciso y se alejó a toda velocidad.

Sin perder un instante, nos metimos en un taxi que había delante de la entrada del hotel y seguimos a la moto que se llevaba nuestros documentos.

En el denso tráfico de París, el coche se quedó atrás enseguida. El individuo de la moto se escurría hábilmente entre las filas de vehículos. En la Place de l'Opera lo vimos desaparecer a lo lejos, hacia la iglesia de la Trinidad.

CUARTA PARTE

Otro cigarrillo y otro más. Lo necesito tanto, ¿sabe? Mi cigarrillo místico me inspira y me desata la lengua, me la despega del paladar. Cuando lo enciendo tiene lugar la inflamación, el fulminante rayo: un volcán en el vientre, en las entrañas, un fuego purificador que asciende, la llama sagrada que lava, desde hace millones de años, las impurezas terrestres mediante su fuerza y su espíritu, y yo soy inmortal, pues su luz me ilumina, penetra en las tinieblas y las ilumina, dulce llama, mi llama que devoro como un faquir, llama de amor cuyo humo se eleva hasta el cielo, hasta las alturas, cerca de las fuerzas divinas, lejos, lejos, hacia el país de los recuerdos.

Las palabras duran lo que dura un cigarrillo y el fuego se lo lleva todo, y las vidas evocadas, las imágenes difuntas, igual que el cigarrillo efímero, iluminan durante unos minutos los corazones terrestres, antes de desvanecerse dejando tan sólo una huella pútrida. Las cenizas frías se acumulan como las acciones del pasado y toda esa materia ardiente, hálito y espíritu, vuelve a convertirse en polvo, nuevamente en polvo, gris y negro, y así transcurre la vida, de camino hacia las cenizas, como mi cigarrillo triste, pensativo, o como el de Lisa, nervioso, desmañado, o como el puro de Félix, unas veces ardiente y otras pesado, que poseía todos los poderes igual que la serpiente enhiesta, y los tres juntos acompasábamos nuestro hálito, inspirábamos y espirábamos la vida y exhalábamos la muerte, pues es la muerte la que gana y el último suspiro sustituye al primero, que fue insuflado cual beso en la nariz del hombre. El cigarrillo es el viento sobre la arena, el légamo de los bosques, el aluvión de las aguas, y Lisa exhalaba sobre la tierra para limpiarla, y Lisa jadeaba para seducirla y dominar las tinieblas de negras alas, la noche ardiente que corteja al alba, y de su boca brotaban los sonidos melodiosos de las palabras que pronunciaba, retoños del corazón, espejos del alma, y sus bocanadas de humo creaban cual inspiración divina la vida en mí, y mi respiración le respondía, negra en la hondura del pulmón, y su aliento refrescaba el fuego que ardía en él.

Como el uroboros, el cigarrillo subraya la circulación cósmica, transporta las almas al interior de las otras, las transforma y las hace renacer.

Después de perder la pista del motorista, volvimos al Lutétia y nos desmoronamos con desánimo en los sillones del bar.

—¿Has hablado a alguien de esos documentos? —pregunté a Félix.

—¡No! ¡A nadie!

—¿Y de la caja de seguridad?

—No, no se lo he dicho ni siquiera a la policía.

—En ese caso, creo que nos están siguiendo.

—Y quizá nos escuchen también...

—Me parece que hemos puesto el dedo en un engranaje muy complejo. Ya no se

trata de un tema idóneo para historiadores, ¿entiendes?

—No.

—Ese asesinato tiene ramificaciones políticas. Hemos entrado en una esfera que nada tiene que ver con la nuestra.

—Con la tuya, querrás decir —puntualizó Félix—. Yo estoy acostumbrado a tratar con los políticos y no me asustan.

—No se trata sólo de algo político, Félix, sino religioso. ¿Recuerdas lo que dijo Bronstein del Papa? Es un asunto diplomático, de alcance internacional, es...

—¿Y qué? —me cortó Félix—. Cuantos más sean y más obstáculos me pongan, más perseveraré yo.

—Por Dios, Félix —insistí—. Hasta la CIA ha venido a husmear. No es un juego.

—¿Y quién dice que lo sea?

—Alguien ha cortado a un hombre en dos. ¿Lo entiendes? ¿Quién sabe qué te podría pasar a ti?

—Exacto, han cortado a un hombre en dos y yo quiero saber por qué. Y cuantos más obstáculos me pongan, más me empeñaré en averiguarlo.

—Ese afán de justicia es muy loable pero olvidas un pequeño detalle: Carl Rudolf Schiller era un cerdo. ¿Por qué arriesgar la vida por un cerdo?

—Me decepcionas, Rafael. Me decepcionas mucho. ¿Te acuerdas de nuestras primeras conversaciones? ¿Cuando decías que había cosas que nadie volvería nunca a tener derecho a decir ni a hacer? ¿Te acuerdas de lo que me confesaste? ¿Que tus investigaciones sobre la Shoah te habían cambiado la vida, la manera de ver las cosas, tu sentido de la moral? Que habías decidido comprender lo que pasó. ¿Te acuerdas? ¿Acaso existen dos morales? ¿Dos varas de medir en materia de justicia?

—La justicia es una sola, tienes razón, y por eso precisamente no vale la pena jugar a los vengadores enmascarados. Deja pues que ella haga su trabajo. Y además, fíjate, ya no controlas esta historia. Estás sucumbiendo a ella. Sé bien de qué hablo, porque le he consagrado mi vida y mi juventud y muchas veces he estado también a punto de dejarme atrapar. Hay que conservar la distancia.

—Demasiado tarde, Rafael. La máquina funciona ya a todo tren. No se puede parar el proceso. ¿No era comprender, el proyecto que tenías entre manos?

—Sí, pero no a cualquier precio.

—¿No? ¿Qué ha cambiado? ¿Qué te ha cambiado? ¿Por qué te noto cada vez más lejano, más distante? Y ahora resulta que quieres dejarme solo. ¿Es eso, no, me abandonas? Después de haberme hablado como lo hiciste, después de haberme venido a buscar, pretendes deshacerte de mí... Tú, la persona que me abrió al misterio de la violencia, del mal y del conocimiento.

Las últimas palabras las pronunció con un ardor extraño, casi malévolos, y en un tono sarcástico y ácido. Parecía como si estuviera lavando una prenda sucia, llena de sangre, y la retorciera con la punta de los dedos para escurrirla con una mueca de repugnancia, casi con ganas de vomitar.

—Bueno —dije—, sólo podemos hacer una cosa.

—¿Qué?

Dio una chupada al puro mirándome fijamente a los ojos. Yo saqué un papel, un bolígrafo y cigarrillos.

—Recordar...

El dossier de Lerais contenía un conjunto de documentos centrados en las relaciones de Michel Perraud con el gobierno de Vichy. Se sabía ya que en la carrera del exministro había extrañas zonas de sombra. También se sabía que Perraud se había sumado a la Resistencia en el último momento, como muchos de los políticos de la IV República. Lo que resultaba ya más inquietante era que había contribuido a restablecer la ceremonia de la ofrenda floral en la tumba del mariscal Pétain. Aquel era un gesto de reconocimiento, decía, al vencedor de la guerra de 1914-1918, como si Pétain pudiera dividirse en rebanadas diferentes, como si pudiera rendirse homenaje a Hitler, el pintor (decía Félix).

A partir de ahí, todo era brumoso. ¿Qué vinculación había tenido con Vichy? ¿Había pertenecido realmente a la Cagoule? Todas las respuestas a esas preguntas se encontraban en el dossier que había preparado Lerais.

—Lo que había al principio —rememoró Félix— era el original de una lista. ¿Lo recuerdas?

—Sí —dije—. La lista Corre.

—¿En qué consiste exactamente esa lista?

—El 16 de septiembre de 1937, la policía hizo un registro en casa del *cagoulard* Aristide Corre, archivero de la segunda oficina de la organización secreta, y encontró en ella los nombres y las direcciones de todos los que participaban en el movimiento. Con esa información confeccionó una lista, que es el único documento que se conoce en el que constan los nombres de los miembros de la Cagoule. En ella figuraba el nombre de Perraud, de modo que, contrariamente a lo que ha sostenido siempre, el señor Perraud formó parte de la Cagoule, sociedad secreta que, entre 1936 y 1937, estuvo a punto de derribar a «la Gueuse^[7]». Todos los grandes *cagoullards* estuvieron en Vichy para velar por la desaparición de la República: todos asistieron a la aprobación del texto que confería plenos poderes al mariscal Pétain, el 9 y el 10 de julio de 1940. Estaban todos presentes para luchar contra los «enemigos de la Revolución Nacional», o sea, los gaullistas, los comunistas, los masones y los judíos. Así pues, Perraud había comenzado su carrera integrado en el terrorismo...

—... para acabarla en el más venerable socialismo.

—Pasando por el petainismo activo. Entre los papeles reunidos por Lerais se encontraban también los textos escritos por Perraud para gloria del Mariscal, en los que se refleja un odio feroz hacia la III República. Estaba además, su dossier de concesión de la *francisque*, la distinción suprema del régimen, que otorgaban el

Mariscal de Francia y un consejo de doce miembros. Para obtenerla había que prestar el juramento siguiente: «Hago don de mi persona al mariscal Pétain como él ha hecho don de la suya a Francia. Me comprometo a servir bajo su disciplina y a permanecer fiel a su persona y a su obra».

En el dossier se ponía asimismo de manifiesto la ayuda aportada por Perraud tras la liberación a antiguos miembros de la Cagoule y a otras personas del clan que habían tomado la opción equivocada durante la guerra.

El último elemento que recordábamos era una carta de Maurice Crétel, antiguo prefecto del Marne, secretario general de policía y jefe de la milicia, responsable de la deportación de judíos y acusado de crímenes contra la humanidad. La misiva iba dirigida a su viejo amigo Michel Perraud.

Era un carta sibilina, y Félix y yo sólo conseguimos reproducir literalmente la última frase, que nos había llamado la atención: «No te preocupes por nada, tengo absoluta confianza en Schiller para sacarnos del atolladero».

Estaba fechada el 24 de octubre de 1994, es decir, seis días antes de que Crétel fuera asesinado en plena sala del tribunal que le juzgaba.

—Recuerdo un artículo que escribió Jean-Yves Lerais sobre Crétel en una revista de historia —dije—. Me chocó el trato elogioso que le daba. Daba la impresión de estar fascinado por él. Hablaba de su personalidad fuerte, rica, excepcional; lo describía como un joven funcionario de Vichy, moderno, inteligente, dinámico, un hombre de acción pragmático y eficaz, un patriota que había sabido mostrarse «cortés, firme y digno» ante las autoridades alemanas de ocupación. Era curioso: dos o tres conversaciones de Lerais con Crétel parecían haber borrado su pasado dudoso...

—Pero ¿qué hacía con ese dossier y por qué lo puso en una caja de seguridad? —preguntó Félix—. ¿Preparaba otro artículo, o bien un libro? ¿Amenazaba quizás a Perraud con hacer pública su actuación durante la guerra o, por el contrario, guardaba unos documentos que le habían confiado?

—Lisa me dijo que a Jean-Yves le fascinaba la mitología socialista: 1936, el Frente Popular, las cuarenta horas... Me parece improbable que trabajara para destruir la imagen de uno de los miembros más destacados de su partido.

—Pagaría algo por saber qué pasó por su cabeza cuando se enteró de la verdad —dijo Félix—. ¿Conseguiría, mediante un sofisma, salvar a su héroe? ¿O bien decidió que la verdad era más importante y que había que revelarlo todo? ¿Cómo reaccionan los historiadores, los deconstructivistas, los iconoclastas, los desbaratadores de leyendas, cuando son sus mitos personales los que se hunden?

—Yo, en una situación como esa, creo que iría a ver a la persona en cuestión. Le diría lo que sé y le pediría que se explicara. Así, le daría una oportunidad.

—¿Crees que existe una justificación posible?

—Siempre se puede intentar comprender.

—¿Tú habrías ido, pues, a ver a Michel Perraud?

—Sí.

—Quizá Jean-Yves Lerais se hizo la misma reflexión.

Nos quedamos charlando un momento. Una vez más, tal como demostraba la extraña carta que Crétel había enviado a Perraud, Schiller parecía encontrarse en el epicentro de conflictivas cuestiones relacionadas con la guerra. Félix pensaba que el antiguo ministro podía haber ordenado el asesinato de Schiller y que, en tal caso, lo mejor era revelarlo todo a la prensa.

—¿Contarlo todo sobre su actuación en Vichy? ¡Si con esa información hasta se podría provocar la caída de un gobierno!

—¿Sí? —reconoció, con una sonrisa despiadada, Félix—. No olvides que detrás de Pétain había cuarenta millones de franceses... Y además, los franceses olvidan con mucha facilidad.

Era cierto que para los franceses la cuestión de Vichy era un tema espinoso, un verdadero síndrome nacional. La negativa tenaz a reconocer la responsabilidad del Estado francés en la colaboración, el mito desarrollado por uno de los primeros libros que trataron el asunto, según el cual Pétain habría servido de escudo contra el enemigo, había dominado en la opinión pública hasta finales de los años sesenta. Y de improviso se produjo el despertar, el retorno de lo arrumbado, gracias a un historiador estadounidense, el primero que mostró la participación del gobierno de Vichy en la Shoah: Pétain y Laval habían ido más allá de las peticiones alemanas, sobre todo en lo relativo a la deportación de judíos. Laval había considerado conveniente añadir a los niños a la lista exigida por Alemania, «porque era cruel separarlos de sus padres». En realidad los hijos fueron deportados después de los padres.

La visión llegada del otro lado del Atlántico había puesto algunas cosas en su lugar, si bien la mayor parte de los historiadores se negaban aún a hablar del «fascismo de Vichy» y preferían calificarlo de «régimen autoritario moderno».

Philippe Pétain, comandante de guerra, jefe de Estado, mártir y santo de Francia: ese era el título de un libro, aparecido en 1958, que describía al anciano —responsable político de los crímenes cometidos entre 1940 y 1944— postrado como consecuencia de la donación que de su persona había hecho al país.

Dada la gravedad de los hechos que habíamos descubierto, no nos cabía la menor duda de que nos espiaban; y los espías trabajaban con toda seguridad para Michel Perraud.

¿Estaría este realmente implicado en el asesinato de Carl Rudolf Schiller? ¿Por qué había dicho Crétel que tenía absoluta confianza en que Schiller los sacaría del atolladero? ¿Qué atolladero era aquel?

Resolvimos ir a ver a Perraud. Solicitamos una cita a su secretaria, aduciendo que estábamos efectuando una investigación histórica. Quizá fuera porque mi amigo era un periodista conocido o quizá porque el antiguo ministro sabía ya quienes éramos. El caso fue que Perraud aceptó recibirnos al cabo de una semana en su domicilio, en el número 6 de la Rue d'Auteil.

Era una casa independiente, de habitaciones bastante espaciosa, aunque no suntuosa. Un criado nos hizo pasar a un salón en el que se entremezclaban muebles antiguos con piezas modestas, desprovistas de relieve. Fiel a su ideal socialista, Michel Perraud había procurado siempre no aburguesarse. Decía que odiaba el dinero y la propiedad.

Después de tenernos un cuarto de hora largo esperando, llegó con aire despreocupado y sombrero de Panamá. Siempre me había causado asombro la fascinación que ejercía sobre quienes lo conocían y entonces tuve que rendirme a la evidencia: aquel hombre enigmático tenía prestancia. Alto y delgado, caminaba apoyándose apenas en un bastón de empuñadura de oro. Se quitó el sombrero para saludarnos, dejando al descubierto un cráneo imponente, con manchas de vejez, una frente despejada y unas orejas algo despegadas.

La edad le había conferido una tez cerúlea y le había hundido las mejillas y los ojos. Casi no le quedaban labios, como si se los hubiera devorado el tiempo, y los dientes grises, antaño acerados y ahora desgastados, parecían aferrarse con tenacidad a aquella futura calavera. Aun así, era palpable el encanto que emanaba de aquellas facciones aristocráticas, de aquel porte augusto, de aquellas arrugas profundas, venerables, y de esa mueca cruel e irónica. Sus ojos, muy pequeños y astutos, dotados de una viveza extrema, parecían enfocar con la mirada y calibrar el objetivo, desafiarlo con arrogancia calculada. El padre Francis habría dicho que el Maligno se reflejaba en aquella mirada.

Parecía haberse colocado una máscara que le iba un poco grande, una máscara de gloria y de vejez, pues se había petrificado en una pose. Con la edad, el talante moral de las personas queda claramente expuesto y en su cara puede leerse igual que en un libro abierto: lo que aparecía en la cara de Perraud era ante todo la astucia, pero también la seguridad del hombre que ha sabido dominar a sus enemigos y que ya no se hace ilusiones con respecto al género humano.

Nos recibió con una sonrisa: era la sonrisa desabrida y hastiada del poderoso que se dispone, una vez más, a barrer de un manotazo las moscas que vuelan en torno al edificio.

No teníamos tiempo que perder. Sin más preámbulo, Félix le anunció que investigábamos la muerte de Carl Rudolf Schiller.

—Lo conocía bien —comentó Perraud—. Era amigo de Maurice Crétel... Y también era amigo mío. No lo entiendo. Ese asesinato me parece horrible y, además,

me asombra por su fealdad. Es una lástima, pero no puedo decirles más sobre este asunto. Yo estoy igual de perplejo que la policía.

—¿Y conoce usted a Jean-Yves Lerais?

—Oh, sí. El año pasado vino a hacerme algunas preguntas a propósito de un libro que estaba escribiendo.

—¿Lo interrogó acerca de sus vínculos con Maurice Crétel? —preguntó Félix.

—Sí, en efecto. Crétel y yo éramos amigos de toda la vida. Nunca lo mantuve en secreto.

—Su amigo Crétel —intervino Félix— es el responsable directo de las redadas de julio de 1942.

—Era funcionario, cumplía órdenes... Nada era fácil en aquella época, como ya saben. Todo era muy confuso.

Perraud dijo aquello con aire distraído. Había desviado la mirada, como si escrutara algo a través de la ventana.

—Su amigo no ejecutaba sólo órdenes, como afirma usted —prosiguió Félix con tono tajante—. Su amigo coqueteaba con los nazis. Estos, por otra parte, lo consideraban «encantador» y decían que los encuentros con él se desarrollaban en «un ambiente de camaradería». Su amistad, sin embargo, no tenía nada de inocente ni de desinteresado. Tengo entendido que Crétel lo ayudó mucho después de la guerra, cuando se convirtió en una figura pujante en el mundo de la banca y la industria.

—¿Me permite recordarle al menos que participó en la Resistencia?

—¿Ah, sí? ¿De veras quiere que hablemos de las hazañas de Maurice Crétel? ¿En Corrèze? ¿En Saboya? Ayudó a los alemanes a infiltrarse en las redes facilitándoles documentos falsos. Cuando se descubrió, pretendió hacer creer que aquellos carnés contenían errores que debían servir para que los reconocieran los de la Resistencia. Esta explicación no engañó a nadie... Su amigo, señor ministro, era amigo de los nazis.

El anciano nos miraba de arriba abajo con expresión burlona y una sonrisa permanente que evidenciaba una inteligencia perversa.

—¿Qué edad tiene usted? —preguntó a Félix.

—No veo qué relevancia tiene eso.

—Usted es joven, demasiado joven para saber lo que ocurrió. En aquella época no todo estaba tan claro como hoy en día, se lo aseguro. La frontera que distinguía a resistentes de colaboracionista era turbia. Les recuerdo, además, que Crétel fue juzgado y absuelto después de la Liberación. Por lo que a mí respecta, este es un asunto zanjado.

—Crétel fue juzgado por traición. Se libró de un proceso por crímenes contra la humanidad —replicó Félix—. Decir que Crétel fue juzgado y absuelto por todos sus actos por el Alto Tribunal constituye una mentira. La demora en la instrucción y en las decisiones administrativas cuando le llegó el momento de volver a juicio es también sospechosa. Y al final, después de que los trámites del proceso se

prolongaran durante años, a su amigo lo asesinaron en pleno tribunal, en el momento en que iba a hacer revelaciones... sobre un tal Michel Perraud, antiguo miembro de la Cagoule.

Yo me mordí los labios: asistíamos a una manifestación del Félix en estado puro, el Félix dosificado de la mejor cosecha, y era difícil saber en qué acabaría aquello.

—No tiene ninguna prueba de lo que dice.

—¿Ah, no? ¿Y la lista Corre? ¿Y la carta de Crétel?

Al oír esas palabras, Perraud enarcó una ceja sin perder la calma, con expresión divertida.

—¿Sí? —dijo—. ¿Acaso me las podría enseñar?

—No, pero quizás usted podría devolvérselas —replicó Félix de inmediato.

Entonces el funcionario de Vichy asomó bajo el estadista de la IV República. Michel Perraud respondió con un abominable rictus de muerto viviente, que se transformó en una venenosa sonrisa. Desplazó la mirada de Félix a mí y, tras mirar de nuevo a Félix, la posó en la chimenea.

Comprendí en el acto lo que quería dar a entender. Félix también lo captó, porque se puso a gritar como un poseso.

—¡Las ha quemado, crápula, cerdo colaboracionista!

Había perdido los estribos. Furibundo, agarró a Perraud por el cuello y lo sacudió con tanta fuerza que el viejo se puso rojo de asfixia.

—Usted ordenó matar a Crétel, ¿verdad? —vociferaba Félix—. ¿Tenía miedo de que descubriera la verdad sobre usted durante el juicio? ¡Usted lo mandó asesinar!

Estrangulado por Félix, que lo tenía inmovilizado contra la pared, Perraud no podía emitir ni una palabra.

—Luego hizo matar a Schiller —continuó Félix, fuera de sí—. ¡Y se las ha ingeniado para que acusen a otro en su lugar!

—Suélteme —pidió, jadeante, el anciano—, suélteme.

Félix retrocedió un poco y entonces Perraud balbució:

—Olvídese de ese dossier. Si existió alguna vez, ahora ya no existe, y no le miento. En cuanto a Crétel, no creo que nadie lamente su muerte. Pero yo no maté a Schiller...

—¡Embustero!

Félix apretó con más fuerza el cuello arrugado. El viejo tenía los ojos desorbitados y su piel adquiría una tonalidad violácea.

Entonces lo vi.

Vi a Félix cometiendo un asesinato, allí, delante de mí, sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—¡Te equivocas! —grité a Félix—. ¡Te equivocas de adversario!

No parecía oír nada. Entonces, con un gesto que pretendí autoritario, lo agarré por el brazo y lo arrastré fuera antes de que cometiera algo irreparable. Abandonamos rápidamente la casa.

Lo empujé al interior de un taxi, en dirección al Lutétia, donde pedí dos whiskis dobles para aclararnos las ideas.

—Pero ¿qué te ha dado? —pregunté, observándolo con gravedad—. Habíamos ido allí para tratar de averiguar más cosas, no para ajustar cuentas. Creía que un periodista no debía salirse nunca de sus casillas.

—He incurrido en una ridiculez espantosa... Ha sido caer muy bajo. —Sacudió la cabeza, desconsolado.

—No tenemos madera para este tipo de investigación, ni tú ni yo —afirmé.

—No —corroboró Félix.

Sin embargo, de sus ojos volvían a saltar chispas.

—No es cuestión de dejarlo ahora. Hemos ido demasiado lejos. Estamos demasiado cerca del final.

—¿Cerca del final?

—Sabemos que Jean-Yves Lerais había descubierto unos hechos comprometedores sobre el pasado colaboracionista de Crétel y Perraud.

—Pero ¿qué pensaba hacer con ese dossier? ¿Por qué lo había guardado en la caja de un banco?

—Quizás estuviera a punto de revelarlo todo. Quizá pretendía hacerlos cantar.

—O puede que hubiera decidido no decir nada, que temiera por su vida. ¿Quién sabe? Si Perraud hizo matar a Crétel, su «amigo de toda la vida», y si Lerais tenía pruebas de ello, es posible que renunciara a publicar lo que sabía para no poner en peligro su vida.

Quedaba un punto oscuro: ¿qué había podido motivar las cartas de amenaza escritas por Lerais y descubiertas en el domicilio de Schiller? ¿Y por qué Crétel había mencionado a Schiller en esa curiosa carta que había mandado a Perraud?

Puesto que Jean-Yves Lerais ya se había negado a ver a Félix, sólo había una persona capaz de suministrarnos más información: Lisa.

La llamé. Por suerte, estaba en casa.

Llegó una hora más tarde.

Iba vestida con una camisa de color rosa claro y una falda de crepé morado. Los cabellos le caían, sueltos y lisos, a ambos lados de los hombros, como un oscuro manto.

—Tú dirás —reclamó, mientras se sentaba con una mezcla de torpeza y gracia.

Le conté lo ocurrido durante nuestra entrevista con Michel Perraud. No omití ningún detalle, se lo dije todo, incluido lo que habíamos averiguado sobre Crétel y Perraud.

—Tengo que hacerte una pregunta delicada —añadí.

—¿Sí? —me invitó ella.

Me miraba con aquellos ojos suyos, grises como un cielo tormentoso.

—¿Puedo preguntarte...?

—¿Sí?

—¿Qué preocupaciones tenía Jean-Yves Lerais los últimos meses, antes de que cortarais?

Bajó los ojos y se hizo el silencio un instante.

—Jean-Yves —comenzó, en tono vacilante— había cambiado de actitud últimamente.

Tomó el cigarrillo que le ofrecía y lo encendió con la vela, que proyectó en su rostro la sombra de una llama ardiente. Luego expulsó el humo y prosiguió, con su voz cristalina:

—Decía que había que revisar la historia del nacionalsocialismo. Decía que en el nazismo no todo eran aspectos negativos. También decía que estaba hasta la coronilla de oír hablar de los judíos, que estaba harto de que se los considerara las únicas víctimas del régimen de Vichy. Decía que era una obsesión estéril, que ya no soportaba todos esos testimonios que «se proponen contar lo indecible, para transmitir el recuerdo a las generaciones futuras». Se burlaba...

Se señaló el pecho con un dedo, abriendo los ojos de par en par.

—A mí, me lo hacía precisamente a mí. ¿Entiendes? De pequeña, mi padre me llevaba al cementerio de Bagneux, a la tumba de aquellos primos suyos que vivían en el Marais antes de la guerra. Aunque era pequeña, sabía que no habían muerto aquí. Cuando le preguntaba, «Pero ¿hiciste traer los cadáveres desde allá?», no me contestaba. Yo insistía y entonces él abría la boca, pero de ella no salía ningún sonido. «¿Dónde están?», le preguntaba.

»El silencio de mi padre pesó sobre toda mi infancia. Nunca reía, ni tenía una palabra agradable para mis hermanos ni para mí. Durante las comidas se parapetaba detrás del periódico. Mi hermano Béla vive, a sus cuarenta años, en un apartamento minúsculo y sobrevive haciendo chapuzas de fontanería. Uno intenta seguir viviendo, aprobar los exámenes, labrarse un oficio. Y luego, en los momentos de alegría, se da cuenta de que es aún peor; porque hasta la alegría es amarga, porque el espectro sigue ahí para impedirnos vivir. ¿Cómo se puede pasar la crisis de la adolescencia y rebelarse contra un padre que estuvo en Auschwitz y que no se ha recuperado nunca de la experiencia, porque es imposible recuperarse de eso? Cada vez que hacía el menor comentario, mi madre me decía: “No hables así a tu padre”. Y yo sabía muy bien qué quería decir con eso. Quería decir que había tenido ya bastante sufrimiento y que no debía padecer más hasta el final de su vida. Y era verdad: aquello era lo de

menos. A veces mi madre, agotada, iba a encerrarse en su habitación, porque no podía soportarlo más y no podía decirlo. En la cómoda tenía montones de pastillas. Cada vez que se encerraba, yo tenía miedo de que desapareciera.

»El retrato de mi abuela dominaba su dormitorio desde encima de la cama. Nunca hablábamos de ella. En la foto da la impresión de que sus labios quieren formar una palabra, como si quisiera decir algo y no lo consiguiera; así que sigue en esa actitud paralizada y de su boca nace sólo silencio... Y yo, desde la infancia, tengo siempre el mismo sueño: debo hacer las maletas y marcharme. Debo tomar ese tren que me espera antes de que pase algo horrible, debo escapar a una catástrofe inevitable, una fuerza invasora, un horror sin nombre. La gente habla de paranoia, pero es una palabra que se queda corta, porque lo que ocurrió supera todos los miedos y todos los fantasmas del más delirante de los paranoicos. Mi hermano Béla...

Hizo un gesto de desesperación.

—Hacia los diecisiete años comenzó a considerarse el objetivo de una vasta conspiración, tramada por sus profesores, de quienes sospechaba que eran esbirros de la CIA o de la policía secreta alemana o francesa. Después le dio por detestar todo lo que fuera americano; estaba convencido de que se había urdido una conjura de alcance mundial en su contra. Hablaba de buscar refugio en Israel o en la Unión Soviética. Pasaba el tiempo consignando sus interpretaciones y sus sospechas en pedacitos de papel... En esa época, ya no salía de su habitación. Cuando se le acercaba alguien, encogía los párpados, tensaba la cara, exudaba angustia. Mi madre pasaba horas intentando razonar con él, pero a menudo él se ponía a chillar con los ojos desorbitados. Durante esas crisis, que podían durar hasta las tres o las cuatro de la mañana, mi padre se apostaba delante de su habitación y escuchaba...

Calló de repente y luego añadió:

—Jean-Yves se llevaba muy bien con Béla. Llegaron a hacerse amigos. Hablaba mucho con él, lo ayudaba. Y de pronto, en otoño de 1994, todo cambió. Béla creyó que Jean-Yves se ponía en su contra y comenzó a odiarlo.

—¿Por qué? ¿Hubo algún hecho concreto?

—Sí. Por lo de los Talment, ya sabes, los amigos de mis padres que estuvieron en la Resistencia.

Me acordaba muy bien de aquella pareja de ancianos que conocí en la reunión de casa de los Perlman. Durante dos horas, Lisa nos contó los detalles de lo que ella llamaba «lo de los Talment».

Los Talment debían declarar como testigos en el proceso contra Maurice Crétel, que había hecho arrestar a Geneviève Talment en agosto de 1944. Al mismo tiempo, varios historiadores, entre los que se contaba Jean-Yves Lerais, se constituyeron en tribunal para pronunciarse sobre la veracidad del testimonio de los Talment. Uno de los documentos en los que se basaban era un libro de Carl Rudolf Schiller en el que

este los acusaba de haber traicionado a la Resistencia y de haber falseado la historia en beneficio de su gloria personal.

Mina, que conocía a Schiller, había realizado varios intentos de convencerlo para que retirara aquellas calumniosas acusaciones contra los Talment. Al final lo consiguió: Schiller, de improviso, aceptó efectuar una retractación pública. De todas formas, fue demasiado tarde. El mal ya estaba hecho. El escándalo había estallado en la prensa y los Talment tuvieron que responder a las preguntas de los historiadores que, sin autoridad legal, se habían erigido en jueces, jueces que los sometieron a interrogatorio, ordenándoles responder, al cabo de cincuenta años.

El día antes del juicio, Lisa había cenado con Geneviève Talment: la anciana estaba abatida. Volvía a encontrarse en la posición de acusada por instigación de su verdugo, Maurice Crétel, que se había valido de la pluma de Schiller para desacreditarlos a ella y a su marido. Al cabo de cincuenta años volvía a representarse el mismo drama, de manera inacabable, mientras lo que ella esperaba era un gesto de su parte, una expresión de pesar, una petición de perdón... Lo esperaba con verdadero anhelo. Perdón por Francia. Perdón por el crimen inextinguible para el que no habían circunstancias atenuantes, excusas ni explicación. Perdón por lo imperdonable. Perdón por la maldad, por la pasividad y la mezquindad, perdón por los verdugos franceses que nunca han pedido perdón y persisten en su espantosa cobardía. Perdón. Y también perdón por lo que aún hoy les obligamos a soportar.

—Los historiadores —había dicho a modo de introducción un profesor del Collège de France, presidente de ese tribunal— no toleran que nadie se ensañe con la memoria de los muertos y el honor de los vivos y no aceptan esta estrategia de la sospecha, de la insinuación y del rumor. Por eso hemos decidido escuchar su declaración, a fin de dilucidar si es cierto o no que traicionaron a la Resistencia, tal como sostiene Carl Rudolf Schiller.

»Estos son, brevemente resumidos, los hechos: en 1943, cuando la Resistencia estaba dividida por disputas internas, una redada organizada por Maurice Crétel permite detener a sus principales dirigentes, entre los que se encontraba Jacques Talment. Este recupera la libertad unos meses más tarde, gracias a una fuga organizada por su mujer. Unos días después, esta es detenida a su vez y deportada. Según Schiller, la Gestapo facilitó la fuga de Jacques Talment porque este había aceptado convertirse en uno de sus agentes. ¿Qué responden a estas acusaciones?

—No queremos discutir con sus autores —contestó Geneviève Talment—. Discutirlo es perder de antemano. Es entrar en su juego.

—En ese caso, ¿por qué han accedido a venir aquí? —intervino Jean-Yves Lerais—. No es preciso que les explique que nosotros estamos aquí para ayudarles. Me gustaría puntualizar que cada cual tiene su punto de-vista y sus interrogantes sobre este asunto. No formamos un tribunal judicial.

—La Resistencia —ponderó otro historiador— fue sin ningún género de dudas un acontecimiento excepcional que salvó el honor de Francia y de la humanidad y cuya

trascendencia universal se proyecta aún sobre el presente y el futuro. Por eso tenemos la responsabilidad moral de no permitir que se propaguen mentiras.

»Nosotros los historiadores tenemos el deber de intervenir para impedir que la Resistencia se convierta en un tema de leyenda, de ficción romántica. Es esencial hacer salir la verdad a la luz, aun a riesgo de desmitificar a los héroes y de demostrar que las fronteras entre resistentes y colaboracionistas no eran tan claras. Nosotros no le tenemos miedo a nada: no hay tabú que nos detenga. La verdad y nada más que la verdad, eso es lo que nos interesa.

—¿La verdad según Carl Rudolf Schiller? —dijo Jacques Talment.

—Que un libro contenga afirmaciones turbadoras no significa que esté desprovisto de interés en el plano científico. Puede aportar elementos nuevos que hay que tomar en cuenta.

—¿Y es ese el caso del libro de Schiller?

—Todo indica que Schiller conoce bien el período. Por eso se aviene con nuestra función de historiadores, que consiste en distinguir lo que está verificado, porque se basa en documentos, de lo que es verosímil, porque se ha obtenido recurriendo a diversas fuentes autenticadas, y de lo que entra en la categoría de simple conjetura.

—¿Sitúan ustedes nuestro testimonio en esta categoría —preguntó Geneviève Talment— y el de Carl Rudolf Schiller en la primera?

—No se lo tome así —intervino Jean-Yves—. Les hemos convocado precisamente por el aprecio que les tenemos y por el respeto que nos merece su compromiso con la Resistencia. Sabemos que ustedes fueron de los primeros en rechazar el sometimiento del país y en levantar la cabeza en un momento en que pocos lo hacían. Pero también nos encontramos aquí en condición de historiadores y debo reconocer que el libro de Schiller plantea problemas: no se puede pasar por alto el considerable número de documentos y testimonios a que alude, algunos inéditos, que nos llevan a plantear ciertas preguntas vitales y a pedir aclaraciones.

—Permítanme que les exprese de entrada la estima en que los tengo —declaró el quinto historiador, especialista en la Resistencia—, y que afirme que el libro de Schiller no la ha menoscabado en nada. No obstante, lo que querría decir a mis colegas es que considero inútil debatir con los actores de la historia, porque ellos no pueden aportar ninguna verdad. Quien así lo crea ignora los más elementales mecanismos de construcción de la memoria. Es sabido que todo individuo recompone los hechos a partir de sus deseos y de sus aspiraciones. Mal que nos pese, la memoria transforma. No se puede esperar de un testigo que diga la verdad. Tampoco puede hacerse caso omiso del factor tiempo y cincuenta años es mucho tiempo. En el supuesto de que hoy los Talment nos anunciaran: «Todo lo que dijimos es falso, aquí tienen la nueva versión de los hechos», ¿por qué deberíamos prestar más crédito a sus palabras que a las anteriores? En mi opinión habría que realizar un trabajo a fondo, que debería consistir en examinar los materiales del dossier y confrontarlos entre sí. En lugar de prestarse a caer en la trampa de la memoria, hay que basarse en los

documentos, que son pruebas fiables de lo que se dice.

—Yo estudié personalmente el movimiento al que pertenecían los Talment — continuó el sexto historiador—. Es cierto que existen aproximaciones y versiones contradictorias en las declaraciones de Jacques y Geneviève Talment.

—¿Insisten en su negativa a colaborar? —preguntó Jean-Yves Lerais.

—Nosotros no realizamos un trabajo de historia, sino un ejercicio de memoria — respondió Geneviève Talment.

—¿Eso es todo lo que quieren declarar? —inquirió el presidente de la mesa.

Los Talment negaron con la cabeza, abrumados.

—Jacques Talment —prosiguió el séptimo historiador—, responda: ¿se convirtió en agente de la Gestapo a raíz de su detención?

—Jacques Talment, ¿delató a sus ayudantes? —preguntó el octavo.

El matrimonio Talment continuó callado.

—¿Le pusieron en libertad provisional gracias a una petición de Crétel? — interrogó el noveno miembro del jurado.

—¿Entregó a miembros de la Resistencia a la Gestapo?

—Geneviève Talment, ¿organizó usted la fuga de su marido sola o con la ayuda de Maurice Crétel?

—En dicho caso, ¿qué aceptó como contrapartida?

—Jacques Talment, ¿contribuyó usted a la detención de su esposa, tal como afirma Carl Rudolf Schiller? —preguntó el historiador número trece.

Entonces Jacques Talment tomó la mano de su esposa y, por la mirada que le dirigió, ella supo que si no había caído en la desesperación durante todos aquellos negros años, si había conservado un resplandor minúsculo en el corazón donde antes hubo una hoguera, ese día había perdido aquella llama mantenida a pesar de todo. Una determinada noción del hombre.

Cuando Lisa reprochó a Jean-Yves su participación en aquel «juicio», este le respondió que «la estrategia de los Talment era defectuosa». Según él, al querer hacer más interesante su pasado, se habían puesto a inventar acontecimientos en lugar de ceñirse a los hechos estrictos. Habían confundido el relato histórico con el relato de ficción. Sobre los historiadores recaía el deber de no permitir tales tergiversaciones. Su labor consistía en poner las cosas en su lugar; en iluminar el relato con una luz auténtica y trasladarlo a sus justas proporciones.

—¿Cómo se podía decir algo semejante? —se preguntó Lisa, aplastando con gesto nervioso el cigarrillo—. Béla, que estaba tan escandalizado como yo, comenzó a tomarle tirria y luego un odio violento. Cada vez que veía a Jean-Yves, Béla me montaba una escena. Ya sé que a veces Béla desvaría y que no está muy bien. Pero lo peor es que muchas veces tiene razón, en el fondo. ¿Cómo podía Jean-Yves hacerme eso a mí? Los Talment eran amigos míos, amigos de mi familia.

—Quizá la respuesta a esta pregunta se encuentre en el dossier Crétel —sugirió Félix—. Jean-Yves Lerais conoció a Michel Perraud durante el verano de 1994. En octubre se celebró el juicio de Crétel y el caso Talment... ¿Cuándo consideras tú que comenzó a cambiar de actitud?

—Entre el verano y el otoño de 1994.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con el dossier que reunió en contra de Perraud y Crétel? ¿Estaba de su parte o había fingido abrazar su causa para averiguar más detalles? ¿Qué relación había entre Jean-Yves Lerais y Schiller?

Félix emitió de pronto un quedo silbido.

—El juicio de Crétel —dijo—, ese es el punto común, o más bien el punto de encuentro. Schiller y Lerais fueron citados como testigos.

Carl Rudolf Schiller era uno de los personajes del ámbito de la Iglesia que habían ayudado a Crétel después de la guerra, permitiéndole labrarse una posición profesional. Jean-Yves Lerais, por su parte, había comparecido en su condición de experto sobre el periodo de la Ocupación. Aquella era la primera vez que se citaba como testigo a un historiador en un caso relacionado con la guerra.

Cabía la posibilidad, pues, de que Lerais hubiera conocido a Schiller a raíz del juicio. Quedaba por resolver, no obstante, la pregunta inicial: ¿a qué se debía su agresividad contra Schiller? ¿Qué sentido tenían las cartas de amenaza que le había enviado? ¿Era él el asesino de Schiller?

—Me parece que no me queda más remedio que zambullirme en los archivos del proceso Crétel —concluyó Félix.

Era muy tarde. Acompañamos a Lisa hasta un taxi. Yo me quedé un momento solo con Félix.

—Estoy convencido de que no nos lo ha contado todo —murmuró, mirando cómo se alejaba el coche.

—¿Seguro? —pregunté—. ¿Crees que nos oculta aún algo sobre Lerais?

Ante mí se reproducía una y otra vez la escena del Marais y en mis oídos sonaba, inconfundible, la voz cavernosa de Béla: «Decididamente, mi querida hermana no dejará de sorprenderme nunca». ¿Y si el padre Francis tenía razón? ¿Y si Lisa me había seducido para engañarme?

—No —dijo Félix—. En absoluto. Pensaba en Schiller. No nos lo ha contado todo sobre Schiller.

Esa noche también me costó conciliar el sueño. Todo lo que había dicho Lisa durante aquellas largas horas, todo lo que nos había revelado a propósito de Jean-Yves Lerais, de Carl Rudolf Schiller y de Maurice Crétel daba vueltas y vueltas en mi cabeza, mezclándose a una velocidad de vértigo. Acabé sumergiéndome en un sueño terrible en el que veía a unas mujeres que se transformaban en animales y emprendían expediciones nocturnas para cumplir su venganza. Volaban en medio de la noche y

sembraban a su paso el odio, la tormenta y la enfermedad.

Las arpías, las sirenas y los centauros, los gigantes monstruosos, los dragones terroríficos y las grandes serpientes eran los amos de mi espíritu. A la luz de la luna veía personajes demoníacos de ojos brillantes, uñas largas y curvadas y negros hábitos. Algunos, los viejos, tenían una voz cascada y una mirada malévola sin parangón. Llevaban vistosos atavíos robados quién sabe dónde: bolsos, bisutería de vidrio y de cristal. En torno a ellos había un olor muy fuerte, una exhalación pestilente, como un incienso con una base de grasa de macho cabrío. Y todos participaban en curiosas maniobras: fomentaban conspiraciones, cocinaban platos raros de misteriosos ingredientes. Cruzaban el cielo volando, sentados a horcajadas en árboles arrancados de cuajo, en tinajas de barro, en setas, en ruedas de carro, en palas de panadero. Con los cabellos desgredados, rechinando los dientes, los ojos atravesados por rayos de fuego, la nariz, las orejas y la boca exangües, cabalgaban barcas vueltas del revés, caballos o bueyes abiertos en canal, enormes camellos. Blandían serpientes, colas de dragón, cabezas de oso. Sus hijos, horrendos renacuajos, se reunían por la noche y revoloteaban alrededor de hogueras inmensas. Todos se untaban el cuerpo de linimento y se transformaban en animales. Preparaban venenos para matar a toda la población y propagaban sustancias tóxicas a través del viento, las fuentes, los pozos y los ríos. Transmitían la lepra a las personas sanas. Pretendían dominar las ciudades y el campo. Habían tomado medidas terribles contra quienes los combatían: a quienes habían confesado su crimen los quemaban, a los otros los sometían a tortura y, cuando habían confesado, los quemaban también. Por doquier convocaban la enfermedad o la muerte, devoraban niños, utilizaban la carne de los recién nacidos para sus prácticas de magia y sus siniestras metamorfosis.

Y el peor era yo: yo era un neófito acogido en el aquelarre. Unos sapos babosos venían a besarme en la boca. Me encontraba delante de un hombre pálido y espeluznante, de ojos negros y cuerpo tan flaco que parecía no tener carne. Igual que los sapos, besé a aquel misterioso personaje, frío como el hielo. Las paredes que nos rodeaban eran de color púrpura y rojos los bulbos de luz; de todas partes surgían esqueletos deformes y animales disecados. A su alrededor ondulaban el lomo unos gatos grandes como perros, de colas erguidas que apuntaban al cielo. El hombre de negro decía: «Inclinaos»; y yo repetía: «Señor, comprendemos», y una tercera voz de trueno proclamaba: «Obedeceremos».

La cara pálida y traslúcida de aquel hombre me tenía obsesionado; la parte superior de su cuerpo brillaba como el sol, pero tenía la piel áspera, cubierta de pelos recios como los de un puerco espín. Al concluir la noche, desveló por fin su rostro: era el mío.

Entonces me desperté empapado en sudor y pensé en Lisa. Lamenté amargamente cuanto hubiera podido sospechar de ella y comprendí que sólo ella podía apaciguar el pavor de mi alma y, en un estado de dulce ensoñación, le decía que la amaba, que la amaba de una manera extática, exclusiva, hasta la locura, hasta el Absoluto, y que

nunca había conocido un sentimiento igual. Le decía que mi amor por ella era como un mendigo en la noche, que tiembla de hambre y de frío; pero que una sonrisa, una chispa, era la limosna que aguardaba y que lo reanimaría hasta el alba. Le decía que ese amor era doloroso e insensato y que nunca, en nombre de lo que mi familia había hecho padecer a los suyos, debiera haberme atrevido a posar los ojos en su persona, ni a poner una mano sobre ella, ella a quien mis abuelos, mis padres, habrían considerado una deshonra, bella judía, decían, bella y sucia judía. Qué locura es el mal y qué locura es el amor y qué locura es la esperanza cuando el amor amante no es amado y languidece solo en la noche, en el fondo de sus insomnios, en la soledad dolorosa de la carencia y la escisión. Y me parecía que desde que la conocía, esa visión del horror, ese hombre cortado en dos que había visto, ese hombre bañado en su sangre, separado de sí mismo, esa mitad de hombre, era yo.

En medio de mi sueño oí un alarido atroz, terrorífico, que me hizo estremecer hasta el fondo del alma.

Era su padre, que se despertaba temblando en plena noche. La vi pequeña, acercándose a él, refrescándole la cara, hablándole con dulzura. *El grito* de Munch era en comparación una sonrisa. Su rostro era el espanto.

Al día siguiente, 10 de abril de 1995, me reuní con Lisa en la piscina. Por la noche, después de cenar, la acompañé a su casa.

Estábamos en el Pont des Arts. El Sena discurría allá abajo, reflejando la luna y el centelleo de las estrellas. Delante de nosotros el Sena era la fuente de vida, donde bogaban unos seres misteriosos, reanimados por el astro blanco, espejo de su hermano, el sol. El agua clara y primaveral lanzaba un murmullo quedo bajo la densidad de las tinieblas, como si fuera un negro desierto. En la noche inmensa brillaba la más esplendorosa de las luces: los ojos azul estrellado de Lisa.

Yo estaba ebrio..., el perfume de rosa y de sándalo provenía de ella, del suspiro de su alma. Yo la respiraba y todo respiraba en mí. El cielo fluía como el agua con todas sus constelaciones y sus planetas.

Esa noche me olvidé del gran productor de discordia, el sembrador de conflictos, el príncipe de las tinieblas que había transformado la creación única en una dualidad: el cielo por encima de la tierra, lo de arriba sobre lo de abajo, el bien contra el mal; dejé de pensar en el que había partido al hombre en dos mitades, el maestro del dos. Sí, esa noche, el mal se enmendaba.

Quería unirme a ella, esa noche y para siempre. Así fue como abracé a Lisa. Por más fuerte que fuera mi amor por ella, por más violenta que fuera mi pasión, fue el dolor y el arrepentimiento lo que me llevó a estrecharla entre mis brazos, y fue el dolor y la magnanimidad lo que la llevó a aceptarme.

Y bajo la luz de las estrellas, de los ángeles del firmamento, y bajo las constelaciones de los espíritus celestes, le declaré la llama violenta y dulce, terrible y

suave como la música de Elgar, ardiente bajo la opacidad del cielo nocturno:

—Lisa, ¿quieres ser mi mujer?

Me miró con asombro. Luego la oí murmurar, como para sí:

—¿Por qué no?

No me di cuenta enseguida, pero me sonreía de una manera extraña y penetrante.

Al día siguiente, Lisa daba la noticia de nuestra boda a sus padres.

Ignoro cuál fue su primera reacción: Lisa prefirió estar sola con ellos. Yo sabía que Mina era contraria a los matrimonios entre una judía y un no judío, pero pensaba que los Perlman me apreciaban y que la decepción de verla casarse con un *goy* quedaría mitigada por el hecho de que se trataba de mí, que era su amigo y que amaba a Lisa más que a nada en el mundo.

Hasta que volvimos a verlos juntos no tomé conciencia del terremoto que había provocado aquella decisión. Samy estaba postrado, aún más ausente a sí mismo y a los demás que de costumbre. Mina, con un cerco morado bajo los ojos, tenía mala cara.

—No tengo nada personal contra usted, Rafael —me dijo—. Pero le pido que reflexione bien sobre lo que hace. Para nosotros, el matrimonio tiene un significado metafísico: el encuentro entre lo masculino y lo femenino es una reconstitución de la santa unidad. Desde siempre he enseñado a Lisa qué era la síntesis, la relación absoluta que anula la distancia.

»Nadie como el judío desea tanto la unión. El hebreo designa con una misma palabra el conocimiento y el amor: de este modo asocia la luz del conocimiento y la proximidad fundamental de la relación entre el hombre y la mujer. El pecado y la falta residen en la separación y la distancia, y la verdadera realización del amor en la unión es posible sólo a partir de una ascesis, de una realidad transfigurada. Pero ¿cómo puede fundarse esta entidad que es la pareja con dos personas que no tienen la misma religión, que no se sitúan juntas bajo el estandarte de una espiritualidad común, que no comparten la misma visión del mundo? Si Lisa se casa con usted, cada uno de los dos se perderá en el otro, sin acabar de ser uno mismo. ¿Qué será ella, casada con un gentil? ¿Qué será para nosotros? ¿Una judía infiel, una judía que reniega de sí misma?

—Ese no es mi problema, mamá —la atajó Lisa con un tono cortante que no le conocía—. Es el tuyo, ya te lo he dicho.

Tenía un cigarrillo entre los dedos y lo encendió con nerviosismo. Yo la miré con una mezcla de embarazo y de aprensión, sin saber qué decir.

—¿Crees que olvidarás aquello a lo que perteneces? —volvió a la carga Mina—. ¿Es eso, pues, lo que pretendes? ¿No sabes que tendrás que mantenerte igualmente alerta para no sentirte judía que para serlo? Pobre hija mía —añadió, con una mirada terrible—, lo único que conseguirás es ser aún más sensible a esa cuestión.

»Gastarás toda tu energía en no ver y no sentir lo que eres, en esforzarte por parecerte a quienes son tan dispares, te agotarás imitando sus gestos, sus costumbres, copiando su manera de hablar, su forma de vivir y de pensar, pero a cada segundo sabrás que te traicionas y que en lo más hondo de ti subsiste la judía.

—¿Y él? —contestó Lisa—. ¿Y Rafael? ¿Por qué no me dice él que va a renegar

de sí mismo casándose conmigo?

Mina me lanzó una mirada carente de odio.

—No es igual para los *goyim*. El judío que lo abandona todo, incluso si comete traición, continúa siendo judío. Y tú, Lisa, aunque huyas, tendrás siempre la mirada fija en tu Mesías, no olvidarás nunca el retorno a Sión y jamás dormirás el sueño del justo, porque tu Mesías no ha llegado. Y temblarás por Israel y sufrirás por los niños israelíes que son asesinados en la calle y sabrás, en los momentos en que tu corazón se indigne, sabrás que perteneces a tu pueblo igual que tu pueblo te pertenece a ti.

Mina se había levantado. Bajo su tez pálida latían con violencia las venas de sus sienes y, con labios temblorosos y los ojos entornados, miraba intensamente a su hija.

—Crees que te escapas, pero tu alimento y tu sueño se verán envenenados bajo la mirada de los antisemitas. Querrás dejar de ser quien eres, pero sólo conseguirás afirmarte más en tu identidad. Tratarás de olvidar, pero sólo conseguirás erguirte y mantenerte aún más firme. Eres judía y seguirás siendo judía. Llevas marcado en la frente el nombre de Israel entre todas las naciones, entre todos los pueblos de la tierra. En tu condición de burguesa, esposa y madre, sabrás siempre que en tu interior está la judía, la rebelde. Te he contado muchas veces la historia de mi tío, el tío Morali. Esa es, Lisa, tu situación. Aun como obediente ciudadana, esposa de un *goy*, serás judía y, aunque lo olvides, los otros se encargarán de recordártelo y, aunque te dé miedo serlo, si te inclinas ante las leyes inicuas a causa de tu complejo de culpabilidad, te harán sentir en todo momento que no acabas de ser como ellos, que no eres totalmente digna de serlo, y si la vergüenza te impulsa a cambiar de nombre y si empleas ridículas artimañas para pasar inadvertida, como marrana, quizá, traidora o vendida, esta fidelidad no te abandonará ni aun a pesar de tu cobardía. Judía falsa que intenta en vano negarse, pero judía de todos modos a ojos de los demás, judía confirmada por la conciencia o la condescendencia antisemita, revelación de tu destino, revelación enlutada por estar desprovista de fuerza y de alegría, epifanía y no asunción, porque tú no asumes. Judía vergonzante, renegada pero judía al cabo, judía en rebeldía presa de vértigo, lo serás aún más y esa será tu servidumbre, porque sin cesar te encontrarás frente a los otros, acorralada por tu necesidad de conformismo, obligada a justificarte, forzada a ser diferente precisamente por tu conformidad. Y el antisemita estará allí, Lisa, acechándote a la vuelta de la esquina de tu calle burguesa, y te preguntará educadamente si eres «israelita» o bien «israelí», utilizando bellos eufemismos, porque no puede decir «judío», porque le quema en la boca, y el demócrata también lo dirá, porque le molestas con tu diferencia oculta, y el republicano lo pensará también, porque para él no eres del todo francesa, porque no entiende cómo se puede ser a la vez judía y francesa. Y si reclamas justicia para Israel, te hablarán de una doble fidelidad patriótica. Y tú, Lisa, te encontrarás ahí, entre tu adversario al que amas y tu defensor al que desprecias, y nunca podrás definirte más que de forma negativa. Tu destino singular no podrá hallar apoyo ni consuelo en la relación con ese Dios al que niegas, con ese pueblo del que te

avergüenzas, y tu judaidad será tu problema, tu yugo, tu sufrimiento, tu fisura particular, pues tu mentira te envilecerá a tus propios ojos igual que ante los demás, que te verán siempre judía, y por más que te llames Lisa Simmer, para ellos serás siempre Lisa Perlman.

Lisa había hundido la cabeza entre las manos y su madre proseguía, inmovible, y sus ojos lanzaban chispas y su boca se torcía en una mueca de rabia, y apuntaba con un dedo acusador, un dedo tembloroso, terrible, a la «renegada»:

—Judía eres y judía serás, en el terror y la vergüenza, negando desesperadamente el carácter judío que llevas en ti. Precisamente en eso eres judía, en el terror o la vergüenza. Quieres irte, Lisa, quieres abandonar a tu pueblo, pero la señal judía no se irá, continuará marcada siempre en tu carne como una circuncisión. Llevas la marca de la Alianza sobre ti, Lisa. Y si te rebelas, no habrá lugar para la tranquilidad en tu vida: porque no se puede rechazar en uno mismo la esencia de la humanidad, el mal que implica y el combate que impone contra el mal.

»Es la tentación de la muerte, Lisa, eso es lo que te impulsa a embarcarte en este matrimonio, es el odio hacia ti misma lo que te arroja a sus brazos. Aunque sea a nosotros a quienes pretendes hacer daño, tú serás la primera víctima. Pero es sin duda culpa mía si no he conseguido inculcarte el orgullo y el gozo de ser judía en lugar de la vergüenza.

Al oír esto, Lisa levantó la cabeza.

—¿Y quién te habla de vergüenza, eh? —gritó—. ¿Y tú, conoces tú ese gozo? ¿Acaso has sido feliz? ¿Fuisteis felices cuando os persiguieron? ¿Habéis conocido el gozo de ser judíos? ¡Vuestra recompensa fue grande, claro, cuando os metieron en los campos!

Mina abrió los ojos de par en par, con las manos agitadas por temblores, y Samy lanzó una mirada inexpresiva a su hija.

—Ah, sí, lo olvidaba: la recompensa será grande en el cielo. Pero ¿quién os creéis que sois, para consideraros salvados? Ya lo dijo el profeta: vosotros sois la sal de la tierra. No podéis disolveros en las naciones, porque sois la sal de la tierra. ¿Y la Shoah? No vais a desanimaros por tan poca cosa. Vosotros sois la luz del mundo, que ilumina a los hombres a fin de que glorifiquen el Nombre divino, instalado bien alto en los cielos, según decís, tan alto que nadie lo ha visto..., a no ser para prender fuego a su pueblo elegido. Pero no todo el mundo pertenece a ese pueblo elegido. Hay judíos y judíos; y no lo son todos los que descienden de Israel.

—Hay judíos practicantes y judíos no practicantes —respondió Mina—, hay judíos desgarrados y judíos ignorantes, pero todos llevan la señal judía y cargan siempre con la conciencia de su misión, porque esta viene desde el fondo del tiempo. El judío es así: su mirada capta, como el relámpago, la palabra «judío» entre frase y frase, en las conversaciones o en los libros; su corazón sangra cuando hay un atentado en Jerusalén y, donde haya sufrimiento humano, el corazón del judío late afectado, lo quiera o no... ¡Dime, Lisa, que tu corazón no palpita por los judíos! ¡Dime que no

lees las páginas de los periódicos que hablan de Israel con una atención particular!
¡Dime que no deseas la victoria de los israelíes cuando están en guerra!

—Es tu pueblo —gritó Lisa—, no el mío. Yo soy diferente. Yo no siento nada de lo que tú sientes. Yo soy como los otros, como él —añadió, señalándome—. No soy distinta de él. El judío se define ante Dios y no ante los demás. Es lo que tú has dicho siempre.

—Pero debe proseguir su camino frente a los hombres y entre ellos. Como Jesús, Israel aporta a las naciones la rebelión contra los falsos valores y el amor auténtico al prójimo.

—Y a cambio recibe el oprobio y el martirio.

—Pero Israel seguirá transmitiendo ese mensaje, cueste lo que cueste.

—Ya sé... y el judío será siempre esa zarza en la que Moisés percibió una llama que ardía, sin que se consumiera la zarza. ¿Quieres saber por qué era una zarza?

—Porque la zarza es el seto de los campos e Israel es el seto del mundo.

—No. Porque la zarza es la planta dolorosa.

—Y si la llama arde en la zarza sin consumirla, es porque Dios no quiere que el dolor consuma a Israel como te consume a ti, Lisa.

—Ese dolor es lo único que nos queda. Eso es lo que transmitiré a mis hijos.

—Tus hijos serán quizá judíos, pero tus nietos ya no.

»No estás sola, Lisa: llevas cuatro mil años de historia a cuestas. Son treinta y ocho siglos los que asesinas en una generación, cuando Occidente no lo ha conseguido en dos mil años.

Al oír esto, Lisa se levantó, me tendió la mano y espetó, desde el umbral de la puerta:

—Treinta y ocho siglos los que asesino, como Hitler, ¿no es eso? ¿Yo remato su obra? ¿Fue eso lo que le dijiste a Schiller? ¿Eh, fue eso lo que le dijiste?

Esa misma noche me encontré con Félix en el Lutétia y le conté la escena de la tarde.

—No entiendo ese mundo compuesto sólo de judíos, cristianos y antisemitas —dijo—. ¿Mina no puede comprender que hay personas, como tú y yo, que no encajan en esas categorías?

—¿Estás seguro de no pertenecer a ninguna de ellas?

—Yo soy ateo —afirmó Félix—. No sólo respeto las religiones sino que, además, me intereso por ellas, aunque mantengo un punto de vista externo.

—¿Superior?

—No, diferente. Yo creo sólo en los valores universales, racionales, los de la sociedad laica, garante de la libertad y la igualdad.

—Todos los valores de la sociedad laica, como tú dices, no son más que los valores bíblicos secularizados.

Félix desistió de continuar con ese tema. Una novedad importante lo tenía

preocupado: había conseguido acceder a los archivos del proceso Crétel.

—Oficialmente, Jean-Yves Lerais fue citado como testigo, en condición de historiador. En realidad, yo opino que había una connivencia entre Lerais y Perraud. Creo que el verdadero motivo de su presencia en el juicio era controlar para Perraud lo que en él se decía.

—¿Era un testigo de la parte civil, supongo?

—Sí. Lerais, por otra parte, instruyó a la perfección al tribunal: explicó que el régimen de Vichy no era un gobierno pasivo que esperara órdenes de los alemanes, que la «revolución nacional» era un programa ambicioso que preveía «la homogeneización» del país, es decir, la exclusión de los judíos, de los comunistas, de los masones, para preparar la nueva Europa. Insistió en este punto: Vichy no practicó nunca un doble juego ni se opuso en nada al ocupante... La Resistencia había que buscarla en el maquis, concluyó.

»Entonces el abogado de Crétel intentó minimizar el alcance de su intervención señalando que no se puede llamar a declarar a un historiador. “Un testigo —dijo— es alguien que ha presenciado directamente los hechos, mientras que el historiador habla sólo de oídas. Usted tiene una opinión sobre el periodo, pero algunos de sus colegas tienen otras distintas de la suya. Los que vengan después de usted se complacerán en refutarlo. Usted no pasa de ser un momento en la historia de Vichy. ¿Y es usted por ello un testigo más creíble? Yo no lo creo así. La función de la justicia es distinta de la de la historia. Ustedes, señores —añadió, dirigiéndose a los miembros del jurado—, deben dar un veredicto. Sin embargo, en su caso, a diferencia de lo que ocurre con los historiadores, no bastará con un libro para cambiar las cosas, pues aquí está en juego la vida de un hombre y un error judicial no es comparable a un error histórico”.

»Al día siguiente le tocaba declarar a Geneviève Talment. Aquello si fue terrible: ¿te acuerdas del escándalo?

—Sí, vagamente. Delante de los juzgados había manifestantes con pancartas: «Talment, sucios embusteros».

—Esa fue la consecuencia de la polémica provocada por el libro de Schiller.

»El testimonio de Geneviève Talment fue estremecedor. A los veinte años, después de conseguir la liberación de su marido, la arrestaron, por orden de Crétel, unos milicianos que la entregaron a la Gestapo. Así se encontró cara a cara con su verdugo, un alemán sereno y sosegado que le decía que era hermosa, que hablaba con voz muy calmada mientras le acariciaba los cabellos... y que la golpeó y torturó personalmente durante tres días antes de enviarla a Auschwitz.

—¿Y Schiller?

—Estaba citado como testigo de la defensa. Todo el mundo esperaba verlo en el papel de eclesiástico afable, de alguien que no había dejado de proteger a Crétel durante todos aquellos años en que había sido su director espiritual y amigo. Todo el mundo esperaba que invalidase y ridiculizase el testimonio de Geneviève Talment,

conforme a lo que había escrito en su libro. Y entonces, para pasmo de todos, se produjo lo contrario.

»—Me encuentro sumido en el desconcierto —declaró—. Trato de comprender y temo que sea imposible. ¿Quieren que confirme que Maurice Crétel es un monstruo? Pues sí, lo confirmo: en mi opinión, Maurice Crétel es un monstruo.

»En ese momento estalló un auténtico clamor en la sala. Crétel se puso a chillar:

»—Schiller, cerdo, me las pagarás, —con lo que no hizo más que ratificar lo que se acababa de decir. Su abogado, fuera de sí, intentaba calmarlo, pero estaba desmoralizado. Había comprendido muy bien lo que ocurría: Schiller acababa de firmar la condena de Crétel.

»Cuando se hubo restablecido la calma, el fiscal interrogó a Schiller. Schiller estuvo demoledor. Lo contó todo: lo que Crétel había declarado sobre “la eterna cantinela” de Auschwitz, sobre el nazi Rudolf Hess, “una víctima del odio”...

»—Ni remordimientos ni piedad —decía Schiller—. Este hombre, este creyente, nunca ha lamentado su proceder. Es más, si se encontrara hoy en día en la misma situación, volvería a actuar igual.

—¿Fue entonces cuando abatieron a Crétel?

—Lo llamaron a declarar después de que lo hiciera Schiller.

»—Jamás detuve a nadie porque fuera judío —dijo—. Hice todo lo que pude para liberar al mayor número de prisioneros. Quería practicar una política humanitaria y ahora me veo acusado de crímenes contra la humanidad.

»Tenía la memoria en forma. Recordaba el miedo, el hambre, la sed después de la guerra, cuando tuvo que esconderse, el plato de sopa en casa de un amigo, un religioso que le había abierto su corazón. Era casi conmovedor. Era el testimonio de una víctima. Se acordaba de todo..., excepto de haber sido el causante de la deportación de 12.884 personas.

»Cuando el juez le pidió que le hablase de la redada del Vel d’Hiv, respondió:

»—Si eso es lo que quiere...; pero prepárese para las consecuencias.

»Gracias al libro de Schiller, había conseguido hacer planear la duda sobre el testimonio de Geneviève Talment, pero el cambio de postura del teólogo le había hundido. Ya no tenía nada que perder. Había soltado amarras.

»—Tengo que hablarles de Michel Perraud —dijo.

»—No veo qué relación pueda tener el señor ministro Michel Perraud —señaló el abogado de la parte civil.

»—Oh, enseguida se lo explico.

»En ese momento, el juez modificó su actitud. Hasta entonces había tratado a Crétel como a un criminal de pocamonta, un tunante, un mentiroso. Era como si, de repente, se diera cuenta de su error.

»—No quiera desviar la atención con sus pseudorrevelaciones —intervino—. Recuerde por qué está aquí. Está aquí porque participó en la campaña de eliminación de hombres, mujeres y niños judíos de Francia.

»Dicho esto, ordenó el levantamiento de la sesión. Evacuaron la sala. Poco después se oyó un disparo en el exterior. Crétel cayó muerto en el acto.

»Y aquí acabó el asunto —concluyó Félix—. Habían sido necesarios veinte años de procedimientos para llevarlo a juicio y, en el momento en que por fin iban a condenarle, un hombre, un desequilibrado, manipulado sin duda por Perraud, va y lo mata. Una cosa es segura: Crétel iba a revelar información comprometedoras sobre Perraud, algo que quizá se encontraba en el dossier que nos robaron... ¿Te fijaste en que cuando le hablé de la Cagoule, Perraud no se inmutó? Era como si dijera: «Bueno, no ha visto nada más». ¿No tuviste tú esa impresión? Yo continué pensando que en ese dossier había algo capital que no nos dio tiempo a descubrir. Por eso se me ocurrió consultar la lista de los procedimientos que precedieron al proceso.

—¿Y bien? —inquirí.

Félix encendió su puro.

—Me llevé un sorpresa mayúscula al descubrir el nombre del primer demandante.

—¿Quién era? —pregunté, intrigado.

—Ron Bronstein.

Sonrió, satisfecho con mi estupefacción.

—Y lo más desconcertante —añadió— es que en 1990, una vez iniciado el procedimiento, retiró la demanda.

—Pero entonces, todo apunta a Bronstein..., tal como había dicho el padre Francis al principio, ¿recuerdas?

—Hay que localizarle lo antes posible. Vive en Ramat-Aviv, una zona acomodada de las afueras de Tel-Aviv. Tengo su número de teléfono, pero por ahora no he conseguido ponerme en contacto con él.

Pasamos el resto de la velada fumando, bebiendo y hablando de mi boda con Lisa.

—¿Crees que supondrá un problema para Lisa la actitud de su madre? —consulté a Félix—. ¿Te parece que desistirá de su decisión de casarse conmigo?

—Para su madre es terrible que se case con un *goy*. Pero, si no lo he entendido mal, a ella le da lo mismo. Lo importante es que transmita a sus hijos lo que sabe, que en el fondo es poca cosa. Tengo la impresión de que ha tomado mucha distancia respecto al judaísmo. ¿No dices que ha dejado de respetar el *sabbath*, de ir a la sinagoga, de ser piadosa como su madre?

—Sí, de pequeña abandonó la escuela judía donde la había hecho entrar su madre para ir a la escuela laica. Me contó que el día del Yom Kippur era terrible para ella. Ese día faltaba a clase y de nuevo se sentía diferente, extranjera. Al día siguiente tenía que explicárselo todo a los profesores y a los alumnos y percibía el asombro en su mirada. Se sentía obligada a justificarse, cuando lo que precisamente deseaba era vivir igual que los demás, sin diferenciarse en nada de ellos.

—No creo que haya deseado nunca casarse con un judío.

—Pero ¿estás seguro de que actuará en contra de la voluntad de sus padres?

Me observó con una sonrisa triste y un brillo sombrío en los ojos.
—Algo me dice que hará lo que sea para casarse contigo, Rafael.

El 6 de mayo de 1995, a las cuatro y media de la tarde, me casé con Lisa Perlman en la alcaldía del distrito V de París.

Ella llevaba un traje chaqueta blanco y un sombrero desde el que el cabello le caía en largos tirabuzones. Sus ojos brillaban ese día con un fulgor particular. No dejaban de mirarme, de escrutarme. Tenían la misma expresión que cuando trabajaba en una escultura en su estudio: atentos, serios, alegres, admirativos, como si vieran lo mejor que había en aquello sobre lo que se posaban. Elevaba el alma con su mirada, creaba belleza. Me remodelaba. Me reinventaba.

Al final los Perlman habían aceptado asistir a la ceremonia y hasta habían organizado una pequeña recepción en su casa con algunos amigos íntimos y familiares.

Por la noche, antes de que llegaran los invitados, sorprendí a Mina con la cara hundida entre las manos. Estaba llorando.

Lisa me susurró que no le prestara atención y me aseguró que no era por mi culpa. Ese día de celebración era un vínculo doloroso con el pasado: era una historia que proseguía sin los suyos, sin su familia.

También sin la mía: había informado a mis padres de mi boda con Lisa Perlman sólo con dos semanas de antelación. Me habían hecho saber que, puesto que los había relegado de ese modo, preferían abstenerse de acudir. Yo creo que estaban furiosos porque me casaba con una judía.

Para mí fue un alivio. Reconozco que me habría causado un embarazo atroz que Lisa pudiera conocerlos.

El padre de Lisa trajo un vaso, lo dejó en el suelo y luego lo aplastó con un violento pisotón. El vidrio estalló en mil minúsculos pedazos que se desperdigaron por todos los rincones de la habitación como mil motas de ceniza, mil centellas de fuego, mil espejos rotos como mil destinos, falsos presagios de desgracias pasadas, cristales de roca, rayos de luz que irradiaran sus últimos resplandores, piedras de sabiduría, diamantes, jades y esmeraldas, piedras de los caminos, cantos rodados viajeros como el río de las lejanas riberas, inmensa, inmensa diáspora, por fin reunida en la coraza suprema, sol, luna y estrellas, ágatas, rubíes, berilos, ónices centelleantes, hogueras del sol que calientan las montañas y los ríos claros como el día, transparente y diáfana como el agua pura de antaño. Recogí un resto que se había extraviado bajo mi pie, un diminuto pedazo de vidrio afilado que me cortó el dedo: una lágrima de roja sangre se deslizó por él mientras lo guardaba en el bolsillo como recuerdo.

—Es el vaso roto que recuerda la destrucción del templo a todos los que se regocijan —dijo Lisa—. Normalmente lo rompe el novio.

No era un detalle anodino que de entre todos los ritos de la tradición judía, los Perlman hubieran retenido sólo ese.

Paul y Tilla me felicitaron calurosamente. Recibí de Béla una mueca entre irónica y condescendiente y una palmada en el hombro que me hizo atragantar con el vino.

Samy, que había permanecido petrificado durante toda la ceremonia, acabó por esbozar una sonrisa de compasión y de tristeza. Si es imposible escribir un poema después de Auschwitz, si es obsceno poner notas a pie de página cuando se escribe sobre la Shoah, ¿no es un acto bárbaro casarse después de la catástrofe?

Habíamos invitado también al padre Franz. Vestido de paisano, tenía una buena presencia sorprendente. Sus ojos verdes devoraban un rostro al que una barba incipiente imbuía apenas de dureza. Tenía las pupilas tan dilatadas por la miopía que su mirada parecía traspasar a todos los seres.

—Felicidades, Rafael —me dijo mientras me tendía la mano, sonriente—. Permítame que aproveche esta ocasión para hacerle una recomendación. —Se inclinó hacia mí y murmuró—: Huya del padre Francis, huya de él como del diablo; es lo mismo que le dije a Schiller cuando trabó amistad con él.

—¿Y por qué debo huir del padre Francis?

—Este hombre peligroso busca su compañía. ¿No lo entiende?

—...

—¿¡No!?

—...

—Tiene trato con el Demonio.

Félix estaba también allí, ceñudo, solo en un rincón. No me quitaba la vista de encima: cualquiera habría dicho que me veía por última vez, que iba a perderme para siempre. Me quedé un momento con él para tranquilizarlo, para hacerle ver que esa boda no era el final de nuestra amistad, que Lisa no le había robado la parte de mi corazón que le tenía reservada.

Me observó con mirada intensa y penetrante. Esperó al final de la velada para entregarme su regalo.

Era un documento que había encontrado en una librería de viejo de Berlín, en el que se especificaba la normativa sobre matrimonios conforme a las leyes de Nuremberg de 1935.

«Se permite —leí— el matrimonio entre un alemán y una alemana; entre quienes tienen un abuelo judío y alemanes, entre quienes tienen dos abuelos judíos pero que no profesan la religión judía y quienes tienen un abuelo judío. Se necesita una autorización especial para: matrimonio entre alemán y una persona con dos abuelos judíos, entre quien tiene un abuelo judío y una persona con dos abuelos judíos. Están prohibidos: el matrimonio entre alemanes y judíos, entre judíos y personas con un abuelo judío, entre personas con dos abuelos judíos».

Antes de marcharse, me dio un abrazo: hubiérase dicho la despedida de un amigo que va a emprender un largo viaje.

Al día siguiente nos fuimos en avión a Israel. La idea fue mía. Era una especie de tributo dedicado a Mina. Había convencido a Lisa, que había acabado por aceptar como señal de reconciliación con el pasado.

De Israel recuerdo poca cosa. Es como la película *Regreso a Howards Ends*: me acuerdo de la sonrisa de Lisa, de sus ojos deslumbrados por la luz, iluminados por la dulzura de los crepúsculos, cuando, como un vigilante embelesado, la contemplaba hasta el amanecer. Recuerdo que fui marido, por primera y sin duda por última vez en mi vida, un marido que cuidaba de su mujer y cuyo único objetivo era, en todas las horas y todos los minutos del día, que ella fuera feliz.

Había resuelto olvidarlo todo, la maldición de Mina, la investigación furibunda de Félix y las sospechas que pesaban sobre todos. La lucha empeñada cesaba; como si por fin tuviera acceso al mundo de las alturas, que es el lugar del reposo. Jamás había disfrutado de una sensación tal de lasitud del alma, que ya no corría, que se abandonaba por fin y que, después de haber buscado tanto, se encontraba.

El día era la luz, la noche el misterio. Lisa lo alumbraba con un esplendor sin igual; omnipotente, ella creaba la materia a partir del vacío. Entonces yo veía, con una turbadora mezcla de pavor y de admiración, a aquella sin la cual no se explicaba todo ese misterio y eso me inspiraba, me envolvía en un gozo sin contradicción, y mi corazón se calmaba. Nos mirábamos al fondo de los ojos: mi cara, reflejada en el espejo oscuro de su mirada, expresaba por primera vez felicidad.

No éramos sólo dos personas que se casaban; lo nuestro era el matrimonio entre el cuerpo y el espíritu, la materia y la forma, la reconciliación. En la habitación de la novia reinaba una atmósfera que me tenía cautivo. Cada vez que veía a Lisa y cada vez que contemplaba aquel país, tenía la impresión de que sus rasgos me eran familiares, que los había percibido ya, aunque sin saber dónde..., en algún sitio de la primera morada, no lejos de los orígenes.

Tendida a mi lado, cerca de una onda de agua pura, ella no despertaba a la vida: ella era la vida misma. Las formas estrechas de su torso y sus caderas eran como felices prolongaciones de mi cuerpo. Sus cabellos eran suaves hojas, sus ojos de ardiente azul, tachonados de pétalos blancos, eran más hermosos que todas las flores. Las cejas negras remataban los ojos de largas pestañas, los pómulos prominentes enmarcaban una nariz delgada; una boca de labios apretados, ajena a los mohines, dejaba entrever una hilera de minúsculos guijarros blancos; el mentón formaba una breve curva afrutada. Una piel cual velo traslúcido, absolutamente liso, drenada por finos hilos azules, envolvía aquel rostro con una frágil y luminosa protección que, más que el agua de la fuente, encarnaba la pureza. Ella llevaba en sí misma, por medio de lo que era más sensible, la idea más elevada que yo hubiera tenido jamás.

Era más fresca que la gota de rocío que perla la flor. Era más cálida que el vientre de la tierra. Su belleza me cegaba más que el sol en el cénit del día: era una fuerza más serena que el azul del cielo. Su aliento era una suave brisa, sus cabellos lisas

laderas, sus ojos estrellas incandescentes al claro de luna.

¿A quién me recordaba? ¿Dónde la había visto? Lejos, más lejos aún que en la *Pietà*, porque ahora lo sabía: no era la *Pietà* lo que amaba en ella, la había reencontrado a ella en la *Pietà*. Entre luces y tinieblas, era el crepúsculo de mi espíritu: un claroscuro, una noche de promesas en la que centelleaban las estrellas y las constelaciones llegadas de las más altas cumbres, pues ella era la forma más bella del mundo. Con ella, la oscuridad era más clara que el día, la noche no era sombría, la noche era malva, la noche era ardiente; ella era espera ferviente del día que va a nacer.

¿Dónde me había cruzado con ella? ¿De dónde provenía esa reminiscencia? ¿Dónde había visto esos ojos que como soles lanzaban rayos taladradores? ¿Dónde había oído esa voz suave que me había hecho estremecer, esa boca de bermellón?

Sobre nosotros estaba el sol; pues los objetos carecían de luz propia, reflejaban la del gran astro. Bajo su esplendoroso fulgor subsistía la tierra y nosotros estábamos allí, tomando prestada su claridad, nutriéndonos de ella como de un seno maternal.

Era un lugar donde los arbustos de color esmeralda y violeta lindaban con los rastrojos tostados, de infinitos visos, púrpura y añil, oliváceo y plata dorado.

¿Dónde? ¿Cuándo la había visto?

—Cuando le dije que quería casarme contigo —me contó Lisa una mañana, en la terraza de un café de Tel-Aviv—, Béla me preguntó: «¿Te ves con él y con dos hijos dentro de diez años?». ¿Sabes qué le contesté?

—¿No?

—Sí. Le dije que sí. Cuando te vi en casa de mis padres la primera vez, era como si te reconociera. Tenía la impresión de haberte visto antes en algún sitio, hace mucho. Eras como un recuerdo lejano, un recuerdo de infancia.

—¿Me amaste desde el primer momento?

—Amar, no... Pero sentí algo, sí, como un miedo terrible, una sensación de vértigo. Y luego vi tus ojos, Rafael. Me embrujaste con tus ojos. Cuando me miran, me da un brinco el corazón. Me conmueven hasta el fondo del alma.

—¿Qué más?

—Tu sonrisa. O más bien tus sonrisas, porque tienes varias. Está tu sonrisa encantadora, zalamera, y tienes también una sonrisa feliz, calmada, y luego está tu risa interminable, con los hoyuelos marcados. Me encanta ver cómo aparecen y dibujan sombras maliciosas. Y después están tus manos —añadió, tomándomelas—. Son grandes y blancas, tan blancas que se destacan todas las venas. ¿Sabes una cosa? Me conozco de pe a pa todas esas venas: unas son pálidas, tímidas, y otras abultadas y recias. Son manos de hombre, sólido y viril, y a la vez son refinadas. Me encantan las pequeñas manchas que tienes en la piel: esas pecas, como un resto de la infancia que no quiere irse. Muchas veces, cuando te miro las manos, me dan ganas de

esculpir las. Un día lo haré.

—¿Por qué las rechazaste en Washington, cuando estaban tendidas hacia ti?

—Tenía miedo, Rafael. Tenía miedo de amarte.

La observaba sin cansarme. Me perdía en su límpida mirada azul. ¿Dónde la había visto? ¿En qué camino nos habíamos cruzado? ¿Qué senda habíamos emprendido juntos?

Al comienzo, en el principio del mundo, cuando Adán y Eva comieron el fruto y cometieron la falta irreparable, la serpiente, cabecilla de los impíos, instalada tranquilamente en su asiento de fuego y de humo, los acechaba para concluir su obra.

Félix me había hecho prometerle que iría a Tel-Aviv antes de partir, para tratar de mantener un encuentro con Ron Bronstein. Tras diversos intentos infructuosos, conseguí una entrevista con el filósofo israelí el día antes de nuestro regreso. Nos dimos cita cerca de la fuente de la plaza Dizengoff. Eran alrededor de las tres y media de la tarde. Me senté en un banco, cerca de varios hombres de edad avanzada. Poco a poco llegaron otros y pronto formaron un pequeño y animado corro.

Debían de reunirse sin duda todas las tardes a esa hora y habría dado algo por saber qué decían. Hablaban esa lengua que no me resultaba ni del todo desconocida ni del todo familiar. Reconocí algunas palabras en alemán y me pareció que evocaban la guerra. Era primavera, hacía ya bastante calor e iban todos en manga corta. Muchos de ellos tenían un número tatuado en el antebrazo: aquellos hombres, que se hallaban en el ocaso de la vida, estaban marcados sin remedio como bestias. Pronto morirían y entonces desaparecería la huella indeleble de la Shoah.

Tenían cara de viejos, de facciones acentuadas y arrugas profundas, testimonios del paso del tiempo, pero el brillo de su mirada era un signo de eternidad. Pensé en las palabras de Mina. ¿Cabía la posibilidad de que tuviera razón? ¿Había transformado ese pueblo el desastre más atroz que haya soportado nunca en el más clamoroso de los triunfos? Ella decía que ningún destino encarnaba de forma más desgarradora aquel duro combate que el del pueblo judío que retornaba a su tierra. Desde el fondo del sufrimiento, se ponía en pie para ir al encuentro de la culminación y la salvación. Treinta y ocho siglos de historia.

De repente todos callaron, varios viejos exhalaban un suspiro y uno de ellos se fue. Poco a poco, los demás se marcharon también.

Entonces me vino a la memoria la cuestión que se plantea todo historiador de la Shoah, el misterio que nada ha podido esclarecer: en 1945, cuando los alemanes tuvieron que elegir entre la intensificación de la guerra y la continuación del genocidio, consideraron prioritario el segundo objetivo, poniendo en peligro la victoria. ¿Qué explicación permite comprender que se optara por la destrucción de los judíos de Europa como meta válida, aun a riesgo de perder la guerra y precipitar el fin del Estado alemán? ¿Qué fuerza del mal era tan potente como para empujar a un pueblo a adoptar el proyecto de destruir a otro pueblo a riesgo de provocar la derrota y devastación de su propio país?

Responder a esa pregunta equivalía a llegar al centro de la experiencia de la Shoah y allí, precisamente, se hallaba el secreto del asesinato de Schiller.

En ese momento vi llegar a Ron Bronstein al volante de un coche deportivo rojo, del que arrancó un chirrido de neumáticos al frenar. Luego vino hacia mí con paso rápido.

—Lo siento —dijo—. Me he quedado aprisionado en mi barrio por una alarma de bomba.

—¿Era grave?

—No, en absoluto. Aquí pasa con mucha frecuencia. Tranquilícese, no vamos a saltar por los aires —añadió, reparando en mi mirada de inquietud.

Me llevó a un café de la calle Shenkin. El ambiente cargado de humo, el estilo *art déco* y la luz anaranjada no tenían nada que envidiar a los bares del Soho. Las jóvenes, con peinados a lo chico, altas y hermosas, tenían una vitalidad, una rudeza, que no se daban en las francesas o en las americanas. Un soldado rubio, de ojos de un verde límpido, reía con sus amigos. Llevaba el uniforme beige del ejército del aire, el más prestigioso, según dicen.

Eran todos judíos, pensé. Las mujeres maniqués, los hombres musculosos y bronceados, aquellos soldados míticos como los que aparecen en las películas americanas. Todos judíos, como los viejos supervivientes de la Shoah que había visto cerca de la fuente..., pero diametralmente distintos. Entonces comprendí que ese pueblo se había forjado, en la estela de Ben Gurion, por oposición al modelo que había querido imponerle la Alemania nazi. De no ser porque me encontraba en Israel, me habría costado mucho «identificar a un judío». Les habían dicho que eran canijos y enclenques, feos y pusilánimes: serían fuertes como rocas, bellos como dioses griegos. Les habían dicho que eran incapaces de realizar el auténtico trabajo, el trabajo de la tierra: serían una nación de campesinos y nadie destacaría como ellos en el cultivo de la tierra, en la agricultura y la horticultura en clima desértico. Les habían dicho que eran los judíos errantes, los perseguidos, los corderos conducidos al matadero: tendrían un territorio propio y sabrían defenderlo. Ahí estaban los nuevos judíos, pensé, los judíos que nadie había visto nunca: los soldados, los agricultores, los ciudadanos de su país.

Entonces comprendí lo extraordinario de ese pueblo. Jamás había existido en la historia del mundo un Estado que, después de haber sido completamente aniquilado, hubiera resucitado dos mil años después; jamás había existido otro pueblo que, dispersado por los cuatro confines de la tierra, se hubiera reunido para volver a formar una nación en su territorio ancestral. Israel creía en aquella misión desde hacía miles de años y un destino excepcional confirmaba su creencia. Ellos habían creído en él y lo habían deseado con todo su corazón, con todas sus fuerzas y toda su capacidad, y con ello se había invertido el curso del tiempo, de la probabilidad histórica y de los determinismos. El viejo pueblo resurgía, como si dispusiera de garantía, hacia todos y contra todos, a veces incluso contra sí mismo, de una palabra que debía transmitirse, de una idea audaz pero simple, «no hagas al prójimo lo que no querías que te hicieran a ti», una idea capaz de eliminar las fronteras a pesar de todo, a pesar de esa pérdida humana y moral, pero sobre todo metafísica, de ese drama cósmico que fue la Segunda Guerra Mundial.

—¿En qué puedo serle útil esta vez? —preguntó Bronstein en su francés medio germánico, medio oriental.

—Esta vez se trata del proceso a Crétel... He sabido que usted fue el primero que presentó una querrela contra Maurice Crétel. Si no es indiscreción, ¿podría decirme por qué?

—Y yo —replicó, tras unos segundos de desconcierto—, ¿puedo preguntarle por qué me hace todas esas preguntas, señor Simmer? Se llama Rafael Simmer, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Simmer —dijo con aire pensativo—. Conozco a algunos Simmer que son judíos. Y además Rafael es el nombre de un ángel. En hebreo significa «Dios cura». ¿No será usted judío, por casualidad?

Observé un instante a ese hombre moreno, fornido y bronceado, de treinta y siete años, que me sonreía con unas Ray-Ban retiradas encima del pelo y una pajita en la comisura de la boca, y me asombró que aquellos judíos del *shtetl*, del gueto polaco, de la fría Alemania y de los inviernos siberianos hubieran podido adaptarse tan bien al calor del desierto. Bronstein me producía la impresión de un pingüino en medio del Sahara. Su piel diáfana de judío asquenazí, una piel delicada y fina como la de Lisa, tenía el bronceado dorado de un surfista californiano.

—No —respondí—. Soy *goy*.

Sonreí para mis adentros. Lejos de ofenderme, me sentía un poco halagado. Félix, cuando le hacían esa pregunta, respondía muy educadamente: «No, por desgracia» o «no, pero me habría gustado».

—Dígame, amigo, ¿es usted poli o algo así? —continuó Bronstein—. ¿Sigue indagando por lo de Schiller?

—Sí; bueno, no. Es que acaban de inculpar a un amigo.

—Ah, entiendo... ¿Un amigo suyo?

—Sí..., en cierto modo.

—Escúcheme. No fui yo el que se querelló contra Crétel, sino mi padre, que también se llamaba Ron.

—¿Por qué razón?

—Verá, a mi padre lo deportaron en 1942 por culpa de Crétel, después de aquella operación que bautizaron con el odioso nombre de Viento Primavera...

—¿Que Crétel fue el causante de la deportación de su padre?

—Él firmó la orden de deportación.

—Entonces, ¿por qué retiró su padre la demanda en 1990?

—Porque se produjeron presiones y calumnias y no las soportó.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir, Rafael..., es que mi padre se suicidó.

—Oh, perdóneme —me disculpé—. No sabía...

Se hizo un silencio momentáneo. Encendí un cigarrillo y ofrecí uno a Bronstein, que rehusó.

—Hace demasiado calor para fumar aquí...

—Sé que es muy penoso para usted, pero ¿podría decirme en qué consistían esas calumnias?

—Bueno... Mi padre era un superviviente de los campos de exterminio. Llegó a Auschwitz cuando aún no había cumplido los diecisiete años. Crétel los hizo deportar a él y a toda su familia... porque vivían en una casa muy bonita en el distrito XVI de París, una casa y no un piso, que Crétel quería requisar.

—¿Por qué?

—Para dársela un funcionario de Vichy, un amigo suyo, para que viviera en ella, simplemente.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—Perraud. Michel Perraud. Cuando mi padre quiso recuperar su casa después de la guerra, lo acusaron de estar interesado sólo en el dinero. Mi padre no había pensado siquiera en ese aspecto de la cuestión. Sencillamente, le parecía injusto que el único bien que quedaba de su padre hubiera sido, para colmo, expoliado por el Estado francés... Este asunto acabó consumiéndolo.

—Lo siento muchísimo —repetí—. No pretendía hurgar en esos hechos dolorosos para usted...

Bronstein me miró un momento, pensativo.

—Quizá sea mejor así —agregó—. Cuando uno ve las calumnias que surgen sobre los antiguos deportados... ¿Sabe, Rafael? Sucede lo mismo que con el Estado de Israel, al que muchos se complacen en tratar de torturador: la verdad es que la Shoah resulta tan insoportable para la gente, que transforman a las víctimas en verdugos; de este modo, componen su propia teodicea. Justifican retrospectivamente el mal que se infligió a los judíos argumentando que al final, aunque entonces no lo supieran, lo merecían. Así la Shoah se convierte un poco en un castigo anticipado, una pena impuesta de manera preventiva, pero justificada. Hábil, ¿no le parece?

La sonrisa sarcástica se le heló en los labios al añadir:

—Mi padre se suicidó el 28 de septiembre de 1991, cincuenta años después de la masacre de Babi Yar, cerca de Kiev. Treinta mil judíos ejecutados en dos días...

»Bueno —concluyó, sonriendo—, no es que me aburra con usted, pero tengo que irme. Se acabaron las historietas por hoy, amigo.

Se puso en pie de un salto y, ya delante de la puerta, me soltó:

—Cuando le interese información sobre, pongamos por caso, mi hermano, mi mujer, o si tiene otros asesinatos por resolver, no lo dude, amigo, que para eso estamos.

Me quedé pensativo en el café, donde comenzaba a atronar una ensordecedora música tecno.

No, decididamente, ese hombre no tenía aspecto de filósofo.

Antes de marcharnos, Lisa y yo visitamos Yad Vashem, el museo de la Shoah, que, a diferencia del de Washington, me impresionó por su sobriedad y su ausencia de dramatismo: eran hechos, imágenes, una bóveda oscura donde siempre ardía una vela. Entramos en el edificio de piedra en el que se exponían, en largos pasillos, fotografías ampliadas que recorrían la historia de la Shoah, acompañadas de textos breves y en ocasiones de citas. En varias salas reducidas se proyectaban películas. El primer bloque estaba dedicado a la aprobación de leyes antijudías y a la escalada de las actuaciones antisemitas entre 1933 y 1939: propaganda nazi, deportación, crímenes y pogromos. En el segundo bloque se evocaban la persecución y los ataques contra los judíos en la Europa impregnada de nazismo, de 1939 a 1941. En las fotografías, un grupo de alemanes risueños cortaba la barba a un hombre, unos soldados apuntaban a unos jóvenes alineados contra una pared del gueto de Varsovia.

La tercera sala estaba consagrada al proceso de destrucción, entre 1941 y 1945. En ella se veía a un soldado alemán apuntando con el arma a una mujer que mecía a su hijo; otras imágenes evocaban los cuerpos, los experimentos médicos y la solución final.

El bloque titulado «Las puertas del mundo estaban cerradas» ilustraba la conferencia de Evian donde el mundo decidió rechazar a los refugiados judíos. Se veían las fotografías de los barcos *Saint-Louis* y *Struma*, que, al no poder fondear en ningún puerto, tuvieron que regresar hacia la muerte.

Había una sala entera dedicada a la resistencia judía en los guetos, en los montes y los bosques, en la que se mostraban imágenes de guerrilleros que posaban, con sus carabinas y sus granadas.

La última parte de la exposición era la sala de los nombres. Allí estaba escrito que el olvido alarga el periodo del exilio y que el secreto de la liberación reside en el recuerdo. El visitante salía con estas palabras de la noche, cegado por la luz de Judea, para llegar tras dar unos pasos, a la tienda del Recuerdo, *Ohel Yizkor*, que dominaba las colinas de Jerusalén. Me puse una *kipá* en la cabeza para entrar en ese espacio sagrado y, estremecido por el frío aire de su interior, tardé un rato en habituarme a las tinieblas. En el suelo estaban inscritos los nombres de veintidós de los mayores campos de concentración, dispuestos en orden geográfico. En un pebetero de bronce ardía una llama eterna, al lado de un recipiente que contenía las cenizas de personas muertas en los campos. Todo lo que quedaba de las víctimas estaba allí: en ese lugar, símbolo del vacío y la ausencia.

Salimos. Fuera había numerosas esculturas dedicadas a los héroes: estatuas imponentes, frisos o grandes pilares. Lisa me explicó la diferencia que había entre los monumentos dedicados a los héroes y los de los mártires. Para ella, el recuerdo de los

primeros debía ser afirmado por una fuerte presencia, con figuras verticales y altas, mientras que los segundos debían ser evocados mediante una ausencia.

En la sección consagrada a la memoria de los niños, con la que finalizaba la visita, cinco velas reflejadas por mil pequeños espejos iluminaban unos rostros juveniles. Sobre el fondo de una música sintética, átona, se recitaban sus nombres, con su edad y su lugar de nacimiento, en hebreo y en inglés. Las luces, como las estrellas en número infinito, recordaban la sentencia talmúdica según la cual las almas de los muertos no enterrados vagan por el universo sin hallar nunca reposo.

A Lisa no le gustaba ese bloque, que habían añadido hacía poco al complejo de Yad Vashem: para ella había todavía demasiada pasión en las imágenes evocadas y la música le parecía indecente.

La observé caminar a mi lado, con el semblante inexpresivo y los labios apretados. Me colé en aquella mentira como en una pequeña brecha que daba a un inmenso precipicio.

A nuestro alrededor se extendía, como una madre bienhechora, el bosque cuyos árboles fueron plantados en honor de los justos que habían salvado vidas humanas. Más allá estaba el desierto florido en torno al Jerusalén resucitado y, más allá aún, el mar en el que el navio que no pudo fondear retornó hacia ese mundo dividido que sólo aspiraba a dislocarlo, a esparcirlo en las olas igual como se dispersan las cenizas de los cadáveres incinerados.

Mina decía que Israel era la Redención después del exilio y el sufrimiento. El padre Francis pensaba que Jesús no sería el Cristo sin la traición de Judas; para nosotros los historiadores, existe efectivamente una relación causal entre la Shoah y la creación del Estado de Israel. Sólo el holocausto pudo producir un movimiento de tal magnitud.

¿Era, pues, posible que del mal surgiera el bien? Los judíos habían sobrevivido a los faraones de Egipto, a los sátrapas de Persia, a los reyes de Grecia, a los emperadores de Roma, al Sacro Imperio Romano germánico, a la Inquisición española y también a los zares de Rusia, pero no habían vuelto a ver Sión...

¿Fue necesario que existiera Hitler para abrir la ruta de Jerusalén?

En ese caso, sin embargo, ¿hay que ponerse a saltar de contento en Yad Vashem, porque su recompensa es grande, porque el Señor castiga a aquel al que ama?

Félix opinaba que el sionismo había comenzado mucho antes que la Shoah, que siempre había habido judíos en Tierra Santa, desde la deportación a Babilonia, y que era absurdo decir que fue necesario que los judíos fueran asesinados y sufrieran para tener derecho a un país.

No obstante, si pudiera existir el más mínimo consuelo después de la Shoah,

entonces no habría duda: tenía que ser ese por fuerza.

Guardo de Israel el recuerdo del sol, tan fuerte, tan hermoso, fulgurante durante el día, suave en los crepúsculos, sereno al amanecer.

Guardo de Israel el recuerdo de los que fueron los más bellos instantes de mi vida.

Al día siguiente, cuando me encontraba con Lisa haciendo cola en el aeropuerto, alguien me dio una ligera palmada en el hombro. Me volví: era Ron Bronstein.

Me indicó con un gesto que me acercara a él.

—Lo ha conseguido, amigo —murmuró—. Con tantos tejemanejes, ya tiene al Mossad siguiendo todos sus movimientos. No sé para quién trabaja, pero no se fíe, empieza a jugar a un juego muy peligroso.

—¿Cómo que el Mossad me sigue los movimientos? —exclamé.

Bronstein me tapó la boca con la mano.

—¿Está loco o qué? ¿Quiere un megáfono, ya de paso?

Le di a entender por señas que había comprendido y entonces retiró la mano.

—¿Trabajó con Álvarez Ferrara? —me preguntó en voz muy baja.

—Sí, para la investigación sobre Schiller.

—Ferrara se encuentra en este preciso momento aquí, en Tel Aviv, al borde del mar, en una de nuestras más hermosas cárceles...

—¿En la cárcel? —repetí, estupefacto.

—No era precisamente la persona que usted creía.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿No era amigo suyo? ¿Un viejo amigo suyo?

—Se llama Helmut Fritz y fue médico en el campo de Auschwitz. Hacía años que le seguía la pista.

Sentí que una araña de desgracia me recorría la espalda.

—Pero ¿no era un agente de la CIA? —pregunté.

—Formaba parte de las redes nazis utilizadas por la CIA. Llevábamos bastante tiempo intentando cazarlo..., desde el momento en que se escondió en Sudamérica con la pretensión de quitar de en medio a la población autóctona de Bolivia para que los blancos fueran amos del país... ¿Se forma una idea de la clase de persona que es? Como lo vieron con él y ahora conmigo, se hacen preguntas. ¿Me sigue?

—No.

—Bueno, le hablaré muy claro: yo de usted, dejaría de ocuparme de ese asunto de Schiller. Se expone a buscarse problemas.

—Pero ¿qué pasa con el asunto de Schiller, dígame?

Bronstein no me escuchaba. Observaba algo a lo lejos, detrás de mí.

—Oiga, amigo, ¿no le estará guardando el billete esa mujer morena de allá? No deja de observarlo...

Me volví.

—Es mi mujer...

—¿Su mujer? —dijo, enarcando una ceja—. ... Un momento, si la conozco: ¿no es Lisa, Lisa Perlman?

—¡Sí! —respondí, asombrado.

—Felicidades. Un consejo. Cuide bien de su esposa... y del bebé.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

Miré de nuevo a Lisa y de repente comprendí. Ese día llevaba un vestido blanco bastante ajustado que permitía advertir una ligera protuberancia a la altura del vientre. Era tan fina que no parecía tratarse de un embarazo. Aquella redondez no me había llamado la atención, porque la veía todos los días, pero al observarla de lejos, con las manos apoyadas un momento en las caderas, de una manera que ponía de relieve sus formas, lo encontré evidente.

Me volví hacia Bronstein.

No había nadie. El animal había desaparecido.

QUINTA PARTE

Las humaredas se elevan cual velos blancos y grises sobre el cielo azul, fugitivas del cielo ardiente. Esperáis el día que será tinieblas y no luz y ese día será oscuro y estará falto de todo resplandor. Entonces el orgullo humano abatirá la mirada y la arrogancia de los hombres será humillada, y será el tremendo pavor y la tierra temblará, con las colinas escalonadas y las montañas altivas, las altas torres y las murallas, con sus entrañas malditas. Entonces todos se arrepentirán: Félix en uno de sus terribles arrebatos de cólera, Lisa y su acompañante en medio de la noche, Samy, esa monada de mirada velada, Mina, tan rolliza y jovial, Béla y sus pavorosos celos, yo, holgazaneando de noche en el Lutétia, entregado a uno de esos estados de pasividad que me arrastran hacia las horas tardías, siempre propicias a la angustia.

Oigo la música de Elgar: de pronto, el violoncelo empieza a chirriar. Vuelvo a ver el Sena que se desliza serenamente bajo su cielo de azabache, pero ya no es agua lo que se desliza, sino sangre, sangre rubicunda, roja, negra. ¿Qué me recuerda eso? Nada, una ausencia, un vacío. Ellos. No recuerdo haberles visto intercambiar nunca un gesto ni una palabra de ternura. Mis padres pasaban todo el día en su tienda, de donde volvían de noche, tarde, demasiado agotados para hablarme, para preguntarme cómo estaba o cómo me había ido el día.

Solo. No tenía ni hermanos ni televisor. Me acuerdo del gran piso sombrío de la Avenue des Vosges de Estrasburgo, donde esperaba, durante largas horas cargadas de angustia, a que volvieran mis padres y envolvieran mi silencio con su silencio.

En el avión que nos devolvía a Francia, asedié a Lisa a preguntas.

—Oye, Lisa, ¿hay algo importante que no me hayas dicho?

—No, ¿a qué te refieres? —contestó.

—A algo... algo que nos concierne, a ti y a mí...

—¿Cómo? —dijo—. ¿No estarás otra vez con la historia del tío Morali?

Desde aquella terrible entrevista con Mina, después del anuncio de nuestra boda, en la que esta había mencionado «la historia del tío Morali» sin precisar de qué se trataba, no había parado de hacerle preguntas a Lisa, que siempre respondía con un encogimiento de hombros, negándose a explicármelo.

—No, no es el tío Morali —repose con tono fatigado—. Es... tu vestido, eso...

—¿Qué? ¿Qué le pasa al vestido?

Dirigí la mirada a la protuberancia de su vientre. Ella lo vio y se ruborizó.

—Lisa, ¿no estarás embarazada?

Me miró como si no comprendiera. Luego bajó los ojos.

—Sí.

—¿Sí? ¿Eso es todo? Pero ¿por qué no me lo has dicho?

—No sé... Es que...

—Pero ¡si es maravilloso! ¡Es fantástico! Es... ¿Desde cuándo?

—Debe de hacer justo dos meses.

Dos meses... Aquello remitía a la primera noche que habíamos pasado juntos.

Estaba loco de alegría. Esa curva de su cuerpo era como la imagen del mundo, portadora de todos los posibles. Era la vida futura, era el cielo y era la tierra, era todos los astros juntos y todas las lumbreras. Era el sol, que aniquiliba el mal en el vientre de la tierra, era la belleza del sol vivo que se elevaba por el este para salvar a la humanidad. Bronstein, el hombre de luz, era el ángel anunciador y nosotros estábamos en una aureola montada en un carro, suspendidos en las bóvedas celestes, cuyo centro era la vida, ese ardor, principio del fuego, de la sal, del aire, de la tierra. Porque aquello era el nacimiento de un dios con su corona de rayos, un nuevo rostro, era el génesis, el comienzo, el principio del mundo. Había nacido de la primera chispa, había nacido gracias a ella, era el germen instalado en el ser humano gigantesco, el principio primero, la perfección lograda, el verbo remontado a las alturas, y el cielo en el que volábamos era el paraíso y el hijo había sido creado en él, por él: igual que una idea, una esencia, ni masculino ni femenino, descendería a la tierra para ser vida y luz, pues no tenía una naturaleza humana sino una forma supranatural.

Yo era inmortal, tenía un alma que atravesaba todas las vidas, todas las épocas, todos los espacios hasta el fin de los siglos. Pegué el oído a su vientre.

Entonces me estremecí: no era un niño lo que oía. Era algo que se ondulaba como si quisiera lanzar una llamada. Una cabeza se hinchaba, una lengua frotaba unos labios con suaves movimientos.

Era el ángel exterminador y el espíritu del Mal, era el tentador que frecuenta sólo los sitios donde reina la felicidad.

Habíamos decidido instalarnos en mi casa, en Montparnasse. Lisa dejó su apartamento de la Rue des Mauvais-Garçons y trasladó sus muebles y objetos de bohemia a mi interior ordenado, ocupado con mesas y sillones antiguos. La convivencia funcionaba bien: Lisa no era aficionada a los trabajos del hogar, pero yo quitaba con gusto el polvo de yeso con el que ella llenaba el piso. Era feliz: la veía viviendo en mi casa, en nuestra casa, y a veces me costaba creer en la existencia de esa felicidad tan simple.

Una noche, poco después de nuestro regreso, me reuní con Félix en el bar del Lutétia. Cuando le anuncié el embarazo de Lisa, frunció el entrecejo con un vago aire de fastidio.

—¿Tan pronto? —dijo.

—¡Sí!

—Perdona que te haga la pregunta pero ¿ha sido un accidente, supongo?

—¡Sí! —respondí—. Un maravilloso accidente.

Me lanzó una mirada tan penetrante que hizo que me sobresaltara hasta lo más hondo del alma.

—¿Por qué me miras de esa forma? —pregunté.

—Por nada..., perdona.

Entonces le hablé de la conversación con Ron Bronstein y de las revelaciones que me había hecho.

—Ahora se aclara todo —exclamó—. Se entiende mejor por qué Perraud hizo asesinar a Crétel: tenía miedo de que revelara lo que hicieron los dos a la familia de Bronstein durante la guerra. Siendo como era un testigo capital en el proceso contra Crétel, es muy posible que Schiller supiera más de la cuenta sobre Perraud y que, al ver que había cambiado de chaqueta durante el juicio, este lo hiciera asesinar por los mismos motivos por los que mandó disparar contra Crétel.

—Sí. Pero ¿por qué cortarlo en dos?

—¡Para vengarse de su traición!

—¿No crees que lo habría hecho matar de un tiro, como a Crétel?

»No, Félix —añadí al ver que guardaba silencio—, en este asesinato hay algo más..., algo...

No terminé la frase, pero él me comprendió perfectamente.

—¿Satánico? —dijo, encendiendo un puro ya empezado.

—No es un asesinato, es un pulpo provisto de mil tentáculos. Es como si nos enfrentáramos a algo inconmensurable, a una fuerza destructora de potencia infinita que se multiplica cada vez que alguien trata de asirla...

—¿Qué quieres decir?

—¿No empiezas a creer en ello?

—¿En qué? —replicó—. ¿En el diablo? ¿En el demonio?

—En las fuerzas del Mal, en las fuerzas terribles presentes en cada hombre, consustanciales a todas las almas, en ese doble que vive en cada uno de nosotros.

Félix me miró de arriba abajo, esbozando una sonrisa irónica.

—Otra vez me sales con las bobadas del padre Francis, es tu nuevo referente intelectual, por lo que se ve...

Félix y yo nos miramos. Por primera vez sentí una corriente de hostilidad entre ambos.

De repente se metió la mano en el bolsillo.

—Toma —dijo—, te he traído un regalo de mi último viaje; fui a Suiza.

—¿Qué es?

—Un pequeño lingote de oro. ¿Sabes cuál es su procedencia original?

—Oh no, Félix —exclamé al tiempo que dejaba caer el objeto—. ¿No será...?

Sí, lo era. Desde hacía un tiempo, Félix me hacía unos regalos un tanto extraños. Un pijama a rayas para mi cumpleaños, un atlas de la Shoah para las vacaciones...

Ese era el humor de Félix, un humor macabro.

—¿Qué fuiste a hacer a Suiza? —pregunté.

—Preparo un artículo sobre el expolio de los bienes judíos practicado por los bancos suizos. ¿Sabías que, gracias a los suizos, Hitler pudo procurarse miles de millones con los que compró en el mundo entero las materias primas estratégicas que necesitaba para la guerra?

—Sí —dije—. Los marchantes de arte, los agentes fiduciarios, los joyeros y los abogados se encargaban de blanquear el dinero que la SS había robado en los bancos centrales, las empresas y los domicilios particulares, o incluso a las víctimas de los campos de concentración, mientras el gobierno negaba el paso por sus fronteras a decenas de miles de refugiados, mandándolos de vuelta a sus verdugos. Sin los banqueros suizos, la Segunda Guerra Mundial habría acabado antes y podrían haberse salvado cientos de miles de vidas humanas.

—La potencia de alcance mundial que adquirieron luego los bancos helvéticos se cimentó en esas ganancias de guerra.

La barrita de oro había caído en el cenicero, entre las cenizas acumuladas del puro de Félix.

Era invierno. La nieve caía sin cesar. En la falda de una colina, en la más cenagosa de las aguas, había nacido un monstruo, directamente salido del periodo jurásico. Era una inmensa serpiente, gorda y blanda, de escamas grises y violeta que relucían como si las hubieran lustrado. De la cola a la cabeza mediaba una distancia enorme, de varios kilómetros. Su cuerpo formaba círculos concéntricos, de tal manera que los extremos casi se tocaban. Unas mandíbulas de potencia inaudita enmarcaban una boca entreabierta de la cual escapaban unas gruesas gotas de baba grasienta que acababan deshaciéndose pesadamente en el suelo. Uno de sus protuberantes ojos, recubierto por un párpado anular, vigilaba lo que sucedía debajo, al tiempo que el otro miraba hacia arriba. Los orificios que tenía a ambos lados del hocico le permitían evaluar las variaciones de la temperatura exterior y así se orientaba tras sus presas, a las que también detectaba por el olor de la sangre caliente.

Porque era así: estaba sedienta de sangre. Podía engullir unas presas enormes que la dejaban hinchada como una gigantesca ostra, podía tragarlo todo, digería cualquier clase de materia, pelos y cuernos, ropa, joyas y monedas, con su mandíbula móvil devoraba una cantidad impresionante de objetos. De su boca surgían unos colmillos venenosos que hincaba en la carne de sus víctimas para inocularles el veneno.

Avanzaba ondulante, bajaba por los árboles y volvía a trepar de nuevo a ellos. Todas las direcciones, todas las vías, todos los caminos estaban a su disposición. Lentamente, sin hacer ruido, avanzaba hacia su presa. De haberla visto venir, quizás esta habría podido conocer, por la fuerza de sus ojos, el poder tentacular de su verdugo; o quizás entonces habría sido cautivada por su mirada hipnótica y habría

sucumbido. Era un menudo ser frágil situado bajo el follaje, que pasaba el tiempo trinando y piando a diestro y siniestro, un ser libre de preocupación y exigencias. En cuanto le vio, le clavó la mirada. Sus ojos incandescentes le atravesaban el corazón, le petrificaban el cuerpo. Sin aguardar más, se abalanzó hacia él. Antes de tener conciencia de ello, se había transformado en manjar de la bestia. La serpiente devoraba su carne, le arrancaba el corazón, sus entrañas colgaban del morro de la serpiente, que babeaba sangre.

A su alrededor quedaban los restos de la carnicería. La nieve estaba maculada de manchas rojas, como si un dedo inmenso se hubiera cortado encima del mundo y de él fluyera, gota a gota, la sangre. Cual gigantesco intestino, el reptil asimilaba, mezclados, cuerpos inertes, mutilados, cabezas arrancadas, brazos y piernas, pelos, cabellos, dientes y toda clase de objetos diversos: zapatos, juguetes de niño, bolsos y maletas llenas, y todo lo aplastaba y lo lanzaba hacia un agujero que lo absorbía, a la manera de una inmensa boca.

Despacio, muy despacio, se había acercado a mí mientras dormía, había enrollado la punta de la cola en torno a mi pie, después había subido por mi pierna hasta el torso, y al despertarme, brutalmente, me encontré frente a dos ojos enormes que despedían chispas. Entonces descubrí esa forma larga y viscosa, negra como el ébano, que se deslizaba sobre mi cuerpo. En su boca llena de baba vi una lengua rasposa que se estiró delante de mí.

De repente hizo chasquear la lengua. Un ruido estridente resonó con fuerza en todo su paladar, hasta mi oído.

Me desperté sobresaltado, cubierto de sudor. Durante unos segundos realicé un intenso esfuerzo para recordar dónde estaba. Encendí la luz y reconocí con alivio mi habitación y sus viejos muebles. Lisa dormía plácidamente a mi lado.

Pasé más de una hora dando vueltas en la cama, sin conseguir volver a conciliar el sueño.

Tenía la sensación de hallarme en un mundo en el que ya no se situaba uno a la escala humana, en el que los instrumentos de trabajo habituales para el periodista y el historiador no eran ya adecuados. Toda la ciencia que había aprendido parecía irrisoria frente a la monstruosidad —no la que supone un acto de barbarie, como en Herodoto, sino la de un sistema—. Pensaba en la frase de Karl Barth que un conferenciante había citado en el documental de Washington: «Explicar el mal es borrar el escándalo».

Matar judíos no constituía una novedad: la historia está llena de vejaciones y de expulsiones, de cruzadas y de pogromos. Pero allí fue distinto: las personas habían dejado de tener identidad, vivían para comer un mendrugo y un poco de sopa y todos los días se iban debilitando bajo la mirada del verdugo. Si queréis comprender lo demoníaco, observad las caras de los miembros de la SS: pertenecen a otra categoría humana.

La noche siguiente, Lisa y yo fuimos a casa de Samy y Mina Perlman, donde también se encontraban Béla y Tilla. Paul estaba de viaje.

Samy, más sombrío que nunca, ya no miraba a nadie a los ojos. Tenía algo en la mirada que me intrigaba cada vez que lo veía: siempre había pensado que los ojos eran la parte más brillante del cuerpo humano, que simbolizaban la vida, tanto biológica como intelectual o espiritual. Una mirada es como un oráculo: pueden saberse cosas de una persona escrutando atentamente sus ojos. Se refleja en ellos el pasado y el futuro: las heridas y las ambiciones, la inocencia real o perdida, la inteligencia del corazón y la del alma, la maldad. Hay miradas que, como los lobos, engullen a las personas, las devoran y someten: son las de los políticos o los guerreros. Hay miradas que calan, que penetran hasta lo más profundo del alma, y otras en las que uno se hunde. Hay miradas malvadas y mezquinas, miradas tristes que evidencian que han sufrido.

No olvidaré nunca la del padre de Lisa. Aquella mirada no era desgarradora, dulce y violenta a la vez como la de su esposa. Aquella mirada estaba muerta. Ninguna vida, ningún destello de vida surgía de sus ojos. Parecían dos bolas negras carentes de brillo. Parecían ciegos: su mirada pasaba a través de los seres y de las cosas como si fueran transparentes del todo. Samy Perlman tenía los ojos apagados.

Hablamos del juicio de Jean-Yves Lerais; aún no se había fijado la fecha, pero era probable que citaran a declarar como testigos a ciertos miembros de la familia Perlman.

—Espero que podamos defender a Jean-Yves —dijo Lisa.

—Sí —murmuré yo—, pero será difícil, dada la talla de su enemigo.

—¿Quién es su enemigo? —preguntó Béla, que no perdía detalle y menos si venía de mí.

—¿Quién es su enemigo? —repetí, turbado—. Una fuerza demasiado grande para nosotros, me temo.

—¿Demonólogo? —dijo Tilla—. Me interesa el tema. ¿Sabe que la psiquiatría se ha implantado en sustitución de la brujería y las técnicas chamánicas para acabar con el mal que persigue a los enfermos, psicóticos, depresivos o neuróticos? Estamos en la misma línea.

—Sí, pero vosotros no sabéis erradicar el Mal. Al contrario, la gente lo acepta gracias a vosotros. Lo normalizáis. En lugar de librar a las personas del demonio, hacéis de él un personaje tolerable.

—Se equivoca: lo combatimos desdramatizándolo, demostrando que se encuentra presente, al fin y al cabo, en todos y cada uno de nosotros.

—Más o menos —dijo Béla. Luego se volvió hacia mí y agregó—: En mayor medida en unos que en otros, quiero decir.

Aquella vez quedó claro: yo era el blanco indudable de su hostilidad.

—Tú, por ejemplo —prosiguió—, ¿qué habrías hecho durante la guerra?

—Sé que habría luchado por Lisa —respondí sin vacilar.

—Sí... ¿Y si Lisa no hubiera existido? ¿Te habrías sentido implicado?

—Oye, Béla, ¿no te parece que vas demasiado lejos? —lo atajó Lisa.

—No, déjalo —dije—. Ha dado en el clavo. Creo que esa es la clase de pregunta que todo el mundo se plantea.

—Es a la vez simple y complicado saber la respuesta —comentó Tilla—. Basta pensar en el experimento de Milgram. Yo misma caí en la trampa cuando era estudiante: un amigo psicólogo que preparaba la tesis me pidió que participara en algunos experimentos. Tiene que ver con la repercusión nerviosa de los electrochoques en individuos normales, me dijo. Me recibió en un laboratorio, vestido con una bata blanca, y me explicó lo que debía hacer: tenía que accionar el botón que envía una descarga eléctrica a un individuo cada vez que él me lo indicara. Durante ese tiempo, él anotaría los resultados. Cuando me hizo la señal apreté el botón, por supuesto, sin pararme a pensar en las consecuencias de mi acto. El hombre, el paciente del experimento, que estaba sentado a corta distancia de mí, comenzó a agitarse con violentos espasmos.

Mientras lo contaba, Tilla imitó con un gesto la reacción del conejillo de Indias.

—Mi amigo no pareció darse cuenta de nada. Estaba en el fondo de la sala, delante de una máquina que registra las variaciones. A la segunda señal volví a hacer lo mismo, con una vaga aprensión. El hombre se agitó de nuevo, pero esa vez con un grito de dolor.

»Entonces me levanté y pregunté:

»—Oye, ¿estás seguro de que no le hace daño?

»—No, no, es sólo una pequeña descarga. No afecta a ningún tejido nervioso.

»—Pero parece como si...

»—No, de verdad, no es nada.

»La tercera vez, el hombre volvió a crisparse con gran violencia: se le desorbitaron los ojos y se le alteró la respiración. Entonces, decidí que ya podían buscarse a otra persona para continuar con aquellas atrocidades. Me marché con una impresión extraña. Al llegar a casa, encontré en el buzón el libro de Stanley Milgram *Obedience to Authority: An Experimental View*. Empecé a leerlo de inmediato y así descubrí la verdad.

»Con un poco de sentido común, de presencia de espíritu, habría deducido enseguida que el objeto del estudio no eran los efectos de los electroques en un individuo, sino yo. Acababa de pasar por una experiencia similar al célebre experimento de Milgram. El supuesto paciente que recibía los electrochoques era en realidad un actor que fingía sufrir y el experimento consistía en saber hasta dónde puede llegar el que acciona el botón en el daño que inflige al otro, bajo la presión de una autoridad científica.

»En mi opinión, este experimento demuestra que cualquiera puede causar el mal en determinadas circunstancias y no sólo cierto tipo de personas, de mentalidad denominada “autoritaria”. Tal como lo evidenció Milgram, el mal que el hombre

provoca al hombre no se debe a la crueldad de los individuos ni a determinadas personalidades más predispuestas a ello, sino que puede provenir de hombres y mujeres normales, que intentan cumplir de la mejor manera posible con su cometido.

—¿Significa eso que los nazis criminales de guerra ponían en práctica las órdenes de sus superiores, como si el daño que hacían fuera inconsciente o, en cierto modo, involuntario? —pregunté.

—No, no lo creo. Estoy segura de que el ejecutor, el que participaba en el proceso de destrucción de los judíos, tenía plena conciencia de lo que hacía y obraba con conocimiento de causa. Lo que efectuaba no era el cumplimiento de una norma cuyos pormenores desconocía: el ejecutor es un actor que opta por la mala acción, pero que recurre a la autoridad para justificarse. Yo, por ejemplo, sabía que obraba mal. Pero estaba bajo el influjo del extraño poder de la ciencia, al que todo el mundo se somete como a una fuerza incontestable, un ideal absoluto, que disocia los medios de los fines. Cuando una persona situada en una posición superior de la escala jerárquica dicta lo que hay que hacer, la conciencia moral del sujeto se difumina ante objetivos del tipo «intereses de la investigación» o «necesidades de experimentación». En el caso de Milgram, esa «conciencia de sustitución» aflora con rapidez —los experimentos no duran más de una hora— y, sin embargo, su eficacia es muy grande.

—Sí, claro, exacto —dije—, el mal escinde en dos: a eso es a lo que yo llamo el Diablo. Seguro que usted, por ejemplo, después del experimento volvió a su casa, dispuesta a abrazar a su marido e hijos y a jugar con el perro. Lo que quiero decir es que el mal no se produce sólo cuando las personas dejan de pensar, por ejemplo en el caso de una multitud presa del pánico. No es que la humanidad esté en el lado de lo racional y la inhumanidad en el de las pulsiones incontrolables. Sería demasiado simple si así fuera. El mal no utiliza solamente los instintos y las pulsiones: argumenta con la razón, busca justificaciones. Los que obran el mal encuentran siempre motivos para hacerlo, se convencen a sí mismos y persuaden a los demás.

—¿Se refiere al Mal, al Mal absoluto? —inquirió Tilla.

—Hitler no encarna el mal ordinario —le contesté—. Algunos han afirmado que en su presencia experimentaban una especie de escalofrío, de horror sagrado. Tenía el carisma suficiente para despertar los demonios de los hombres por medio de una especie de contagio. No temía los atentados, se sentía protegido... Igual que el Anticristo: construyó una iglesia, organizó e instituyó un clero; y se invistió a sí mismo como Dios.

—Rafael —me interrumpió Lisa—, ¿no puedes parar un poco con tus obsesiones?

—No —disintió Béla—, es interesante. Déjalo que siga.

—Antes de 1939 —proseguí—, la mayoría de los hombres sabía que Hitler preludiaba un desastre inminente y, sin embargo, nadie lo contuvo. El lugar donde nació, Braunau am Inn, tenía fama de ser la ciudad de los videntes y el ama que lo crio fue nodriza de un vidente célebre, Willy Schneider. Más tarde fue iniciado por Dietrich Eckart, un mago que practicaba el magnetismo y la magia y que le enseñó

cómo subyugar a una multitud. Al verlo en las películas de la época se aprecia su expresión demoníaca. La gente decía que tenía un poder magnético. ¿Acaso el nacionalsocialismo no era más una religión que un movimiento político?

—¿Una religión satánica, quieres decir? —preguntó Béla—. ¿Crees que Hitler era el Diablo?

—Ni siquiera se sabe cómo desapareció —continuó.

—Se suicidó al final de la guerra con su amante Eva Braun —me atajó Lisa, al tiempo que me lanzaba una mirada severa—. Murió el 30 de abril de 1945, se disparó un tiro e hizo que sus generales quemaran su cuerpo.

—Sí, ya lo sé, eso es lo que cuentan —respondí—. Pero ¿quién lo sabe con certeza? Nunca encontraron su cadáver. Se evaporó, se volatilizó... El 30 de abril es la noche de Walpurgis, la gran fiesta del satanismo. Nadie vio lo que ocurrió. Los generales que estaban con sus esposas en el bunker oyeron unos disparos, entonces Axmann, el dirigente de las Juventudes Hitlerianas, entró en la habitación donde estaban Hitler y Eva Braun y salió con un cadáver envuelto en una sábana, supuestamente el del Führer, y otro sin cubrir, el de su amante, con la que se acababa de casar. Hitler había previsto que se utilizaran ciento ochenta litros de gasolina para la cremación. Incluso con tal cantidad de combustible, debería haber quedado algo; sin embargo, por más que se registró el jardín, nunca se encontró ningún hueso.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó, cada vez más exasperada, Lisa.

—¿Y si Hitler hubiera huido? —me apresuré a responder, después de tragar saliva—. ¿Y si aún estuviera con vida?

—¡Tú estás loco! ¡Loco de remate! —gritó Lisa—. Este asunto te está trastornando.

—Hay que buscar el mal en lo humano y no en lo demoníaco —dijo Tilla—. Usted, que es historiador, debería saberlo ya.

—Sí —la apoyó Mina—, así es como vemos nosotros las cosas: en el pensamiento judío, Satán es el ángel malo que acompaña a todos los hombres; es una fuerza que trata de hacernos cometer actos malvados, que actúa mediante el engaño. No es una entidad cósmica, sino una tendencia que existe en el interior de cada uno.

—¿Y la serpiente del jardín del Edén? —repliqué—. ¿No es una fuerza cósmica, exterior a Adán y Eva?

—El jardín del Edén es un enigma para todos los teólogos. ¿Por qué creó Dios a la serpiente tentadora con anterioridad al hombre? ¿Por qué hizo al hombre falible? ¿Y por qué creó el mal? ¿Por qué comieron Adán y Eva del fruto del árbol prohibido? ¿Cómo se puede aceptar un mito que indica que la falta suprema se halla en el conocimiento?

—En la razón humana, más bien —matizó Tilla—, que cree poder alcanzar la verdad absoluta y que está dispuesta a todo para conseguirlo.

—Y después de esa falta —dijo Mina, lanzándome una mirada significativa—, queda la vergüenza de quien comprende y esconde lo que ha descubierto detrás de

hermosos razonamientos.

—¿Se refiere al historiador? —contesté, herido en lo más hondo—. Siempre me ha sorprendido la falta de interés que tienen los judíos por la historia. Parece que para ellos la historia es como una mujer de dudosa reputación que toleran de vez en cuando, pero a la que nunca acogen sin reticencias.

—Es algo recíproco, ¿no? Los historiadores se encargan de enterrar los mitos, comparándolos, denunciando su historicidad, inscribiéndolos en su contexto, explicándolos, en resumen.

—Nuestro objetivo es comprender, no juzgar —repuse—. Nosotros no creemos que se pueda llegar a un estado de estasis, de ausencia de historia, por medio de la observancia de una ley atemporal que proteja del fluir de los años.

—Es cierto —reconoció Mina—. En el fondo, tiene razón: no nos interesa la historia, sino la memoria.

—Pero es en la memoria donde se cuele Satán —dije—. La visión del combate cósmico de las fuerzas del Bien combatiendo a las fuerzas del Mal deriva en un principio de los orígenes apocalípticos judíos. La desarrollaron unos grupos sectarios que fundaron una cosmología partida, con una revisión radical del monoteísmo.

—La visión del mundo dualista nació de estas sectas marginales. Marcos cuenta la historia de Jesús como un conflicto entre el espíritu de Dios y el poder de Satán, cada uno de los evangelistas invoca esa dicotomía apocalíptica para caracterizar las disensiones entre los discípulos de Jesús y las otras tendencias del judaísmo. La gnosis es un pensamiento fundado enteramente en el combate entre Bien y Mal, entre Dios y Satán, que la teología cristiana, después de haberlo combatido con violencia, retomó como propio. Más tarde, al fundar el protestantismo, Lutero reconoció a los agentes de Satán en todos los cristianos que habían permanecido fieles a la Iglesia católica romana, así como en los judíos que se negaban a reconocer en él al Mesías. Lo que quiero decir, Rafael, es que el peligro no está en Satán, sino en la satanización del otro, que origina su exclusión.

—Pero Satán existe entre los judíos, ¿no?

—Sí, pero es consejero de Dios y no una potencia rival. Se dice que forma parte de la corte divina. Es el tentador, como en el *Libro de Job*, el que impulsa a Dios a poner a prueba al hombre.

—Y ¿al final, quién gana? ¿El hombre o el Diablo?

—El hombre, gracias a su rectitud.

—Pero el Job victorioso habrá perdido a toda su familia en la tormenta —objetó Lisa—. ¿A eso le llamas una victoria?

—Dios acaba dándole otra familia —respondió Mina.

—¿Pero es absurdo! ¿Cómo se puede creer que sean sustituibles una mujer, unos hijos? ¿Dios debería haber resucitado a los otros!

—Es verdad —admitió Mina—. Desde el punto de vista del individuo, los nuevos hijos de Job son una absurdidad, pero desde el punto de vista de la comunidad, la

resurrección de una nación es posible, a condición sin embargo de que...

Se interrumpió de pronto y se produjo un silencio.

—¿A condición de que esa nación no incurra en matrimonio mixto? —dijo Lisa en tono glacial.

Mina calló, con expresión repentinamente ensombrecida.

Entonces Béla, que estaba a mi izquierda, se inclinó hacia mí y murmuró:

—A propósito, ¿parece que mi hermanita está encinta?

—Sí, ¿estás enterado?

—¿Cuánto tiempo, dos meses?

—¿Que está encinta? Sí.

En sus ojos relumbró un destello de odio.

—No, para que dé a luz.

—¿Qué quieres decir, Béla?

—¿De veras crees que ese crío es hijo tuyo?

Sentí que se me crispaban los puños bajo la mesa. Le dirigí una mirada furibunda sin responder. Tuve que hacer un esfuerzo inmenso para controlar la cólera que estallaba dentro de mí.

Como un niño mal educado, no me quitaba la vista de encima.

Miré a mi alrededor. Nadie parecía haber oído aquella provocación. Nadie a excepción de Samy, que nos observaba sin perderse nada de lo que se decía.

—¿Has dejado de tener problemas con la policía desde que detuvieron a Lerais? —dije a Béla, a modo de venganza.

Todas las miradas convergieron en mí de inmediato. Las otras conversaciones habían cesado mientras tanto; todos habían oído mi pérfida pregunta.

—Lo que quería decir —balbucí— es que quizá Jean-Yves no sea el culpable. Siguen sin encontrar el cuaderno marrón en su casa. Esa es la única prueba de peso que podría acabar de acusarlo.

—O de absolverlo —señaló Lisa con vivacidad—. Mamá, creo que es hora de que le digas a Rafael lo que sabes a propósito de ese cuaderno...

—Creo conocer —comenzó a hablar despacio Mina, tras observarla un instante— la procedencia de ese cuaderno marrón.

—¿Sí? —dije.

—Cuando estaba en Auschwitz —continuó Mina—, mi madre me habló de un cuaderno que le habían confiado. Lo había escrito un hombre, un alemán que se había inscrito voluntario en la SS con objeto de saber lo que pasaba, de conocer para actuar desde el interior. Trabajaba en el campo de exterminio y contó lo que vio, lo que oyó y lo que comprendió...

Se produjo un incómodo silencio.

—¿Y qué comprendió? —me aventuré a preguntar.

—Lo que comprendió... el Mal, Rafael. Ese cuaderno contiene la verdad sobre el origen del Mal.

Pasó un ángel.

—¿El origen del Mal? —dije—. Pero ¿qué significa eso?

—Mi madre era una mujer muy sabia. Cuando mi padre, que era rabino, murió, antes de la guerra, lo sucedió en sus funciones. La gente acudía a pedirle consejo. Y después, en Auschwitz, ocurrió igual. Cuando ese hombre fue a verla, estaba ya sin fuerzas. Le dijo lo que contenía el cuaderno y le pidió que lo guardase. Poco después se enteró de que se había suicidado. Entonces ella enterró el cuaderno en su barracón.

—¿Leyó usted el cuaderno?

—No, nunca. Lo vi cuando ella me lo enseñó, pero nada más.

—¿Nunca sintió deseos de ir a buscarlo?

—Nunca he vuelto al campo.

—Pero ¿está segura de que el cuaderno de la filmación es el mismo que el que le dio ese hombre a su madre?

—No me cabe duda. Es por la costura roja de la encuadernación. Además, yo le había hablado a Carl Rudolf Schiller de ese cuaderno. No sé cómo ni por qué, pero estoy convencida de que lo tenía.

—¿Por qué le habló de él a Schiller?

—Hacía mención a un cuaderno similar en uno de sus libros y quería saber si se trataba del mismo que me había enseñado mi madre. Schiller me dijo que sólo tenía conocimiento de su existencia por terceros, por deportados, pero estoy segura de que mentía. La verdad es que fue a desenterrarlo al sitio donde lo puso mi madre. Por eso puedo asegurarnos que no está en casa de Jean-Yves Lerais.

—¿No? ¿Por qué no?

—¿Por qué no? Porque yo sé dónde está.

—¿Dónde está? —pregunté, tras un momento de silencio.

—En Auschwitz —contestó.

—¿En Auschwitz? —exclamé—. Pero ¿cómo es posible?

—El padre Franz me confesó que Schiller le había legado ese cuaderno con la instrucción de que lo «devolviera a su sitio» y eso es precisamente lo que hizo.

—¿Cómo pudo legarle Schiller el cuaderno, si lo vimos en el documental?

—Lo recibió por correo poco después.

Entonces recordé que el padre Franz nos había hablado, en efecto, de un curioso legado de Schiller, llegado por correo, poco después de la apertura de su testamento.

—¿Quién se lo envió?

—El asesino, supongo.

—¿Estaba al corriente del testamento de Schiller?

—Es posible. Quizá le interesara hacer circular el cuaderno. Por eso Carl Rudolf Schiller le dijo al padre Franz que lo devolviera a su sitio. Y el padre Franz me confió esa cuestión. Cuando me lo explicó, juntos pudimos reconstituir el hilo de lo ocurrido y decidimos que lo mejor era devolverlo al lugar donde estaba antes. Y así lo hizo, hace poco tiempo.

—Oye, mamá —se interesó de repente Lisa—, ¿sabes de dónde procedía el envío y en qué fecha se realizó?

—No, no lo sé.

—¿Por qué lo preguntas? —dije a Lisa.

—Porque es la única manera de exculpar a Jean-Yves. Es posible que en el periodo en que se mandó el cuaderno, Jean-Yves se encontrara ya en Italia. ¿El padre Franz tiró el sobre?

Mina se levantó de inmediato de la mesa y se dirigió al salón. La oímos descolgar el teléfono y marcar un número.

Al poco rato volvió.

—El padre Franz recuerda que recibió el cuaderno el 31 de enero, procedente de Berlín. El sobre en el que iba era bastante curioso. Era de color púrpura, como si lo hubieran impregnado de sangre. Dice que dejó el cuaderno en su interior cuando lo enterró en Auschwitz.

—Pero... Hay que ir a buscarlo —exclamó Lisa.

Su madre frunció el entrecejo.

—Es una prueba decisiva —insistió—. Localizar ese cuaderno supone exculpar a Jean-Yves y descubrir quizá la causa del asesinato de Schiller y también al verdadero asesino...

—No, Lisa. No pienso volver allí. Nunca.

—Pues entonces iré yo —replicó Lisa—. Voy a ir, ¿me oyes? —añadió más alto, mirando a su madre con una expresión terrible.

Yo le dirigí una mirada sombría. ¿Todo aquello por Lerais?

—No, Lisa —intervine—. Tú no puedes ir en tu estado. Si es imprescindible que vaya alguien, iré yo.

—¿Y tú —dijo Mina volviéndose hacia Samy—, qué opinas tú?

La observó un instante y luego se encogió de hombros y bajó la vista.

En ese momento comprendí que su mirada vacía no estaba tan extraviada como parecía. Con la espalda encorvada, el aire ausente, la boca cerrada, las mandíbulas apretadas, las cejas enmarañadas, Samy Perlman no hablaba; Samy Perlman permanecía callado hasta la desesperación.

O tal vez Samy hacía como que no sabía nada.

Transcurrieron varios meses hasta que acabamos de convencer a Mina para ir a Auschwitz y obtuvimos la autorización para buscar unos «documentos familiares» en el recinto del campo. Finalmente, Mina y yo decidimos desplazarnos a Polonia a finales del mes de septiembre. Béla insistía en venir con nosotros.

El verano pasó muy deprisa. Lisa y yo nos quedamos en París. Félix estaba ocupado con sus actividades periodísticas, a causa de los diversos atentados terroristas que se produjeron en el metro de París. Paul y Tilla se encontraban de vacaciones en Israel, en casa de los padres de Tilla. Veíamos de vez en cuando a Samy, Mina y Béla, que cada vez estaba más agresivo conmigo.

El vientre de Lisa crecía día a día. Aun así, seguía trabajando en otra obra, un encargo para un monumento en Estados Unidos. Su proyecto consistía en hacer construir seis chimeneas de cristal que simbolizarían los seis millones de muertos o los seis campos de exterminio nazis. De esas chimeneas, que estarían iluminadas de noche, debía salir humo continuamente.

—Pero ¿no te parece que ese humo crea un espectáculo tipo *happening*? —objeté yo—. ¿No es eso, precisamente, lo que tú calificaste en Washington de representación «obscena»?

—No —contestó—. Lo que yo rechazo es la pasión que pueda haber en las imágenes.

Entonces me acordé de la escultura bajo la cual había visto el nombre de Carl Rudolf Schiller. Continuaba sin aclarar aquel misterio. ¿Qué significado podía tener? ¿Cómo preguntárselo a Lisa? Sabía que me había mentido, que no se trataba sólo de una simple coincidencia.

Por mi parte, seguía con la redacción de mi tesis sobre Hitler y los judíos. En el tercer capítulo indagaba en la génesis del antisemitismo hitleriano. Descubrí su origen en la terrible derrota de la Primera Guerra Mundial, el «*diktat* de Versalles», que había inculcado en Hitler la idea de que el judío era el agresor contra el que había que defenderse, pues su religión y su psicología habían penetrado en todos los espíritus y los habían debilitado. Trabajaba sobre un pasaje difícil, en el que trataba de demostrar que Hitler había sufrido mucho a consecuencia de la guerra, por su historia personal y colectiva, y que, por empatía con su pueblo víctima, su deseo no era tanto batirse como combatir: combatir al enemigo que tenía a sus puertas, cumplir un acto de venganza, de expiación de la sangre alemana derramada.

Demostraba que al principio Hitler había pensado en la expulsión y en la emigración de los judíos, más que en su destrucción. Según mi tesis, había mantenido hasta el final la idea de una solución territorial. Así, en verano de 1940 estaba todavía dispuesto a hacer emigrar a los judíos y lo mismo ocurría durante la campaña de Rusia. Pero los alemanes habían sufrido demasiado después de la guerra: había que encontrar una vía de escape a sus penalidades. ¿Por qué los judíos? Porque eran,

argumentaba yo, la encarnación del liberalismo y la democracia, el materialismo y el hedonismo, el marxismo y el comunismo. El miedo al comunismo, así como el antibolchevismo, era el motivo principal de la exterminación de los judíos. El último factor desencadenante de la solución final fue, en mi opinión, la guerra mundial iniciada por Estados Unidos. La destrucción de los judíos de Europa fue el precio de la victoria de 1945: esa era la conclusión de mi capítulo.

El 28 de septiembre de 1995 acompañé a Mina y a Béla a Auschwitz. Lisa se quedó con su padre en París.

Llegamos al aeropuerto de Cracovia a las once menos diez de la mañana; tomamos un taxi y, después de atravesar el pueblo de Oswiecim, circulamos por carreteras desoladas, erizadas de construcciones en torno a las que trabajaban campesinos harapientos. Cualquiera habría podido pensar que estábamos en periodo de guerra. El cielo de Silesia era pura antracita. El cielo de Silesia babeaba vapores grisáceos: era sucio y lastimoso. Al llegar a la entrada del campo, me detuve un instante: sentía vértigo. Era como si una mano invisible me obligara a quedarme atrás. Era como si fuera a violar un tabú.

¿Cuándo había tomado aquella decisión? ¿La había tomado realmente, o había sido un mero impulso?

Auschwitz. El lugar del crimen. El lugar de la nada, la ausencia de lugar. La de allí no era la nada de la creación, esa nada que no existía; era la nada de después de la creación, la del mundo trastornado, esa nada evaporada de respiraciones angustiadas, de cuerpos encogidos, de hambre, de frío o de calor, esa nada de miseria, esa nada del sacrilegio, esa nada que existe en tanto lleva a añorar la ausencia de nada.

La torre de observación se elevaba entre dos sólidos edificios, rigurosamente simétricos. A cada lado había un ala horadada por angostas ventanas. La vía se adentraba en el campo hasta la plataforma donde el ojo del amo decidía qué era derecha y qué izquierda. Alrededor había una larga armadura, una protección. Sus sucias piedras se extendían formando una especie de prado cuadrado, un cercado infranqueable.

Entramos. En medio de varios pabellones, en una especie de patio, un guía explicaba «el holocausto» en polaco. Mina lo escuchó: hablaba del sufrimiento de los prisioneros polacos, de la sublevación de los resistentes polacos, del martirio del pueblo polaco. Delante del edificio del bloque once en la pared, se advertía una gran cruz: era la del antiguo convento de Auschwitz, que había sido trasladado unos kilómetros más allá; la cruz seguía de todos modos allí, dominando el lugar,

apropiándose del espacio y del tiempo, absorbiendo la experiencia de la desolación con la pretensión de darle un sentido, abrazando el campo con sus brazos abiertos, abrazando los cuerpos perdidos.

Miró y odió lo que veía. Al contemplarse en el espejo, lo asaltó una oleada de odio que lo sacudió con la fuerza de un huracán hasta lanzarlo violentamente contra la pared. Había dejado de vivir en el mundo como en su medio natural. Sentía vergüenza de estar vivo en lugar de otro, de un hombre más generoso, más sabio o más sensible. Cuando desplegaba sus recuerdos, volvía a ver a hombres más dignos de vivir que él. Él. ¿Por qué él? ¿Por qué había sido elegido para llevar la terrible noticia, para estar vivo a expensas de otro? Acabara como acabase la guerra, los otros la habían ganado ya: él no había podido dar testimonio y, aunque lo hubiera hecho, nadie le habría creído. Ellos sabían que habría sospechas, discusiones, investigaciones, pero habían destruido las pruebas al destruir a los hombres. «La historia de los Lager —decían—, la dictaremos nosotros».

¿Dar testimonio? ¿Quién era él para dar testimonio? El verdadero testigo no existía ya. Prefería callarse, callar para siempre. Por eso había decidido no hablar más.

En ese momento Lisa comenzó a romper aguas de forma prematura. Intentó avisar a su padre: no estaba. Tampoco había nadie en casa de Paul. Entonces se trasladó al hospital sola y, sola, entró en la sala de partos.

Así, no hubo nadie que sostuviera la mano de Lisa en el trance, nadie que la acompañara cuando tenía las contracciones, para hacerla respirar de manera pausada y profunda. Nadie que le secara el sudor cuando comenzó a empujar, mientras se entreabría lentamente su vagina.

—Esta morada de amor, de oración y de reconciliación, este lugar que fue en otro tiempo hogar de la muerte, irradiará una nueva vida —decía—. ¡Ved a estas buenas hermanas! Ellas construyen con su mano el signo sagrado del amor, de la paz y de la reconciliación que dará testimonio del poder victorioso de Jesús. ¡Las capillas, las iglesias se elevan por todas partes, en Majdanek, Sobibor, Treblinka, Birkenau! Auschwitz es sólo un ejemplo entre muchos otros. El mal y el sufrimiento aproximan a Dios. El destino de la humanidad lo traen consigo estos héroes que riegan las flores, que crían corderos en los escenarios del desastre, ¡y la vida, sí, la vida continúa! La nueva alianza sustituye a la antigua. Créanme: esta es una nueva era para la teología cristiana. Es la victoria del cristianismo, el mismo Papa lo ha dicho: «Auschwitz es el Gólgota del mundo contemporáneo. Los judíos han enriquecido al mundo con su

sufrimiento, su muerte es como el grano de trigo que debe caer sobre la tierra para dar fruto». Así está plasmado en las palabras de Cristo que llevan a la Redención.

El judío. Lo odiaba. Odiaba a ese judío por el cual lo habían destruido. Se miró otra vez y sólo vio eso, el judío confinado en un espacio exiguo cuyas paredes se aproximaban sin cesar y, con todas sus fuerzas, golpeó la cabeza contra las paredes de aquella prisión, aquella prisión de la que nunca había salido, desde una mañana de junio de 1944.

Las torres de vigilancia, las alambradas, los barracones y los crematorios. Todo estaba allí. Y a continuación, la serie de habitaciones, destinadas cada una a una función específica, todo estaba allí, como la marca tatuada en el brazo de las personas. El fantasma del fantasma que se había prendido de aquellos muros, el hombre desnudo, que lo había dado todo, el hombre rapado, el hombre de rayas estaba también allí, con todas las estrías de su cuerpo, la de las vías de tren, la de las filas, la de los días contados uno a uno y la de los huesos que se hacen visibles y la de las alambradas, interpuestas siempre en el horizonte. El hombre transparente bajo la mirada del otro, útil para el que se desentiende, inútil para el que elige, el hombre descarnado, de cabeza gacha y espalda encorvada, pero hombre al cabo, frente al otro que ha dejado de serlo, las cucharas o las no cucharas para el hombre desnudo que bebe a lengüetadas, todo estaba allí, y nada estaba allí, nada, pues no hay ya nada después de la destrucción.

Mina buscó el siete, su barracón, y luego el catorce, donde había estado su madre. Tenía apenas dieciséis años cuando el abismo exudante la había depositado en pleno infierno, una mañana de febrero de 1944. La mirada había indicado la dirección propicia: el trabajo en la fábrica le había permitido aguantar dieciséis meses, dos inviernos, un milagro.

El catorce era una especie de cuadra con un pasillo central sin más ventana que un tragaluz. En el extremo, una gran puerta daba a unos escalones de madera. En el exterior no había más que barro: ni instalaciones sanitarias ni bocas de agua. En el interior había dos hileras de tablas dispuestas en tres niveles, las primeras a treinta centímetros del suelo, las otras un poco más arriba y las últimas bajo el techo.

Un paisaje inquietante había permanecido pegado a él: una ciénaga llena de fango, una bruma matinal, una chimenea inmensa habitaban bajo su cerebro. Hacía mucho que había dejado de ser el que iba a saltar, tentado por el vértigo del no ser, hacía mucho que se encontraba ya al otro lado del espejo.

¿Por qué haber esperado? ¿Por qué haber prolongado su miserable existencia?

Quizá por una debilidad extrema, una fatiga que le había impedido incluso acabar de una vez. Hacerlo representaba, después de todo, el último arranque de la vida. Suicidarse era existir, era tal vez el único acto verdaderamente significativo de la existencia.

En ese momento preciso sonó el teléfono. La suerte no estaba aún echada. Quedaban unos minutos de tregua. ¿Quién sería?

¿Y si era el Diablo? ¿Y si la Shoah era su victoria? Se puede afirmar, desde luego, que el mal no puede ser considerado como una sustancia: de la misma naturaleza del pensamiento filosófico deriva la exclusión de la idea del mal sustancial... y por ende, del Mal. Entonces toma forma la idea de la nada, el *ex nihilo* contenido en el concepto de la creación. Obrar el mal es alejarse de Dios, es ir hacia la imperfección creciente. Pero el mal de la filosofía no es realmente el Mal, es una distancia entre creador y criatura, una deficiencia, casi una libertad que se mueve hacia la nada. El mal no es una sustancia en sí, sino una relación. Aquí sin embargo se hallaba el mal como acto puro, el mal absoluto, el mal como Mal.

Ni falta ni defecto. Aquí se trataba sin duda de él, plena y totalmente. ¿De dónde provenía? ¿Por qué existía?

Qué más da, al fin. Pensó en todos los poemas que había escrito a escondidas, desde hacía años. Ese era su jardín secreto. La escritura aspiraba a la memoria; así la justificaba él. No obstante, durante todo ese tiempo había experimentado una terrible culpabilidad por escribir, por componer poemas después de Auschwitz. Sus poemas no eran poemas, eran súplicas mediante las cuales se dirigía a ellas, a todas esas almas errantes, para poder compartir su amargura.

Y siempre había aquel algo de menos que lo separaba de esos muertos a los que velaba. Desde aquella mañana de junio de 1944, pedía la liberación como su mayor deseo; la desesperación que había hecho que naciera su poesía.

Ellos, decía, eran como ganado, vagaban, se volvían cada uno hacia su camino; eran corderos llevados al matadero, ovejas que corrían delante de quienes las esquilan. Era el holocausto, que hacía correr a mares la sangre de los toros, de los carneros y de los bueyes y la sangre de los corderos.

No podía más con el peso de sus crímenes: estaba cansado de llevar esa carga. Lavaos, purifícaos, dejad de hacer el mal, decía. Y ellos, mudos, no podían abrir la boca. Bajo la coacción, no podían abrir la boca. Sí, fueron suprimidos de la tierra de los vivos a causa de la rebeldía de su pueblo, decía.

Ellos creían que habían comprendido.

Pero ¿cómo comprender? ¿Cómo actualizar sus engranajes, su lenta progresión? Comprender es hacerse cargo, tomar consigo al que es responsable e identificarse con él. Con los pasivos, que veían crecer ante sus ojos el horror y no hacían nada. Con los que, sin que nadie se lo pidiera, buscaban la manera de participar. Con los que velaban por el buen funcionamiento de la maquinaria, los que habían hecho suya la consigna «precisión y minuciosidad». Con los que trabajaban en los organismos del Estado, en el ministerio de Alimentación o de Agricultura, que restringían la asignación de leche desnatada a los trabajadores judíos expuestos a sustancias tóxicas. Con los funcionarios que percibían las pensiones de jubilación destinadas a los judíos que habían sido enviados a los campos de concentración. Con los que en las estaciones contaban a las personas y los kilómetros para facturar a las fuerzas de orden los convoyes de hombres, de mujeres y de niños, como si de remesas de ganado se tratara. Con los juristas que redactaban las nuevas leyes contra los judíos en consonancia con la legislación existente, con los médicos que decidían con un vistazo quién iba a vivir y quién iba a morir. Con los contables, con los ingenieros, con los arquitectos y con los empresarios que diseñaban y construían los campos y las cámaras de gas como si ese proyecto no difiriera de los demás, como si un edificio fuera un simple edificio. Con los profesores universitarios, con los abogados, con los dentistas, con los expertos en arte, con los teólogos y con los pastores que se declararon no culpables en el proceso de Nuremberg y que, sin expresar en ningún momento el menor pesar, se remitieron para su defensa a los valores de la civilización occidental. Y con los testigos y los abogados que alabaron su honestidad, sus virtudes familiares, su sentimiento cristiano y la placidez de su carácter.

Y también con los otros. Con los verdugos. Con los comandantes de los campos. Con los ejecutores, los capitostes, los cabecillas y los seguidores. Con los amos de la selección.

Con Rosenberg, con Mengele, con Himmler.

Con Hitler.

Por fin brotó, pues era ella el símbolo del mal: esa sangre que mana, caliente y espesa, de su muñeca cortada, roja, luego parda, negruzca, que mana como un arroyo contaminado, como un río cargado de escombros, como una lluvia que chorrea sobre un barrizal.

Entonces se inició el largo calvario, la tortura infame del parto: era un espectáculo de una violencia asombrosa. Con la cara desfigurada por el horror y los ojos desorbitados, comenzó a chillar. Retorcida con los dolores y los espasmos, respiraba de forma ruidosa, espiraba y resoplaba como si fuera la última vez, como si inhalara el último aire del mundo. Era bestial el espectáculo de aquella mujer que, con las piernas abiertas de par en par, intentaba con todas sus fuerzas, mediante contracciones salvajes, extirpar aquello que tenía dentro, que la devoraría si no se deshacía de ello. Era una lucha a vida o muerte entre ella y esa vida que la combatía, que la roía desde el interior.

Entonces la vagina se abrió aún más y se vio asomar una pequeña bola de carne y cabellos negros. La comadrona puso las manos alrededor de la matriz. El niño permaneció así durante más de media hora, dentro del cuerpo de la madre, sumida en el esfuerzo del parto, y el pequeño cráneo giraba sobre sí y trataba de salir al aire libre, como si dudara aún entre la vida y la muerte. Era lastimoso el calvario de aquella mujer, con las piernas separadas en torno a aquella masa viscosa y blanda, aquella mujer que penaba atenazada por el dolor, que penaba desesperadamente para tratar de expulsar al ángel o a la bestia. De repente sonó un alarido aún más terrorífico que los anteriores.

Era ella la que gritaba, gritaba su rebeldía y su incompreensión: su repulsa contra el mundo, el mal y la muerte. Execraba, aborrecía a esa sociedad pseudocristiana que invocaba el nombre de Dios para justificar un orden inicuo. Execraba y escarnecía al Dios que, después del Diluvio, había hecho voto solemne de mantener el orden de la Creación, abjuraba del Dios que había abjurado, odiaba al Dios que había dado la vida al mal y tanta fragilidad a la Creación.

Había dicho que intervendría en el trueno, la conmoción, que se produciría un gran fragor, un torbellino, había dicho que enviaría la tempestad y la llama de un fuego devorador. Había dicho que sería como un sueño, una visión de la noche, para la multitud de personas que atacaban, para todos aquellos que combatían. Había dicho que era el salvador, lo había prometido: No temáis, dejad de temblar, cantad al Señor porque ha obrado con magnificencia, que sé haga público en toda la tierra, que suenen los gritos de gozo y de júbilo.

Y ella veía un campo de batalla donde se había desarrollado una lucha terrible, un combate escatológico con el monstruoso adversario, el terrorífico monstruo de Job. Que se haga público en toda la tierra.

¿Era una nación pecadora, un pueblo cargado de crímenes, una raza maléfica, de

hijos corruptos? ¿Habían abandonado al Señor, habían desdeñado al santo de Israel, se habían desentendido de su Ley? De la planta de los pies a la cabeza, ¿era todavía preciso golpear a quienes persistían en la rebelión? Ninguna parte de su cuerpo permanecía intacta: estaban cubiertos de heridas, llagas y magulladuras que nadie había limpiado ni vendado, ni aliviado con aceite, y ese país estaba desolado y sus ciudades ardían y su culto horrorizaba a Dios. ¿Qué mal habían cometido para merecer aquello? Su crimen debía de ser grande, muy grande. No, es absurdo, decía él, no hay teodicea después de la Shoah. ¿Puede la falta más completa y absoluta desencadenar un mal tan inmenso? ¿Cómo realizaría Dios ese cálculo?

Entonces, Auschwitz no podía ser el Calvario, el fin del Paraíso. Sería más bien el pecado original: aquel fruto había revelado quién era el hombre. Era el Mal radical, referente exclusivo de lo que era el mal a secas. Era el Mal trascendente, indecible, impensable. Era la forma más absoluta del Mal.

Que la desgracia caiga sobre quienes provocan la cólera de Dios, decía ella. Por eso su pueblo será deportado, porque ha faltado a su deber; por eso murieron de hambre y se resecaron de sed. La fosa abrió las fauces, sí, con desmesura y se hinchó su garganta y el hombre fue humillado bajo la justicia del Señor, el Todopoderoso exaltado en su juicio.

Era el día del gran desenfreno, de la cólera ardiente que reducía a la desolación y exterminaba a los pecadores. Las estrellas del cielo y sus constelaciones dejaron de irradiar su luz, el sol se oscureció desde el amanecer y la luna no volvió a ofrecer su claridad. Sí, castigó al mundo por su maldad y a los impíos por sus crímenes y puso fin a la soberbia de los insolentes e hizo caer la arrogancia de los tiranos. Volvió a los hombres más escasos que el oro fino, hizo que se estremecieran los cielos y la tierra tembló en sus cimientos y era el día de la ardiente cólera y ejecutó a los niños y las mujeres. La furia del Señor se abatió sobre ellos y tiraron a los muertos en desorden y de sus cadáveres subió la pestilencia infame y las montañas rezumaron su sangre y todo el ejército de los Cielos se disgregó.

—Y la milicia, ¿no es uno de los aspectos de Vichy? —había preguntado él.

—La milicia es una expresión tardía del régimen de Vichy, cada vez más vinculado a la Alemania nazi.

—La redada del Vel d’Hiv, ¿no fue obra de Vichy?

—Fue obra de la policía francesa, que actuaba bajo órdenes terminantes de los alemanes de la zona norte. La población era seguidora de Pétain y De Gaulle: Pétain era el escudo y De Gaulle, la espada. Había también milicianos de buena fe, que se

encontraban por azar en la milicia. Yo mismo tenía un amigo que era muy impetuoso y que no soportaba ver vencida a Francia; por eso se enroló en la milicia. Son las circunstancias, las amistades, ¿comprende?, lo que hace que unos se inclinen hacia Londres y otros hacia Vichy. No es tan sencillo determinar la verdad.

—Pero la verdad no es nunca confusa, la verdad es clara y evidente: la verdad es que Francia perdió la dignidad ese día y que aún no se ha recuperado. Cuando los alemanes extendieron la Solución Final a Francia, Vichy habría podido alegar que aquella operación sobrepasaba los límites legales del armisticio. No podían impedir que deportaran a la gente, pero podían abstenerse de participar, o de tomar incluso la iniciativa en las deportaciones. Verá, señor Perraud, lo que es terrible es pensar que los alemanes tenían menos de tres mil hombres para llevar a cabo sus redadas en toda Francia. Dicho de otro modo, si Vichy se hubiera negado, no habrían podido culminar todas las detenciones.

¿Por qué?, decía. ¿Por qué la resistencia judía era la única de Europa que no podía contar con el apoyo de los aliados para abastecerse de armas y por qué los resistentes del gueto de Varsovia habían recibido tan poca ayuda de la resistencia polaca? ¿Por qué el Papa no dijo nunca nada, cuando una palabra suya habría podido salvar miles de vidas? ¿Por qué las fuerzas aliadas no quisieron destruir las instalaciones de exterminio de los campos, aunque disponían de mapas precisos de todos sus emplazamientos? ¿Por qué el gobierno americano retrasó el salvamento de los judíos, por qué desalentó las protestas contra el hitlerismo entre los judíos americanos, por qué insistió para que no se hicieran públicos los informes sobre la Solución Final, por qué rechazó un plan sueco que habría podido salvar a veinte mil niños judíos con la excusa de que aquello «disgustaría a los alemanes»? ¿Por qué los americanos no aumentaron sus cupos de inmigración entre 1933 y 1943, cuando Hitler utilizaba ese hecho en su propaganda para argumentar que ni siquiera Estados Unidos quería a los judíos? ¿Por qué ese cupo rígido en todos los países, que les impidió escapar? ¿Por qué sugirió el gobierno suizo a los nazis que identificaran los pasaportes de los judíos con una letra J? ¿Por qué Suiza permitió a la banca obtener enormes ganancias gracias al oro nazi y a la expoliación de bienes judíos? ¿Por qué sus clientes de ayer eran Hitler, Himmler y Goering y los de hoy se llaman Sadam Hussein, Mobutu y Abu Nidal? ¿Por qué continúa vigente la misma situación?

¿Lo ves?, siempre ocurre lo mismo, decía, los judíos siempre tienen la culpa; culpa por vivir, culpa por morir, culpa por haberse dejado masacrar y culpa por recordarlo, culpa por sobrevivir y culpa por proclamarlo.

En cierto sentido, todo esto forma parte del trabajo del historiador, decía él: la revisión es un elemento clave del trabajo histórico. No se puede confiar en la

memoria individual, incierta y parcial, que recompone los recuerdos. El historiador está sometido a un deber para con la verdad.

Según él, entre la verdad de Crétel, que afirmaba que Jacques Talment había sido un agente de la Gestapo, y la del interesado, era imposible dilucidar cuál era la buena. Pero, decía ella, ¿acaso no tenía Crétel motivos de sobra para odiar a los Talment, que habían contribuido a desenmascararlo? ¿Era necesario que aquellos héroes, que estaban comprometidos con la lucha desde 1940, fueran obligados a justificarse en el ocaso de sus vidas? Como si la víctima y el verdugo estuvieran en el mismo plano, como si no se pudiera ya distinguir quién era uno y quién era el otro... Como si ya nada estuviera claro: entre la palabra del colaborador y la del resistente, no se sabía ya a cuál dar crédito.

—Yo no creo en la demonización del mal, creo en su banalidad, en su normalidad. El mal es la suma de una multitud de elementos ínfimos. Los judíos fueron durante la guerra un parámetro de poca importancia, un hecho único entre muchísimos otros. Un historiador digno de tal nombre no puede admitir que Auschwitz sea el punto cardinal hacia el que converge el complejo encadenamiento de sucesos del periodo nazi; no se puede reducir toda la historia de Alemania a Auschwitz. ¿Cómo podría, en tal caso, hacerse justicia al número inmenso de víctimas no alemanas y no judías que tuvieron que soportar también su carga de sufrimiento?

—Pero en Auschwitz se produjo algo —decía él— que no había ocurrido nunca antes. Es lo que llaman Shoah, desolación; ¿por qué habla usted de nacionalsocialismo y no de la Shoah? ¿Es que le da miedo la palabra?

—Simplemente porque el término «nacionalsocialismo» está menos saturado, no se refiere sólo al asesinato de los judíos y contiene además «socialismo». Yo creo sobre todo que se olvida una y otra vez que la sociedad alemana no percibió todo lo que pasaba.

—Las tesis más recientes sobre ese tema indican que la población estaba perfectamente enterada. Había en todo aquello la idea de una labor de excepción que cumplir, de un empeño sobrehumano, ¿de una guerra ordenada por los dioses!

—En mi opinión, Auschwitz no es una consecuencia del antisemitismo tradicional: es sólo una reacción ante la ansiedad provocada por la revolución rusa. Si se demoniza al Tercer Reich, se le priva de todo rasgo de humanidad. No se puede afirmar que algo sea totalmente bueno o totalmente malo. Hay que relativizar los acontecimientos, situar las cosas en su justa proporción. Hay que tener en cuenta sobre todo el interés de los descendientes en hacerse pasar por víctimas y beneficiarse de un trato de privilegio. Hoy en día, la culpabilización de los alemanes recuerda la de los judíos: se les acusa de todos los males como antes se vilipendiaba a los judíos. No olvidemos que el personal de la SS asignado a los campos de exterminio forma también parte a su manera de las víctimas de la guerra. Conviene, en especial, no

olvidar que no fueron los alemanes los que inventaron los campos bolcheviques en 1920. Todo el problema deriva del hecho de que la historia del Tercer Reich ha sido escrita por los vencedores: por eso se ha convertido en un mito negativo.

—¿Los vencedores? Es decir... ¿los judíos?

—Exacto. Era una guerra entre los judíos y los nazis. Hitler tenía motivos fundados para pensar que sus enemigos querían destruirlo. Como prueba, puedo citar la declaración de guerra contra la Alemania nazi que hizo Chaïm Weizmann en 1939, en el Congreso Judío. Hubo asimismo un panfleto publicado por un americano, Theodore Kaufmann, en 1940. Estos dos acontecimientos otorgaban a Hitler el derecho a tratar a los judíos alemanes como prisioneros de guerra y a deportarlos. Lo que quiero decir es que la Solución Final es sólo la respuesta de Hitler al peligro cuya amenaza sentía.

—¿Que los judíos amenazaban con destruir a Hitler?

—¿Por qué surgió entonces el nazismo, si no fue a causa de la declaración de guerra de los judíos contra Alemania?

Dios tendrá piedad...

El Señor tendrá piedad de su pueblo...

Decía que proveería de lluvia para los sembrados y de simiente para la tierra y de rebaños para apacentar en los pastos y de ríos en abundancia y que la luz de la luna sería como la del sol y que la luz del sol se multiplicaría por siete. La justicia reinaría por fin, como un refugio contra el viento, un abrigo contra la tormenta, un río en una tierra reseca.

En Ararat había formulado una solemne promesa a Noé: «No volveré ya más a maldecir la tierra por causa del hombre. Cierto es que el corazón del hombre se inclina hacia el mal desde su niñez, pero no volveré a castigar más a todo ser viviente como lo he hecho. Desde ahora y por todos los días de la tierra, sementera y siega, frío y calor, verano e invierno, día y noche nunca cesarán».

¿Por qué, entonces?

Tal vez el Mal sea demasiado fuerte para Él. El Mal radical, el Mal cometido como un fin en sí mismo y no como un medio para llegar a otro fin. El Mal radical como un misterio, como la parte negra de la creación, lo incomprensible, el ser privado de ser, la nada de la nada, el triunfo del caos sobre el orden, la destrucción del espíritu y del cuerpo, la reducción de todo a nada; la nada, el insondable poder de la nada.

El Mal trascendente, ignominioso, el del asesinato individual, el del asesinato en masa, el de la tortura y de la degradación física, el mal ingenioso y vicioso, servil y dominador, el Mal pensado y calculado, lentamente preparado, concienzudamente

ejecutado, el Mal aventajado por el mal, superado, aumentado sin pausa, el Mal en relación al cual la crueldad es un juego de niños, el Mal civilizado, el de las personas instruidas y educadas, el Mal decidido, inquebrantable, al que llamamos barbarie.

Parece loco, insensato, y sin embargo se aplica de forma racional, como una máquina implacable. Supera todos los horrores de la imaginación, todas esas pesadillas que nos despiertan de noche con esa extraña impresión de realidad; pero allí es al revés, allí se vive en un decorado alucinante, de fuego, de carne y de sangre, y el sueño es el único momento de tregua. Ese mal supera la idea que se tiene del infierno, pues el infierno es las llamas que arden de manera indefinida, es la tortura y el suplicio para los hombres que han cometido faltas y eso todavía tiene un sentido.

Incluso cuando se mata a un hombre, no es preciso degradarlo como lo hace el mal radical; incluso cuando se mata a un hombre, no se lleva a cabo esa clase de mal y es posible perdonar a los asesinos de los propios hijos, si se sabe por qué y cómo han actuado, por sufrimiento o por pobreza, por amor o por celos. Esa clase de mal, en cambio, no es explicable. Shakespeare no lo comprendió y por eso pintó jorobado a Ricardo III: cualquier hombre tan feo, deforme y repugnante como él haría el mal para vengarse de los hombres que lo detestan por lo que es; ese aborrecimiento es tan insoportable que prefiere ser odiado por lo que hace. Pero el mal radical lo ejecuta el hombre de facciones agraciadas y altivo porte, de estatura elevada y cuerpo recio, el hombre afortunado en el amor, el hombre próspero, el hombre casado que se reúne con su mujer y sus hijos después de haber destruido a una multitud. No, el mal no es repulsivo como Ricardo: es seductor; sugiere, tienta y atrae, arroba los sentidos, cautiva a la razón y, situado en pleno centro del tiempo, engatusa al hombre con el espejismo del Poder.

Manipulador, hábil calculador, refinado estratega, es forzosamente inteligente, tiene una capacidad inventiva genial, es prolífico y nunca le faltan argumentos. Lo propio del mal es engendrar males, propagarse, ser legión. Se extiende como una plaga, como una enfermedad contagiosa, como una peste. Así es como se normaliza, se banaliza y se aburguesa. Así se transforma en costumbre, norma y ley. Es erróneo pensar que el mal se reconoce por su caos: lo propio del mal es llevar una existencia respetable.

Es como un carnicero que corta carne todos los días, que la pesa y la vende porque es el acto más natural del mundo; porque ese es su cometido; porque hay que comer y nadie podría poner en tela de juicio tal necesidad. Pero de repente, la carne es la carne del hombre, es la sangre que circula por sus venas, flores del barrizal, renuevos aplastados. El mal monstruoso, infame, ahuyenta la vida; el mal es la muerte, ese escándalo intolerable, es la muerte que se inmiscuye en el fuego sagrado, es la muerte que entra en la vida a través de la vida, a través de la voluntad del hombre.

Si es el Príncipe del Mundo, si nos acecha sin descanso, si conduce a la lucha, si esparce la confusión, la duda, el pánico, es debido a que la realidad no es siempre hermosa. El mal seduce porque reviste la forma del bien. El hombre es así: desea lo bello, lo bueno y lo verdadero, no desea el mal, que es como una enfermedad; no desea el Mal, que hace daño.

El mal se insinúa en el hombre adoptando la apariencia del bien, gracias a la duplicidad del lenguaje, diciendo lo verdadero y a la vez lo falso. El mal es el hijo de la mentira, que, una vez salida de uno, se desarrolla de forma autárquica hasta tener vida propia y convertirse en un ser autónomo.

Un valle, decía ella, un valle lleno de esqueletos, de numerosos esqueletos secos ya del todo: ¿acaso pueden renacer esos esqueletos? ¡Hablad, vamos, insufladles el hálito para que vivan, añadidles nervios, haced crecer la carne, extended la piel, dadles un poco de vuestro hálito! ¿Es que no veis que esos esqueletos son estériles, que nuestra esperanza ha desaparecido y que estamos destrozados?

Ernst Spitz sobrevivió gracias al sacrificio de su padre y a la suerte, que no lo abandonó jamás, ni siquiera después de la evacuación de Auschwitz, durante la marcha de la muerte. Su alistamiento en el ejército francés, en Alemania, le llevó a vivir otras aventuras. Ni héroe ni mártir, un humanista que no perdió nunca su fe en el hombre.

Aunque Joseph Altman hubiera querido olvidar lo que vivió, el número grabado en su brazo con tinta indeleble le habría devuelto al deber de la memoria. Cincuenta años después de su regreso de los campos de exterminio, emprendió la tarea de contar lo increíble con el fin de transmitir ese testimonio desgarrador a las generaciones futuras.

Sophie Bénissa, en *Comme une goutte dans la tempête*, explica cómo, crecida en el seno de una familia judía implantada en Francia durante generaciones, en un país atenazado por el miedo y el odio, descubrió, tras la cobardía de la gran mayoría, la generosidad de las personas que no dudaron en arriesgar su vida para ayudarla. Ella relata el terrible aprendizaje de una adolescente proyectada a la madurez.

«Mi hijo, nacido en el campo de concentración»: cuando apenas tenían veinte años fueron detenidos por la Gestapo, en la primavera de 1944 y luego separados. A Jacques lo mataron y Michelle, recluida en Ravensbrück, se da cuenta de que está embarazada. Se inicia entonces el combate encarnizado de una joven rodeada por sus compañeras, solidarias, decididas a mantener con vida al hijo que lleva dentro. Ni el hambre, ni la sed ni la extenuación de la esclavitud ni la amenaza de la locura: nada la doblegará.

Y además, decía él, ¿cómo se puede creer en los testimonios de quienes escriben cincuenta años más tarde? La verdad es que no todos los supervivientes son héroes. El recuerdo de la Shoah se ve necesariamente alterado por las aproximaciones falaces

de los testigos, ya sean anónimos o figuras públicas.

¿Cómo decirlo? ¿Cómo decir lo indecible? ¿Cómo describir el horror, lo innombrable, el colmo de la abyección? ¿Qué palabras elegir? ¿Qué metáforas? ¿Quién tiene derecho a decir y a no decir y quién decide ese derecho? Ese no poder decirlo, ¿se debe a las limitaciones del lenguaje? Hablar fríamente. Decirlo sin énfasis, sin fascinación. Pues no se puede insertar ese pasado en las dimensiones respetables de la narración, del curso de las cosas, de la atmósfera y la vida cotidianas. No se trata de una novela burguesa. No se trata de ninguna clase de novela ni relato. Es algo que hace saltar los marcos de la narración.

¿Es irrepresentable? En ese caso, ¿cómo transmitirlo? Porque a pesar de todo, decía ella, sólo las obras de arte transmiten. Hablar de la Shoah, pero no enseñarla nunca, decía. Para un acontecimiento semejante se necesitaba una representación, explicaba: una película compuesta de testimonios, sin trama narrativa, sin historia, sin reconstrucción ideológica. Un testimonio por memoria, que consiguiese captar la nada, el vacío, la muerte, que describiera sin explicar: únicamente el porqué resiste frente al Mal absoluto, la pregunta sin respuesta.

En las mesas redondas y en los debates filosóficos, los finos oradores sitúan los hornos crematorios en el mismo nivel que los otros horrores de la guerra en general, o que la historia del Mediterráneo en la Antigüedad. Esto es lo que dicen, en realidad: si todo el mundo ha hecho lo mismo, no merece ya la pena indignarse, si todo el mundo es culpable, nadie es culpable. Intentan encontrar otros Auschwitz en la historia. Se escandalizan terriblemente con el bombardeo de Dresde o el de Hiroshima. Comparan, olvidando que la Shoah, tristemente específica, no tiene punto de comparación con nada, ni por sus orígenes, ni por su desarrollo, ni por su ideología, ni por sus consecuencias.

En el barracón de su madre, Mina nos miró a Béla y a mí y nos dijo que deseaba quedarse sola. Quería tener un momento de recogimiento. Además, prefería buscar sola el cuaderno.

Salimos.

Tus cabellos de oro Margarete

Tus cabellos de ceniza Sulamith^[8]

Me paré un instante en el centro justo del campo. Observé las huellas que dejaban mis zapatos en la tierra fangosa.

Dios vio que era bueno, decía él.

Al principio de la Creación, la tierra estaba desierta y vacía y las tinieblas cubrían el abismo y el espíritu de Dios planeaba sobre la superficie de las aguas, y dijo Dios: «Hágase la luz» y la luz se hizo. Pero la luz no era buena: sirvió para iluminar a los nazis en la ejecución de sus crímenes.

E hizo Dios el firmamento entre las aguas que hay debajo del firmamento y las que hay sobre el firmamento y dijo «reúnanse en un solo lugar las aguas de debajo de los cielos y aparezca lo seco», y llamó «tierra» a lo seco y a la reunión de las aguas llamó «mar». Pero los cielos no eran buenos: presenciaron lo que ocurría, sin rugido ni cólera.

Dijo Dios «produzca la tierra vegetación: plantas con semillas, árboles frutales que den sobre la tierra fruto según su especie, con la semilla dentro», pero en verdad, todo aquello era bastante malo: aquella vegetación crecía sin preocuparse por la composición de sus abonos.

Creó lumbreras en el firmamento de los cielos para separar el día de la noche, como señales para dar luz a la tierra. Hizo la lumbrera mayor y la lumbrera menor, pero estas se sucedieron sin detenerse para protestar contra lo que ocurría. La oscuridad no fue total y el sol asistió al exterminio de los hombres sin velarse el rostro. La gran lumbrera no dejó de brillar sobre los campos y la pequeña lumbrera apareció puntualmente sobre ellos. Eran los espectadores de ese crimen abominable.

Creó a los animales, a los grandes monstruos marinos, a las fieras salvajes según su especie, a los ganados según su especie y a todos los reptiles de la tierra según su especie: pero los monstruos marinos no engulleron a los navios en el mar y las aves siguieron volando sobre los campos, las fieras salvajes no se abatieron sobre Europa, no protegieron a los judíos en su horno ardiente.

Y después creó al hombre: y este fue el peor de todos ellos. Y el hombre que Dios

hizo a su imagen creó el Mal absoluto conforme a su modelo.

Y la serpiente, que no precisaba de gran astucia para constatar aquello, tentó a la mujer, tentó al hombre, que no se hizo de rogar para cometer la falta irremediable, y así fue como abandonaron el Edén.

Mina se puso a cavar con la gran pala que había traído consigo, removi6 la tierra negra, cav6 y cav6 con violencia, con rabia, con pena. *Grita cavad la tierra m6s hondo vosotros y los otros cantad y tocad.*

B6la y yo camin6bamos despacio sin decirnos nada, sin saber muy bien ad6nde 6bamos.

El KII: la obra cumbre de la Bauleitung, dec6a 6l, quince crisoles de incineraci6n para m6s de mil cuerpos al d6a, una c6mara de gas con capacidad para dos mil personas.

Entonces, en un 6ltimo arranque de voluntad, Samy se enderez6, tom6 papel y pluma y r6pidamente, como si hiciera garabatos, escribi6:

Aunque tengamos la misma enfermedad, no morimos a causa de ella
Pues el mar est6 en calma y se inclina hacia su amor, la luna.
La luz de su madre se refleja en su respiraci6n afanosa: signo doble
De la promesa divina y del amor castrante

El mar era due6o de s6, seg6n la promesa 6nica
Sin vaiv6n, la masa ahogada; pulmones culpables que se asfixian en la
apacible calma
La superficie muerta de las olas no reflejaba nada: una ausencia de
ondulaciones obedientes
La multitud de las aguas no puede apagar el amor, escribi6 Salom6n, ahora
Las aguas amantes no pueden apagar las multitudes

¿No logras respirar? No es del mar, sino de ti mismo de donde viene tu asfixia
¿D6nde est6 ese aire fresco del primer aliento, d6nde los humores puros de tu
madre en tus pulmones insuflados?
La muerte no ha pasado sobre tus labios, el flujo del amor no te ha barrido

Eras un barco mantenido a flote por la promesa de ser dos.

Tú, Noé, suéltalos de dos en dos y eleva hacia mí el olor apaciguador del humo.

(Dentro de muchos años, tus descendientes me ofrecerán hasta seis Millones reagrupados, en una nube asfixiante de ceniza que hará palidecer mi resplandeciente promesa Y sabrás que el Arca llegada a Ararat es un ataúd Depositado en la tumba antes del velatorio).

La cámara de gas. Un barracón de tablas de paredes delgadas y catres innobles, un conducto de calefacción rudimentario.

Ella decía que el hombre era un ser enfermo de miedo, que era nuestra angustia lo que nos impedía ser buenos; que era esta la que volvía orgulloso al hombre a causa del complejo de inferioridad y de impotencia que se experimenta al no sentirse amado. Decía que era la ansiedad lo que llevaba al hombre a perder la medida y a querer ser más de lo que es, a hacer de ángel, a querer convertirse en Dios. Pero ¿puede afirmarse de Hitler que era un ser enfermo de angustia? ¿Existe detrás del rostro del verdugo el miedo cerval de un niño perseguido? ¿Hay que ver en Hitler al niño apaleado por su padre? ¿Detrás del colmo de la monstruosidad, del gesto tranquilo de un criminal, del tiro de un miembro de los Einsatzgruppen, se encuentra la mirada de un niño aterrorizado?

Era como si el mal se hubiera separado para conquistar su fuerza, su autonomía. Era como si se hubiera erigido en juez absoluto, como si se pudiera juzgar sin luz y ver en la oscuridad: se había separado y había buscado su propia independencia. Quería dominar el mundo y crearlo a su imagen y semejanza. Decía: «Que haya día» y había día; y decía: «Que aparezca la noche» y aparecía la noche.

Ernest Biberstein tiene dos identidades: es estudiante de teología y dirige los Einsatzgruppen 6. Por la mañana va a sus clases de teología y se dedica a sus ocupaciones pastorales, por la tarde va a matar hombres.

Y luego están los buenos padres de familia, esos hombres que leen a Goethe o a Rilke y escuchan fragmentos de Bach o de Schubert y que al día siguiente efectúan su

trabajo cotidiano en Auschwitz. Su vida parece dividida en diferentes franjas de vivencia autónomas, carentes de vinculación entre sí. ¿Están separadas sus acciones en el momento en que actúan? ¿No existe nada más que el hecho de cometer el mal en el momento en que lo llevan a cabo, o piensan tal vez en su mujer y en sus hijos? ¿Existe para ellos una noción del pasado y del porvenir o están instalados sólo en un presente eterno, un puro instante? ¿Cómo pueden matar hombres durante el día y volver con su familia por la noche?

El *sheol*^[9], decía ella, el *sheol* está situado bajo tierra y se parece a la morada de Hades en su espantosa podredumbre hielo horror y sangre y todos viven desnudos allí, decía, en una noche absoluta, una especie de vida desencarnada, y están encerrados bajo llave lejos de Dios, que no se interesa para nada por ellos igual que ellos no se acuerdan para nada de él y para los muertos, decía, ¿obras prodigios sí para los muertos obras prodigios y los muertos en vida? ¿Y para las sombras obras prodigios y para las sombras obras prodigios se explica ella en el sepulcro y piensa en su abuela y en su bondad su fidelidad en el abismo hasta el fondo de la fosa y pregunta dónde están los prodigios y la justicia en el país del olvido? Entonces dice hasta en la muerte es preciso un recuerdo y en el *sheol* reino de los muertos cuyos porteros mantienen bien echado el cerrojo allí se halla la multitud de todos los reyes y todos los príncipes y todos los guerreros y los hombres del pasado y el polvo es su sustento y el fango es su alimento ¿has visto a ese a quien nadie presta ya atención? Los restos del plato las sobras tiradas en la calle las come sí es el *sheol* subterráneo que se agita y despierta a las sombras y a todos los poderosos de la tierra y hace levantarse de sus tronos a todos los gritos de las naciones y todos participan para declararlo y ahora está anonadado como todos semejante pues su fasto ha sido precipitado también en el *sheol* con la música de sus arpas y bajo él se extiende un colchón de gusanos y está cubierto de larvas Él

Todos asesinados degollados por la espada y las sepulturas están situadas en lo más hondo de la fosa los que sembraban su terror sobre la tierra de los vivos allí está el mal y todas sus multitudes alrededor de su sepultura todos asesinados bajados a las profundidades de la tierra y ante la prosperidad de los impíos y la persecución de los justos ella dice sí ella dice que no hay que darle a Hitler una victoria postuma dice en pie Dios levanta la mano no olvides a los desdichados y ¿por qué el impío desprecia a Dios y se dice que no castigas?

Dice poco faltó para que mis pies no resbalasen y no se descarriaran mis pasos pues estaba celosa de los impíos al ver la prosperidad de los malvados no sufren ningún tormento están gordos no sufren ningún tormento no reciben golpes como el resto de la humanidad y por eso la arrogancia es su collar y se cubren de violencia

como si fuera un manto

No acababa nunca de explicar las salas herméticas destinadas a la asfixia por gas, las bocas por las que se hacía caer el zyklon B se sabía de memoria las fechas de las primeras aplicaciones del método y luego el descuento de las víctimas la macabra aritmética del genocidio capacidad de tratamiento de la máquina detenidos matriculados registro de los fallecimientos encontrado en Moscú convoyes llegados de los países del Este efectivos haced recuento haced recuento rápido y no olvidéis nada trasvase de detenidos de un campo a otro y número número número de muertos pero sobre todo número exacto incluso en el desbarajuste de los últimos meses y en las marchas del invierno de 1944-1945 número y no nombres

Entonces lo oí, sí, oí la música de Wagner, el *Rienzi* que rugía y que aullaba y que capturaba el alma y la impulsaba hacia el gran tormento del poder. Después oí la música de Elgar que transportaba mi corazón hacia alturas insondables, que lo atravesaba y lo hacía resonar, que lo ensanchaba y lo traspasaba y que, con un solo gesto, lo arrebatava y lo llevaba hacia el otro mundo. Mil truenos estallaron bajo mi cráneo: el mar embravecido anunciaba el diluvio cósmico, el gran final.

No, no era ya la música de Elgar, era la de Schonberg: disonante, chirriante, en ella se entrelazaban varias voces, pero no se respondían, iban paralelas sin mezclarse nunca y la extrañeza de esta música era el reflejo de la del hombre en este mundo posterior a la Shoah. Esta música era el pavor frente a la total incongruencia de esta vida; sus cuerdas vibraban con el Mal. Con Elgar había una expectativa de algo, aunque fuera algo terrible, con Schonberg o Berg no se esperaba nada, se tenía simplemente ante sí la imagen de este mundo extraño, impenetrable, de este mundo incomprensible, de este mundo de después de la Shoah. Ya no se escriben poemas después de Auschwitz; o bien se escribe otro tipo de poemas, como se escribe otro tipo de música. Después de Auschwitz, la música ya no es música, la música chirría y vibra, no es bella, es rara, no embelesa, no arrebatava, perturba, importuna, zarandea, retrocede, alarma, se acerca temblando. Su estremecimiento es un sonido sin armonía.

Entonces el grito terrible de Lulú desgarró el cielo y se oyó un alarido, un clamor dirigido a la vida a la muerte al amor. La música desestructurada había absorbido el pulso de la Shoah; el *Kaddish* de Bernstein resonó en mi cabeza, era un grito de mujer, grito de amor grito de muerte, el *kaddish*^[10] estalló en mi cabeza sin dejar espacio para nada más, el *kaddish* resonó en el campo sin dejar margen para hacer nada más: lanzar alaridos y alaridos hasta el fin de los tiempos, alaridos salidos del peor estruendo del alma, mil tormentas trombas trombas de notas lluvia de ritmo

ritmo y cadencia pías pías pías terrible estrépito sonoro tocad los instrumentos de cuerda y vosotros los de percusión ladrad aporread aporread los oídos vamos patalead haced sonar el gong haced doblar las campanas las campanas por la muerte del hombre tocad tocad y vosotros los de viento ¿vais a tocar? ¿O es que estáis escasos de aliento?, faltos de viento faltos de viento faltos de viento lanzad el grito primigenio surgido del fondo de las edades del fondo de los tiempos del fondo del ser y de la nada llamar a la vida a la muerte al amor llamar sí pronunciar todos los nombres uno a uno desde el confín del mundo decir decir decir oigo resonar el *kaddish* que nunca se ha compuesto oigo el *kaddish* grito de muerte venido del confín del mundo lo oigo venido del fondo de las almas tienen correa larga esas almas todavía se cree que existen y que son inmortales y dicen que no están muertas pero no es el cuerpo lo que mataron aquí aquí aquí ya lo hemos visto ese cuerpo aniquilado el asesinato de Auschwitz es el asesinato del alma nunca se compondrá el *kaddish* que proclame la gloria de Dios y el de la víctima que penetra en la muerte sin el alma.

Ya no se escriben poemas después de Auschwitz; pero ¿se forman frases? Frases llenas de palabras construidas, amontonadas, apretadas apretadas unas detrás de las otras, en fila india, palabras apretadas en un texto, sofocantes palabras. Ya no se habla después de Auschwitz. Huir, evadirse de este mundo, sustraerse y hacerse ajeno a él huir de la mácula, del abismo infernal de este bajo mundo, no beber sus aguas amargas, no llevar en alto sus pesadas cargas, no soportar a los enemigos inflamados de cólera, a los amigos vueltos en contra de uno. La tierra estéril, el agua amarga, el aire asfixiante y el fuego destructor. Todo en este mundo, la materia, el fuego, el agua, forma una sima tenebrosa en la que no paran de caer estos hombres, provocándose heridas y llagas purulentas.

Entonces hay que huir, huir de veras, huir de las fosas y las cárceles, del oleaje de este mar agitado, de las murallas de las ciudades y los fosos, y de los cuerpos de los hombres ahogados, pues allí está el infierno, y yo estoy en peligro de naufragio en las fauces del monstruo devorador y pronto sí pronto me quemará el viento tórrido y tendré miedo. Yo que era un dios fulgurante, resplandeciente de gloria, me hallo ahora atrapado, mordido, despedazado, me hallo ahora repugnante, cubierto de pus y de negras llagas y en mi horizonte de fuego sólo existe el dolor y la muerte cuándo dejarán de gritar en mi oído las voces cuándo dejarán de perseguirme y acosarme por todas partes toman impulso dentro de este cráneo lo persiguen y lo acosan yo que había conocido el pleroma^[11] en su seno eterno era preciso que lo conociera yo que era esta fuerza inmutable y serena él el juguete de la historia él el protagonista de la aventura intemporal se halla ahora desnudo desgarrado por los perros se halla ahora sacudido en carros atestados de esqueletos entre los flacos cadáveres desarticulados descompuesto se halla ahora destruido y colgado en la última horca entre rueda hierro y ascua en una larga cárcel cegada con barrotes mirándome clavándome el dardo de

sus ojos desorbitados

¿Quién es?, preguntan. ¿Es uno? ¿Es varios? ¿Astuto o cobarde manso como un santo o colérico? Lo veis con la horca en la mano acechando a los condenados que va a meter en el horno recogiendo haces de leña para alimentar el fuego de su Infierno seductor sí porque seduce con su inteligencia y su temperamento posee la sabiduría tiene el poder de creación y de destrucción la fuerza invencible, el conocimiento él es el que lo ve todo el que observa a los habitantes de la tierra y moldea su corazón atento a sus obras escucha a los que gritan aconseja y las aguas lo ven y tiemblan y el propio abismo se estremece y las nubes descargan sus trombas los nubarrones aportan la voz el fragor del trueno desgarran el cielo y los relámpagos iluminan el mundo la tierra ruge cuando él aparece él es el amo del mundo y sin embargo nadie conoce sus huellas apenas se le ve apenas se escucha su paso ligero una resonancia un silbido nada más este ser es temible por la fascinación que ejerce sobre todos y que los precipita en el abismo el asesinato es su ocupación la destrucción la finalidad de su vida él es la gran serpiente de mordedura sangrante tetanizante que deja manar la sangre mala emponzoñada por su veneno es el maestro de la estrangulación que se enrosca en torno al cuello del animal y lo aprieta hasta que la bestia se ahoga con los ojos desorbitados y hasta que ve el último estertor de agonía fascina a los seres impulsa a las víctimas a correr hacia todas partes desesperadas hasta el agotamiento no conoce la piedad no ha perdonado a nadie la conciencia no es su fuerte nada lo atormenta si no es la ausencia de crimen vive sólo para el asesinato del que es siervo el celoso siervo

Qué tiene contra él qué le reserva desde que lo vio nacer en este mundo sintió que allí había un ser digno de un trato más refinado pero no menos cruel que necesitaba un poco más de atención de perfeccionismo tenía por fin un enemigo digno de ese nombre alguien con quien podría dialogar y todo el universo era cómplice este universo del que se ufanaba el otro proclamando su bondad la tierra que acepta a los fusilados recubiertos de cal es cómplice y también el aire que es gas y todo y el fuego que arde en los cuerpos pero el agua no sólo el agua es inocente del asesinato de Auschwitz y por eso me atrae tanto sería como un desafío un reto una puesta a prueba

Tenía que pellizcarme el brazo para cerciorarme de que era yo el que estaba allí me dolía la cabeza sentía unas náuseas terribles era como si mi conciencia se desgajara un poco de mí mi alma era una llama cuyo vapor liviano transparente despegaba mi semblante humano llevaba una máscara una máscara de cera una máscara sardónica de sonrisa maligna maligna maligna.

Entonces el testigo se desvanece no hay conciencia posible ante eso ningún cara a cara.

Él decía que había que creer en Dios a pesar de todo ser como Job que había llegado a amarlo por nada sin esperar retribución alguna mientras la víctima se lamenta se queja de la injusticia de su suerte no puede granjearse esa confianza no me hables de Dios decía ella no me hables del alma si el alma existe tiene sólo un origen el mal no el alma no es divina no es ni hija de Dios ni fue desgajada de su sustancia por una emanación ni creada por Dios mediante una mezcla psíquica no el alma no es de Dios.

Los más perfectos de entre los gnósticos comían sin escrúpulo los alimentos destinados a los ídolos y asistían a todas las fiestas paganas e iban a los combates de fieras y a los combates singulares de hombres donde ante sus ojos un hombre mataba a otro hombre y algunos se entregaban sin reservas al placer de la carne y decían que había que devolver la carne a la carne y el espíritu al espíritu y otros quitaban a su marido la mujer de la que se habían enamorado para hacer de ella su compañera pues el gnóstico se sentía indestructible inaccesible a las corrupciones del mundo y por eso el culto a la mujer se le presentaba como la vía ideal para vencer al dominio de la muerte.

Él decía él decía que escarnecía a Dios que lo abucheaba decía que mientras viviera no dejaría nunca de manifestar su indignación decía que si Dios existía tenía que estar por fuerza ausente de la historia pero si era impotente ¿quién era entonces?

Francia cometió un crimen y en lugar de olvidarlo era vital que quienes la representaban fueran castigados y en lugar de ello cincuenta años después nos gobiernan los partidarios de Pétain los mismos hombres con la misma política xenófoba y antirrepublicana dispuesta a resurgir como una enfermedad periódica pero oiga Francia no mató judíos en las cámaras de gas, ¿verdad? Y no obstante Francia exportaba zyklon B a la Alemania nazi y cuarenta años después hay que enarbolar la francisca^[12] las condecoraciones del ejército alemán y reivindicar la amistad con los verdugos no olvide joven cuando procese a Vichy que desde Francia se deportaron menos judíos que desde otros países de Europa es falso por supuesto es tan fácil falsificar la historia contemporánea cuando se recurre a las estadísticas aisladas a la magia de la cifra comparar Francia y Holanda no es de recibo en Holanda los judíos estaban concentrados en el gueto de Amsterdam Francia era un país extenso con una geografía variada y una zona no ocupada al principio la dispersión de los judíos en

Francia a eso hay que atribuir la diferencia y si se toma en cuenta el número de judíos entregados a los alemanes en las zonas no ocupadas por el ejército alemán en esta categoría Vichy tiene el porcentaje más elevado de toda Europa.

En la casa hay un hombre tus cabellos de oro Margarete.

Tus cabellos de ceniza Sulamith juega con serpientes.

La serpiente estaba allí todas las noches me atacaba antes de que pudiera realizar el menor movimiento se había enroscado totalmente en torno a mí y me inmovilizaba y durante largos minutos yo aguardaba sin pronunciar palabra alguna mientras me clavaba su mirada terrible de odio y de venganza callada la veía de tan cerca su ojo enfundado en un párpado fino y granoso tenía forma de pera no tenía orejas más que los ruidos emitidos parecía captar las vibraciones su cola cubierta de escamas minúsculas como el resto de su cuerpo viscoso dotado de poderosos músculos se adelgazaba de forma progresiva hasta la punta tenía patas recubiertas de un cuero rugoso del que brotaban unas zarpas aceradas era realmente horrible no tenía orejas pero su vista horadaba la noche y como un puñal se hincaba en los ojos yo no pensaba en el antisemitismo de Vichy decía puedo mencionar para corroborarlo a un amigo mío judío que dice que en realidad no había prestado atención a la redada del Vel d'Hiv y que no se había dado cuenta de la situación de los judíos nadie sabe usted nadie estaba enterado de lo que pasaba en Auschwitz y además el antisemitismo es sólo un aspecto de Vichy hay muchos otros aspectos y decía aquello con su sonrisa su tenue sonrisa tan dulce y su mirada expresaba una inefable forma de ironía suprema y yo me ponía a temblar unas gotas de sudor frío me perlaban la frente con brusco impulso hacía acopio de fuerzas para intentar zafarme de su abrazo agarraba el cuerpo de la serpiente con las dos manos y empujaba pero era demasiado pesada demasiado pesada y se enroscaba en torno a mí y la cabeza cerca de mi cara los ojos casi pegados a mis ojos volvía a mirarme con aire victorioso lánguido amoroso

Es lo único que queda el misterio de esa mirada esa mirada inexplicable cuya razón es imposible comprender es mucho más sencillo pensar que si los hombres se causan daño tanto a sí mismos como a los demás es por falta de ideas o por simple incapacidad de hacer lo que se reconoce como justo los hombres pueden pecar pero también se les puede enseñar orientar y en caso de necesidad obligar a hacer el bien es lo que creen todos en el fondo Sócrates y Buda los teólogos y los historiadores.

Él decía: la muerte es un amo venido de Alemania.

El mal es banal, decía él, y lo subsumía dentro de la categoría del totalitarismo fraguada para reunir bajo un solo concepto la política nazi y la política de Stalin, el exterminio de los judíos de Europa y las deportaciones y las masacres perpetradas en Siberia. Por más monstruosos que fueran los hechos, el agente no era ni monstruoso ni demoníaco, decía ella, era una asamblea de fieles y entre ellos, los ejecutores celosos de órdenes inhumanas no eran verdugos natos, no eran monstruos, sino personas cualquiera, personas corrientes, funcionarios dispuestos a creer y a obedecer sin rechistar. Lo que él había considerado como un deber recibía el nombre de crimen, era un nuevo código penal, un nuevo lenguaje, nada más.

No se trataba por tanto de maldad de una opción decidida por el mal y en ese universo no había Dios, ni elementos suprasensibles, decía él, no se precisa en absoluto tener un corazón malvado para causar grandes males.

Él decía que había que creer en Dios a pesar de todo ser como Job que había llegado a amarlo por nada sin esperar retribución alguna mientras la víctima se lamenta se queja de la injusticia de su suerte no puede granjearse esa confianza.

El olor apaciguador del humo.

Durante el verano de 1942, su amigo Crétel acompañó al miembro de la SS Knochen, encargado de los asuntos judíos, a la embajada alemana de París, donde estaban presos los políticos de la III República, allí asistió a la transferencia a Alemania de eminentes políticos, decía él, su amigo negoció con Karl Oberg, el jefe de la SS, en Francia, y más tarde con Reinhard Heydrich, jefe de la oficina central de seguridad del Reich, así como con el *führer* Heinrich Himmler, la deportación de judíos extranjeros del territorio francés, decía él, su amigo decía que las deportaciones de los judíos extranjeros servían para proteger a los judíos franceses y en su celo por salvar a los judíos franceses, su amigo mandó un telegrama al prefecto regional en el que especificaba que había que intensificar los esfuerzos y llevar a cabo «redadas, controles de identidad y registros en los domicilios privados».

Él decía que había que creer en Dios a pesar de todo ser como Job amar por amar sin recompensa amarlo todo contra todo amar sin queja sin lamentarse desde el fondo de la injusticia dar gracias a Dios desde lo más profundo de las tinieblas en el seno de la nada amar sin razón sin condición.

Tus cabellos de oro Margarete.
Tus cabellos de ceniza Sulamith.

Él decía él decía que había que creer en Dios a pesar de todo ser como Job amar por amar sin esperar retribución alguna amarlo todo contra todo amar sin queja sin lamentarse dar gracias a Dios desde lo más profundo de las tinieblas en el seno de la nada amar sin razón sin condición.

Leche negra del alba la bebemos al anochecer.

Él decía la noche es espantosa y el alba también.

Había que creer en Dios a pesar de todo ser como Job amar por amar sin esperar retribución alguna amarlo todo contra todo amar sin queja sin lamentarse desde el fondo de la injusticia dar gracias a Dios desde lo más profundo de las tinieblas en el seno de la nada amar sin razón.

Él decía que todos los que respiraban el aire mediante un hálito de vida todos los que vivían sobre la tierra firme murieron el arca de Noé es la tierra de Israel Auschwitz es un acontecimiento fundador en eso estábamos de acuerdo.

Ser como Job.

A veces me digo que la palabra corresponde al deseo de esos ángeles caídos esos querubines rebelados ser como Dios tener su omnisciencia y su omnipotencia para manipular las mentes yo relato para seducir para crecer en potencia y en fuerza me transformo en narrador para ser el amo de mi mundo autónomo para vivir todas las experiencias posibles para transformarme en hombre mujer niño y bestia a la vez y para forzar las cosas y llevarlas más lejos a la frontera de lo humano hacia el abismo del vicio y del crimen.

El mal no es una privación es una creación del Demiurgo que es el autor del tiempo y

del espacio que conforman el mundo de la desintegración.

Al principio estaba el andrógino esa forma resplandeciente de belleza que dominaba el Paraíso pero Satán celoso montó en cólera y actuó para destruirlo cómo lo sabemos decía él a veces el hombre se acuerda de su origen de sus raíces extranjeras recuerda que está en el exilio al son de una música del murmullo del amor o por un fresco olor a veces una voz lo llama y le dice despierta tú que duermes entonces se produce la anamnesis de un mundo más elevado donde morábamos y despiertos nos acordamos de nuestro yo verdadero cargado de nostalgia despierta a la añoranza del mundo perdido mira su cuerpo hecho con tierra arcillosa y polvo su cuerpo pestilente enfermo lleno de corrupción y concupiscencia su cuerpo infame esa tumba ambulante se acuerda de la ignominia del hombre concebido en la inmundicia de la sexualidad entre las convulsiones grotescas y repulsivas del parto y siente el horror de ese cuerpo que no es más que un saco de excrementos entonces odia al ser de carne con todas sus ilusiones a esa sombra que avanza como un sonámbulo y libera su alma cautiva resplandeciente y en ese instante nace de verdad.

Aquí en el centro del mundo el filósofo no tenía ya nada que decir el torpedo había sido torpedeado si Sócrates era una comadrona su parturienta era estéril y su hijo era mortinato pues aquí se hallaba el reino de lo injustificable aquí se habían rebasado las normas las esencias y las formas puras del mundo inteligible aquí se hallaba el reino del Mal metafísico que ningún pensamiento humano consigue reducir aquí dominaba el caos el elemento irreductible que tiene la apariencia del desorden del capricho lo propio del mal es no ser asequible al entendimiento humano entonces hay que renunciar a buscar una respuesta a la cuestión del mal renunciar a comprenderlo tomarlo como un desafío ese es el fondo tenebroso nunca desmitificado del todo que hace del mal un misterio.

Y tú Noé suéltalos de dos en dos...

O bien considera el mal como nada como el *ex nihilo* contenido en la idea de una creación total y sin resto de las criaturas dotadas de libre albedrío pueden declinar lejos de Dios e inclinarse hacia lo que tiene menos ser hacia la nada la pregunta pasa a ser por qué cometemos el mal por qué cometemos el mal por qué cometemos el mal y los otros lo relacionan con el pecado y dicen que el mal es un castigo y dicen no hay alma alguna que se vea injustamente precipitada al infortunio.

¿De veras?

Ella prefería pensar que era el vínculo de Isaac que tenía por objeto afianzar de una vez por todas el testimonio del hombre ante Dios.

Los judíos tienen prohibido dar a Hitler una victoria póstuma decía ella tienen prescrito sobrevivir como judíos por temor a que se extinga el pueblo judío tienen ordenado acordarse de las víctimas de Auschwitz para evitar que se pierda su memoria está prohibido dejar de creer en Dios decía él pues Dios estaba presente en Auschwitz como lo estuvo en la cruz está prohibido perder la esperanza en el hombre y en el mundo decía ella y evadirse en el nihilismo o en el desencanto por temor a entregar el mundo a las fuerzas del Mal está prohibido perder la esperanza en Dios decía él que cumplió su cometido en Auschwitz castigando a los judíos un judío no puede responder a la tentativa que hizo Hitler de destruir el judaísmo contribuyendo él mismo a su propia destrucción decía ella está prohibido dejar de creer a causa de Auschwitz decía él en la antigüedad el pecado impensable de los judíos era la idolatría en la actualidad es responder a Hitler cumpliendo su labor decía ella era el holocausto decía él que es comparable al Sinaí por su valor de revelación decía ella no dar a Hitler una victoria postuma.

Eleva hacia mí el hálito apaciguador del humo.

Porque hay una esperanza decía él hay una reparación posible de la atrocidad cometida por los nazis y nosotros nos encontramos allí para enmendar para rezar y para restablecer la verdad reparar lo irreparable esa es nuestra misión es preciso habitar la sede del mal para combatirlo con la oración y el recogimiento y pronto habitaremos las cámaras de gas o los hornos crematorios.

Y tú Noé suéltalos de dos en dos...

Venid a rezar por los verdugos y por las víctimas rezad por los que nunca han pedido perdón por los que nunca han hecho nada en compensación que han cometido crímenes y que conservan aún hoy en día tan buena conciencia por ellos hay que rezar.

Vigilante ¿cómo va la noche?

Venid también a convertir a los muertos al cristianismo porque siempre es la misma

historia la que se repite a Jesús también lo convirtieron al cristianismo después de su muerte ¡regocijaos porque aquí hay seis millones de Jesús!

Su padre decía ella su padre tan duro tan intransigente nunca había podido dar la menor muestra de afecto y se negaba a dejarlos salir los mantenía en una cárcel negra aquella casa del gueto los martillazos resonaban todavía en su cabeza y todos los dientes todos estaban allí todos en su cabeza y si no tenía hambre era porque todavía los podía contar.

Usted lo sabía usted usted lo sabía todo usted sabía quiénes éramos y en qué nos hemos convertido lo que somos y lo que seremos usted usted conocía usted mismo dice que en sí mismo tiene el comienzo usted sabe del llanto la alegría el amor y el odio toma conciencia de que es posible mirar sin querer encolerizarse sin querer o amar sin querer al comienzo dice es un principio primero puro perfecto usted acepta ese poder supremo eterno infinito y absoluto inefable oculto esos dos mundos distintos e irreconciliables ¿sabe que el verdadero Demiurgo de nuestro mundo caótico es Satán el capitán de los eones que cayó a causa de su orgullo es el ángel caído que es su amo absoluto es la serpiente el príncipe de los demonios el príncipe de las tinieblas que legisla y rige nuestra tierra?

La muerte es un amo venido de Alemania.

El lobo convivirá con el cordero decía él el leopardo se acostará cerca del chivo el ternero y el cachorro de león se alimentarán juntos un chiquillo los conducirá la vaca y la osa tendrán los mismos pastos sus crías tendrán el mismo cubil el león comerá forraje igual que el buey el niño de pecho se divertirá en el nido de la cobra dentro de la guarida de la víbora el chiquillo alargará la mano ni mal ni destrucción por todas las montañas santas pues el país estará henchido del conocimiento del Señor como el mar que colman las aguas qué patraña más graciosa la mejor sin duda.

Béla y yo salimos del campo por una vez él permanecía callado y en mi cabeza sonaba un ruido espantoso como un chapoteo de agua.

Fuera no había nada el cielo de Silesia estaba negro el cielo de Silesia tenía el color del hierro y eso me recordó los ojos de Lisa cuando estaba triste hacía un tiempo gris los cielos podridos exudaban siniestros vapores a nuestro alrededor había una especie de niebla.

Béla y yo nos dirigimos a Birkenau que no era más que un montón de ruinas cubiertas de hierba había unas casas polacas muy cercanas al campo sus habitantes tenían al abrir las ventanas por la mañana una vista sobre un terreno donde nadie iba a edificar.

Nos sentamos en el mismo suelo yo noté algo duro bajo la mano al asirlo vi que era una vieja fiambarrera perdida en la naturaleza imperturbable incluso el árbol florido miente desde el instante en que uno contempla su florecer olvidando la sombra del Mal ¡qué bonito es!

Béla me miró como si estuviéramos al pie del muro.

Béla me miró y fue algo cruel.

Entonces lo sentí.

¿No logras respirar?

Estaba solo frente a él en el abismo y el abismo me tentaba y estaba solo frente a mí mismo solo como lo he estado siempre.

La muerte es un maestro venido de Alemania.

Mina, en su barracón, cavaba, cavaba sin tregua en el sitio donde lo había enterrado su madre antes de morir. Varios supervivientes que conocieron a su madre en Auschwitz le habían confirmado el emplazamiento, el mismo que había indicado al padre Franz para que devolviera allí el cuaderno. Mina cavaba y cavaba sin descanso. Labraba la tierra con su rabia y su sudor caía sobre ella, cual gota de cristal encima de la turba y el fango. Y la tierra blanda, carne y sangre, se dejaba cavar y la tierra embarazada del final se dejaba horadar, y ella cavaba, cavaba en la tierra aquí abajo, cavaba bajo los cielos lúgubres, los falsos auspicios.

Había comenzado a formar el hoyo en la esquina izquierda del barracón, cerca de la puerta, y sondeaba la tierra, profundizaba la sima y luego la ampliaba, pues en el fondo de sí misma habitaba una especie de diminuto pedazo de esperanza.

Vigilante, ¿cómo va la noche?

Tenía sed. Encendí un cigarrillo, aspiré el humo y fue como si se desbordara un torrente que me mordió los labios y la lengua con un fuego devorador, me bajó por el cuello y me quemó el pecho, esparciendo un vapor cálido en mis entrañas y haciendo una hoguera de mi cuerpo, una marea de azufre que yo expulsé como un toro que escupiera fuego y las cenizas cayeron del cigarrillo, polvo sobre el polvo, y era como la muerte, pues el cigarrillo puede también devorarlo todo y quemar mi cuerpo desde el interior, lo sé bien, porque cuece, consume, incinera, es una maldición este cigarrillo, una pena, una dulce tortura, una enfermedad futura, un sufrimiento, es un crimen, un suicidio sacrilego, un error, una bola de fuego que trago y transformo en pequeños montones.

Vigilante, ¿cómo va la noche? Llega la mañana y de nuevo la noche.

Ella cavaba y cavaba, seguía trabajando, pero no encontraba nada, entonces vio una zona en un rincón donde parecía que habían removido la tierra y con la pala agrandó la cavidad.

Entonces fue como una mar gruesa que se hincha y se deshinch, una corriente de amargas olas encrespadas, enfurecidas, pues el hombre nace de una ola, de una ola embravecida que, con el impulso fecundador del viento, despliega sus torbellinos

igual como despliega sus anillos una serpiente alada y de las tinieblas místicas enriquecidas como un paraíso ciego pero omnipotente, nadando sobre el ritmo apaciguador de la larga aspiración acariciada por todos los humores, el hijo sale de las aguas, empujado por el Demiurgo, expulsado del reino de Dios, y sin saber por qué, el ángel caído sale del agujero negro y penetra en el mundo cósmico de las seis tinieblas y de esta forma aparece el hijo, expelido por la mujer doliente, entre sus piernas, envuelto en los negros vapores de su seno, así se despierta, mediante una pesadilla horrible poblada de alaridos estridentes, aparece, sucio, lleno de espuma y de mucosidades, con el cuerpo recubierto de una capa de grasa de olor dulzón, tibia, repugnante, se lleva las manos a la cabeza, pone cara de terror, abre unos ojos inmensos, los cierra con violencia, muere ya, en su cara se plasma un indecible dolor, la luz lo agrede, como el fuego, el aire que entra por vez primera le devora los pulmones y cuanto más respira, más se quema.

El origen del mundo es esta matriz caótica y sucia: todos los hombres nacen como larvas en el agua, como sapos en estanques glaucos. Hay que creer que el mundo nació de la misma contracción, por medio del feo milagro de la *natura naturans*, autoclonación del bastardo de Dios. El origen del mundo es ese incesto infame, pues el hombre nace en la vagina de su madre, con la cabeza y los pies mezclados en su interior.

Así nació el hijo en las sangres de la terrofica partición, con las convulsiones grotescas del parto. Así nació el hijo muerto, el hijo mortinato de Lisa.

Cortaron el cordón umbilical que palpitaba como una larga serpiente.

Con un gesto brusco, preciso, él tomó el cuchillo y cortó la segunda vena.

Ella sintió algo duro. Tomó el cuchillo y cavó.

Salió, mareada, vacilante: habría jurado sin embargo que la tierra estaba removida. Alguien se había llevado el cuaderno que ella buscaba, el cuaderno marrón del que le había hablado su madre. En el fondo del hoyo no había nada: el cuaderno marrón había desaparecido.

SEXTA PARTE

Es un joven de semblante afable y abrigo largo. Pertenece a la nobleza de capa o tal vez a la de espada. Sus rasgos finos, su mirada hechizadora, su sonrisa simpática le iluminan la cara; es guapo. Los hombros anchos, el torso musculoso y el talle esbelto le confieren prestancia.

Al verlo de perfil, no obstante, se advierte que tiene la nariz ganchuda cual pico de buitre, las orejas puntiagudas como las de las bestias y la capa, lisa por arriba, se acaba en decenas de víboras, de serpientes infames, de sapos y de gusanos.

Verá, el mundo es como el pórtico de las catedrales góticas: arriba y en el centro está Dios, rodeado por los ángeles, los santos y los justos que constituyen su corte en lo alto, muy por encima de los humanos; debajo están los mortales, horribles y repugnantes, enigmáticos, a veces cómicos, y el nivel inferior, el más miserable, es el de los condenados. Y el Diablo está allí, con sus genios, sus arpías, sus sirenas, sus centauros, gigantes monstruosos, sus endriagos o sus serpientes terroríficas, que son sus ayudantes, sus consejeros. Está allí, tocando las fibras de todos como si fueran cuerdas de un instrumento, las de los santos a los que tienta, de las mujeres a las que se aferra. Es el Señor de la noche... y la noche será siempre un misterio, un peligro para las gentes de bien que se aventuran demasiado lejos de sus casas, hacia las encrucijadas y los senderos antaño consagrados a Hécate, a los magos, a los brujos y a los muertos, a los condenados, reunidos todos bajo la égida de su amo, terroríficos y seductores, listos para reclutar a nuevos adeptos.

¿Quién? ¿Quién, en la región de la negrura visible puede resistir, mirar altivamente hacia el oeste y clamar, erguido y bien alto: «Renuncio a ti, Satán. Renuncio a ti, tirano malvado y cruel, astuta serpiente. Renuncio a ti, autor y servidor del mal, manantial de los pecados, objeto de veneración de los templos paganos, de los mercados y de las fiestas idólatras»?

Cuando llegamos a París, en la mañana del 29 de septiembre de 1995, nos enteramos de la doble noticia: la muerte de Samy, el nacimiento y la muerte del hijo de Lisa.

Ya no sé cuál fue mi primera reacción. Me acuerdo sobre todo de la cara de Lisa y del rechazo que opuso a mis tentativas de consolarla.

Durante todo un día y una noche entera permanecí acostado, postrado. Miraba a derecha y a izquierda y sólo lo veía a él: a ese hijo que ya no existía.

El vacío se había adueñado de mí: por encima de los momentos más bellos del mundo, por encima de los lazos tejidos durante horas de devoción, esa cosa inmundada que acababa de golpear en plena cara, esa cosa que se entregaba en su pavoroso espectáculo, esa cosa inaudita e inolvidable lo abolía todo; la serpiente, la serpiente estaba ahí, yo la veía, la sentía alrededor de todos y todos padecían dolor, en el corazón, en la garganta, tan comprimida que ya no dejaba siquiera que circulara la

saliva, en la cabeza que estaba rodeada de algodón, en las piernas flojas que ya no podían sostener nada, en el corazón que dolía como si se hubiera encogido, en el corazón oprimido en una jaula que de repente se volvía demasiado estrecha. Una llaga abierta avivada, trepanada con hierro candente.

Allí estaba esa serpiente, esa bestia inmundada. Era la que poseía la inteligencia, la que tenía capacidad de creación y de destrucción, la fuerza invencible: el conocimiento. Era la que lo veía todo, la que observaba a los habitantes de la tierra y modelaba su corazón. Atento a sus obras, escuchaba a los que gritan, aconsejaba, y las aguas lo veían y temblaban y el propio abismo se estremecía y las nubes derramaban sus trombas, las nubes prestaban voz, el retumbar del trueno desgarraba el cielo y los relámpagos iluminaban el mundo, la tierra rugía cuando él aparecía. Ese ser era temible por la fascinación que ejercía sobre todos y que los precipitaba en el abismo.

En el vasto cementerio de Bagneux, en un día lluvioso, enterramos a Samy y al niño nacido muerto, al lado de los primos Perlman.

Toda la familia estaba presente, así como los amigos más cercanos, los Talment, el hermano Franz, Félix, por supuesto, y otras personas que yo no conocía.

Cuando se abrieron las puertas del coche fúnebre, Paul, Béla y tres personas más llevaron el ataúd de Samy hasta el lugar donde habían cavado las fosas. Yo llevaba el ataúd pequeño, Lisa iba a mi lado. El cortejo avanzaba en silencio. Se me revolvió el estómago cuando deposité el pequeño ataúd en el suelo. Lisa sollozaba.

Tiesa y envarada dentro de su largo vestido negro, estaba tan delgada y tan pálida que parecía una niña.

Béla miraba al frente con expresión obstinada. Paul lloraba a lágrima viva, Tilla lo rodeaba con un brazo consolador.

En cuanto a Mina, tenía el rostro franco, maquillado. Llevaba un elegante traje de crepé negro. Sus ojos buscaban las miradas. Recibía calurosamente las condolencias y daba las gracias a todos con una palabra amable.

El cielo rugió y de repente la lluvia cayó en las fosas.

Mientras miraba el hoyo más pequeño, donde estaba el hijo que no había soportado la luz del día, sentí que me tambaleaba: era como si desapareciera una parte de mí. Comprendí que ese hijo, nuestro hijo, estaba muerto y a mis ojos afloraron unas gotas de agua salada. Al principio fueron unas cuantas; después fue un torrente. Lloraba por primera vez, por primera vez en toda mi vida. De mis ojos cayeron gruesas lágrimas, en abundancia. Por primera vez conocí la tristeza y la desesperación, que es como un lamento por el tiempo pasado.

En una ensoñación lancinante, el pensamiento me llevó a otro cementerio, más antiguo, donde buscaba una tumba. Era una noche brumosa y caminaba a tientas bajo el resplandor de una luna creciente.

Entonces la encontré: estaba abierta, ya no había nadie en el interior.

—¿Rafael?

Oí que resonaba mi nombre, pero desde muy lejos.

—¿Rafael?

Era Paul.

—¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Sí, sí, no te preocupes.

Lisa, a mi lado, me lanzó una mirada fría.

—¿Seguro que estás bien? —dijo Paul.

—Ya se me pasará.

De repente Béla apareció por detrás y preguntó, sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Quién les ha hecho venir?

Se refería a los periodistas que recorrían el cementerio, haciendo preguntas y sacando fotos.

—¿Has sido tú, Paul?

—No —contestó este—. ¿Para qué iba a hacer algo así?

—Con tu afición por los espectáculos morbosos, nunca se sabe... ¿Quién ha sido entonces? —insistió, mirándome a los ojos.

—He sido yo —anunció Mina.

—¿Tú? —dijo Paul, sorprendido.

—De todas maneras, no hablan con nosotros: parece que tienen algo mejor que hacer —respondió Mina.

Los periodistas se habían apiñado en torno a los Talment. La pareja de ancianos conversaba con ellos con la mayor naturalidad del mundo.

Béla se fue hacia allí precipitadamente. No sé qué les dijo, pero los periodistas se esfumaron en el acto.

Bajo la llovizna, los oficiantes recitaron una breve oración, el rabino citó un texto de la Biblia, un pasaje de Isaías del que todavía recuerdo la primera frase: «Te has unido a mi vida para que evite la fosa».

Después Mina tomó la palabra y habló un rato, con voz exaltada, levemente alterada.

—No se debe discutir con el Todopoderoso —afirmó—. Dios es más fuerte de lo que la gente imagina, y yo sé que será él quien diga la última palabra.

»Sí, yo os digo que Dios se nos revela en parte y pronto estará aquí por entero, pues se anuncia el fin de los tiempos: estad preparados, pues esta era de paz universal se extenderá pronto sobre vosotros, siento que se aproxima, sí, veo al justo entre los justos, al ser celeste próximo a Dios, siento que se avecina el fin del mundo y pronto, en un futuro cercano, otro tiempo será creado. Ha comenzado ya: los dolores del nacimiento del Mesías prosiguen. Si Samy ha muerto, si este niño ha fallecido, era un

mal necesario; y si han desaparecido, es para hacernos comprender que se acerca el final del exilio, sí, oídme, si Samy eligió sacrificarse, fue para anunciar la Venida, la Venida próxima.

—Pero ¿cómo puede hablar así? —murmuró Lisa, apretando los dientes—. ¿Cómo se atreve? ¿No ve que somos nosotros, todos nosotros, sus asesinos? No vamos hacia la era mesiánica, sino hacia el vagabundeo, hacia un error universal. Había sobrevivido a lo peor e hizo todo lo humanamente posible para seguir viviendo, para sobrevivir. ¿No ve que su suicidio es la renuncia última, que rebate todas sus alocadas teorías?

El rabino recitó el *kaddish*: la oración por los muertos, que facilita, tal como explicó Mina, el tránsito hacia el mundo venidero. A su alrededor, los oficiantes estuvieron balbuceando las pregarías con voz monocorde durante un tiempo que se me antojó interminable.

En mis oídos sonaba un ruido sordo, como de martillazos contra un bloque de metal. Cada golpe me hacía estremecer, resonaba en lo más hondo de mí.

Oh, Dios. La barbarie continuaba. Si ese suicidio y esa muerte de un niño tuvieran un sentido trascendente, sería sin duda que no hay resurrección. El mal es como la muerte: cuando lo ha agarrado a uno, no hay modo de volver.

Todos arrojaron a la tumba tres pequeños puñados de tierra. Cuando le tocó el turno, Félix se acercó al hoyo donde estaba enterrado Samy, lo contempló, luego suspendió la mano sobre la tumba y lenta, muy lentamente, como si no tuviera conciencia de lo extraño de su gesto, dejó que la tierra se fuera desgranando como una lluvia sucia.

Poco a poco se fueron todos. Quedamos sólo Mina, Lisa y yo. Nosotros dos nos alejamos para dejar que Mina tuviera intimidad junto a la tumba de su marido.

Unos pasos más allá, no sé por qué, me di la vuelta y vi un espectáculo que me dejó petrificado.

Mina reía, reía a mandíbula batiente. Nunca la había visto de ese modo. Delante de la tumba de su marido, Mina reía con ganas.

Después del entierro fuimos a casa de Mina, que había preparado una comida de duelo compuesta de huevos duros y olivas negras, según la tradición. Debía de haber unas veinte personas en el piso de la Rue des Rosiers. Mina daba vueltas entre ellas e iba presentando a los invitados como si se tratara de una recepción mundana. Lisa y Paul estaban juntos, pegados el uno al otro, en un rincón de la habitación. Béla había desaparecido en la cocina.

Félix se esfumó rápidamente; tenía que tomar el avión esa misma noche: se iba para hacer un reportaje que le llevaría un mes, o quizá dos. Su partida me entristecía: hacía mucho que no había hablado con él y sin embargo tenía una necesidad terrible de hacerlo.

Estaba sirviéndome una copa en el aparador cuando se me acercó el padre Franz.

—¿Sabe por qué ha muerto? —murmuró.

—Se suicidó —respondí con aire ausente.

—Sí, se suicidó. ¿Y sabe por qué?

—No. ¿Y usted?

Me observó un momento desde su elevadísima estatura. Llevaba sotana y sus largos cabellos acababan en rizos a la altura de los hombros.

—En la Edad Media —me dijo, llevándome aparte—, se afirmaba que los judíos tenían cuernos. Para demostrarlo, el concilio de Viena decretó en 1267 que debían llevar un sombrero con cuernos. Les atribuían una cola como al Diablo, los asimilaban a la cabra, su animal preferido. También se decía que despedían un olor específico, el *foetor judaicus*, que al parecer perdían después de haber sido bautizados... Más tarde, para los nazis, el olor racial de los judíos era una de sus características distintivas...

»Decían que los miembros de la tribu de Rubén, que habían golpeado a Jesús, hacían que se marchitara toda la vegetación que los rodeaba. Durante cuatro días aparecían en las manos y los pies de los descendientes de la tribu de Simeón unas llagas sanguinolentas, porque habían flagelado a Jesús en la cruz. Los miembros de la tribu de Leví, que le habían escupido, tenían dificultades para soplar. Como los de Zabulón habían vendido la ropa de Jesús, sus descendientes padecían de llagas abiertas en la boca y escupían sangre. Los de la tribu de Isacar, que habían atado a Jesús, estaban cubiertos de heridas incurables por todo el cuerpo. Los de Dan, que habían dicho “que su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos”, veían cumplida su plegaria. Los de Gad, que trenzaron la corona de espinas y se la pusieron a Jesús en la cabeza hasta penetrarle la carne, tienen quince desolladuras en la cabeza y el cuello. Los miembros de la tribu de Aser, que golpearon a Jesús, tienen el brazo derecho más corto que el izquierdo. Los de Neftalí, que indicaron a sus hijos que se escondieran entre los cerdos para gruñir cuando pasara Jesús, tienen dientes, orejas y olor de cerdo. Los de la tribu de Benjamín, que dieron a Jesús la esponja empapada

en vinagre, no pueden erguir la cabeza y sufren de una sed constante; cuando hablan, les salen lombrices por la boca.

»Se suicidó, Rafael, porque hace siglos que nosotros los suicidamos.

Mientras lo escuchaba me acordé de las primeras palabras que había dirigido a Félix en Berlín: le había aconsejado mantenerse apartado de aquel caso. Ese hombre hierático parecía haber quedado siempre a resguardo del mal que nos rodeaba.

—¿Quiere saber lo que pienso, Rafael? Hay que encontrar al culpable. Hay que encontrarlo y castigarlo.

—¿A qué culpable?

—Al culpable del asesinato de Schiller; o del suicidio de Samy, que es lo mismo.

De pronto se hizo un silencio total. Béla esta efectuando una reaparición señalada: volvía de la cocina con un plato lleno de fiambres. Su madre se precipitó hacia él.

—¿Qué haces? Sabes perfectamente que no se puede comer carne durante el duelo.

—No es para mí —respondió Béla.

—¿No? ¿Para quién es, entonces?

—Para él —contestó Béla, mirándome—. Él sí puede. ¡Él es *goy*, hasta que se demuestre lo contrario!

Se acercó a mí y me tendió el plato.

El padre Franz se alejó. En el salón habían vuelto a reanudarse las conversaciones.

—¿Qué mosca te ha picado? —le dije—. Ya sabes que soy vegetariano.

—¿Vegetariano? ¡Qué original para un sanguinario!

—¿Por qué estás tan pendiente de mí, Béla? —le pregunté, con voz muy calmada—. ¿Por qué me estás provocando siempre, desde el principio? ¿Puedes explicármelo?

—Te veo muy nervioso —observó Béla—. ¿Es el entierro lo que te pone así? ¿O es mi hermana? No parece que le seas de gran ayuda hoy.

—¿Es asunto tuyo, Béla, lo que pase entre tu hermana y yo?

—¿Qué vas a hacer si declaran inocente a Lerais? ¿Porque sabes, verdad, que es a él a quien quiere? ¿Que sólo se casó contigo por despecho?

—Exacto, se casó conmigo. Estás hablando de mi mujer —le hice notar.

—Puede que sea tu mujer, pero tú no eres el padre del hijo que esperaba.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—El padre de ese niño es Lerais —declaró, enseñando su dentadura amarillenta—. ¿No te habías dado cuenta de que era él?

Fruncí el entrecejo. Sentí que un furor terrible se adueñaba de mí.

—¿Fuiste tú, verdad, el que deterioró la relación entre Lisa y Jean-Yves Lerais? ¿Fuiste tú el que la puso en contra de él? Y ahora quieres repetir, ¿eh? ¿De qué te sirve repetir siempre lo mismo? ¿Crees que si te dedicas a eliminar a los otros acabarás teniendo a tu hermana para ti solo? ¿O soy yo quien te interesa? ¿A cuál de

los dos prefieres, di?

Béla se quedó desconcertado.

—Eres tú el que no se ha dado cuenta de nada, Béla. Lisa no quiere nada contigo. No sólo no quiere nada contigo, sino que para ella no eres más que una carga. Desde el principio me hablaba de ti como de la oveja negra de la familia. Si te hizo caso con Lerais, no lo hará otra vez, Béla, se acabó. Ni tampoco te escuchará tu hermano, al que martirizas y que huye de ti; si está siempre de viaje, no es para alejarse de su mujer, contrariamente a lo que piensas; él quiere a su mujer y tú lo sabes; si se va es para no seguir llevando esa cruz a cuestas. Se va a proyectar su culpabilidad a otro lado. Y cada uno hace lo que puede en esto. ¿Sabes lo que me dijo un día Lisa? Me dijo que tu madre también está que no puede más contigo, desde la adolescencia, desde que empezaste a ver conspiradores por todas partes y te encerrabas en tu habitación para pasarte la noche gritando. Por eso tu madre quiere tanto a Paul, su «ángel». Paul no es sólo su hijo preferido, es su único hijo y tú lo sabes, aunque finjan; te soportan, Béla, nada más. Pero a ti te da igual; ese es tu papel en la vida, ¿no?, hacer que te detesten todos.

—No, todos no —murmuró—. Él no.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Samy?

—Sí —dijo—. Él me pidió que fuera a Auschwitz con mi madre. No fui por ella, sino por él.

—Sí, claro —contesté—. Pero ¿sabes por qué te dijo tu padre que fueras a Auschwitz?

—Para acompañar a mi madre —respondió.

—Sí, ¿y por qué?

—Porque él no podía ir.

—¿Y por qué? —insistí—. ¿Sabes por qué no podía ir? ¿Y sabes por qué se suicidó?

—¿Lo sabes tú?

—Tu padre no llegó a superar nunca lo que hizo allí en el campo —dije bruscamente.

—¿Qué hizo?

—¿No te lo contó?

—No.

—¿De veras no te habló nunca de aquello?

Béla me asestó una mirada aviesa.

—¿Acaso te lo contó a ti? —murmuró—. ¡A ver, cerdo, atrévete, atrévete a decirme que mi padre te dirigió la palabra!

—No, no quiso nunca. Lo sabes perfectamente. Pero yo lo descubrí todo en mis investigaciones, cuando me interesé por vuestra familia.

Béla palideció al oír aquello. Me dirigió una mirada casi suplicante.

—Tu padre —dije— formaba parte de un Sonderkommando. Tu padre era

kapo^[13].

—¿Qué estás diciendo? —chilló, agarrándome—. ¡Embustero de mierda!
¡Embustero!

Entonces bajó la cabeza y me descargó un puñetazo en el pecho, a la izquierda, cerca del corazón. Sentí un dolor fulgurante y caí al suelo.

Vi las estrellas. Intenté levantarme, pero estaba demasiado débil y me desplomé. Cuando se abalanzaba de nuevo contra mí, Paul y Jacques Talment lo sujetaron y lo contuvieron con firmeza. Pero se zafó y yo sentí una segunda quemadura aún más atroz que la primera. Los ojos se me desorbitaron de espanto: había vuelto para rematar la faena. Me estaba mordiendo, clavándome los caninos en la mano.

A Béla lo internaron la semana siguiente. Después del salvaje ataque se había puesto a vociferar como un loco, profiriendo palabras amenazadoras dirigidas sobre todo a mí. No contento con saber que estaba en el hospital, me llamaba tres veces al día para insultarme, para transmitirme a gritos su odio y para asegurarme que la próxima vez no fallaría. Decía que yo quería su muerte, que era yo el que había puesto la pistola en su casa para que lo acusaran, que yo era un peligro para su hermana y para toda la familia, por la que me había interesado con el único propósito de destruirla. Los médicos le habían diagnosticado paranoia.

Yo tenía una costilla rota y la mordedura me había causado una lesión de consideración en la mano: pasé un mes en el hospital, casi todo el tiempo solo. Al principio, Lisa venía a verme cada dos o tres días, después sus visitas se espaciaron.

Cuando por fin regresé a nuestro apartamento, la encontré más delgada que nunca. Rehuía mi mirada y me trataba con frialdad. Ya no iba a esculpir al estudio. Dormía poco; fumaba mucho. Yo ya no podía acercarme a ella, apenas si podía hablarle. Me dirigía unas miradas cargadas de temor.

Estaba débil, triste y arisca. Yo comprendía que sufría y me dolía verla de ese modo y constatar mi impotencia, mi incapacidad para hacerla feliz. Me lo guardaba todo dentro y la rabia me ahogaba.

Pensaba con nostalgia en el tiempo en que quería ocuparme de ella, en que la sentía desdichada y frágil. Le había dado todo lo que tenía y también lo que no tenía. Mi entusiasmo, mi exaltación..., mi deseo.

Estábamos en el Oriente desierto, estábamos perdidos y nada podía salvarnos. Quizás el pecado original sea eso: una vez que se ha cometido la falta, nada puede borrarla. Hay un perdón posible, que consiste en recordar la fechoría, pero no hay reparación posible para el hombre: porque no hay olvido para el mal que se ha sufrido. Ese mal se queda en uno hasta que sale, bajo una u otra forma: y a menudo se descarga contra otra persona, por otro motivo. De este modo se propaga el mal: cuando se recibe y no puede devolverse, se da a otros, aun sin por ello desaparecer de uno. La única manera de detener ese proceso es devolver el mal a quien lo ha infligido: ojo por ojo, diente por diente. Pero a menudo eso resulta imposible: porque la persona ya no está ahí, porque no se puede. Entonces uno conserva el mal dentro de sí como un animalillo doméstico que se vuelve salvaje cada vez que se presenta la ocasión; o como una tenia que lo devora todo desde el interior.

Todas las noches tomaba somníferos junto con una copa de *whisky* y luego se sumía en un sueño pesado.

Un día, al ver que abría por segunda vez la cajita marrón de las pastillas, la agarré por la muñeca y la miré fijo a los ojos. Se puso rígida, como si estuviera a punto de vomitar.

—Oye, Rafael —me dijo, soltándose—. ¿Quieres que te diga qué pasa? No sé qué buscabas ni qué te atrajo de mí, pero lo que encontraste, lo has destrozado. ¿Lo entiendes? Es como si todo fuera de mal en peor desde que te conozco... Ese hijo...

—¿Me estás haciendo responsable de su muerte? —la atajé.

—No es sólo el niño. Está mi padre. Y también Béla: ¿acaso no fuiste tú el que precipitó su caída? ¿Qué le dijiste para que se hundiera en la locura?

—¡Es él! —exclamé—. Es él el que no ha dejado de provocarme desde el principio, lo sabes muy bien. Y si se ha hundido, como dices, es por el suicidio de Samy, no por mi culpa.

—Era yo quien esperaba ese bebé, soy yo quien lo he perdido y es mi padre el que se ha suicidado... Es demasiado. Demasiado sufrimiento. Demasiado para mí, demasiado para nosotros; para los dos, ¿lo entiendes?

Una noche en que ella se había quedado vagando por la casa, me levanté y la encontré engullendo varios comprimidos con ayuda de un gran vaso de licor.

—Pero ¿qué haces? —le dije, arrancándoselo de las manos—. ¿Es que te has vuelto loca?

—Devuélvemelo —reclamó con brusquedad.

La miré sin comprender.

—Devuélvemelo —repitió—. No pienso pedírtelo otra vez.

Alargaba con firmeza la mano para que le diera el vaso.

—Pero no puedes hacer eso —señalé con prudencia—, mezclar alcohol con barbitúricos.

Me miró de arriba abajo con aire infernal.

—Fuiste tú quien me enseñó a hacerlo, ¿no? Decías que el alcohol no me hacía ningún efecto.

Tenía las pupilas dilatadas: era la primera vez que la veía un poco achispada.

Le devolví la copa y se tragó su contenido de una vez, sin dejar de mirarme. En sus ojos brillaba una llama de maldad, un centelleo de intensidad fulminante.

De repente, su mirada se endureció. Sacó un cigarrillo del paquete que estaba sobre la mesa, y con una voz grave que yo no le conocía, anunció:

—Oye, Rafael, creo que no podemos seguir así. Hay que tomar una decisión.

¿Tomar una decisión? Me invadió una oleada de pánico.

¿A qué decisión se refería?

Yo no podía existir ya al margen de ella. ¿Acaso no se lo había dado todo? Lo mejor que tenía y también lo peor: mi odio, mi desesperación, mi locura.

—A ver, Lisa, cálmate. Los dos hemos pasado unos momentos muy duros. Pero

eso no es motivo para «tomar una decisión», como dices tú.

—No es eso y tú lo sabes.

—¿Qué es, entonces?

—Desde hace un tiempo, ya no te reconozco, Rafael.

—¿No crees que eres más bien tú la que ha cambiado, con todos estos malos tragos? —respondí—. El suicidio de tu padre, la muerte de ese niño...

—No es eso —insistió—. No sé por qué, pero ya no me siento del todo segura contigo.

—¿No dijiste lo mismo de Jean-Yves Lerais? Que había cambiado, que ya no lo reconocías...

—No... No es sólo eso. Es más bien que... me estoy dando cuenta de que no sé nada de ti. Me casé contigo porque vi que te amaba, que me había enamorado de ti..., en todo caso lo creí. Pero no sé nada de ti, nada de tu pasado, de tu familia. Lo único que sé es lo que veo. Casi no tienes amigos. En general te cuesta soportar a los demás. Tienes unos celos feroces y a veces dices cosas raras que me avergüenzan, como cuando cuentas a todo el mundo tus elucubraciones sobre Hitler. Es extraño que un historiador dé una imagen tan poco racional. Y luego, algunas veces también, siento que en el fondo de ti hay una especie de cólera terrible y temo que estalle como una tempestad. ¿Te acuerdas de aquella anécdota que me explicaste? ¿Que tu padre te había llevado al matadero a los diez años?

—Sí.

—Creo que nunca saliste de ese matadero, Rafael. La sangre, la violencia. Eso es lo que buscas a través de la Shoah. Al principio no me molestaba. «Por fin hay alguien —me decía— que trata de comprender y que quizá me ayude a saber más sobre el tema». Pero ahora pienso que tu interés por la Shoah es sólo el reflejo de tu odio hacia el género humano. En el fondo no quieres a nadie, Rafael. A nadie excepto a ti mismo. Te admiras... Te crees la persona más recta y más inteligente del mundo, pero yo sé que hay otra cosa en ti, algo extraño, terrorífico...

—Estás borracha, Lisa. No sabes lo que dices.

—Sí, sí lo sé... Es ese deleite que aparece en tu mirada cuando hablas de ello...

—¿Cuando hablo de qué?

—De la Shoah.

Se aproximó a mí y se detuvo muy cerca, apuntándome al pecho con el dedo. Se tambaleaba. Yo sentía su aliento, fuerte, cargado de alcohol. Tenía las pupilas dilatadas.

—Pero ¿qué dices, Lisa? —repuse en voz baja—. El deleite que hay en mi mirada eres tú: juntos hemos saboreado el paraíso, ¿te acuerdas?, en el viaje de bodas. ¿Te acuerdas de Israel y de todo lo que dijiste allí?

La abracé. Por una vez no opuso resistencia.

—¿Sabes? —dije al tiempo que le apartaba una mecha de pelo—. Yo he alcanzado contigo el nivel de realidad más alta que pueda existir. Algunos llegan a él

a través del misticismo, otros por medio de la religión o la espiritualidad. Yo lo he conseguido gracias a ti, al conocerte. Es cierto que no sabes casi nada de mí, pero es porque no hay nada que saber. Antes de conocerte, flotaba en la superficie de las cosas sin que nada me alcanzara realmente. Pero tú me has sacado de mí mismo, Lisa. Me has hecho entrever el mundo.

—Ya no es como antes —contestó, desprendiéndose con brutalidad del abrazo—. Yo también he cambiado, Rafael. Ya no soy la misma.

—Ya lo veo...

—Estoy cansada. Y no es sólo eso. Estoy al borde del precipicio, Rafael... Pienso en ello constantemente.

—¿En qué?

—En el suicidio.

—¿Cómo dices?

—Me llama por la ventana, por el hueco de la escalera, está en el frasco de tranquilizantes, en los cajones de la cocina e incluso en las bolsas de plástico que traigo de la tienda...

La miré en silencio.

—Tengo que irme. Al menos por un tiempo.

—Espera un poco. Reflexiona. No estás en condiciones de decidir nada. Mañana nos ocuparemos de todo eso.

Al día siguiente por la mañana le preparé un café humeante para aliviar su dolor de cabeza.

—¿Sabes qué vamos a hacer, tú y yo? —le dije.

—¿Qué?

—Vamos a irnos.

—¿A irnos?

—Lejos; lejos de aquí. Una larga temporada. Y cuando volvamos, todo irá mejor. Te lo prometo.

Viajamos durante varios meses. Estuvimos en Córcega y luego en Sicilia. De allí subimos hasta Roma, donde nos quedamos bastantes días. Después visitamos Europa del Este, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia y Albania. Atravesamos todos aquellos países, vimos multitud de paisajes y de personas, de ciudades, montañas, lagos y mares, pero nada parecía disipar el tedio que impregnaba la mirada de Lisa. Por más que yo hiciera todos los esfuerzos posibles para distraerla, para tratar de arrancarle una sonrisa, no había forma. Paseaba su indiferencia de ciudad en ciudad, sin interesarse por mis clases de historia ni por mis abrazos. Yo tenía la impresión de que era mi presencia lo que la incomodaba. En los hoteles, acabamos por dormir en

habitaciones separadas.

Una noche —era en Budapest—, me había dejado solo una vez más: había subido a su habitación. Era temprano. Pasé la velada bebiendo y fumando. Entrada la noche, en un estado de cierta embriaguez, irrumpí en su habitación, que comunicaba con la mía.

Lisa dormía. Oí su respiración regular. Arranqué con rudeza las sábanas. Se despertó bruscamente, encendió la luz y me miró con extrañeza.

Ya no sé cómo ni por qué llegué a ese extremo: a pegarla para que me besara, para que me abrazara, a forzarla. El dolor, sin duda, me llevó a actuar de ese modo. El dolor y el odio. Sin esos ingredientes no habría podido perder el control hasta el punto de gritar que iba a matarla, sí, que iba a matarla.

Ella forcejeó y escapó de mis brazos para refugiarse en el cuarto de baño, donde se encerró. Allí pasó el resto de la noche llorando, de miedo y de pena, sin escuchar las excusas y las súplicas que yo le dirigía desde el otro lado de la puerta.

Al día siguiente tomamos el avión de regreso a París.

Ella se puso a preparar las maletas no bien llegamos a casa. Antes de irse, delante de la puerta, con el equipaje en la mano, me miró y luego sonrió con aquella sonrisa suya, dulce y modesta, la que le había visto cuando la conocí, la que no percibía en ella desde hacía mucho...

—¿Quieres saber la historia del tío Morali? Siempre has querido saberla, ¿no? —dijo de improviso.

—Sí.

—Cuando se promulgaron las leyes de Vichy —explicó—, el tío Morali se presentó en el ayuntamiento para pedir que lo inscribieran en el registro como judío, ya que él, Morali, era ciudadano de la República y obedecía sus leyes, todas sin excepción. Pues bien, por una afortunada casualidad, el policía que se ocupaba de las inscripciones era un conocido suyo. Al oír la petición del tío, el hombre lo miró a los ojos y le dijo:

»—No, usted no, señor Morali, usted no.

»—Que sí, lo ordena la ley; y usted sabe que yo soy judío.

»—Que no —contestó el otro con un guiño—, usted no, señor Morali.

»—Que sí, le digo, quiero inscribirme, se lo ruego. No me da vergüenza.

»El policía volvió a insistir, pero al final, viéndolo tan decidido, no tuvo más remedio que hacerlo. Un mes más tarde, el tío Morali fue deportado.

Ella volvió a sonreír.

—Es una historia boba, ¿no?

Tras la partida de Lisa, me encontré frente a frente con la nada. Lo tenía todo y lo había perdido todo: una familia, una mujer, un hijo. Recordaba la época feliz en que vagaba por el Marais en busca de Lisa, en que íbamos juntos a la piscina, y la felicidad había culminado en Israel, antes de decaer como un imperio en declive. Pero el recuerdo, el elegido, ese mundo mágico superior al espacio y al tiempo, nostalgia infinita de la habitación de la desposada, reposo y plenitud del alma, estaba envuelto en la memoria, total, plomiza y verdadera, tan pesada de cargar, unión de los acontecimientos presentes, pasados y anteriores que nunca más retornan: ni los momentos dichosos, ni los desdichados, ni las faltas graves cometidas en relación al prójimo, perdonables quizá, pero irreparables para siempre. La memoria derrama plomo en la herida placentera del recuerdo y le impide evadirse del mundo, salir, librarse de su mortal abrazo para reencontrarse con la ilusión de la posesión de sí. No en vano la memoria constituye por sí sola el auténtico conocimiento, pero se trata de un conocimiento terrible, implacable, absoluto, que surge del matrimonio supremo de la verdad y de la moral, que el recuerdo, parcial, epicúreo y momentáneo, no comprende.

Yo había explicado un día a Félix que el conocimiento trae consigo la salvación, pues conocerse es comprenderse, es aprehenderse como un objeto distinto y distante de sí con el fin de devolverse a sí mismo y retornar a sí. También le decía que la comprensión lo libra a uno de la memoria subjetiva y la desgaja en pequeños fragmentos de recuerdos... Pero ¿qué objeto tenía, ahora, tratar de comprender? Lisa se había ido, Félix no estaba y yo no tenía nadie que me consolara.

¿Qué podía hacer? ¿Vivir? ¿Comer? Es decir matar, asimilar, digerir y ser culpable. ¿Acaso no somos todos así..., salvo quizás esos hindúes que caminan barriando el aire con un abanico para no matar a los insectos a su paso? Me acordé del miedo que había tenido en Roma durante el paseo nocturno. Comprendí su verdadera naturaleza: no era miedo al universo. El universo era yo: era de mí de quien tenía miedo. No es mi enemigo el que me ultraja, eso lo soportaría, no es el que me pega quien me destroza, podría protegerme de él; eres tú, mi otro yo, mi amigo íntimo, el que está más escondido en mí, antes de mí, detrás de mí.

¿Quién era yo? ¿Qué sería? ¿En qué me convertiría?

¿Quién era yo? ¿Adán, el hombre inocente; o bien la serpiente?

¿Quién soy yo? Soy igual como era en un principio.

¿Qué seré? El que fui en un principio.

Escaparse, huir, huir de ese mundo, tomar los atajos e intentar por todos los medios el verdadero éxodo, hacer acopio de fuerzas, mover las extremidades y unir todas las parcelas del alma disuelta para alcanzar el objetivo supremo. Hacía tanto

que juntaba los fragmentos dispersos para construir esta ficción, yo... Sin embargo, la única manera radical de crear es, como el alumbramiento de un hijo y como el nacimiento de un mundo, por contracción, por retracción.

Todo se mezclaba en mi cabeza, todo se atropellaba a una velocidad de vértigo. Algunas palabras (aprender, corregir, castigar, mundo futuro, esperanza, paraíso, sufrimiento, redención) me volvían constantemente al pensamiento y me obsesionaban. Me parecía que alguien me las decía muy bajo al oído, como en un susurro.

Oía voces. Me decían, por ejemplo: «El furor de Dios ha caído sobre ti, porque has desobedecido». Y yo entendía: «El *führer* de Dios».

Ya no podía dormir. Pensaba en Lisa sin parar. No sabía siquiera dónde estaba, porque no me lo había querido decir. La echaba de menos por la mañana, la echaba de menos por la noche. La veía, la contemplaba con los ojos muy abiertos, le hablaba como si estuviera presente, dialogaba con ella durante horas.

Fumaba. Y también bebía, mucho. Todas las noches iba al bar del Lutétia y me quedaba allí hasta muy tarde, hasta lo más tarde posible, hasta haberme emborrachado lo suficiente.

Por las mañanas tenía una resaca terrible y unas náuseas tan intensas que lo único que podía hacer era volver a la cama tras haber vomitado, después de haber escupido los pulmones. Al cabo de un mes de llevar esa vida, estaba muy débil. Mi cuerpo enfermo, repulsivo, cada vez más descarnado y hediondo, era una tumba ambulante. Sufría unos dolores de cabeza tan terribles que ya no soportaba la luz del día. Vivía con las persianas permanentemente bajadas. Era un sonámbulo, un muerto viviente.

Había dejado de lavarme; no soportaba el contacto del agua, que me quemaba la piel. Me repugnaba la comida. Cada vez estaba más flaco; tenía los ojos doloridos, inyectados en sangre; los pómulos y la mandíbula me sobresalían bajo la fina capa de piel de la cara; los hombros encorvados apenas llegaban a sostener mi esqueleto. La piel se me había ajado como un fruto demasiado maduro y mi cuerpo olía a podrido. Cada día equivalía a años y una mañana, al mirarme en el espejo, vi el rostro de un viejo.

Una mujer lo miraba: tenía el pelo negro, tan oscuro que desprendía un brillo violáceo. En asombroso contraste, sus ojos clarísimos atraían la mirada como un espejuelo. Su piel blanca era tan fina que se percibía el palpitar de las venas azuladas de las sienes al menor movimiento.

O quizás era, por el contrario, un hombre de facciones duras, de semblante tallado en piedra. Tenía una nariz recta y fina, una frente despejada y su boca de labios carnosos dejaba entrever unos dientes voraces.

Me reunía con Félix en el Lutétia todas las noches. Le hablaba de Lisa durante largas horas. Él me escuchaba pacientemente, sin decir nada.

Una noche me informó de que habían fijado la fecha del juicio contra Lerais: sería el 24 de octubre de 1997. Él tenía intención de continuar con la investigación. Yo podía ayudarle y, sobre todo, debía retomar mi tesis. Cabía la posibilidad, dijo, de que la separación de Lisa no fuera para siempre; mientras tanto, era imprescindible que no me dejara arrastrar por el abandono.

Eso fue lo que hice durante el año siguiente. Trabajé con empeño. Pasaba el día en los Archivos y por la noche me encontraba con Félix en el Lutétia, para cenar o para tomar una copa.

Félix me obligaba a correr. Yo había recuperado mis antiguos hábitos de insomne: a las tres de la madrugada me encontraba en un solitario Campo de Marte, sin palomas, sin autobuses holandeses ni turistas estadounidenses, y corría, corría hasta agotarme.

En los Archivos, ese teatro donde intentaba distraerme, me fijaba más en los viejos que en las jóvenes. Había entre ellos una especie de sabio loco, uno de esos investigadores que se aferran a su archivo como un náufrago a su tabla de madera, pero cuya obra y descubrimientos quedan relegados siempre para un futuro inmediato. Con la ropa descuidada, la camisa descolorida, la cara chupada y el pelo cano en desorden, ese hombre llevaba unas enormes gafas de sol, de vidrios amarillentos, de esos que supuestamente garantizan la uniformidad del bronceado a la vez que protegen los ojos y la piel. Esas gafas eran un elemento heteróclito, un verdadero sinsentido: un signo gratuito, un añadido, un rasgo de originalidad tal vez, o quizás una provocación, un detalle de coquetería. Ese hombre, ese misterio, trabajaba en un rincón al que no llegaba el sol y ahí se quedaba, él, el contemplador de incunables, el viejo sabio desconocido, sin quitarse nunca, ni en verano ni en invierno, sus gafas de surfista o de modistilla un poco vulgar. Quizá se protegía contra el fuego del conocimiento —la luz del saber— y prefería seguir buscando con la mirada velada.

Volví a ver a Lisa varias veces. Por casualidad, en la calle. Vivía temporalmente en casa de su madre y había reanudado su trabajo en el estudio.

Eso es todo.

Y así transcurrió, mal que bien, el tiempo, hasta el juicio de Lerais, lentamente, dolorosamente, con dificultad. Aquellos fueron para mí largos momentos de ascesis, de pena y de mortificación canalizada en el trabajo. ¿Por qué? ¿Por qué la había perdido? ¿Y por qué seguía amándola? ¿Por qué la veía por todas partes? ¿Y por qué la odiaba? ¿Y por qué la echaba tanto de menos, de noche y de día? ¿Por qué estaba como un muerto viviente, queriéndola todavía?

Dirigía la mirada al cielo y veía siempre, siempre la misma pregunta, obsesiva, escrita en polvo de estrellas: ¿cómo ver claro en esta noche profunda? ¿Existe una luz sobre la que se apoya la oscuridad? ¿Cómo se pasa del bien al mal, del mal al bien, cómo comprender la idea del bien si no se tiene la del mal?

Igual ocurre con lo bello y lo feo y con todo cuanto existe. Detrás de un ser hay otro y viceversa, como si el bien y el mal fueran las dos caras de una misma moneda, y el hombre, ese microbio caótico, trata de construir su identidad al margen de las dos fuerzas para dominarlas; pero a veces estas escapan a su control y se entregan a extravagantes maniobras, y entonces el hombre no entiende ya nada. El agua, tan pura, el agua que lava todas las llagas, las del cuerpo y las del alma, el agua fría que reafirma las carnes y vivifica el cuerpo y el agua caliente que rebaja la tensión y la fatiga, ¿iba a poder lavar ese mal?

Después de embeberme de ella, había creído ser diferente. El agua era manantial de juventud: daba la frescura, daba la vida, daba el amor, daba la muerte. No, no había Providencia. El Mal no provenía de la ignorancia, ni de la estupidez, ni de la pereza. El Mal se enseñorea tanto de los corazones simples como de los corazones malvados, de las almas dichosas como de las tristes. El Mal llega; pero nadie sabe de dónde viene. El agua no es sólo agua purificadora. También es Diluvio y tempestad.

Mi tesis progresaba, por fortuna, gracias al aliento que me daba Félix. Era mi única satisfacción. En ella me interesaba por la decisión final del exterminio de los judíos y demostraba que, durante el verano de 1941, los judíos tenían abierta la posibilidad de la emigración, aun cuando se hubieran dictado algunas restricciones.

En agosto se decidió hacerles llevar una insignia y en septiembre comenzó la deportación hacia el este. No obstante, desde finales de los años treinta, Hitler pretendía llegar a una solución territorial en caso de victoria, y a una solución radical sólo en caso de que se torciera el rumbo de la guerra, a modo de represalia. Durante el verano de 1940 aún estaba dispuesto a enviar a América a los judíos de Europa. Mientras preparaba la campaña de Rusia, no hizo nada contra ellos, porque creía tener cercana la victoria. Solamente cuando la guerra cambió de signo les tocó a los judíos soviéticos ser víctimas de su furor.

En mi opinión, era la guerra lo que había provocado la cólera y el pánico en

Hitler. Él y sus hombres no habrían perpetrado ese crimen si todo hubiera discurrido tal como esperaba.

La resistencia de los soviéticos, las dificultades económicas y la experiencia traumática de 1918, la vergüenza de la derrota, habían vuelto menos sensible a la población, más permeable al odio racista. Los alemanes pensaban que corrían, una vez más, el riesgo de derramar su sangre y que los judíos serían los vencedores de aquella guerra eterna: por eso había que exterminarlos. Eran el enemigo absoluto que adoptaba los rostros opuestos del bolchevismo y del capitalismo y que pronto se revelaría, sin duda, tal como era, en su unidad diabólica.

El único acontecimiento destacable de aquellos duros años fue la velada que pasé con el hermano Franz. Estuvo unos días en París y quiso verme.

Me encontré con él delante de los Archivos, donde lo había citado. Caminaba lentamente; como si avanzara a tientas.

—¿Se le ha debilitado aún más la vista, padre Franz? —le pregunté.

—Sí. Cada vez veo menos.

—¿Por qué no lleva gafas?

—No me molesta verlo todo borroso. Me da la impresión de hallarme en un universo más familiar. Los contornos de las personas y de las cosas son menos nítidos. Todo es más suave, más difuminado...

Lo llevé al café de la Rue des Rosiers donde cenamos Lisa y yo la primera vez y al que acudía a veces, a sumar mi pena a la de los rabinos que lloraban en las paredes.

—¿Sigue investigando la policía alemana el asesinato de Schiller —le pregunté —, o han cerrado el caso después de la inculpación de Jean-Yves Lerais? Usted decía que había que encontrar al asesino. ¿Lo ha encontrado? ¿Lo ha buscado?

—Siempre me hace la misma pregunta, Rafael. ¿Quién mató a Carl Rudolf Schiller? ¿El ángel de sangre fría, el Demonio del Mal? ¿O bien el hombre normal? ¿Por qué iba alguien a matar a Schiller? ¿Cuál era el motivo, el móvil de ese asesinato? Lo único que sabemos es que un hombre mató a Carl Rudolf Schiller. ¿Qué ocurrió en su alma para que llevara a cabo ese acto? ¿Fue confiscada por el Mal, que utilizó su brazo y la totalidad de su cuerpo para cumplir su propósito? No, no he buscado al asesino, no me corresponde hacerlo, pero he meditado.

—¿Y bien?

—Creo que hay que estar poseído, literalmente, es decir sustraído a la presencia de sí para llegar a eso. Sólo Satán sabe construir los pensamientos para sustraer al hombre de sí mismo. Sólo el separador es capaz de quebrar la unidad del hombre.

»Eso pasó precisamente en la Segunda Guerra Mundial. Varias naciones se cebaron en una nación, pequeña, despreciada, débil. Una de ellas, la más civilizada, industrial, rivalizó con las otras para hacerla desaparecer. ¿Cómo se puede comprender? Ahí es donde Satán entra en escena: fue él, bajo capa del hombre civilizado, el que imaginó, pensó, organizó y ejecutó su obra hasta en los más mínimos detalles. Es Satán: la otra cara del Occidente del que reniega con todas sus fuerzas. El Mal es así: agazapado en cada uno de nosotros, en la parte oculta, nocturna, de nuestra personalidad. Surge en régimen diurno cuando el entorno político y religioso ha preparado el decorado de la obra macabra que le gusta tanto representar y lo envuelve todo con sus tinieblas. En eso he pensado, Rafael. Y además, en otra cosa. —¿En qué?

—He pensado en una historia..., bueno, se trata más bien de una parábola. ¿Quiere que se la cuente?

—Adelante.

—Empieza así. Jesús resucitado regresa al mundo en 1940 y se ve deportado porque es judío. Así que le detienen, lo meten en un tren y lo mandan a un campo de concentración. Y allí ve el sufrimiento de todo su pueblo; y él también sufre. E interpela a Dios como lo hizo Moisés al ver la esclavitud de sus hermanos en Egipto, y le pregunta:

»—¿Por qué? ¿Por qué tanto sufrimiento?

»Y he aquí que se le aparece Dios:

»—Esta gente muere por mí. Y tú también, Jesús, morirás por mi nombre, porque eres judío...

»Entonces Jesús le responde:

»—¿Apartarás de mí ese cáliz o volverás a abandonarme?

»Acababa de decir estas palabras cuando hubo un bombardeo en el campo. Cunde el pánico. Muchos aprovechan para escapar. Entonces Jesús da gracias al Señor, luego se precipita sobre un soldado de la SS, lo mata, se viste con su uniforme y escapa. Él, Jesús, se dedica a recorrer ciudades y pueblos con ese uniforme de la SS. Un día se encuentra con una patrulla de la SS y tiene que unirse a ella. Juntos se desplazan a un pueblo donde arrestan a unos judíos, a los que después conducen a un bosque. Comprendiendo lo que va a ocurrir, Jesús carga su fusil y mata a los soldados antes de que asesinen a aquellas personas. Entonces una voz desgarró el cielo:

»—¡Jesús! ¿Qué has hecho? —clama la voz—. ¡No has cumplido tu misión, tendrías que haber dejado que mataran a tus hermanos y morir a su lado!

»—Pero ¿por qué? —contesta, postrándose de rodillas, Jesús—. ¿Por qué esta injusticia?

»—Lo sabes muy bien, Jesús, para salvar a la humanidad.

»—¡Pero si he salvado a la humanidad, puesto que he salvado a esos hombres a los que iban a matar los de la SS! —replica Jesús—. ¡Tú siempre has enseñado a tu pueblo que había que ponerse del lado de los perseguidos y no de los perseguidores! ¿No es eso lo que he hecho?

»—Qué hábil sofisma, Jesús —responde la voz divina—. Pero sin el sufrimiento no puedes cumplir tu misión, del mismo modo que la Naturaleza no puede cumplir la suya sin el Mal que la constituye. Porque en el Mal, ¿sabes?, reside el origen de todo crecimiento, es él quien hace progresar las cosas y el que procrea desde fuera. Sin él, la Naturaleza se repliega sobre sí misma y son incapaces de desplegar sus potenciales. Tú crees que has salvado a la humanidad, pero has salvado sólo a unas cuantas personas y has obstaculizado el buen curso de las cosas.

»Entonces Jesús se pone a mirar a los nazis que yacen en un charco de sangre a sus pies; y luego mira a los hombres, las mujeres y los niños que permanecen apiñados, observándolo con estupor a causa de su uniforme.

»—Pues no estoy de acuerdo. Me ha complacido salvarlos, sí, me ha complacido más salvar a esta gente que morir... Sí, he querido matar a esos alemanes que son

unos asesinos. ¿Y sabes qué? Voy a continuar.

»—¡Hijo indigno —tronó Dios—, hijo desnaturalizado, no te he hecho resucitar para que te unas a la Resistencia! ¡Nunca ha sido esa tu función! Tú eras mi cordero, mi mansa oveja. ¡Preferías morir a matar!

»—Pero —replicó Jesús— ¿acaso no ves que esos hombres han ido demasiado lejos para tu sabiduría? ¡Ya no riges! ¡Te has dejado desbordar!

»—Ellos son también hijos míos —señaló Dios.

»—¿Hijos tuyos, los de la SS?

»—Sí, esos hombres que has matado son hijos míos. Son hombres, Jesús, no lo olvides.

»—¡No, padre! ¿Son hombres quienes quieren hacer desaparecer a los hombres?

»—No has comprendido nada —dijo con calma Dios—. Voy a explicártelo. Entre los hombres se encuentran aquellos a los que yo he elegido especialmente para dar testimonio de otra moral, a costa del sufrimiento y del sacrificio. Ellos poseen también un ideal: el de mostrar mi ley de amor. ¡Y tú tenías la misión de despertar el alma del asesino para tu sacrificio y dejar constancia de que hay un Redención posible! Debes saber, además, que sin ellos no eres nada, de la misma manera que sin ti ellos tampoco son nada.

»Entonces Jesús cae de bruces en el suelo y dice:

»—¿Quién comprenderá tus caminos, Señor? ¿Y qué quieres? ¿Que Satán viva y que el hombre te sirva? ¿Que el hombre deje obrar a Satán, que reciba pasivamente el mal de él para demostrarle que te ama y que te es fiel a ti, Dios del amor incondicional?

»—Yo quiero que Satán viva y que el hombre domine. Y a ti te corresponde el papel de héroe mártir: tú eres el que supera a la Naturaleza y que, al enfrentarse a la muerte, tiende por la transfiguración de la gracia a oponerse al mal que la humanidad rechaza y que cada cual trata de sofocar en sí mismo.

»—No quiero seguir siendo el afligido y el menospreciado, aquel a quien escupen, aquel a quien imputan cien crímenes de los que es inocente, aquel que, solo entre sus enemigos, te interroga sobre el sentido de sus sufrimientos mientras tú, ¿qué haces tú? ¡Nada! ¿Recuerdas mis últimas palabras en la cruz? Te pedí, te imploré que no me abandonaras. Nunca te lo he perdonado, yo que perdoné incluso a los ladrones, te aseguro que desde entonces estoy resentido contigo, por haberme abandonado a mi suerte. Por haber guardado silencio. Como si no vieras ni oyeras. Tú sabes muy bien cuál es la verdad: Yo nunca quise morir en la cruz. Me obligaste a ello en contra de mi deseo. ¿Y cómo podría perdonarte cuando te supliqué que no me abandonaras y que apartaras de mí ese cáliz? ¿Piensas que mi premio fue vencer a Satán? ¿Acaso no ves mi impotencia alrededor de ti, tu impotencia? En la cruz no me pusiste a prueba a mí, sino que desafiaste a Satán y fue a mí a quien confiaste la tarea de vencer al príncipe de las tinieblas. Y yo, que morí por eso, abro los ojos ahora y veo a mi alrededor los campos de concentración, los fuegos, el desastre, la catástrofe, la

abominación. En estos momentos puedo decirte que no voy a repetir la misma estupidez, no me mantendré pasivo, porque esta vez he comprendido: la única manera de vencer al mal, la única manera de dominarlo, es combatiéndolo y exponiéndose incluso a matar si es preciso, pues de esa lucha surgirá la salvación.

»—¿Combatirlo..., actuar igual que él, entonces? —respondió la voz divina—. Mírate, Jesús: fijate en qué te has convertido: ¡tienes las manos cubiertas de sangre y eres un asesino, un verdugo, un SS exterminador de SS! ¡Llevas el uniforme, Jesús! Pero ¡qué has hecho! ¡Desgraciado! Todas las familias eran benditas gracias a ti y tú debías estar a mi lado, al lado del Padre eterno, para la salvación de todos. Sí, tú eras mi cordero, el cordero de Dios que quita el pecado del mundo, que redime de todas las faltas con su ejemplo, tú eras la encarnación del Verbo, eras el salvador gracias a la crucifixión, pues mediante la pasión compensaste los pecados de los hombres, sí, tú eras el chivo expiatorio de los pueblos y tu abandono era el reflejo de un destino redentor; te hice atravesar la muerte para renacer ahora y así proclamar una y otra vez este mensaje a los hombres. ¿Te das cuenta de lo que significa? ¡Amar hasta el punto de ser capaz de morir por lo que se ama! Esa es la fuerza del amor. Sólo por esa vía el amor se ve reconocido y glorificado. Es la gran lección de la historia humana: el amor es el auténtico camino de salvación.

»—Cuando se está en el seno del mal, el amor no es la solución —contestó Jesús.

»—¿Cuál es entonces la solución, según tú?

»—La justicia. Tu justicia: ojo por ojo, diente por diente.

»—Pero ¿qué dices?

»—Digo que quiero pelear para instaurar la justicia allí donde los hombres son incapaces de amor.

»—¡Calla! Vuelve, Jesús, regresa a mí y sacrificate por el bien de la humanidad.

»Pero Jesús se iba ya, rabioso ante ese Dios que no había comprendido nada.

»Para subrayar su rebeldía, conservó el uniforme de la SS y se convirtió en verdugo, en un verdadero verdugo, y se puso a matar judíos. Integrado en un comando, recorría los pueblos con sus camaradas de la SS y masacraba familias, hombres, mujeres y niños; a cuantos encontraba a su paso, los llevaba al bosque para asesinarlos, después de saquear y quemar sus casas. Como un vándalo, Jesús se introducía en las sinagogas y profanaba los rollos sagrados, los libros y los mantos de oración antes de prenderles fuego. Se iba a los guetos y allí encerraba a los judíos, condenándolos al hambre, las epidemias y la miseria.

»Integrado en las cohortes de las SS, entraba en las ciudades, quemaba las tiendas, destruía y saqueaba cuanto contenían y las llamas subían a su alrededor, en los pisos y en las casas soladas, y los cristales volaban por las ventanas y la porcelana se rompía con estrépito contra la acera y las plumas de los edredones destripados formaban unas bolitas como de nieve que caían hasta el suelo.

»Había perdido el respeto por los muertos y por los vivos: en los cementerios, profanaba las tumbas; en los pueblos, tomaba las vidas. Cada día cargaba su fusil,

apuntaba a las familias atemorizadas y ponía más empeño en la labor que todos sus congéneres, a quienes no faltaba sin embargo motivación. Poco a poco, se hizo famoso como uno de los miembros más terribles de la SS, como aquel que no experimentaba nunca la menor piedad.

»Un día en que la expedición había sido particularmente sangrienta, un gran relámpago desgarró el cielo.

»—Pero ¿qué haces, Jesús? —clamó la voz de Dios—. Te has vuelto completamente loco.

»—En absoluto —disintió Jesús—. Me pediste que me sacrificara por el bien de la humanidad y eso es lo que hago. He dado a los judíos la oportunidad de ser víctimas; como antes lo fui yo. Por eso deben darme las gracias y también debes hacerlo tú, porque yo soy tu verdadero siervo... He comprendido bien la lección: si hay que morir para salvar al mundo, entonces es necesario que alguien se sacrifique para que otros puedan cumplir su misión. El verdadero sacrificio es el del verdugo, al que no se otorga siquiera la gloria de pensar que muere inocente. ¿Lo entiendes ahora? Yo realizo el sacrificio supremo, el sacrificio de mi sacrificio, y mato a esa pobre gente para gloria de Tu nombre.

—Y bien —inquirió el padre Franz—, ¿qué le ha parecido mi modesta parábola?

—Interesante —repuse—. Poco ortodoxa.

—¿Sabe? —continuó el padre Franz—. Si le dije que se mantuviera al margen de ese asesinato, es porque siento que hay en él algo que supera a la fuerza del hombre...

—¿Qué le lleva a pensar eso?

—Ese cuaderno.

—¿Se refiere al cuaderno marrón? ¿Dónde cree que puede estar?

—No tengo la menor idea, Rafael; y eso es precisamente lo que me inquieta. Yo lo devolví a su sitio en Auschwitz, siguiendo las indicaciones de Mina. No sé quién fue a desenterrarlo otra vez antes que ella.

Al final de la velada, antes de separarnos, el padre Franz me formuló una última pregunta:

—¿Cómo está su esposa, Rafael? No me ha contado nada de ella.

—Lisa... se fue —respondí con voz ronca.

—¿Que se fue? ¿Adónde?

—Se fue, nada más.

—Ah —dijo—. Lo siento. Pero ¿es temporal?

—No lo sé. Ni siquiera sé dónde está. Ya no quiere que la llame. No me ha dado su nueva dirección. La única persona que podría decirme dónde está es su madre, pero su madre está demasiado contenta de que me haya dejado para darme cualquier información.

- La quiere, ¿verdad?
- La querré siempre.
- Entonces no la deje. No la deje *desaparecer*.

SÉPTIMA PARTE

El 24 de octubre de 1997 se inició el juicio contra Jean-Yves Lerais. Entre los testigos citados para declarar estaban además de Mina, Béla, Paul, Lisa, Félix y yo, y Ron Bronstein el padre Francis, Jacques Talment y Michel Perraud, así como el padre Franz.

El primer día del juicio, Félix y yo fuimos juntos al palacio de justicia. Al entrar en el imponente edificio me sobrecogió la solemnidad del entorno; las contundentes escalinatas de piedra, las estatuas y las grandes salas adonde se dirigían, presurosos, los abogados, parecían formar parte de un decorado de teatro, un gran escenario en el que cada cual debía representar su papel, en virtud del poder que la moral —o la República— le confería.

Para llegar a la sala de vistas de lo criminal había que subir por una vasta escalinata a la que acompañaba, cubriendo toda la pared e incluso el techo, un enorme espejo que parecía un lago de cristal. Levanté la mirada: allí estaba, me dije, el secreto de nuestro origen, en la parte celeste de la oscura superficie, omnipresente y opaca, que pesaba como un velo. Quizás ese día íbamos a saber.

Saberlo todo. Eso es lo que todos desean. Saber de dónde vienen, por qué están aquí, adónde van. A su alrededor no hay más que tinieblas y las grandes salas no dejan entrever ninguna luz. ¿Quién va a salvarlos de la angustia infernal? ¿Quiénes son y dónde están? ¿De dónde son? ¿Y por qué han ido allí? ¿Adónde van? Van simplemente a conocer la génesis del crimen. ¿Les resultará de este modo menos ajeno? ¿O conseguirán apartarse aún más de él, hasta conseguirlo del todo, hasta conseguir vivir aquí, vivir ahí abajo, sin más vínculo entre los dos mundos que el delirio o la ilusión?

De repente, el corazón me dio un brinco: Lisa estaba allí. Subía la escalera y se dirigía hacia los pasillos. Hacía casi un mes que no la veía. Me puse a correr tras ella.

—¿Lisa?

Se volvió hacia mí. Era como el primer día; pero había habido todo ese tiempo de sufrimiento y el dolor de aquellos años, que había reprimido, subió dentro de mí como una marea incontrolable, como una inmensa oleada de emoción, cuando pronuncié su nombre.

—¿Cómo te va, Rafael? —preguntó.

—¿Y a ti?

—Estoy bien...

Me sonrió con aire triste. Subimos juntos hacia la sala de los testigos.

Jean-Yves Lerais debía declararse no culpable. Al verlo comparecer en el banquillo de los acusados, entre dos policías, reconocí al hombre rubio, alto y delgado al que había visto cuando seguí a Lisa por el Marais.

Parecía completamente abatido. No dirigió una sola mirada a ninguno de los miembros del tribunal ni al presidente, ni a los tres jueces, ni al fiscal. Apenas si levantaba la cabeza para ver u oír lo que pasaba. A veces lanzaba miradas agraviadas a su alrededor. Cuando se echó en suerte la composición del jurado, no hizo valer su derecho a cinco recusaciones y apenas observó a los nueve primeros miembros designados con ojos apagados, del todo inexpresivos. Tampoco reaccionó cuando llamaron a los testigos. Y cuando estos pasaron a menos de un metro del banquillo, antes de retirarse de la sala, no experimentó la necesidad de contemplar aquellas caras que sin embargo le eran familiares. Con igual distracción asistió a la lectura de los cargos, pese a ser estos abrumadores.

Una vez comenzados los interrogatorios, no sé a quién llamaron antes al estrado: ¿a Félix o a mí?

Mientras me observaba en el gran espejo de la escalinata, me había parecido ver su cara. Aquella chaqueta negra que hacía resaltar una tez diáfana, aquellas venas azules que palpitaban en las sienes, delatando un nerviosismo extremo, aquel brillo extraño en la mirada, aquellas pupilas un poco dilatadas, ¿eran las suyas o las mías?

Estoy casi seguro de que fui yo el que levantó la mano derecha para jurar que declarararía «sin odio ni temor» y que diría «toda la verdad y nada más que la verdad». Conservo en la memoria una vaga imagen de su declaración: era tan parecida a la mía que las he superpuesto en el recuerdo. A menos que sólo hubiera una. Ya no lo sé. Quizás era Félix el que hablaba, diciendo exactamente lo que yo mismo hubiera dicho. O tal vez nos expresamos de manera simultánea, como si respondiéramos al unísono. Presintiendo lo que iba a decir él, yo movía los labios haciendo como que respondía.

El fiscal, el señor Baillet, un hombrecillo flaco de cabellos negros y tiesos, mirada astuta y labios carnosos, se ajustó el cuello de su toca roja, se levantó y se volvió despacio hacia mí..., hacia Félix, quiero decir.

—¿Fue usted quien descubrió la segunda parte del cadáver de Carl Rudolf Schiller? —preguntó.

—Sí.

—¿Dónde y en qué circunstancias?

—En Italia, en la École de Roma.

—¿Y cómo tuvo la idea de trasladarse a Italia?

—Quería ver al padre Francis, su tío. Quería hacerle unas preguntas relacionadas con Jean-Yves.

—¿Qué interés tenía usted en seguir este caso?

—Realizaba una investigación sobre el asesinato de Carl Rudolf Schiller.

—¿Por ese motivo fue a Roma?

—Sí, así es.

—¿De modo que por casualidad, mientras iba por su camino, topó con ese cadáver?

—No, no fue de ese modo.

—¿No? Entonces ¿cómo se le ocurrió ir a la biblioteca de la École de Roma? ¿No estaba acaso cerrada, en esa época del año? ¿Cómo entró?

—Tenía un pase.

—¿Qué fue a buscar allí?

—Eh... Tuve un presentimiento.

Baillet enarcó una ceja y, con una sonrisa sarcástica, dijo:

—¿Un presentimiento? ¿De veras? ¿No sería más bien que sabía que Lerais había cometido ese crimen y quería corroborar tal hipótesis?

—No, no. Viajé a Roma para ver al padre Francis.

—En ese caso, ¿qué le impulsó a ir a la biblioteca de la École de Roma?

—Era el sitio donde trabajaba Jean-Yves Lerais.

—Así pues, en un principio se trasladó a Roma porque pensaba que el padre Francis iba a darle los datos que le permitirían exculpar a Lerais y se encontró de bruces con una prueba abrumadora de su culpabilidad.

—Quería recabar información antes de señalar a quien fuera. Yo soy periodista y llevo a cabo mis investigaciones con el rigor de un historiador. El historiador y el periodista no pueden dissociarse, ¿sabe?...

—Pero ¿qué dice? —le atajó el señor Baillet con gesto de extrañeza—. Responda a mi pregunta, si es tan amable. ¿Qué le dijo entonces el padre Francis?

—No dijo nada, pero habló mucho...

El fiscal lo miraba sin entender.

—Le ruego que no se distraiga de lo que se le pregunta y responda con precisión. Le recuerdo que ha prestado juramento.

—Estoy perfectamente atento, aquí y ahora.

—Concéntrese entonces, por favor. El padre Francis le transmitió pues una gran cantidad de información, pero no le dijo nada que permitiera exculpar a Jean-Yves Lerais, ¿no es eso?

—Habló mucho, en efecto, pero no dijo nada...

—¿Que le permitiera descargar de sospecha a Jean-Yves Lerais? —insistió el letrado.

—No —murmuró.

—Más alto, por favor, no le hemos oído bien.

—No —repitió Félix—. Pero tampoco dijo nada que permitiera inculparlo.

—Muchas gracias.

Terminada su declaración, Félix se retiró andando con pesadez. Se apoyaba un poco más sobre el pie izquierdo, como si experimentara un ligerísimo desequilibrio.

Una vez fuera, extrajo un cigarrillo del bolsillo y se lo puso con ademán nervioso en la boca, sin encenderlo.

Yo introduje asimismo la mano en el bolsillo de mi chaqueta, para sacar el paquete de tabaco: *eran puros lo que tenía en la mano al retirarla.*

Después de la declaración, el presidente, un hombre de edad avanzada y voz gangosa, nos autorizó a permanecer en la sala para asistir al desarrollo posterior del juicio.

El ujier hizo pasar a la doctora Tamara Manoux, en calidad de experta en medicina. La señora Manoux, una mujer aún en la treintena, dinámica, de mirada inquieta y melena morena, respondió a las preguntas que le formuló el tribunal con respecto al cadáver de Schiller.

—Si se corta un cadáver en dos mitades —planteó el presidente—, ¿cuánto tiempo tiene que pasar para que quede totalmente putrefacto?

—Basta con una semana —respondió la experta.

—Usted ha visto las fotografías de la mitad del cadáver de Carl Rudolf Schiller —dijo el presidente, al tiempo que hacía entrega de estas al jurado—. En su opinión, ¿cuánto tiempo llevaba en esa biblioteca?

—Se observan algunas zonas cubiertas de moho, pero la putrefacción no está muy avanzada. Dos días, diría yo. Tres como máximo desde que lo asesinaron. A menos que el fallecimiento se produjera mucho antes. En ese caso, la mitad del cuerpo podría haber estado congelada, o bien conservada en formol, antes de ser depositada en el sitio donde se encontró.

—Supongamos que fuera así. Estando la biblioteca cerrada a causa de las vacaciones, ¿podría haber notado alguien el olor del cadáver?

—No. El cuerpo no estuvo allí el tiempo suficiente para eso.

—De lo que se deduce que la persona que depositó el cadáver en la biblioteca poseía una llave de la puerta. Dicho de otro modo, dado que la biblioteca estaba cerrada desde hacía una semana, ¿era imposible que el cuerpo hubiera sido introducido en ella antes de su cierre?

—Imposible del todo. El estado de degradación habría sido mucho más avanzado.

—Una pregunta más, doctora. ¿Qué corpulencia se precisa para transportar una mitad de cadáver como la que vio en la foto?

—Teniendo en cuenta que falta una parte del abdomen, la pelvis y las extremidades inferiores, esa mitad no debe de pesar más de treinta kilos. No es necesario ser extremadamente fuerte para cargarla.

—Doctora, muchas gracias por su contribución.

—No hay de qué.

El presidente llamó entonces a Chiara Tropoli, la secretaria con la que habíamos hablado en la École de Roma.

Después de haber prestado juramento, le formuló tan sólo una pregunta:

—Señorita Tropoli, ¿quién, además de usted, posee las llaves de la biblioteca de la Ecole de Roma?

—El director y también los investigadores y los profesores invitados.

—¿Nadie más?

—No.

—Muchas gracias.

Llamado a su vez por el ujier, Michel Perraud entró en la sala y luego se dirigió con paso seguro al estrado. Lucía su eterna sonrisa, augusta y astuta. Sus ojos pequeños, hundidos e inquietos, miraban sin cesar a uno y otro lado, como para calibrar cuál iba a ser su público. Lo había citado el abogado de la defensa, el señor Ansel, un individuo de unos sesenta años de pelo gris, ancho de espaldas, que llevaba unas gafas cuadradas levemente ahumadas.

—¿Cuándo conoció a mi cliente? —preguntó el abogado.

Tenía una manera peculiar de mirar a su interlocutor, un poco de soslayo, como para desarmarlo.

—Hará más o menos un año —respondió Perraud—. Tuvimos varias conversaciones a propósito de un libro que escribía.

—¿Cuál era el tema del libro?

—Analizaba la actividad de los altos funcionarios durante la Segunda Guerra Mundial, creo.

—¿Y qué le dijo usted?

—Nada que no se sepa ya: que fui miembro de la Resistencia. Él lo sabía de antemano.

—¿Miembro de la Resistencia, de veras?

—Pues sí —contestó, enseñando sus dientes grises—, y estoy orgulloso de ello.

—¿No tuvo Jean-Yves Lerais conocimiento de la existencia de ciertos documentos, ciertos hechos que a usted no le interesaba que mencionara?

Al oír esas palabras, Lerais levantó bruscamente la cabeza. Su mirada se cruzó con la de Perraud, que se quedó petrificado.

—No, no lo creo.

—Reflexione con detenimiento, señor ministro —le aconsejó el presidente.

—No hay nada sobre lo que reflexionar.

—Quizá yo pueda ayudarle, entonces. ¿No ofreció dinero a Jean-Yves Lerais para que no hiciera públicos ciertos hechos que le concernían?

—¿Y cuáles serían esos hechos, si tiene la amabilidad de decírmelo, señor presidente?

El señor Ansel lo observó antes de responder:

—Hechos relacionados con su pasado en Vichy, por ejemplo.

—Esta pregunta se sale del tema que nos ocupa —lo interrumpió Baillet.

—Yo me encargaré de demostrar que no —replicó Ansel—. Carl Rudolf Schiller debía participar como testigo en el juicio contra Maurice Crétel. El caso es que no dijo qué cabía esperar de él, y eso podría muy bien haber provocado su muerte, de

una forma muy distinta a la que se cree.

—Prosiga —dijo el presidente.

—Señor ministro, ¿fue usted miembro de la Cagoule en su juventud?

A Perraud se le veló un instante la mirada.

—Me parece lamentable que se repitan esas calumnias delante de este tribunal.

Félix me lanzó una mirada irónica. ¿Por qué mentía Perraud de ese modo, de forma tan descarada?

—Permítame que le recuerde, señor ministro, que está usted bajo juramento.

—¿Acaso insinúa que miento, señor Ansel?

—Le decía eso porque existe una lista, la lista Corre, donde constan los nombres de las personas que pertenecieron a la Cagoule y en la cual es posible que figure el suyo.

Perraud lo observó de repente con aire amenazador:

—¿Se da cuenta de lo que acaba de decir? Si no retira de inmediato esa afirmación, voy a demandarle por difamación, señor Ansel.

—¿Sí? ¿Olvida que no se puede demandar a un abogado por lo que diga durante la vista?

—No, no lo olvido. Y usted procure no olvidar cuál es mi función en la República.

El abogado lo observó sin decir nada. Se había iniciado un duro pulso entre ambos.

—Bien, pasemos a otra cuestión —continuó por fin el letrado, tras varios minutos de silencio—. ¿Conocía a Carl Rudolf Schiller?

—Sí, sé vagamente quién es. Me enteré de lo que le ocurrió, como todo el mundo, por la prensa. Pero no puedo añadir nada más: todo esto me parece muy confuso.

—Señor ministro, gracias por su colaboración. La parte civil puede interrogar al testigo.

Carbot, el abogado de la parte civil, era un anciano totalmente calvo que mantenía la boca constantemente abierta y un aire pensativo en la mirada.

Se pasaba el tiempo observándose las uñas con aspecto de profundo aburrimiento.

—¿Mantuvo usted buenas relaciones con Jean-Yves Lerais mientras le hacía preguntas sobre su pasado? —preguntó.

—Sí, excelentes —confirmó Perraud—. Me entendía bien con él. Sentía orgullo al hablarle de mi pasado en la Resistencia. Creo que sentimos un gran respeto mutuo —agregó, lanzando una mirada socarrona a Jean-Yves Lerais.

Por la tarde llamaron a declarar a Jacques Talment, que había sido citado por la defensa.

El anciano avanzó por el pasillo: caminaba despacio, le costaba un poco mantenerse en pie.

—¿Cómo conoció a Jean-Yves Lerais? —le preguntó el señor Ansel.

—Era uno de los historiadores que nos acusaron de mentir sobre la Resistencia a mi mujer y a mí.

—¿Conocía usted a Carl Rudolf Schiller?

—Sí, lo conocí a través de los Perlman. Era amigo de Mina, me parece.

—¿De Mina Perlman? ¿O de Samy?

—Fue Mina quien me lo presentó. Creo que ella lo conocía mejor. Había escrito un libro terrible contra mi mujer y contra mí y ella quería convencerlo de sus errores y pedirle que se retractara de sus acusaciones.

—¿Y lo hizo?

—Sí, pero era demasiado tarde. Ya había estallado el escándalo en la prensa. Además, es evidente que los rumores calaron en el espíritu de todos, aunque fueron totalmente falsos.

—¿Carl Rudolf Schiller le causó pues mucho daño con su libro?

—Sí.

—Señor Talment, gracias por su testimonio.

La tercera persona llamada a comparecer fue Lisa. Llevaba un vestido de terciopelo rojo que ofrecía un vivo contraste con su cabellera de ébano. Un rojo de labios muy intenso, del mismo color que el vestido, le resaltaba la boca. De vez en cuando apartaba con sus largos dedos una mecha que le caía sobre los ojos.

Con su semblante hierático, impenetrable, y su voz suave, afirmaba lo que decía y a la vez todo lo contrario. En su opinión, era imposible que Lerais hubiera cometido un crimen semejante y, sin embargo, durante la última época de su relación había cambiado tanto, que le resultaba irreconocible. Juraba que nunca se había mostrado violento con ella, para pasar a recordar el odio que de repente había sentido contra los antiguos deportados y los comentarios despectivos que hacía sobre sus testimonios. De vez en cuando, Lerais levantaba la cabeza y la observaba con semblante triste y apabullado.

—¿Conocía a Carl Rudolf Schiller? —preguntó el presidente.

—Sí —respondió—. Era amigo de mis padres.

—¿Tuvo alguna relación con él, al margen de sus padres?

—Sí —dijo, en tono vacilante.

—¿En qué ocasión?

—Unas semanas antes de su muerte, me encontraba en Berlín para la inauguración de una exposición. Aproveché para verlo.

—¿Por qué motivo?

—Mientras hacía una escultura —explicó lentamente—, advertí algo extraño.

—¿Nos puede decir de qué se trataba?

—Pues, yo había mandado grabar en esa escultura el nombre de determinados

niños muertos en Auschwitz. El caso es que me di cuenta de que entre los nombres estaba el de Carl Rudolf Schiller... y quería hablar con él de aquello.

—¿Y así lo hizo?

—Sí.

—¿Cuál fue su reacción?

—No pareció sorprenderse —contestó Lisa, turbada por la pregunta.

—¿No? ¿Y por qué?

Lisa no respondió.

—Es una tragedia que nos afecta a todos, señor presidente.

—¿Por qué fue a ver a Carl Rudolf Schiller? ¿Por qué se tomó tan a pecho ese asunto, señora Simmer?

—Porque Carl Rudolf Schiller era la única persona con quien hablaba mi padre.

—¿Por eso quiso verlo?

—Sí.

—¿Para saber más cosas de su padre?

—No sabía nada de él, de su familia, de su vida, sus orígenes. En casa no se nos permitía hacer preguntas. Sabía que mi padre era el único que sobrevivió de su familia: sus padres y sus cinco hermanos fueron asesinados. Pero él no decía nunca nada. Nunca nos contó cómo vivía antes de la llegada de los nazis, ni tampoco cómo quedó destruida esa vida. Yo no sabía nada; no sabía qué había hecho durante la guerra. Disponía sólo de retazos de frases, que trataba de interpretar a mi modo. Cuando los alemanes invadieron Polonia, huyó a Rumania, donde lo arrestó la milicia fascista y entonces fue deportado... ¿Comprende por qué era tan increíble que hablara con Carl Rudolf Schiller? A raíz de la muerte de toda su familia, mi padre concibió un odio absoluto contra todo lo alemán. Cuando los rusos liberaron el campo donde estaba, se enroló en el ejército soviético para poder pelear contra los alemanes. No me cabía en la cabeza que de repente hablara a un alemán.

—¿Por qué lo hacía, señora Simmer?

Lisa lo miró con una expresión extraña.

—En todo caso, se entendían muy bien —contestó—. Quizá mi padre tuviera confianza en él...

—Gracias por su testimonio —dijo, tras una ligera vacilación, el presidente—. El representante del ministerio público puede interrogar a la testigo.

—¿Qué tipo de relación mantuvo con Jean-Yves Lerais? —preguntó Baillet.

—Habíamos vivido juntos. Después nos separamos.

—¿Por qué razón?

—Porque, como he dicho... —respondió, cohibida—, porque él había cambiado.

—Pero ¿a qué se refiere en concreto con «cambiar»? —insistió Baillet.

—No era el mismo... Conmigo también, estaba distinto. Era como si hubiera dejado de interesarle, como si hubiera aparecido otro Jean-Yves detrás del que conocía.

—¿Por qué motivo rompieron su relación, señora Simmer?

—Porque... las cosas ya no iban bien entre nosotros.

—¿Qué era lo que no iba bien?

—Había aspectos de él que me parecían inquietantes.

—¿Puede responder con más precisión a la pregunta que le he formulado?

—Sospechaba que tenía una postura antisemita.

Lo había dicho de un tirón, sin pestañear. En la sala se produjo un murmullo confuso.

—¿Sospechaba que tenía una postura antisemita? —continuó Baillet—. ¿Y a qué se debía? ¿En qué lo percibía, por ejemplo? ¿En su relación con usted? ¿Manifestó violencia o animosidad?

—Oh, no —dijo Lisa—. Puedo asegurarle que nunca habría levantado la mano contra nadie.

—Entonces explíquese. El antisemitismo es una acusación sorprendente vertida contra alguien que ha consagrado su vida a recopilar la historia del régimen de Vichy.

—Exacto. Fue su cambio de actitud con respecto a la Shoah lo que me sorprendió. Decía que se había exagerado, que se estaba convirtiendo en una obsesión estéril.

—Señora Simmer, ¿puede decirnos cómo encajó su ruptura Jean-Yves Lerais?

—Lo llevó muy mal.

—¿Quiere decir que le provocó una depresión nerviosa?

—No, quiero decir que estaba deprimido. Es lógico, ¿no?

—¿Cuándo se casó, señora Simmer?

—En mayo de 1995.

—¿Cuándo tomó la decisión de separarse de Jean-Yves Lerais?

—En el mes de enero de 1995.

—Entonces se separaron después del asesinato de Carl Rudolf Schiller y usted se casó después de la detención de Jean-Yves Lerais. ¿Cuándo conoció a su marido?

—En enero de 1995.

—Esa decisión de casarse con tanta precipitación, ¿tiene algo que ver con las sospechas que recayeron sobre Lerais?

—En realidad, no —respondió con desenvoltura.

—¿Puede responder con claridad, por favor?

—Conocí a mi futuro marido poco después del asesinato de Schiller. Tomé la decisión de casarme con él después de la detención de Jean-Yves.

—¿Porque pensaba que era culpable?

—No, pero la policía lo creía culpable y...

Lisa le lanzó una mirada desesperada.

—Usted pensaba que él era el asesino —prosiguió, con tono perentorio, Baillet— y decidió olvidarlo y casarse con otro.

—No, no se pueden resumir las cosas de ese modo.

—¿Cómo, sino?

Lisa lo miró, con labios temblorosos.

—¿Por qué no me dice directamente qué pretende hacerme decir? —gritó por fin—. Así acabaremos antes, ¿no?

—No pretendo hacerle decir nada, señora Simmer. Quiero sólo la verdad y espero que usted me ayude a encontrarla.

En ese momento, Ansel se levantó.

—Me parece —protestó, dirigiéndose al juez— que el fiscal trata de condicionar la declaración de la testigo.

—Señor juez —dijo Baillet—, he terminado con la testigo.

Lisa bajó del estrado, con la espalda envarada y el paso titubeante. Se sentó a mi lado y yo me puse a escrutarla atentamente.

El corazón comenzó a latirme, de repente, con una violencia terrible. Sin decir nada, le tomé la mano. Ella la retiró de inmediato, asestándome una mirada cargada de irritación.

A la mañana siguiente, Béla acudió al estrado y prestó juramento. Por primera vez desde que lo conocía, llevaba el pelo suelto y le caía sobre los hombros, enmarcando sus finas facciones con una aureola crística. Se aferró con nerviosismo a la barra.

Lo había citado el abogado de la defensa, el señor Ansel.

—¿Cómo conoció a Jean-Yves Lerais? —comenzó el interrogatorio el presidente.

—Por mi hermana.

—¿Mantenía alguna relación con él, al margen de su hermana?

—Sí. Eramos amigos.

—¿Eran? ¿Quiere decir que ya no lo son?

—No, ya no.

—¿Qué provocó su desavenencia con Lerais? —inquirió el presidente.

—Cuando las cosas empeoraron con mi hermana, fuimos viéndonos cada vez menos.

—¿Eso es todo?

—Sí...

Béla parecía dudar. El presidente, escéptico, cedió el testigo a la defensa.

—Bien —dijo Ansel—. Encaremos el problema de otra forma. ¿Reconoce esta pistola, señor Perlman?

El ujier le acercó la pistola que había en la mesa de las pruebas inculpatorias.

—Sí. Es la pistola que encontraron en mi casa cuando la policía hizo un registro.

—¿Es suya esa pistola?

—No.

—Si no me equivoco, usted fue considerado sospechoso del asesinato de Carl Rudolf Schiller.

—Sí. Era un montaje.

—¿Declaró usted eso a la policía?

—Sí.

—¿Puede decirnos exactamente qué les dijo, señor Perlman?

—Les dije que Jean-Yves Lerais odiaba a Schiller y que tenía muchos más motivos que yo para ser sospechoso.

—¿Aportó a la policía elementos concretos que apoyaran dicha afirmación?

—Sí, mencioné las cartas de las que me había hablado Jean-Yves. Las cartas de amenaza que había enviado a Schiller. Iban en serio, puesto que fue asesinado, eso lo prueba, ¿no?

—En esa época, ¿veía aún a Jean-Yves Lerais?

—De vez en cuando.

—Es raro que alguien acuse a un amigo suyo, ¿no?

Béla le respondió con una mirada impregnada de odio.

—¿Conocía a Carl Rudolf Schiller? —prosiguió el presidente.

—No, no lo conocía —contestó con tono desabrido.

—¿No lo había visto nunca en casa de sus padres?

—Yo no vivo en casa de mis padres —respondió Béla, mirándolo con ironía—. No conozco a Schiller. Y le diré algo más: este asunto no me concierne.

—Oh, sí, sí le concierne. ¿Quiere que le demuestre que sí le concierne, señor Perlman?

—¿Qué insinúa? —replicó con brusquedad Béla—. ¿Que yo maté a Schiller? —Le temblaban las manos—. Intenta hundirme con sus elucubraciones —añadió, más bajo—, pero no se lo voy a consentir. La verdad tendrá que salir a la luz.

—La verdad, señor Perlman, es que usted nunca aceptó a Jean-Yves Lerais. Estaba celoso de él porque era más brillante que usted y porque era el compañero de su hermana. Cuando le interrogó la policía judicial, encontró la manera perfecta de vengarse de la persona a quien envidiaba y odiaba desde hacía tanto tiempo.

—La segunda parte del cuerpo, que estaba en la École de Roma, no me la inventé yo —espetó Béla.

—No, pero podría haberla puesto allí después de haber asesinado al hombre que obtuvo la atención que su padre nunca le dedicó.

Béla lo fulminó con la mirada. De repente se estremeció de pies a cabeza, aquejado de violentas convulsiones.

—El inocente al que querían acusar era yo —vociferaba—. Él que puso la pistola en mi casa y dijo a la policía que la buscara, ese es el culpable. ¡Ese es el que quiere acabar conmigo!

—¿Quién es?

—Es él.

Con el brazo extendido, me apuntaba con dedo tembloroso.

—Señor Perlman —continuó, sin perder la calma, Ansel—, ¿pasó usted tres años

en un hospital psiquiátrico?

Béla no respondió.

—¿Por qué motivo?

Béla, silencioso, abatió la mirada.

—¿Dónde vive usted en este momento, señor Perlman?

Béla seguía sin responder. Tenía la frente perlada de sudor y cada vez tenía la cara más roja.

—Señor presidente —intervino el señor Carbot—, no veo qué relación tiene esto con el caso que nos ocupa.

—Al contrario, hay un hecho de importancia capital para mi cliente, que trato de demostrar —replicó Ansel.

—Prosiga —indicó el presidente.

—¿Por qué motivo lo internaron en el hospital psiquiátrico, señor Perlman?

—Después de la muerte de mi padre, sufrí una depresión nerviosa.

—¿Y antes? Había pasado ya una temporada en un hospital psiquiátrico, ¿no es así?

—¿Antes? —repitió con ademán rencoroso—. ¿Qué sabe usted, eh, de lo que pasó antes? ¿Qué sabe usted de lo que es ser el judío de la familia, el judío de los judíos, el que ha padecido en primer lugar el reino del terror? El mayor, el blanco perfecto. Olían cada herida y, cuando presentían que algo me afectaba, se abalanzaban sobre la brecha. Cuando volvía a casa con las rodillas ensangrentadas, me castigaban porque me había ensuciado el pantalón, y cuando lloraba me decían que no me comportaba como un hombre, que era una vergüenza llorar por tan poca cosa, y cuando intentaba buscar ayuda, era el hazmerreír de todos... Me pisotearon, me sorbieron hasta la médula... Y yo temblaba de miedo... Cuando tuve mi primer desengaño amoroso, cometí la estupidez de ir a ver a mi madre, esperaba ternura de ella, comprensión; lo único que se le ocurrió fue decirme que era yo quien tenía la culpa... Siempre me machacaron, fuera cual fuese el motivo que me llevaba a confiarles algo...

—¿Por qué le tuvieron encerrado durante tres años, señor Perlman?

—Diríjase al testigo con más consideración —intervino el presidente.

—¿Qué suceso concreto justificó su internamiento en el hospital psiquiátrico? —corrigió Ansel.

Después de un silencio opresivo, renunció a repetir la pregunta.

En la sala se produjo una oleada de murmullos apagados.

Béla se volvió y se encaminó despacio a la salida.

El ujier hizo pasar entonces a Pierre Kríma, un psiquiatra de unos cuarenta años, de rostro jovial, amplia sonrisa y ojos risueños.

—¿Puede decirnos a partir de qué momento puede considerarse peligroso a un

paranoico? —le preguntó el presidente.

—La peligrosidad potencial del paranoico es más marcada en tanto tiene un perseguidor designado, el delirio se ha constituido desde hace tiempo y se ha intensificado con el paso de los años —respondió el médico.

—¿Qué clase de delitos puede cometer?

—Desde la simple agresión verbal a actos de carácter médico legal.

—¿Es decir?

—Asesinato o intento de asesinato.

—Doctor Kríma, muchas gracias.

Durante el descanso, agarré a Lisa por el brazo.

—¿Por qué? —le dije—. ¿Por qué no me habías hablado de eso?

—¿De qué?

—Carl Rudolf Schiller... ¿Por qué me mentiste en Washington?

Por respuesta, encendió un cigarrillo y me lanzó el humo en plena cara con insolencia. Tenía una actitud retadora, como una jovencita.

Estaba tan cambiada...

Pensé en el tiempo en que el mundo era para nosotros, latía con nosotros, en que Lisa olía a gloria y su perfume me cautivaba y me llenaba de vigor. Ella colmaba el vacío; ella era como un aliento supremo. Era profunda. Era un nardo que me adormecía, un ramillete, una flor delicada.

Entonces olía a humo, a forraje quemado.

Cuando volvimos a la sala, Paul Perlman iniciaba su declaración. La barba y las sienes plateadas le rodeaban la cara de un aureola vaporosa que confería a sus ojos soñadores un aire aún más angelical que de costumbre. Tenía en los labios una sonrisa triste, petrificada.

—¿Conocía usted a Jean-Yves Lerais? —preguntó el abogado de la defensa.

—No, apenas lo conocía. Tuve poco contacto con él cuando salía con mi hermana.

—¿Conocía a Carl Rudolf Schiller?

—Sí.

—¿Cómo lo conoció?

—En casa de mis padres.

—¿No se vio con él en un marco distinto a ese?

—También a través de la asociación humanitaria que yo presidía. Carl Rudolf Schiller había pasado a formar parte del consejo de administración, por cooptación.

—¿Estaba usted satisfecho de dicha cooptación?

—Al principio no vi inconveniente en ello. Después comenzó a resultarme

molesto.

—¿Nos puede decir por qué?

—Schiller pretendía poner su grano de arena en todas partes.

—¿En todas partes? ¿Puede explicarse mejor?

—Quería ampliar las actividades de nuestra asociación a terrenos políticos ajenos a nuestras competencias.

—¿A cuáles?

Paul Perlman observó un instante al abogado.

—Tenía una especie de fijación con los palestinos.

—¿A qué se refiere con la palabra «fijación», señor Perlman? —preguntó Ansel.

—No paraba de hablar del «genocidio de los palestinos». No sé si recordarán las imágenes de Bosnia que transmitían por televisión en verano de 1992; hombres esqueléticos detrás de alambradas, campos de concentración en el continente europeo, cadáveres quemados en hornos crematorios... Schiller no quería saber nada de todo aquello. Decía que la situación era peor en Gaza. No se limitaba a hablar: trabajaba entre bastidores, había ido a ver a todos los miembros de la comisión, uno a uno, para convencerlos de que votaran como él. Yo traté de explicarle que los palestinos recibían ayudas económicas considerables. Pero no quería escuchar. Según él, los israelíes hacían a los palestinos lo mismo que les habían hecho los nazis a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Entonces comprendí. Ese era el quid de la cuestión...

—¿Qué hizo usted después de que se votaran los presupuestos?

—Me vi obligado a dimitir...

—¿Por qué había adoptado Schiller esa actitud, en su opinión?

—Creo que tenía una relación complicada con Israel. No podía tolerar que los judíos formasen de nuevo un pueblo, ni que tuviera que cesar el tiempo del sufrimiento. Por otra parte, lo que pasaba en Bosnia le incomodaba. Durante la guerra, uno de los dirigentes del campo nacionalsocialista era un católico, un franciscano... En el fondo, creo que temía que nos pusiéramos a husmear en todo aquello...

—¿Su asociación manejaba grandes sumas de dinero?

—Sí.

—¿De qué orden?

—Doscientos millones de francos.

—No haré más preguntas al señor Perlman —anunció Ansel.

Después del testimonio de Paul, le tocó comparecer al padre Francis. El anciano lucía como de costumbre sotana negra y cruz de madera. Su mentón prominente estaba recubierto por una barba rala, grisácea, y sus ojos aparecían aún más hundidos de lo que era habitual en él.

—¿Conocía usted a Carl Rudolf Schiller? —preguntó Baillet.

—Era mi amigo, mi confidente. Lo quería como a un hermano.

—¿Qué vínculos le unen a Lerais?

—Es mi sobrino.

—¿Cree usted que mató a Carl Rudolf Schiller?

—Por supuesto que no, eso es absurdo —repuso en tono contrariado—. ¿Quiere usted que le diga quién mató a Carl Rudolf Schiller?

No dejó tiempo para que el fiscal le respondiera a aquella pregunta.

—¡Es él —murmuró, adoptando un aire de conspirador—, créanme, Samael! El servidor del Mal, su revelador, su alumbrador. Su sumo sacerdote, su fiel adorador, su zelote. Es el espeleólogo de las rocas insospechadas; ilumina con su lámpara las estalactitas y las estalagmitas que produce la tierra en sus entrañas. ¿No lo oyen en la música ensordecedora; no lo ven en los cabezas rapadas, en los que se tiñen el pelo de rojo o de violeta, en las tiendas abiertas a todas horas y en los cines de dudosa reputación; no ven a ese hombre alto, de pelo negro, barba de chivo y ojos incandescentes? ¡Fue el Diablo, créanme —clamó—, el Diablo lo escindió en dos!

—¿Quiere contestar a las preguntas que le hago? —reclamó el letrado, sin saber si debía proseguir o no—. Aquí no se le pide que formule una teoría metafísica sobre el Mal, sino que responda si sabe algo sobre un crimen determinado y si vio, oyó o tuvo conocimiento de que Jean-Yves Lerais era el asesino de un hombre al que usted conocía muy bien.

—Entiendo, entiendo, hijo mío, quiere saber más cosas, ¿no es eso? —dijo—. Le fascina el tema. Bueno, si quiere que se lo diga, es normal que esté intrigado: la primera argucia del Diablo es su incógnito. No es nadie y es todos. Pero... no es siempre fácil reconocerlo... «Lucifer» significa el que trae la luz. Es el amigo íntimo, el colega, el socio, el hermano. Es aquel de cuya lealtad y buena voluntad no se duda... ¿Me sigue?

—Sí, sí, le sigo —respondió Baillet con embarazo—. Gracias por su presencia. Por el momento, eso es todo.

Advertí, con una sonrisa, que aquella vez el fiscal había capitulado. Aquel discurso no tenía sentido para él... o quizá tenía demasiado. Ante el Diablo, abandonaba el combate.

No le iba a ser tan fácil, no obstante, deshacerse de aquel testigo. Contento por disponer de un público, el padre Francis se aferraba a la barra como si de un púlpito se tratara.

—¿Quieren que les diga qué pasó? Mi sobrino ha sido acusado porque cometió el pecado de fornicación. ¡Está prohibido desperdiciar la simiente humana que multiplica indefinidamente el sufrimiento y perpetúa el reino del Mal, porque el placer es sin lugar a dudas el arma más formidable de Satán!

Señalando con el dedo a Lisa, añadió:

—Esta mujer es peligrosa, se lo aseguro; ¡es impura, es un instrumento del Mal

destinado a dominar las almas de los hombres!

Entonces, sin decir nada, Lisa se levantó, caminó con calma hacia él y, al llegar a su altura, permaneció inmóvil unos segundos, escrutándolo, antes de asestarle una bofetada magistral, de esas que vuelven la cara del revés.

Todos los asistentes contuvieron la respiración.

El padre Francis no hizo el menor movimiento. Observó, totalmente desconcertado, cómo Lisa regresaba tranquilamente a su sitio mientras el juez ordenaba que desalojaran la sala.

A la mañana siguiente compareció a declarar el padre Franz. Bajo el hábito se intuían unos hombros anchos y una espalda impresionante, pero su cara demacrada y las mejillas hundidas delataban ayunos prolongados.

Sus ojos verdes, algo desorbitados, poseían un resplandor que combinado con la miopía producía un efecto extraño. Respondía con calma, con su francés impecable, sin pronunciar una palabra de más a las preguntas que le formulaba el abogado de la defensa, el señor Ansel.

—¿Desde cuándo conocía usted a Carl Rudolf Schiller? —le preguntó en primer lugar el letrado.

—Desde mi noviciado, hará unos veinte años.

—¿Advirtió en él un cambio de actitud antes de su asesinato?

—Sí, había cambiado, en efecto.

—¿Sabe por qué?

—No. Sé que iba a menudo a París. Y también que se había puesto a leer libros de la tradición judía, el Antiguo Testamento, el Talmud, la Cábala...

—¿Cuál fue el último contacto que mantuvo con él?

—Poco antes de su muerte, me llamó y nos vimos.

—¿Le hizo alguna confidencia concreta?

—Así es —repuso el padre Franz tras un instante de vacilación—, quería decirme que yo tenía razón desde el principio en lo relativo a un conocido nuestro, que había ejercido una influencia nefasta sobre él. Aparte, quería hablarme de un cuaderno, un cuaderno maléfico que le había entregado esa persona y del que se quería deshacer.

—¿Podría tratarse del cuaderno que aparece en la filmación del asesinato de Carl Rudolf Schiller?

—Sí, estoy seguro.

—¿Quién es la persona que entregó ese cuaderno a Carl Rudolf Schiller?

El padre Franz se quedó pensativo un momento, como si no se decidiera a dar la respuesta.

—Se trata de...

—¿Sí?

De repente en la sala se alzó una voz estridente:

—¿No ven que aún está vivo? ¿No saben todos que está aquí, entre nosotros? ¡Crean que está muerto, pero es aún demasiado fuerte para ustedes! ¡Hitler! ¡Hitler está aquí, contando los muertos y riéndose en su propia cara! ¡Sí, el Führer sigue vivo! ¡Por más que se esfuercen, siempre seguirá estando entre ustedes, entre nosotros! ¡El Führer no ha muerto!

Era un individuo de unos treinta y pico años, delgado, de cabellos castaños cortados a cepillo, que se había puesto de pie y gesticulaba con desafuero. Tenía un leve acento inglés.

—¡Yo he visto al Führer! —continuó gritando mientras se lo llevaban dos policías —. ¡Sé dónde está! ¡Está vivo! ¡Viva el Führer!

—¿Quién es? —murmuró Lisa a mi lado.

—¿No lo reconoces?

—No.

—Aparecieron fotos tuyas en los periódicos. Es John Robertson, el hombre al que detuvieron por haber hecho que pasaran la película sobre Schiller en Washington.

—¿De quién se trata? —prosiguió el señor Ansel, una vez que hubieron sacado a Robertson de la sala—. ¿Quién entregó ese cuaderno a Carl Rudolf Schiller?

—El padre Francis.

—Padre Franz, muchas gracias. ¿Puedo llamar al testigo precedente? —consultó el abogado al juez. Este asintió.

El padre Francis no se encontraba ya en la sala de los testigos, tal como le había ordenado hacer el presidente el día anterior. Lo estuvieron buscando un rato. Al cabo de media hora, tuvieron que rendirse a la evidencia: se había ido, aprovechando sin duda la distracción proporcionada por los gritos de Robertson.

El ujier hizo pasar a Ron Bronstein. Al verlo entrar en la sala contuve el aliento, como si tuviera conciencia de un peligro. ¿Qué iba a revelar ahora? ¿Por qué había querido apartarme de aquel asunto? ¿Qué se proponía? ¿Y qué sabía en concreto?

A pesar de la barba de varios días, ya no tenía esa mezcla de aplomo y causticidad que le había conocido en Israel. Se lo veía mucho más tenso.

—¿Había visto antes a Jean-Yves Lerais? —preguntó, con su voz pausada, Ansel.

—No, nunca —respondió Bronstein.

—¿Conocía a Carl Rudolf Schiller?

—Sí, lo conocía.

—Las relaciones que mantenía con él no eran precisamente excelentes, ¿me equivoco?

—No, así era.

—¿Se podría decir que llegaban a ser francamente hostiles?

—En efecto.

—¿Qué le reprochaba usted en particular?

—Su participación en el asunto del convento carmelita de Auschwitz y sus vínculos con Maurice Crétel, que fue el causante de la deportación de mi familia.

—¿Por esas razones se peleó con Carl Rudolf Schiller?

—Sí.

—¿Quién fue el primero en levantar la mano contra el otro?

—Fui yo el que empezó.

—Señor Bronstein, muchas gracias; eso es todo por el momento.

Entonces el abogado de la parte civil, Carbot, se levantó y se acercó al estrado.

—Señor Bronstein —dijo con su voz aflautada—, tengo entendido que sus relaciones con Carl Rudolf Schiller habían cambiado poco antes de su asesinato, ¿es eso correcto?

—Sí, así es.

—¿Podría describirnos ese cambio?

—Mi relación con Schiller había mejorado unas semanas antes de su muerte.

—¿Nos puede explicar por qué?

—Carl Rudolf Schiller había modificado su actitud en relación a ciertas cuestiones.

—¿Qué cuestiones, señor Bronstein?

—En relación a la Shoah, sobre todo.

—¿Quiere decir que había variado su punto de vista con respecto al convento de Auschwitz?

—Sí. Comenzaba a poner en duda sus teorías sobre el Calvario.

—¿En qué consistían tales teorías?

—Él sostenía que los judíos habían muerto en Auschwitz para expiar sus culpas.

—¿Esas teorías eran radicalmente opuestas a las suyas?

—Yo le repliqué a menudo que aun si hubiera que castigar a los nazis culpables del crimen absoluto, no podría hacerse mediante otro holocausto. En otras palabras, esa afirmación es absurda.

—¿Y sabe usted, señor Bronstein, por qué Carl Rudolf Schiller había cambiado de actitud?

Se produjo un momento de silencio. Ron Bronstein parecía extremadamente turbado.

—Le recuerdo que ha prestado juramento —señaló el abogado—. De ello se desprende que está obligado a responder a mis preguntas y a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Carl Rudolf Schiller había cambiado de actitud porque se había enterado de que era judío.

Se produjo una algarabía en la que se mezclaban la sorpresa y la confusión. Un remolino, una suerte de gran oleada, recorrió la sala de un extremo a otro. ¿Carl Rudolf Schiller era judío? ¿Cómo era posible? En todos se repetía la misma sorpresa, la misma pregunta, la misma estupefacción. El promotor del convento de Auschwitz, de la gran cruz en lo alto del campo, el protagonista del asunto Crétel, el amigo del verdugo, ¿era judío? ¿Qué sentido tenía aquello?

El presidente descargó unos cuantos mazazos, reclamando silencio.

—¿Carl Rudolf Schiller era judío? —prosiguió el abogado.

—Era judío —confirmó Bronstein.

—¿Puede explicarnos mejor esta cuestión?

—Yo sabía que era huérfano. Mientras realizaba unas indagaciones sobre mis padres, descubrí que durante la guerra lo habían escondido en un convento. Lo dieron

por muerto, como a sus padres y como a su hermano, pero su madre, que estaba encinta cuando la deportaron, había conseguido ocultarlo y dar a luz en el campo, el 27 de enero de 1945. Nació el día en que murió su hermano; por eso Lisa Perlman encontró su nombre en aquella lista de niños desaparecidos. Le habían puesto el nombre de su hermano. Después de la guerra y de la muerte de su madre, una mujer polaca se llevó al pequeño para salvarlo y dejarlo con las monjas, que lo educaron en el cristianismo.

—¿Carl Rudolf Schiller no tenía conocimiento de estos hechos?

—No.

—Entonces —planteó el abogado—, ¿fue usted quien los sacó a la luz?

—Sí.

—¿Porqué?

—¿Por qué? Creía que era importante que ese personaje público, ese político, viera claro en el fondo de sí.

—¿Eso era todo?

—Buscaba también un punto débil en su biografía que me permitiera...

—¿Cerrarle la boca con ocasión de sus altercados?

—¡No! Yo no utilizo jamás esa clase de métodos en público. Sería vulgar. Pero sí quería hacerle reflexionar. No dejaba de toparme con él en mi camino y siempre me preguntaba qué se podía hacer para que comprendiera mejor lo que pasó...

—¿Cuándo le puso al corriente de que era judío?

—Un mes antes de su asesinato.

—¿Y notó un cambio de actitud después de esa revelación?

—Me llamaba a menudo por teléfono para recabar información. Revisaba toda su vida, tenía remordimientos. Estaba bastante afectado. ¿Sabe? —añadió con aire pensativo—, si yo fuera religioso, diría... que estaba en la vía de la salvación.

—¿Cree usted que Jean-Yves Lerais, aquí presente, podría haber tenido acceso a esa información, que tuvo unas consecuencias palpables sobre Schiller?

—No lo sé —respondió—. No tengo la menor idea.

Lisa revolvía con nerviosismo en el interior de su bolso, en busca de su cajita marrón.

—¿Sigues con los calmantes? —le dije en el momento en que la abría.

Me lanzó una mirada terrible. La tonalidad gris verdosa de sus ojos se había oscurecido, invadida por una luz negra. Su párpado derecho se agitó con una palpitación convulsiva.

—Ya no estás en condiciones de prohibirme nada de nada, Rafael —contestó en tono cortante.

—Lisa, cálmate, por favor.

—Eres tú quien debería calmarse, Rafael. Si este juicio te perturba, no tienes obligación de asistir, ¿está claro?

—No, no está claro.

Sostuve su mirada desafiante. ¿Por qué estaba tan tensa? ¿Era por la presencia de Jean-Yves Lerais en el banquillo? ¿Y cómo habíamos llegado ella y yo a ese punto? ¿Qué había ocurrido entre nosotros para llegar a aquello? ¿En qué plomo vil se había convertido el oro puro?

La declaración de Bronstein había dejado perplejos a todos los presentes. Una vez levantada la sesión, me quedé a hablar un momento con el padre Franz.

—Tengo la impresión —comentó— de que a nuestro amigo no se le presentan bien las cosas...

—¿Usted cree?

—Sí. Algunos testimonios son bastante abrumadores, sobre todo viniendo de personas próximas... Además, Bronstein acaba de revelar un motivo creíble para el asesinato de Schiller.

—¿Cuál?

—El antisemitismo, si Lerais estaba enterado de que Schiller era judío.

—¿A través de Lisa, quiere decir...?

—Por ejemplo.

—Pero ¿usted cree que es culpable?

—No, ya sabe que no.

—No sólo hay cada día más sospechosos, sino que la propia víctima se vuelve múltiple e inaprensible. ¿Quién mató a Carl Rudolf Schiller?

—La pregunta es más bien esta: ¿a qué Carl Rudolf Schiller mataron? ¿Al político? ¿Al defensor encarnizado del convento carmelita, al teólogo del Calvario, o bien al judío? ¿El que Schiller fuera judío de nacimiento influyó para que lo asesinaran de ese modo, o bien el asesino incurrió en un error en ese aspecto? ¿Es posible que se trate de un crimen antisemita? ¿A quién mataron y dividieron, al judío o al sacerdote cristiano? ¿O al judío porque era sacerdote? ¿O al sacerdote, porque era judío? Y si fue Jean-Yves Lerais quien lo mató, ¿de qué Jean-Yves se trata? ¿El que consagró su vida a la historia de Vichy, o el que se rebeló contra «la obsesión por el pasado» y la «victimización de los judíos»? Estamos sumidos en la confusión, Rafael, la confusión más absoluta.

Al día siguiente, el último del juicio, llamaron a comparecer a Mina Perlman.

Estaba radiante, con su maquillaje y su traje chaqueta. Sus ojos inquietos estaban pendientes de todo y en sus labios se había instalado una sonrisa permanente, la misma que le había visto con ocasión del entierro de su marido.

—¿Conocía usted a Carl Rudolf Schiller? —preguntó el presidente.

—Sí.

—¿De qué lo conocía?

Se produjo un momento de silencio. Viendo que Mina no respondía, el presidente repitió la pregunta.

—Por sus escritos, sus libros. Uno de ellos me llamó en especial la atención.

—¿Cuál?

—*Satán en los campos de concentración.*

—¿Porqué?

—Porque hablaba de un cuaderno, escrito por un deportado...

—¿Por qué suscitó un interés especial en usted la mención de ese cuaderno?

—Porque... mi madre me había hablado de él cuando estábamos en Auschwitz. Schiller, en su libro, hacía referencia a una historia similar. Intenté ponerme en contacto con él para saber quién le había hablado de ese cuaderno.

—¿Y se lo dijo?

—Sí. Era otro deportado.

—¿A qué se debía su interés por ese cuaderno, señora Perlman?

—Me intrigaba, no sabía lo que había escrito en él. Pero aun así buscaba una confirmación...

—¿Una confirmación de qué?

—De su singular naturaleza.

—¿Y a raíz de eso comenzó a frecuentar a Schiller?

—Sí. Nos hicimos amigos, en cierto modo. Mi marido lo apreciaba, sobre todo al final.

—¿Sabe por qué?

—Schiller tenía un don para hacer hablar a la gente... Recuerdo, por ejemplo, que coincidió en nuestra casa, con mi yerno, Rafael Simmer, un par o tres de veces y que congeniaron muy bien, pese a que Rafael... no es una persona demasiado locuaz.

—Aténgase a la pregunta concreta, por favor, señora Perlman. No se trata de su yerno, sino de su marido. ¿Sabe por qué Samy Perlman, su esposo, hablaba con Carl Rudolf Schiller?

—Conversaban sobre la guerra. Carl Rudolf Schiller sentía pasión por ese tema y planteaba muchas preguntas a mi marido sobre sus experiencias en el campo de concentración.

—¿Vio usted la película en que se filmó su asesinato?

—No, no la vi, pero me han hablado de ella.

—¿No ha vuelto nunca a Auschwitz?

—Sí, volví.

—¿Por qué motivo?

—Para buscar el cuaderno marrón.

—¿Lo encontró?

—No. Lo único que encontré en el rincón del barracón donde tenía que estar fue un hoyo mal tapado. Estoy convencida de que alguien se lo llevó poco antes de que fuera a buscarlo yo.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo ser?

—No, en absoluto.

—¿Con quién había hablado de ello, además del padre Schiller?

—Sólo con mi familia.

—Señora Perlman, puede retirarse.

Observando su recorrido de vuelta a su asiento tuve un sentimiento de desazón, el mismo que me asaltaba cada vez que iba a su casa o que la veía desde la muerte de su marido.

Ella también había cambiado. La mujer apasionada, la mística un poco austera que habíamos conocido se había transformado en una mujer alegre que pasaba el tiempo renovando su guardarropa, saliendo o invitando amigos a su casa para ofrecerles copiosas comidas.

La policía seguía buscando al padre Francis, que había desaparecido de manera misteriosa. Mientras Jean-Yves Lerais se levantaba para responder a las preguntas del tribunal, anunciaron que lo habían encontrado y que prestaría declaración después del acusado.

Jean-Yves Lerais estaba pálido y tenía las mejillas hundidas. Los huesos de los hombros se le marcaban debajo de la camisa blanca que llevaba. Daba lástima verlo.

No sé por qué, en ese momento me volví hacia Félix. Entonces tomé conciencia de un hecho en el que hasta entonces no había reparado: Félix no había vuelto a la vista desde el día de su declaración. Él también había desaparecido como por ensalmo. Nadie, además, hablaba de él, ni hacía pregunta alguna en relación a él.

Yo mismo, demasiado absorto sin duda con los interrogatorios, no lo había llamado desde hacía días.

Decidí reflexionar sobre esa cuestión después de que terminara el juicio y preguntarle por qué había estado ausente de todas las sesiones posteriores a su interrogatorio.

El señor Ansel se inclinó hacia Lerais y le murmuró algo al oído, a lo que este asintió con la cabeza.

—Querría preguntar al acusado —comenzó a interrogarle Ansel— si Lerais es su verdadero apellido.

—Jean-Yves Lerais, ¿ha oído la pregunta? —dijo el presidente.

—Sí.

—¿Puede decirnos cuál es su apellido?

—Me llamo Jean-Yves Vurtz —articuló por fin, muy despacio.

—¿Quién es su padre? —preguntó Ansel.

No hubo respuesta.

—¿Quién es su padre? —repitió el presidente.

Lerais siguió parapetado en su silencio.

—¿Qué hacía su padre durante la guerra?

El interrogado bajó la vista, sin responder.

El presidente repitió la pregunta con su voz gangosa.

—Era soldado de la Wehrmacht.

Un estremecimiento terrible recorrió la sala. Lisa, que se aferraba a mi brazo, me clavó las uñas en la carne.

—Háblenos de su padre —continuó el presidente.

—No puedo decir gran cosa de él —contestó Lerais.

—¿Por qué? —preguntó, en tono sosegado, Ansel.

—No puedo hablar de mi padre.

—Responda a la pregunta —ordenó el presidente.

—¿Qué quieren saber de él?

—Podría hablar quizá de esa mañana de abril de 1942 en que su padre...

—¿Es eso lo que quieren? —lo atajó Lerais.

—Queremos la verdad, señor Lerais —respondió el presidente.

—Era mi padre.

—Diga al menos lo que sabe.

—No puedo insultarlo... Ustedes no saben quién era —añadió con una mirada sombría.

—Me parece que sí —dijo Ansel.

—Era un soldado como tantos otros. Un hombre normal.

—¿Por qué habla en ese tono? —inquirió el presidente.

—Porque... —repuso Lerais con un hilo de voz— porque no puedo, creía que podría, pero... prefiero dejarlo aquí.

—¿Está seguro, señor Lerais? —dijo el presidente.

Ansel, que miraba con fijeza a los ojos a su cliente, prosiguió de todas formas, dirigiéndose al presidente, según el procedimiento habitual.

—¿Querría preguntar al acusado si su padre le habló alguna vez de su... «trabajo»?

—¿Le explicó su padre lo que hacía? —preguntó el presidente.

—No —se apresuró a responder Lerais—, no entró en detalles.

—¿Qué le contó entonces?

—Que era soldado de la Wehrmacht.

—¿No le dijo nada más?

—No.

—¿Seguro?

—Él quería salir adelante, nada más.

—¿Le dijo su padre que mataba a personas? —preguntó Ansel.

—No. Decía que se ocupaba de tareas de administración.

—¿Y después? ¿Le creyó usted?

—Después me enteré de que no era cierto.

—¿Qué hizo usted cuando descubrió que ocultaba algo?

—Era mi padre —murmuró Lerais.

—¿Por qué procura proteger a su padre de ese modo? —preguntó el presidente.

—¿Qué quieren que haga? ¿Que lo insulte? ¿De qué serviría ahora eso?

—Ese es un asunto que le incumbe sólo a usted.

—¿Qué quieren entonces de mí?

—La verdad.

—La verdad. La verdad es que mi padre era un cerdo. ¿Creen que es fácil decirlo?

Se produjo una pausa.

—Tenía, sin embargo, otras facetas —agregó al cabo de un momento Lerais.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—Podía ser agradable, amable y encantador, e incluso divertido...

—¿Y qué relación tiene eso? —intervino bruscamente Ansel.

—¿De qué habla? ¿Relación con qué?

—Con lo que hizo.

—¿Quiere que se lo diga? —replicó de improviso Lerais, clavando la mirada en su abogado—. Comprendo que usted le deteste, lo comprendo porque tiene derecho a hacerlo... Pero eso no tiene nada que ver con este juicio. Todo ese odio que lleva dentro —añadió, dirigiéndose al presidente— es un asunto personal suyo.

—¿Y él no tiene odio? —dijo Ansel, también al presidente.

—Yo no odio a mi padre.

—No obstante es un «cerdo», él mismo lo ha dicho.

—Vuelve a insultarlo.

—No dejaré nunca de hacerlo.

—¿No ve que él también sufrió?

—¿De veras? ¿Así que sufrió?

—Las cosas no eran siempre fáciles en Sudamérica. Al principio teníamos que cambiar de domicilio cada seis meses. Había que ser prudente, esconderse...

—Debía de querer mucho a su padre —comentó Ansel al presidente.

—Nunca lo quise; lo respeté.

—¿Y ahora?

—Me inspira repulsión tan sólo.

—¿Por qué no lo quiso nunca?

—Si lo hubiera querido, lo habría odiado de todas formas.

—¿Le resulta indiferente?

—No, no exactamente.

—¿Se siente diferente de él?

—Sí y no.

—¿Puede responder claramente? —reclamó el presidente.

—Me parezco a él en algunos aspectos que me disgustan y en otros soy distinto.

—Especifique más, por favor.

—Déjeme en paz, señor Ansel —gritó de repente Lerais—. ¿Qué pretende demostrar? ¿No ve que me atormentan sus preguntas?

—Debe responder a ellas, por su interés —dijo el presidente.

—No creo que de esto salga nada bueno.

—¿No?

—Creo que el señor Ansel está sacándome de mis casillas.

—No es esa mi intención. Yo soy el abogado de la defensa, recuerde —terció Ansel.

—Aun así, lo hace —contestó Lerais dirigiéndose directamente a él—. Me está hundiendo en la culpabilidad, me sitúe donde me sitúe. Como si, en cualquier caso yo fuera culpable. Intenta hacerme caer en una trampa con su odio a los nazis. Yo no soy nazi, odio a los nazis...

—Lo sé.

—Usted explota mis sentimientos de culpa.

—¿Cómo?

—Si no lo odio, soy igualmente culpable, según usted.

—No, no, en absoluto.

—Sí. Usted pretende simplificar... Está jugando sucio, señor Ansel.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó el presidente.

—Él... exagera.

—No le entiendo.

—Yo no puedo hacer que disminuya su rencor —continuaba Lerais, como si ya no escuchara—. Por eso continúa con su odio a cuestas.

Las palabras brotaban de su boca como si no consiguiera contenerlas. Se había puesto rojo. Con un movimiento convulsivo, se apartaba sin cesar una mecha que le caía una y otra vez sobre los ojos.

—A fin de cuentas, no lo necesito. Puedo recusarlo si quiero, ahora mismo. Es mi abogado y no tiene que tomar partido. De todas formas, esta cuestión no es de su incumbencia.

De pronto Ansel se volvió hacia su cliente y, mirándolo muy fijo, se dirigió a él:

—¿Que no es de mi incumbencia, dice?!

—¡No!

—Toda mi familia desapareció en los campos de concentración, señor Lerais. Le aseguro que esta cuestión sí me incumbe y mucho.

Lerais lo miró, sorprendido.

—Entonces ¿por qué aceptó defenderme? —logró articular.

—Decidí defenderle porque es inocente.

Lerais observó a Ansel un instante, con aire de total estupefacción.

—Dejémoslo aquí —imploró por fin, con voz baja—. No tiene sentido continuar.

—Oh, no, no vamos a dejarlo.

—¿De veras? ¿Está seguro de que no es usted el que me necesita a mí? ¿Le resulta agradable, quizá? ¿Le fascina ver al hijo de un asesino?

—No —contestó Ansel—. Es mi deber, en mi calidad de defensor suyo.

—¿Y por qué tiene necesidad de defenderme?

—Para no caer en la desesperanza —respondió Ansel muy quedo, mirándolo.

Lerais se sobresaltó. Los ojos se le velaron y un temblor agitó sus labios.

—Adelante, hágame las preguntas.

—Le recuerdo, señor Ansel, que no está autorizado a dirigirse directamente al acusado —advirtió el presidente—. Haga el favor de respetar el procedimiento.

Ansel carraspeó para aclararse la garganta.

—El acusado decía que su padre era un hombre normal, ¿no es eso? —prosiguió con calma.

—Responda —indicó el presidente.

—Bueno... —dijo Lerais—, me refería a que era padre, esposo...

Bajó la mirada y, en voz queda, añadió:

—También ordenó matar a cientos de hombres, mujeres y niños judíos.

En la sala resonaron unos agudos gritos.

Lisa se desmayó. Mina agarró con violencia el brazo de su hijo Paul. Béla me lanzó una mirada llena de odio.

No sabría precisar cuánto tiempo permanecimos así..., una eternidad. El juez no paraba de dar mazazos, amenazando a gritos con hacer desalojar la sala, pero yo creo que en realidad lo hacía para fingir una serenidad que no tenía.

Al final, me levanté y fui a buscar agua fresca mientras Paul reanimaba a Lisa, que nos observaba con la mirada extraviada.

—¿Fue su padre quien le informó de que era soldado de la Wehrmacht? —preguntó, una hora más tarde, el presidente a Jean-Yves Lerais.

—No.

—¿Cómo lo averiguó?

—Tenía doce años. En el colegio hablaban del Tercer Reich. Yo quería saber más cosas. Mientras indagaba sobre el tema vi su nombre en un libro de historia...

—¿Qué sintió al descubrir lo que hizo su padre?

—Me costaba creerlo —explicó Lerais—. ¿Quién puede comprender algo así? Todas las noches sueño lo mismo: unos hombres me arrancan de la cama y me meten en una habitación con duchas. Siento que me falta la respiración, me precipito hacia la puerta y entonces me despierto... Otras veces estoy asesinando a alguien y después me entrego a la policía. Y entonces acaba todo y me quedo en la cárcel durante el resto de mi vida...

»Mis padres huyeron a Sudamérica con documentación falsa y con otros camaradas de guerra. Cuando llegaron, había unas personas esperándolos. Fueron a buscarlos en coche, les dieron una casa. Comenzaron una nueva vida. Se habían llevado dinero de Alemania. Mi padre tenía un pequeño negocio en el que empleó a sus antiguos camaradas. Todos vivían en el mismo barrio. Había un colegio alemán, una tienda alemana, restaurantes, de todo. El domingo íbamos al templo y después a tomar cerveza con los amigos alemanes, oíamos chistes alemanes y leíamos periódicos alemanes... ¡Ah, me olvidaba, no había únicamente alemanes: había también austríacos...! —Esbozó una sonrisa triste—. Era una primavera eterna, la tierra era fértil, el sol brillaba de continuo; era el paraíso, el paraíso de los perdedores...

—¿Y qué pensaba usted de todo aquello? —continuó el presidente.

Lerais levantó de repente la cabeza:

—Él detestaba a los judíos, a los homosexuales y a los comunistas, pero se había vuelto demasiado cobarde para reconocerlo en público. En su fuero interno pensaba que llegaría otro Führer; cuando yo intentaba llevarle la contraria, se ponía a vociferar; «qué sabes tú de esa época, los judíos y los comunistas del gobierno te han hinchado la cabeza». También decía: «Mira lo que hacen en Israel. Se han vuelto militaristas, han demostrado su verdadera naturaleza de verdugos».

»La noche posterior al entierro de mi padre, meé sobre su tumba. La pisoteé y después vomité. ¿Cómo se les pudo ocurrir tener un hijo después de lo que pasó? ¿Cómo pudieron hacerme eso a mí? Querían jugar a ser una familia normal. Recuerdo los árboles de Navidad que ponían en nuestra bonita casa, los coros de niños, que mi padre adoraba, y los días 30 de enero: cada año se celebraba una gran fiesta en casa. Mi padre no manifestó nunca el menor arrepentimiento, ni sufrió ningún sentimiento de culpabilidad. Cuando estaba un poco borracho, el domingo, se

transformaba de nuevo en el héroe, el vencedor de la guerra.

—Querría saber cómo murió su padre —planteó el señor Ansel.

—¿Cómo murió? —repitió el presidente.

—¿Qué puedo responder yo? —Observó Lerais al abogado con expresión desconsolada—. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que murió en un accidente o, mejor aún, que yo lo maté, no de una vez, sino poco a poco? Mi padre falleció de muerte natural, igual que mi madre.

—Señor Lerais, ¿puede decirnos qué opina de los judíos? —preguntó el presidente.

—No lejos de donde vivíamos, había unos judíos emigrados, alemanes también; desde niño me fascinaba verlos. En la adolescencia trabé amistad con varios chicos judíos: cuando mis padres se dieron cuenta, se pusieron furiosos. «En aquella época te habrían hecho llevar una estrella», gritaba mi madre. Eso me animó a seguir. Invitaba a mis amigos a casa. Por ese tiempo comencé a leer todo lo que encontraba sobre el Tercer Reich y decidí dedicar mi vida a elaborar su historia. Tras la muerte de mis padres, vendí todos sus bienes y vine a Francia porque el francés era mi lengua materna... Y después..., y después...

Bajó la mirada.

—Y después conocí a Lisa...

Lisa, a mi lado, clavó los ojos en el suelo.

—¿Sabía ella quién era usted?

Se produjo un silencio momentáneo.

—El hijo de Helmut Vurtz —murmuró Lerais—, antiguo oficial de la Wehrmacht y criminal de guerra. No, por supuesto que no.

—¿El acusado conocía a Schiller? —preguntó Ansel.

—Sí.

—¿De qué lo conocía? —prosiguió el presidente.

—Lo había visto en los coloquios sobre la Shoah.

—¿Sabía que era judío?

—No. Lo ignoraba.

—¿Le envió usted unas cartas de amenaza?

—Sí, fui yo.

—¿Porqué?

—Me parecía peligroso. No soportaba lo que decía a propósito del convento de Auschwitz. Además, era amigo de Crétel.

—¿Qué sabe de Maurice Crétel?

—¿Qué sé? —Lerais enarcó una ceja con socarronería—. Sé que hizo deportar a miles de judíos durante la guerra, eso es lo que sé. Y aparte, sé que estaba en connivencia con Perraud en la colaboración.

—¿Sabía Michel Perraud lo que había descubierto usted?

—Sí. Estaba tirándole de la lengua, antes de que me detuvieran..., y no por

dinero. Sólo por placer, para verlo angustiarse en cada instante de su vida.

La sala se agitó y se llenó de murmullos ahogados.

Ansel se levantó y se acercó a su cliente.

—Quisiera que Jean-Yves Lerais responda ahora a la siguiente pregunta: ¿mató a Carl Rudolf Schiller?

Lerais lo observó un momento, totalmente descompuesto.

—Responda —ordenó el presidente.

—Me importa un comino —dijo en voz baja—. Todo me da igual.

—¿Mató usted a Carl Rudolf Schiller?

Ansel lo miraba entonces con calma, como si supiera que la respuesta brotaría, ineluctable.

—No —murmuró por fin—. No lo maté.

Lisa me apretó la mano con tal fuerza que me hizo daño.

El ujier hizo entrar al padre Francis para el último interrogatorio del juicio.

—¿Puede decirnos qué sabe en relación a un cuaderno marrón, que supuestamente fue entregado a Carl Rudolf Schiller antes de su muerte? —preguntó el presidente.

—Oh, por supuesto que sí, hijo mío —dijo el estafalario hombrecillo como si hablara con un futuro novicio—. Fui yo quien le entregué ese cuaderno.

—¿Puede decirnos cómo llegó a sus manos el cuaderno?

—Oh, sí. Me lo dio un hombre que lo había encontrado en Auschwitz. Aseguraba que ese cuaderno tenía extraños poderes y yo también lo creo.

—¿Por qué se lo dio a Schiller?

—Porque quería que me diera su opinión al respecto. Su opinión como teólogo, quiero decir.

—¿Cómo se llamaba el hombre que le dio el cuaderno?

El padre Francis se volvió entonces hacia mí y, con raro ademán, respondió:

—Se llama Werner. Félix Werner.

Creo que nadie prestó atención a lo que acababa de decir el padre Francis a propósito de Félix. Todos pensaban que el anciano desbarraba. ¿Acaso no había acusado ya a Lisa?

No, nadie prestó atención a lo que había dicho el anciano.

Nadie excepto yo, que me había fijado muy bien.

Félix Werner. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Por qué había desaparecido de manera tan repentina?

Los alegatos de los letrados comenzaron al final de la tarde.

Nos encontrábamos todos en un estado de tensión extrema. En el fondo creo que, aparte de Lisa, la familia Perlman no había acabado de decidir si Jean-Yves Lerais era culpable o no y esperaban la sentencia del jurado para descargar su conciencia del peso de la decisión.

Lisa, por su parte, temía que aquello desembocara en un error judicial y que el verdadero asesino permaneciera en libertad. Mina decía que había que confiar en que el tribunal haría justicia.

El informe del fiscal era simple: Jean-Yves Lerais había enviado varias cartas de amenaza a Carl Rudolf Schiller. No se dedicaba a sonsacar información a Michel Perraud, sino que era un ferviente admirador suyo.

Era posible que no supiera que Schiller era judío, pero su cambio de postura en el juicio contra Maurice Crétel lo había enfrentado a sus propias dificultades personales.

Había comenzado a estudiar la Shoah por idealismo y poco a poco, tal como habían demostrado los testimonios de Lisa Perlman y Jacques Talment, había desarrollado un odio creciente hacia los deportados: se había identificado con su padre, no había conseguido superar su pasado.

Había matado a Schiller el 27 de junio de 1995, exactamente cincuenta años después de la liberación del campo de Auschwitz; sólo un historiador podía hacer algo así. Había trasladado la mitad del cadáver de Schiller a Italia, a la École de Roma, al otro país protagonista del fascismo. Jean-Yves Lerais no era un asesino, sino un bárbaro.

Un hombre que había partido en dos a otro hombre: dejarlo en libertad era arriesgarse a que repitiera un acto igual de atroz.

Para acabar, el fiscal reclamó cadena perpetua.

El abogado de la parte civil abundó en el mismo sentido.

El señor Ansel pronunció un alegato incisivo. Jean-Yves Lerais era una víctima. Víctima de su pasado, de su historia, víctima de una maquinación diabólica. Todo había sido cuidadosamente calculado, planificado hasta el más mínimo detalle: las cartas de amenaza en el apartamento de Schiller. Después la mitad del cadáver en la École de Roma, el sitio donde trabajaba. Todo parecía muy convincente..., con una salvedad. En esa maquinación infernal, se habían fabricado pruebas contra Lerais, pero no se había tomado en cuenta un elemento: no tenía ningún móvil. Jean-Yves Lerais no tenía ningún motivo para matar a Schiller.

¿Querían que les explicara qué era un móvil? Lisa Perlman, por ejemplo, podía haber querido matar a ese teólogo cuya condición de judío había descubierto ella. Lo había averiguado cuando grababa los nombres de los niños en el bloque de granito. Por esa razón había ido a Berlín a ver a ese hombre que la tenía intrigada porque había conseguido hablar con su padre. Allí se había enterado de la verdad. Lisa Perlman sabía más cosas de las que había dado a entender. Su mentira, con la que había incurrido en perjurio, tenía un cariz inquietante: ¿qué grave información intentaba ocultar?

Su hermano Paul podía asimismo haber querido matar al individuo que entorpecía la buena marcha de su asociación, porque tenía una «fijación» con los palestinos, que le impidió asignar según le parecía las sumas disponibles y le había obligado a dimitir. En cuanto a Béla Perlman, que había pasado tres años en un hospital psiquiátrico, había podido matar a Schiller en el transcurso de uno de sus accesos de furia y de odio contra el mundo entero y procurar hacer recaer las acusaciones en Lerais, a quien envidiaba y detestaba. Tal como había indicado el psiquiatra, Kríma, un paranoico puede ser peligroso hasta el punto de pasar a la acción y cometer un asesinato: de Béla Perlman podía esperarse cualquier cosa. ¿Y qué iba a decirles de Jacques Talment, cuya reputación había mancillado Schiller en su libro, causando un

grave perjuicio tanto a él como a su esposa?

Habló también de Mina Perlman y del cuaderno marrón, misteriosamente desaparecido. ¿Era absolutamente seguro que había desaparecido? ¿No habría sido la propia Mina la que envió el cuaderno a Carl Rudolf Schiller, con el fin de perjudicarlo y desestabilizarlo? ¿Por qué había logrado Schiller desatar la lengua de aquel hombre que no hablaba jamás? ¿Le sonsacó algo? ¿Lo sabía, en tal caso, Mina? ¿Por qué se había suicidado? ¿Llegaría a saberse el porqué alguna vez?

En cuanto a Ron Bronstein, ¿no tenía motivos sobrados para odiar a Schiller? ¿No tenía motivos más que suficientes para matar al hombre que había insultado la memoria de los suyos? Y Michel Perraud, a quien Schiller había traicionado al renunciar a apoyar a Crétel, ¿no era igualmente un posible sospechoso del asesinato de aquel a quien denominaba «su amigo»? Tenía motivos más que suficientes para mandar matar a Schiller y para hacer que acusaran a Jean-Yves Lerais, que conocía detalles secretos de su pasado colaboracionista con el régimen de Vichy.

En el caso del padre Francis, su desvarío podía desencadenar por sí solo cualquier locura. ¿Qué clase de objeto era ese cuaderno marrón dotado de extraños poderes? ¿Y quién era el tal Félix Werner al que había aludido?

Esas eran las pistas que había que seguir si de verdad se quería dar con el asesino.

Todas aquellas personas tenían móviles, sí, todas tenían motivos para odiar a Carl Rudolf Schiller hasta el punto de matarlo, pero no Jean-Yves Lerais.

No se trataba de una casualidad. Quizás uno de ellos fuera el verdadero culpable. En todo caso, el asesino estaba aún en la calle, puesto que Lerais era inocente. Condenar a Jean-Yves Lerais era asumir el riesgo y la responsabilidad de dejar en libertad al verdadero asesino, un hombre que no sólo había cometido un crimen atroz, sino que había puesto en marcha un mecanismo implacable para hacer que acusaran a otra persona en su lugar. El individuo que dejarían en libertad no era un simple asesino; era un monstruo, un genial manipulador, un ser diabólico.

El 30 de octubre de 1997, a la una y media del mediodía, Jean-Yves Lerais fue absuelto.

Ese mismo día, en el periódico apareció un artículo en el que se comentaba la decisión de la justicia. No bien comencé a leerlo, reconocí la marca de Félix.

De golpe, el corazón me dio un vuelco en el pecho, cuando reparé en la firma que había al pie de la página: figuraba como autor Félix Simmer.

¿Qué sentido podía tener aquello? ¿Por qué había empleado Félix mi apellido para firmar ese artículo?

Un vez más traté de ponerme en contacto con él. No estaba en su casa. En el periódico me respondieron que estaba de vacaciones. El artículo publicado había llegado por fax. Nadie tenía noticias de él. Félix Werner había desaparecido.

OCTAVA PARTE

A menudo, mientras fumo, miro cómo se elevan las volutas azules y dejo vagar mi espíritu sobre el vacío de los primeros instantes, sobre el aire transparente, el fluido imponderable. Ese flujo se transforma en un gas incoloro, ni blanco ni negro, ni rojo ni verde, que conforma el aire propicio al resplandor del comienzo. Un vapor asciende como una columna, sube hacia los cielos; después la luz, fuego y sol, cual si fuera el origen, ahuyenta las tinieblas y en torno a ella se esfuma el vacío.

Entonces contemplo el milagro de la Creación, el firmamento y las aguas inferiores, la vegetación, los árboles y las plantas, y las lumbreras, luna, sol y estrellas, y todos los seres vivos, y no remite mi asombro, y veo, en la distancia detrás de ellos, el mundo anterior a la Creación y la nada de donde nació el mundo y hacia la que tal vez va, y también más allá, el espacio de las estrellas, y, ante ese infinito, yo pregunto: ¿por qué haber deseado ese mundo? Y tras haberlo deseado, ¿por qué no haberlo concebido en su totalidad del lado del bien?

¿Quiere usted que no se vuelva a oír hablar de violencia, de ruina ni de devastación? ¿Quiere que la luz perpetua ilumine la noche? ¿O bien desea que el mal se multiplique, que cobre independencia, que se erija en justicia absoluta, que domine el mundo y que lo cree a su imagen y semejanza?

Que él diga: «Hágase de noche» y que la noche se haga. Que diga: «Hágase de día» y el día se haga sobre el sufrimiento y sobre la muerte.

Fuerte, fuerte como el mal, como el amor, como la muerte. La luna envía la luz del sol y es su espejo y los ojos de Lisa, como luceros del alma, iluminaban todo lo que era visible, sueños de una tarde, perlas de agua, gotas de rocío.

Fuerte como el mal. Su sol no se pondrá ya, su luna no desaparecerá ya, su claridad oscura permanecerá sobre todos, para siempre. Espléndido, poderoso, omnisciente, como el mal. Él es la hermosura y la iluminación.

Fuerte, fuerte como el mal que cava los sepulcros de los justos en territorio de malvados, fuerte como la muerte; terrible, celoso e impúdico como el mal infligido a aquellos que no han cometido violencia alguna, aquellos cuya boca no ha proferido nunca la mentira, aquellos cuya mano no ha golpeado nunca el cuerpo del hombre.

Sí, usted lo sabía desde nuestro primer encuentro, ¿lo recuerda? Y si hoy me confieso con usted es porque me ha elegido de igual manera que yo lo he elegido a usted, me ha llamado, con todo el corazón me ha deseado. Me ha buscado en su exilio, dondequiera que me encontrase, le he gustado porque usted estaba diseminado, me ha llamado en sus caídas, me ha predicho en mi gloria y mi unidad reconstituida; usted es mi redentor, usted ha triunfado sobre la Distancia, que me aleja y me separa de usted, usted me ha seguido en mis tribulaciones, en mis procesiones, a través de la fragmentación de las apariencias, ha captado la intencionalidad espléndida y le ha restituido su verdadero sentido, me ha dado un pensamiento y una voz, un verbo, me ha manifestado, me ha comprendido, sí, me ha

comprendido.

Desde que lo conocí, supe que el objeto de su presencia era revelarme a mí.

Usted me ha dado un lenguaje que es el arma esencial para la comprensión, ha seguido el movimiento de mis labios, ha conferido un sentido a mis palabras, me ha localizado una multiplicidad de interlocutores para unirme y revelarme.

Desde que acabó el juicio, me vi invadido por una oleada de tristeza: había comenzado a habituarme a aquellas sesiones cotidianas que me permitían ver a Lisa. Después se volvió de nuevo inalcanzable. Intenté en varias ocasiones provocar una discusión con ella. Se negaba a hablar conmigo. Decía que necesitaba tiempo para ordenar sus ideas. Volvió a vivir en casa de su madre, en la cual yo seguía sin ser bien recibido.

Un día fui a su estudio para verla. Me enseñó su última escultura, titulada *El oro y la ceniza*.

Era una obra figurativa bastante grande, de un metro de altura más o menos. En la base había un montón de gravilla, piedras minúsculas que formaban una especie de polvo gris. Encima había un hombre arrodillado: no se le veía la cara, que quedaba oculta bajo un sombrero. Ese hombre sostenía a una mujer en brazos, una mujer envuelta en un chal, medio oculta bajo las cenizas.

Lo que aparecía en un relieve marcado eran los brazos y las manos del hombre, que enlazaban el cuerpo de la mujer. Eran unas manos impresionantes por su fuerza, su tamaño y su belleza.

Algo brillaba en ellas, un objeto dorado. Me acerqué: parecía mi sortija de sello. Entonces reconocí mis manos.

—¿Qué significa esto? —pregunté a Lisa.

Lisa observó la obra un momento, antes de contestar:

—Las manos delatan la pretensión de nobleza por el oro que se coloca en torno a los dedos para exhibirlo; es como un uniforme o un documento de identidad. Pero en realidad esas manos no conocen el valor del otro, hundido en las cenizas, el otro que sólo emerge de su masa a condición de permanecer ligado a ellas. El pudor, la intimidad arrastrados entre las cenizas, así es como al oro le gusta verlos. Brilla como un usurpador porque permite comprarlo todo. Representa los falsos valores igual que la historia construida por el historiador que pretende explicarlo todo y dar una significación a todo. Explicar la Shoah equivale, sin embargo, a mostrar que no fue una Shoah, sino un acontecimiento como tantos otros. De este modo, en nombre del oro-verdad, el historiador vuelve a hundir a los supervivientes en las cenizas. Si la Shoah no es más que un acontecimiento comparable a otros, entonces los supervivientes no tienen por qué dar su testimonio particular sobre ella, puesto que han sobrevivido a una guerra y a una violencia corrientes, comunes y normales.

—¿Qué hace el hombre, enterrarla o exhumarla? —pregunté.

—No lo sé —respondió ella, mirándome con gravedad—. Aún no lo he decidido. Sus mejillas adquirieron un leve rubor, al tiempo que esbozaba una débil sonrisa.

La liberación de Jean-Yves Lerais había supuesto un alivio para todos. Al principio, los Perlman tuvieron la impresión de que se trataba de un epílogo feliz, el final de los desastres. Las cosas reanudarían su curso normal en adelante: tenían necesidad de creer que el caso Schiller estaba cerrado y de dar el asunto por concluido. Era un mal recuerdo del que nadie quería volver a hablar. Les había rozado de muy cerca. Habían estado a un paso de la catástrofe.

No obstante, poco a poco comenzaron a comprender que se habían equivocado, que la realidad era muy distinta. Tanto si Jean-Yves Lerais era realmente inocente, cosa que ninguno de nosotros ponía en duda, como si era culpable, lo cierto era que el asesino seguía en libertad. ¿Quién era? ¿Dónde estaba?

Una y otra vez acudían a su recuerdo las palabras del abogado defensor: «Quizás el verdadero culpable era uno de ellos». Aquella frase resonaba sin cesar en mis oídos; y pensaba en cada uno de ellos, en Mina, en Béla, en Paul y Tilla, en Ron Bronstein, en los Talment, en el padre Francis y sus genios malignos, en Lisa y en Félix.

—¿Cree usted que se trata de un crimen antisemita? —había preguntado yo al padre Franz después de la comparecencia de Bronstein.

—Estoy convencido —respondió—. ¿Es un cristiano quien mató a Schiller por antijudaísmo secular? ¿O es un nazi el que lo asesinó porque simbolizaba la victoria final del derecho sobre la fuerza, de la verdad sobre la mentira, el triunfo de la conciencia moral? ¿Es un ateo de ignorancia culpable o un enfermo de Dios? No lo sé, pero sí sé que la cuestión reside ahí. ¿Quiere saber qué decía Schiller, justo antes de su asesinato? Decía que Jesús había predicado sólo para las ovejas descarriadas de la casa de Israel, decía que el que desconoce al judío se desconoce a sí mismo, que el que no asume la condición del judío como su propia condición mantiene una distancia infranqueable entre sí mismo y su salvación, decía que el que no carga su cruz no es digno de ser cristiano y decía que los cristianos tienen una tendencia excesiva a dejar que Jesús la lleve él solo. Decía que Israel es el hijo del hombre, que aporta a la humanidad entera el testimonio de la misión humana, que consiste en combatir la naturaleza para sobrevivir a ella, y por eso Israel está inscrito en el mundo como una ley. Decía que, a través de Israel, el tiempo del Mesías es el de todos los días, que no es un acontecimiento pasado ni venidero, evocado por las vanas añoranzas y las esperas estériles, es el hilo que los une entre sí, el momento de la reparación, en cada nuevo amanecer y en cada crepúsculo, son los grandes episodios de la historia los que se repiten como un eco por encima de las ciénagas de

silencio en que se encalla el hombre, son los rayos que horadan la vida, que animan el gris de la existencia, iluminan las tinieblas, y la promesa de Dios es el esbozo de ese designio, el retorno del pueblo del largo viaje después del sufrimiento y el mal: Jerusalén.

—¿Cree en la Redención?

—No. Creo en la conversión. David escribió los salmos después del asesinato de Urías, san Agustín descubrió la gracia después de una juventud tempestuosa... Existe una esperanza, a pesar de...

Sacudió la cabeza, con expresión afligida, antes de añadir:

—No quería creerlo, ¿sabe? No quería creerlo.

—¿Qué?

—¿No ve cómo se extiende el Mal? El Mal persevera y gana émulos. ¿Por qué logra tantos discípulos, por qué construye más escuelas, por qué actúa más que Dios? ¿Por qué no habita Dios toda la existencia, por qué no es tan hábil como el Demonio? ¿Quién puede responder? ¿El Mesías? Pero ¿dónde está ese mesías que aplasta la cabeza de la serpiente sin que esta le muerda el calcañar? Mientras tanto, hay que luchar. Me equivoqué. He sido un cobarde. Creo que, en el fondo, tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de reconocer en mí a ese hombre, a ese asesino... Al hombre dividido que cometió ese crimen, porque ese crimen no es más que el reflejo de un alma, de una mente que ha perdido su unidad. ¿Quién sabe lo que escondemos en el fondo de nosotros? El Mal bajo las formas más insidiosas, neutras, o bien bajo unas apariencias benévolas, conciliadoras, indiferentes tal vez, el Mal que de repente se desencadena con toda su furia, su violencia, su enorme potencia para la separación y la destrucción. Hasta la misma fe es un disfraz de Satanás. Schiller lo sabía bien, después de sufrir la transformación que le ocasionó la revelación de Bronstein y que lo hizo tan diferente al que era antes. Fue esa conversión, no me cabe duda, lo que desencadenó la cólera del que lo mató. Schiller había tenido la audacia de levantarse desde el fondo del abismo y su asesino no lo soportó.

—¿Por qué me dijo que no continuara, al principio? ¿Por qué no me habló del cuaderno marrón y del padre Francis? ¿Por qué esperó todo este tiempo?

—Desde el comienzo supe que había que apartarse de ese camino: y si yo he permanecido libre de salpicaduras frente a todas las bajezas, se debe a que nunca he transigido. Me mantuve al margen, pero no dije con suficiente fuerza que era una renegación del mensaje de Cristo. Lo sabía, pero no dije que aquí había intervenido el Mal, sí, el Mal radical, el Mal esencial, y que una vez más el *foetor judaicus* dejaba de ser una leyenda, cuando cuarenta años más tarde, los judíos se suicidan por no haber ardidado, y el humo de su muerte empaña todo el horizonte, y yo no lo dije porque temí tener que enaltecerme hasta el martirio o hasta el amor de quien muere por luchar y que me faltara el valor para ello. No obré como debía, lo confieso, Rafael. Sí, preví la terrible soberbia de la conciencia antisemita que, orgullosa de su

impunidad, sabiéndose al amparo del desastre, sigue y sigue provocando estragos, no quise ver la increíble perseverancia del mal. Me puse a salvo a mí mismo, adopté una actitud pasiva.

—Y ahora, ¿quiere encontrar al culpable?

—La pregunta que me hace es terrible, Rafael. Desde el principio me ha planteado un problema irresoluble. No lo sé. Sé, en cambio lo que no hay que hacer: escuchar al mal, dialogar, pues comprenderlo es sucumbir a él. Luchar contra el mal equivale a ser también su víctima. No es posible abordarlo cara a cara, ni mediante la comprensión, ni mediante el combate.

—Pero ¿no le presta oídos el cristiano? Lo acepta y sufre. ¿No es esa una manera de vencerlo?

—La humildad que reduce al masoquismo, la afición a la penitencia, la maceración de la carne y la glorificación de la castidad, que desgaja al hombre de la misma fuente de la vida; si es a eso a lo que llama cristianismo, la respuesta es no. El verdadero cristiano es el que no olvida el sentido del sufrimiento, que lo asume no como una meta, sino como una prueba. ¡Lucha contra ella superándola! Y cuando la ha superado, la rechaza con esperanza.

—¿Y si ese asesinato sirviera para hacernos tomar conciencia de nuestro propio destino? ¿Quién sabe lo que sucederá después de la muerte de Samy y del hijo que esperábamos? ¿No cree usted en la gracia? ¿No le parece que el exilio pueda nacer de la Revelación?

—No. Yo creo en la destrucción, la separación, la estratificación, la división y creo que a veces se producen milagros sorpresas o casualidades.

El Mal es eterno, es absoluto.

Indague, había dicho el padre Franz. ¿Qué podía ponerme a indagar sin embargo, ahora? ¿Y cómo? Era Félix quien me había implicado en ese asunto. Él era el investigador y no yo.

¿Dónde estaba Félix Werner? Me roía la vaga inquietud de que podía haberle ocurrido algo.

Tenía, por otra parte, la certeza casi absoluta de que estaba bien.

Félix. Félix Werner.

¿Félix? ¿Dónde estaba Félix? Félix no estaba en ningún sitio y estaba en todas partes.

Estaba ilocalizable. ¿Habría huido? ¿Adónde? ¿Cuándo?

¿Quién? ¿Félix? ¿O la serpiente?

Otra vez ella, siempre ella instalada en mis noches. El asesinato era su ocupación, la destrucción el objetivo de su vida. Tenía varias formas de matar: la mordedura sangrante, agarrotadora, que dejaba manar la sangre mala, emponzoñada por su veneno. Empleaba además el estrangulamiento cuando se enroscaba en torno al cuello del animal y apretaba hasta que la bestia se asfixiaba y ella percibía el último estertor de su agonía.

Se valía asimismo de la fascinación que ejercía sobre los seres y que impulsaba a las víctimas a arrojarse al agua o a echar a correr sin tino, desesperadas, hasta la extenuación. No conocía la piedad; nunca había hecho una excepción con nadie. La conciencia era su fuerte; no había nada que la atormentara..., salvo la ausencia del crimen.

Podía engullir unas presas enormes que la dejaban hinchada al máximo. La movilidad de la mandíbula, la facilidad con que sacaba la lengua de la boca, dotada de venenosos colmillos, la hacían temible. A veces subyugaba a su víctima con una mirada antes de escupirle el veneno a la cara.

Nunca se desplazaba erguida como el resto de las criaturas: avanzaba como los arroyos y los ríos, trazando meandros. Tortuosa, no insistía en la dirección insinuada por su primer movimiento. Se deslizaba en silencio y todo su cuerpo transmitía el impulso de su avance. Reptaba sin alzarse jamás, se pegaba al suelo sobre el que discurría con toda la superficie interior de su cuerpo. Se comía el polvo, la suciedad, la basura.

¿Dónde estaba? ¿Fuera? ¿Delante de mis ventanas? ¿Por qué estaba esa plaza llena de gente? ¿Qué hacía aquella multitud debajo de mi casa, en la Place de 18-juin-1940?

Aquella multitud ingente, ruidosa, que aclamaba a su líder, aquella masa inmovilizada en bloque, rodeada de soldados de uniforme, que saludaba al hombre que desde el balcón se ponía a lanzar vituperios contra el cosmopolitismo vienes y el judeo bolchevismo. Pero ¿quién es ese hombre? Ora celebra la nueva era, la era revolucionaria, ora se dirige a la muchedumbre al ritmo de una música altisonante, ora hipnotiza a las masas, recurre a la radio y al cine para convencer y para saludar el advenimiento del hombre nuevo, ora dispensa mimos a perros y niños y el pueblo enfervorecido camina como un solo hombre a la sombra del líder que ha elegido.

Pero ¿quién es ese hombre?

¿Qué es este caos, esta muerte que se abaten sobre mí, esta mezcla de tierra y de agua? El abismo me llama y el mar agresivo, agitado, habitado por serpientes monstruosas, me atrae hacia su seno. El monstruo inmenso, desproporcionado y temible soy yo y ellos carecen de fuerza suficiente para vencerme y la aurora, antaño una joven de rosados dedos, es una vieja bruja horrible y el día odia a la noche y ya no desea abrazarla y se enoja con ella, bajo las nubes, el trueno, el rayo, el relámpago, la lluvia, la niebla, el granizo, la nieve, la escarcha y el hielo, y el día regaña a la noche y mediante el trueno, que es su voz, le dedica una terrible reprimenda, una escena de casados, y los rayos son sus flechas, y la lluvia la lluvia es una tempestad desatada por las aguas superiores, ese mar celeste suelta un granizo mortífero, ¿dónde está Félix?

Haría ya dos, tres meses que no lo veía y lo peor era que lo necesitaba. ¿Acaso no era mi amigo, mi confidente, mi amparo al final del día? ¿No era mi hermano, mi familia? Entonces comprendí el lugar que ocupaba en mi vida. ¿Cómo habría podido separarme de él? Félix, lo llamaba en mis noches desoladas, Félix, ¿dónde estás? ¿Por qué me has abandonado? Estoy solo, tan solo...

¿Quién es Félix Werner? Sí, ¿quién es?

¿Dónde está Félix Werner? Más adelante supe cuán absurda era esta pregunta.

¿Quién es Félix Werner? ¿Es visible o invisible? ¿Está presente o ausente? ¿En la superficie de la tierra o en el exterior, por encima del mundo? Al principio pasaba cerca de él como si tal cosa; procurando no hacerle caso y que él no se fijara en mí. Deseaba casi olvidar su existencia.

Qué sentido tiene todo esto decía un misterio que no puedes comprender decía acaso soy incapaz de diferenciar a Job de mi enemigo decía es toda la respuesta entérate de que esas cosas tienen su sentido oculto y de que yo no soy tu enemigo decía la respuesta es el grito de fe la posibilidad de la fe después de Auschwitz la confrontación con Dios se realiza a través del misterio no hay que tratar esto con las categorías normales aquí tenemos algo de demoníaco y satánico que nos es revelado y luego al final Job tiene otros hijos qué bien pero los otros no regresaron jamás, ¿jamás?

Olvidar, sí, olvidar los crímenes pasados, aplicar falsos apósitos sobre la herida del mal, que no permitía comprender el terrible, el indecible, el impensable sentido del mal, sí, olvidarlo todo, recordar el amor en la noche de bodas, primer paso hacia el olvido. Sí, porque el amor se halla del lado de la inconsciencia y a través de él se hunde el pasado... durante un momento, para resurgir, como una hidra de mil cabezas, aún más terrible y más virulento.

Abajo, abajo de todo, en nuestro mundo de carne y de materia, hay abismos donde se acumulan los desechos engendrados por el Error. El historiador, que intenta

recogerlos, sabe no obstante que el pasado es un rebelde, una sombra misteriosa que se encuentra en las tinieblas. El historiador, como el Demiurgo, quiere verlo todo, saberlo todo, conocerlo todo. Él es el torturador del pasado: es el que lo interroga, lo retuerce, lo lleva al límite, violentando a la violencia.

¿Dónde está Félix Werner?

Lo localicé en Bosnia, «donde Europa y la ONU humilladas capitulaban una vez más ante el reinado del horror, del cinismo y de la brutalidad propiciados por la impotencia de la comunidad internacional».

Encendí el televisor. ¿No era él ese que estaba en Ruanda?

¿Neonazi?

Estaba en todas partes, en todas partes donde actuaba el Mal. Galopaba, corría tras él.

Una noche, al encender el televisor, topé por azar con un debate que se retransmitía desde Berlín.

Entre los participantes reconocí al padre Francis y al padre Franz, sentados uno junto al otro.

Tras una breve introducción del presentador, que anunció el tema, «el Mal en la tradición cristiana», el padre Francis tomó la palabra.

—Los barbelognósticos —expuso— pensaban que existía un octavo cielo donde vivía una mujer, hija del verdadero Dios, el Padre desconocido, que reinaba sobre los arcontes. Esta mujer tuvo un hijo, Sabaoth, que era el amo del séptimo cielo. Pero este se rebeló contra su madre y contra el verdadero Dios y decidió hacerse dueño del mundo: «Yo soy el Eterno —dijo—, no existe más dios que yo». Hasta ahora, es él quien determina el destino del hombre. Para combatir esta impostura hay que seducir uno a uno a los arcontes, a fin de sustraerlos a la influencia de Sabaoth, y recoger su semen con objeto de concentrar la Potencia dispersa del verdadero Dios y reconstituir su unidad perdida. Se dice que el ritual barbelognóstico consistía en una repetición del acto de Barbelo, es decir, una recuperación del esperma de los vivos. Los miembros de esta secta compartían a sus mujeres, pasaban la vida ocupados en un banquete inacabable, servían comidas refinadas, comían carne y bebían vino en abundancia, se entregaban a la orgía y al desenfreno. Comulgaban sobre su semen, que según su creencia representaba el cuerpo de Cristo. Cuando una mujer concebía, extirpaban el embrión de la matriz, lo mezclaban con miel, pimienta y aceites aromáticos y todos debían tomar con los dedos pasta del feto y comérsela.

Se había puesto en pie: realizaba ampulosos gestos y se tiraba de la barba de chivo mientras se desplazaba con pasos renqueantes.

—En Alejandría, en tiempos de Basílides y Valentín, vivían los carpocracianos, secta fundada por Carpócrates, un griego originario de Cefalonia, y su hijo Epifanio. Los carpocracianos sostenían que este mundo era obra de los ángeles caídos, que se habían rebelado contra el verdadero Dios. Para tener acceso al verdadero mundo, el de la gracia y la bondad originales, había que rechazar esta vida sensible que era obra del Mal, había que escarnecer sus reglas, abuchear a sus dioses, los genios malignos y violar sus leyes cada vez que se presentara ocasión de hacerlo. Enseñaban, por ejemplo, que José era el padre natural de Jesús, y que este había nacido como cualquier otro hombre. Decían que es el verdadero Dios el que ha creado el placer del amor para todos los hombres y mujeres, pero que los ángeles dictaron la monogamia para limitar la ley del verdadero Dios. Vivían en comunidad y, críticos respecto a la noción de propiedad, lo ponían todo en común, bienes y mujeres. La única manera de combatir el mal era el inmoralismo: para agotar su sustancia, había que cometer todas las bajezas. Y si el alma no llegaba a conseguirlo en el transcurso de una sola vida, tendría que reencarnarse en otro cuerpo hasta que hubiera cubierto su cupo de

infamias. Esa amenaza de un eterno retorno del mal incitaba al discípulo carpocraciano a cometer el mal como si de una ascesis se tratara, para no tener que hacerlo más que en una sola vida.

»Cometían, en efecto, el mal por deber y no por placer. Para ellos el hombre no era malo en sí, tal como demostraban la repugnancia que todos experimentaban al obrar el mal y el sentimiento de injusticia que les inspiraba el mal cometido. Sí, les resultaba duro cometer el mal y, si tenían que practicar el incesto, el aborto, el infanticidio, las orgías y los banquetes comunitarios, si tenían que tomar diferentes drogas e ingredientes, lo hacían en nombre de sus principios, no de sus deseos.

Tras un carraspeo, el presentador se decidió a interrumpir al anciano para ceder la palabra al padre Franz. En el semblante de este se advertía una gravedad poco habitual en él. ¿Estaría intimidado por el gran número de espectadores, o más bien preocupado? Iba vestido de negro, con una especie de americana de cuello Mao que confería a su cara una palidez más acentuada que de costumbre.

Me acuerdo muy bien de la primera frase que pronunció: «Ningún espacio está vacío de Dios».

Ningún espacio está vacío de Dios. ¿Y la Shoah? ¿Y Lisa, mi amada, que ya no quería verme? ¿Y los exilios, las angustias, los tormentos de las víctimas?

—Las lágrimas del cielo —decía el padre Franz—, el sufrimiento de Dios, no pueden anular el dolor del hombre: se suman a él. ¿Por qué permite Dios el Mal? No hay nada que lo justifique. ¿Dónde está entonces Dios? Él no es el que sufre en la cruz y el que soporta el dolor hasta la muerte. Cristo no muere por la humanidad, muere y es absurdo. La revelación crística es la del misterio: el misterio del Mal.

»En la Shoah, la razón abdica, cede a la locura, y la teología también. Lo inenarrable es lo que corre el riesgo de caer en el olvido cuando se ordena que se rememore, lo que se sume en el silencio cuando pide la palabra.

—Está usted en un error —lo interrumpió el padre Francis—. Existe un saber sobre el Mal. El Mal puede ser conocido y comprendido.

—¿Se refiere a la gnosis?

—El nazismo es una gnosis, la burocracia es una gnosis, la religión es una gnosis, la ciencia y el poder son gnosis, el éxito es una gnosis y el fracaso también lo es.

—Y el Mal es una gnosis. Es la demonización que ustedes hacen del otro lo que conduce a la violencia. Todo empieza por la visión de las fuerzas cósmicas enfrentadas, las fuerzas del Bien contra las fuerzas del Mal, para acabar en una cosmología escindida, que hace que las fuerzas de la luz se alcen contra las fuerzas de

las tinieblas. Ya no hay uno, sino dos dioses, el dios del Mal y el dios del Bien: es el final del monoteísmo.

—Fueron ellos, los judíos, los que exaltaron la violencia, no nosotros. Fueron ellos los que con el Diluvio, la torre de Babel, la huida de Egipto, las diez plagas y el paso del mar Rojo, la conquista de Canaán, la convirtieron en Dios. ¿No dicen que Saúl perdió su dignidad real porque no había matado a todos los amalequitas y había perdonado la vida a su rey? Y el Demonio, ¿no fueron los judíos quienes lo inventaron? ¿Y la serpiente del Génesis?

—La serpiente no es el Demonio, es el animal tentador que demuestra la presencia del Mal cósmico y es el motor de la historia.

—¿Lo ve? Acaba de corroborar lo que yo afirmo: la historia es la lucha del mal contra el bien... —señaló, engallándose el padre Francis, antes de añadir en voz más baja—: Jesús reveló su corazón de carne y, por los judíos, el corazón de piedra. ¿No ve, hijo mío, que ellos posponen sin cesar el día de la salvación de los hombres, que hacen imposible la liberación de la humanidad doliente, la justicia eterna y la paz? ¿Son ellos los que cometen el crimen! ¿Lo entiende? No habrá liberación mientras el judaísmo no reconozca la verdad mesiánica en el ministerio de Jesús y en la Encarnación.

—¿Qué propone usted? —preguntó el padre Franz, sin perder la calma—. ¿La eliminación de Israel de la comunidad humana? ¿La destrucción violenta... o bien la conversión?

—Sí, eso es, la paciencia... Los judíos también esperan al Mesías..., pero no lo reconocieron cuando llegó. Por consiguiente, la única persona a la que esperan los judíos tiene que ser por fuerza... el Anticristo. Debe nacer de la tribu de Dan, debe estar circuncidado y convencerá a los judíos de que es el Anticristo mediante sus actos abominables. Reconstruirá el Templo, establecerá su reino y se proclamará Dios. Dos reinos se repartirán entonces la tierra: el de Cristo y el del Diablo. ¡A partir de este mismo momento, cada cual debe elegir de qué lado está, pues el día se acerca!

El padre Francis se había vuelto a levantar. Elevaba con manos trémulas los brazos al cielo, presa de la más completa exaltación.

La cámara se alejó del semblante alterado del anciano para captar una toma del público. De repente, me estremecí. Por espacio de varios segundos, fue como si me hubiera dejado de latir el corazón. En la segunda fila, a la izquierda, reconocí una cara familiar.

Claro. Félix Werner se encontraba en Alemania y estaba presente en aquel coloquio; debía proseguir con su investigación, aquella investigación que se había convertido en su obsesión, en su único proyecto.

Unos días más tarde, como para confirmar lo que había visto en la pantalla del televisor, recibí una carta de Félix en la que me hablaba de Berlín como si tal cosa, como si no mediara ausencia alguna entre los dos.

Berlín reunificado. La ciudad aniquilada se convierte en la más rica, la más poblada y la más pujante de Europa. De la Postdamer Platz al nuevo barrio administrativo, se suceden las obras y no paran de ensanchar carreteras y vías. En el cielo teñido de gris metálico, millares de grúas se apiñan como nubes amenazadoras. El ruido de los martillos neumáticos, el rugido de las máquinas, los chirridos de las ruedas de los coches: todo está inmerso aquí en una actividad frenética. Se está gestando algo.

¿Qué se hizo del Berlín abigarrado de los años veinte, el de la Alexanderplatz, la Alex para los íntimos? ¿Dónde fueron a parar los inmigrantes judíos de la Europa central, los *hasidim* de anchos sombreros, dónde están las tiendas oscuras y los chicos de mala vida del *Unterwelt* judío? ¿Dónde están los caftanes remendados, los niños pálidos con tirabuzones y *Kipás*, las casas de vecindad donde se hacían decenas de familias y el *yiddish* que se hablaba allí? ¿Dónde están los pequeñines que escuchaban en silencio mientras el rabino leía la Tora? *Judenrein*.

Después del Berlín de los años treinta, el de los barrios obreros y los parques públicos donde paseaban los parados su mirada extraviada, sus mejillas hundidas y su desesperación, después del día en que Hitler llegó al poder para hacer de aquella ciudad el santuario de las misas negras y proclamar los valores eternos, la tierra, la madre, la patria, después del Berlín del año cero, ciudad lunar llena de cráteres y paredes tambaleantes, cargada del olor dulzón de los ingentes cadáveres que yacen bajo los escombros, las ruinas y los terrenos ferroviarios inutilizados, este es el Berlín del año 2000, el flamante Berlín.

París se le debió de parecer bastante allá por 1860, cuando el barón Haussman decidió abrir sus amplios bulevares a la burguesía y destripar las calles delicadas. La tarea monumental, el magno proyecto en el que todos conspiran consiste en borrar las huellas del pasado..., aunque no todas: se plantean reconstruir una réplica exacta del castillo real de los Hohenzollern, la dinastía prusiana de orillas del Spree, en el mismo centro de la ciudad, en el sitio donde se alzaba el antiguo edificio destruido durante la guerra.

Esta capital que nos preparan es la capital de la Europa germanocéntrica. El sueño de Hitler se ha hecho realidad: Europa está dominada por Berlín, un Berlín sin judíos, es decir, sin berlineses. ¿Que el artista Christo y su mujer

han camuflado el Reichstag con su envoltorio? De todas formas sigue siendo el mismo edificio, duro, pesado, imponente, incendiado en 1933, que será la moderna sede del Parlamento de Alemania. Los berlineses lo han reconstruido todo, ladrillo a ladrillo, y esto no es más que el principio: esta ciudad, activa tanto de día como de noche, esta ciudad enorme, plagada de andamios y excavadoras, es la urbe del mañana. La del Reich, la de los millares de *führers* capitostes de grandes empresas. Al contrario que en Francia, la *Vergangenheitsbewältigung*, la relación con el pasado, ha permitido aquí construir un porvenir.

Nada está aún zanjado, sin embargo. ¿Te acuerdas de la polémica de la que hablaba Lisa a propósito del monumento sobre la Shoah? En principio iban a ubicarlo cerca del Reichstag y de la puerta de Brandenburgo, en el corazón de Berlín, en un lugar simbólico. Ahora ya no quieren el monumento. Acabo de enterarme de que el proyecto de Lisa ha sido rechazado por votación, porque preveía grabar en una gran piedra los nombres de los judíos, de los gitanos, de los enfermos mentales y de los homosexuales asesinados, lo cual «enturbiaba la memoria alemana».

Las cosas han cambiado: con el Berlín reunificado, los alemanes quieren vivir el futuro y olvidar el pasado. No tienen un problema de amnesia colectiva como los franceses: prefieren reescribir el pasado. Fantasean creyéndose víctimas. Ahora que son la gran potencia europea, necesitan por fuerza hacer tabla rasa de esa historia demasiado molesta. Por eso ha causado tanto escándalo un libro de un joven historiador norteamericano: porque demuestra la culpabilidad secular de los alemanes, incluidos los ciudadanos normales, porque demuestra que no se saldrán tan fácilmente con la suya. Los políticos alemanes y los intelectuales están a la defensiva. Se han mostrado todos muy sorprendidos de descubrir que, en efecto, los alemanes, inclinados de por sí al racismo, participaron en la Shoah de forma voluntaria. ¡Menudo descubrimiento! Ayer visité una exposición sobre el papel de la Wehrmacht durante la guerra y la manera como ayudó a los nazis a matar a los judíos, ilustrada con fotos. Esta mañana había manifestaciones de protesta contra la exposición.

El espectro del totalitarismo no se ha borrado todavía. Desde la reunificación, las voces nacionalistas intentan acallar la memoria de los tiempos recientes. Dicen que no puede reprocharse a los alemanes el haberse aplicado concienzudamente en la guerra. ¿Qué habríamos hecho nosotros?, se preguntan. Bien mirado, no debemos avergonzarnos de nuestros padres y de nuestros abuelos, porque nosotros no habríamos actuado mejor que la gran mayoría de la gente. No es fácil ser los descendientes de quienes perpetraron la Shoah.

¿Cómo explicarlo? La carta de Félix fue para mí como una bocanada de oxígeno que me sacó de mi sopor. Seguía ahí, vivo y coleando. Me hablaba como antes. Pronto volvería y podría verlo al menos.

Aún tenía las llaves de su apartamento. Una mañana, por curiosidad, por ociosidad o por distraerme, decidí ir a su casa.

Al principio no noté nada especial. Su sala de estar en desorden conservaba las marcas de la vida de soltero: los puros a medio consumir se acumulaban en los ceniceros, la cama estaba deshecha, un ovillo desmadejado de ropa yacía sobre la cómoda.

Cerca de su escritorio, no obstante, me llamaron la atención una serie de cintas de audio. Eran de entrevistas con Wilhelm Rege, el historiador alemán.

Rege era un discípulo de Heidegger que pretendía tener una «visión filosófica» de la historia. En realidad, lo que hacía era desviar la atención de la barbarie alemana, comparándola con los crímenes de los franceses, de los estadounidenses y de otros pueblos de todo el mundo. Además, identificaba constantemente al Partido Comunista con los judíos.

Él era, como había explicado yo a Félix, el autor de un «alegato para la historización de la Shoah». ¿Por qué un alegato? ¿Contra quién lo había escrito? ¿Quién ve ese período demasiado en «blanco y negro», según su expresión? ¿De quién puede tratarse si no de los judíos? Me encantaría hacerle confesar lo que en el fondo se propone...

No es fácil ser los descendientes de quienes perpetraron la Shoah, decía Félix. Los alemanes tenían que vivir con aquella historia que ya no les pertenecía, puesto que se había convertido para el mundo entero en símbolo de la mayor depravación de la humanidad. Y ahora resultaba que querían desempeñar un papel importante en ese mundo para el cual eran el símbolo del Mal. ¿Cómo se podía conjugar aquello? ¿Cómo se podía firmar «la paz con la propia historia», cimentar un pueblo en torno a una identidad nacional tan problemática?

Por fortuna, existían los historiadores, decía Félix. Los primeros que antes se habían apresurado a poner de relieve la especificidad de la Shoah volvían ahora la atención hacia lo que denominaban «la historización del nacionalsocialismo». Detrás de aquella pomposa fórmula se ocultaba la idea de que había que resaltar, más que las rupturas, las continuidades existentes entre la Alemania nazi y la Alemania posterior a la Shoah. Uno de sus ejemplos era el desarrollo de la política social del nacionalsocialismo, del que, según ellos, nació el concepto de seguridad social que aplicaría la República Federal en los años cincuenta: de este modo los fundamentos ideológicos del estado del bienestar hundían sus raíces en «el nacionalsocialismo».

La nueva historia alemana presentaba el nazismo como una respuesta a los cambios estructurales y a la modernización de la sociedad alemana, favorecida por diversas «reformas sociales negligidas durante la República de Weimar». Frente a esos adelantos históricos, argumentaban, el espíritu racista de la Solución Final no tenía tanta importancia como se había querido hacer creer.

Lo más curioso era que quienes habían contribuido en los años sesenta a la formulación de la teoría de la centralidad de la política antijudía y la especificidad de la Solución Final cambiaban de chaqueta y se ponían a realizar una crítica activa de esta visión; sostenían que el nacionalsocialismo era una reacción contra el bolchevismo. Retomando el concepto de «banalidad del mal», excluían el papel decisivo que tuvo la ideología de Hitler en la destrucción de los judíos de Europa. Algunos llegaban incluso a decir que Hitler había percibido la cuestión judía en «un contexto visionario», en términos de propaganda, y que no había depositado ningún interés personal en el desarrollo de las distintas etapas de la política antijudía.

—Hay que llevar a cabo —decía Rege en la cinta grabada por Félix— un reajuste de las mentalidades de los perseguidores y los perseguidos, que son a la vez víctimas y culpables. No olvide la labor que realizaban en Europa del Este los consejos judíos, los Judenräte, que a menudo se comportaban como verdugos con respecto a sus hermanos judíos.

—Sí —respondió Félix—. La cuestión de los Judenräte se ha convertido en tabú precisamente por la negativa a reconocer algo que es, sin embargo, cierto: las fronteras entre víctima y verdugo no son tan nítidas como parece.

—Esta perspectiva de relativización es la que aplico en el examen del régimen bolchevique. Conviene tener presente que los asesinatos de judíos llevados a cabo por el nacionalsocialismo no son algo único: existe una relación entre esa destrucción y la que perpetraron los rusos. Por otra parte, la destrucción de los judíos en la Solución Final no carece de precedentes: el periodo contemporáneo está plagado de este tipo de exterminio masivo. El asesinato en masa no fue inventado por Hitler y sus cómplices ni proviene de la ideología nazi y sus métodos; constituye una medida para precaverse del ataque del enemigo.

—¿Quiere decir que la Solución Final podría tener una explicación en las provocaciones de los propios judíos?

—Exacto.

—Esta polémica tiene, me parece, cierta relación con la actualidad: remite directamente a la cuestión de los desplazamientos de los palestinos, que recuerda la deportación de los judíos...

—Sí, eso demuestra sin lugar a dudas que los alemanes no eran los únicos culpables: todas las sociedades industriales modernas están amenazadas por la violencia inherente a la burocracia. A pesar de la disparidad de sus orígenes y de los objetivos que se propusieron, el sionismo y el nacionalsocialismo están tan próximos que la oposición frontal perderá su fuerza de convicción en el contexto de la historia.

Estoy seguro de que la perspectiva histórica futura sabrá dar el paso y reconocer a Hitler como el verdadero creador del Estado judío.

—Yo también lo estoy —apoyó Félix.

Mientras escuchaba la grabación, me puse a inspeccionar con nerviosismo los otros archivos del ordenador de Félix. Encontré en uno de los directorios un documento titulado «Carl Rudolf Schiller» y otro identificado como «Jean-Yves Lerais». Los recuperé en pantalla y encontré una información exhaustiva sobre ellos, de su biografía a sus escritos más recientes. En el mismo directorio había otro archivo que me llamó la atención: tenía por título «Notas sobre el cuaderno marrón».

En el momento en que me introducía en él, sentí una presencia a mi espalda. Era él. Era Félix.

Yo decía que el historiador venía después de la batalla, que inspeccionaba los Archivos para trazar el inventario de los crímenes. A veces, sin embargo, el historiador es contemporáneo del Mal. Y a veces llega a tiempo de cometerlo.

—¿Qué haces? —preguntó Félix.

—¿Que qué hago? Intento comprender.

—¿Comprender qué?

—Por qué mataste a Carl Rudolf Schiller y por qué lo cortaste en dos. Porque no soportaste que estuviera en la vía de la redención, de la reunificación. Porque tú estás dividido, escindido. Te rebelas contra el nazismo, pero te fascinan las personas que le encuentran justificación. En tu plan diabólico, has fingido realizar una investigación cuyas claves conocías de antemano, hiciste que inculparan y condenaran a Jean-Yves Lerais en tu lugar, fabricando pruebas y efectuando declaraciones falsas.

»Pudiste ir a Roma, dejar la segunda parte del cuerpo de Schiller y volver para simular que lo habías encontrado y dirigir las culpas contra Lerais. Tú tenías el pase de la biblioteca. Pero lo peor es que te has aprovechado de mí para acompañarte y corroborar tus afirmaciones. Por eso no pudiste asistir al final del juicio de Lerais y desapareciste tan de repente, porque en ese juicio, Félix, debías ser tú el acusado.

»¿Actuaste solo? ¿O formas parte de una organización en cuya cúpula de dirigentes tal vez te encuentras? Detrás de tu profesión de periodista se esconde quizás una actividad secreta bien organizada y medida, con sus objetivos y procedimientos para lograrlos.

Entonces se echó a reír. Era una risa terrible, sarcástica, una risa casi alegre. La risa de Mefistófeles.

—¡Bravo! ¿Lo has descubierto tú solo o te ha ayudado alguien?

—No lo niegues, Félix. He visto los documentos que tenías sobre Schiller y Lerais.

—Ya sabes que me interesa ese asesinato. Preparé los dossiers para localizar al culpable.

—Acabo de encontrar la cinta de tu conversación con Rege.

—¡Ah, esa cinta! —exclamó—. ¿Esas barbaridades que dije? Eso era para animarlo a hablar... Es un método que utilizo mucho, ya lo sabes: fingir que comparto las posturas de esos cerdos para sacarles más información. ¡Y me dio buen resultado! Me dijo cada cosa... Y además, no eres la persona más indicada para hacer esas acusaciones, Rafael. Te pasas la vida reconstruyendo la génesis de la Solución Final; explicas que Hitler se cebó en los judíos a causa de la experiencia de la guerra

y la derrota; dices que el nazismo y el antisemitismo no fueron la causa de la muerte de los judíos, sino la guerra, que Hitler no fue el causante de la muerte de los judíos, sino Estados Unidos, por haber tomado la decisión de entrar en conflicto; afirmas que Hitler, que no detestaba a los judíos, se vio obligado a matarlos y que la Solución Final fue un caso de legítima defensa. He leído tu tesis, ¿sabes?, y te escucho cuando me hablas.

»¿Te indigna lo que sostiene Rege? ¿No me dijiste un día que la historia se basa en la “familiaridad, la costumbre, la paciente confrontación de las analogías y las semejanzas, la adaptación al contexto” y que hay que, “mediante una mentalidad abierta, una voluntad de enriquecerse, salir de sí para entrar en el objeto y dejar que este venga a uno”; que hay que “aceptar no interpretar lo mismo que se interpretaba antes, desdeñar todo prejuicio moral”? ¿No eres tú quien me ha enseñado que el historiador es el que simpatiza con su objeto de estudio? ¿No eres tú quien ha simpatizado con Hitler? Rechazas lo que denominas “la intelección fría”. Apasionado por tu tema, te lo has apropiado por empatía, por una coincidencia de emoción, de sensación, por identificación. Tú eres el amigo de Hitler, Rafael, no yo. Tú has querido conocerlo, te has inmiscuido en su conciencia, en su cultura personal, en la estructura misma de su pensamiento, haciendo entrar en juego las afinidades psicológicas que debían permitirte imaginar, sentir, comprender sus sentimientos, sus ideas, su comportamiento. Tú lo has escuchado, lo has dejado hablar en ti, a través de ti.

—Para, Félix. Esta vez no me engañarás. Eres tú el que lleva un doble juego, tú eres el asesino.

Sentí que unas gotas de sudor frío me bajaban por la espalda. El corazón se me salía del pecho.

¿Lo soñé? ¿Olvidé lo que de veras ocurrió? ¿Le descargué un puñetazo? ¿Me devolvió él el golpe?

No sé. Ya no lo sé.

Conservo el recuerdo de un combate cuerpo a cuerpo en el que invertí toda mi rabia, la energía de la desesperación, como un último arranque de voluntad en un momento en que me hallaba tan debilitado. Tengo la impresión de que le golpeé con los puños crispados, con mis músculos atrofiados, que pegué a aquel a quien tanto había querido y admirado, que lo aporreé con odio, con ardor y ferocidad. Sí, recuerdo una lucha, una lucha sangrienta, una lucha a muerte en la que ambos sabíamos que habría un ganador y un perdedor, para siempre: yo no podía seguir estando en el mismo sitio que él.

¿Me golpeó él a su vez, con todas sus fuerzas, con toda su cólera? ¿Le respondí con todo mi rencor, contenido desde hacía meses? ¿Peleé por mi mujer, mi hijo y mi vida devastada, rota en mil pedazos?

Creo que me magulló el vientre a patadas, que yo le torcí el cuello, se lo apreté hasta dejarlo sin respiración, hasta sentir que se ahogaba.

Quería verlo tendido a mis pies, en medio de su sangre oscura, sus visceras y sus carnes blandas. Quería que se desparramara, que su cuerpo quedara despedazado, deshecho. Quería aniquilarlo, acabar con él con mis propias manos.

Me parece que se soltó asestándome un puñetazo en la cara, pero no estoy seguro. Me desmoroné en el suelo.

—Cálmate, ¿de acuerdo? —dijo—. Escúchame.

—No, Félix, no merece la pena...

—¿No quieres darme ni una sola oportunidad de explicarme? —pidió.

Vacilé. No hay que dialogar con el Mal. Lo observé un momento.

—Te escucho —dije.

—¿Me dejas hablar? —quiso cerciorarse.

—Te escucho —repetí.

—¿Estás tranquilo?

Incliné la cabeza, mirándolo fijo a los ojos.

—Lisa... —se dispuso a comenzar.

—¿Qué pasa con Lisa? —lo interrumpí.

—Espera. Déjame hablar. Lisa, como tú mismo notaste desde el principio, no está muy equilibrada. Es verdad que en un comienzo resulta bastante encantadora, uno cree que se trata de una dulce locura... Tú me explicaste el síndrome de los hijos de la segunda generación, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—En realidad es algo más grave que eso... Su rareza de carácter no es atribuible sólo a ese «síndrome».

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Fue ella quien te dejó, ¿verdad? —dijo bruscamente.

No le contesté.

—Estás delgado, tienes la cara amarillenta... Estás que das pena.

—¿Dónde quieres ir a parar? —insistí.

—Era ella quien conocía a Schiller, por sus padres. Se enteró por su padre de que era judío...

—¿Y qué?

—Pues que fue ella la que mató a Schiller, Rafael.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loco? —vociferé.

—Desde que se enteró de que era judío, Schiller no dejaba de hacer preguntas a Samy sobre la Shoah —continuó—. Quería saberlo todo sobre sus padres, a quienes Samy conoció en Auschwitz. Schiller hurgaba en la verdad y el horror de lo que había vivido el padre de Lisa...

—¿Sí? ¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Quieres saberlo?

Lo miré, sin apartar el pañuelo con que me apretaba la nariz.

—Cuando estuvo en Auschwitz conoció a los padres de Schiller. Vio sus cadáveres. Era de eso de lo que hablaban. Schiller quería que Samy le hablara de su familia. Y a Samy eso lo ponía enfermo, pero le hablaba. Y Lisa tenía miedo de que Schiller continuara y que acabara revelándolo todo sobre el pasado de Samy...

Lo miré, estupefacto.

De repente parecía turbado. Calló un momento, antes de proseguir:

—Oye, hay algo más. No quería decírtelo, pero hace ya tiempo que comencé a sospecharlo... Lisa estaba con Lerais... y se las compuso para hacer que lo acusaran a él y no a ella. ¿Recuerdas su declaración, que era tan ambivalente? Todos pensamos que estaba acabado después de su testimonio. Lo trató de antisemita, ¿recuerdas? Ella sabía que Schiller era judío, toda la familia Perlman lo sabía. Lo tenía todo calculado: al decir que Lerais era antisemita, proporcionaba el móvil del asesinato. Daba peso a la acusación contra él.

—Pero tu declaración, Félix, no fue mejor. Fuiste tú el que encontró la segunda parte del cadáver de Lerais.

—Rafael, lo que quiero decirte es que...

Lo miré con aire inquisitivo.

—Era todavía amante de Lerais en el momento en que concibió el niño —dijo, muy deprisa.

Lo miré, sin comprender.

—El niño... no era hijo tuyo, Rafael.

—¿Cómo? ¿Cómo te atreves...? —grité, indignado.

—Escúchame bien. No quería decírtelo y tampoco te quería mentir. Por eso me esfumé, sin dar señales de vida. Me lo dijo Jean-Yves Lerais cuando fui a verlo durante el juicio para tratar de conseguir más datos. Me dijo que creía que era hijo suyo. ¿Recuerdas cómo se ruborizó cuando el abogado le hizo esa pregunta sobre sus relaciones con Lerais?

—¿Qué insinúas?

—No es de fiar, Rafael. No es que sea simplemente peligrosa: es diabólica. Fue también ella la que mató al niño con esos medicamentos que tomaba, todos esos barbitúricos.

—¿Por qué —pregunté—, por qué dices eso? —supliqué casi.

—Ella mató al niño, Rafael, porque no era hijo vuestro. Era de Jean-Yves.

Entonces me acordé de la turbación y la incomodidad de Lisa cuando le pregunté si estaba embarazada.

Cada vez más anonadado, lo dejé continuar.

—Quería vengarse de él —prosiguió—. Nunca te quiso, Rafael. Te utilizó para vengarse del hombre al que amaba y que ya no la quería. Sabía que estaba

embarazada y por eso se casó contigo. No soportó que él la abandonara, ¿lo entiendes?

—No... —dije, con voz apagada—. ¿Fue él quien la abandonó?

—Sí, fue él quien cortó la relación.

—Pero ¿por qué?... ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque estabas loco de amor por ella. No quería ni podía decírtelo. Me habrías odiado. Me habrías detestado. Pero el día de tu boda fue para mí uno de los días más infelices de mi vida...

Tragué saliva buscando una explicación, una prueba de que no era verdad.

—Ahora creo que hay que contárselo todo a la policía. No podemos dejar que cometa otro crimen, ¿lo entiendes?

—Sí..., sí..., Lisa... Pero dame... Danos tiempo hasta mañana. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

Hubiera querido olvidarlo todo. Me parece que perdí por completo el conocimiento y que no lo recuperé hasta después de varias horas. Hubiera querido no dar crédito a las palabras de Félix. No era posible que ella hiciera sufrir a su hijo, que lo matara. No era posible que matara a su propio hijo...

Volví a mi casa y me tumbé, desesperado, en la cama.

De pronto comprendí. ¿Su hijo? La verdad me golpeó en la cara con la contundencia de una bofetada: no era mi hijo. Esa era la verdad. Una verdad como para darse de cabezazos contra la pared, como para comenzar a proferir alaridos de dolor y no parar hasta el fin de los tiempos. Una verdad como para perder del todo las ganas de vivir si hay que hacerlo en un mundo que sigue girando después del colosal engaño de la mujer amada.

¿Qué había hecho con nosotros? ¿Ya no me quería? ¿Acaso no me había querido nunca? Y si era así, ¿por qué, a pesar de todo, a pesar de lo que me había hecho, de lo que había hecho, por qué la quería aún, como un condenado, como un reo maldito? ¿Por qué no paraba de sufrir mi corazón ni siquiera cuando todo mi ser la odiaba?

Quería matarla. Quería hacerle daño hasta ver brotar la sangre. Quería aniquilarla y, sobre todo, quería estrecharla entre mis brazos como no lo había hecho nunca, con rabia, con furor, con fuerza y horror.

Durante varias horas permanecí acostado, postrado; miraba a un lado y a otro y sólo los veía a ellos, sólo veía la imagen terrible de Lisa con el otro hombre.

Ella era el Mal. Era lunar porque amaba la noche y todos los colores oscuros. Descendía y excitaba la cólera de los hombres. A través de ella, el color del fuego bajaba hasta este mundo e incitaba al asesinato o a los actos sanguinarios. Había emanado de las tinieblas y se extendía aquí abajo; bella y terrible, recorría el mundo y cometía en secreto las malas acciones. Aliada con la serpiente, había intentado pervertirme. Ese era su único propósito. Ella había inventado la cólera y la cólera no cesará jamás, nunca jamás.

Yo sangraba, sangraba mucho más que cuando me había pegado Félix. Me sentía herido, ridiculizado, humillado. ¿Por qué la había conocido si era para mi desdicha y el más catastrófico desastre que pudiera experimentar? ¿Por qué la había amado si ella me había engañado? ¿Me había querido alguna vez? ¿O no era más que una seductora, una manipuladora?

De repente me estremecí. Oí ruido en la sala de estar. Me invadió un escalofrío. Era Lisa, sin duda: aún tenía las llaves de mi piso.

¿Y si iba armada? No podía salir. La puerta de la entrada estaba al lado de la sala de estar, que había que atravesar para llegar hasta ella. Había, sin embargo, otra posibilidad de acceso al recibidor a través de la cocina. Intenté llegar allí por el pasillo que partía de mi habitación. Cuando lo había conseguido, oí unos pasos que se acercaban muy despacio. Instintivamente, abrí un cajón y tomé un cuchillo.

La puerta del comedor chirrió. Oí un paso amortiguado sobre la alfombra del pasillo y luego un roce procedente de la puerta de mi habitación. Se me alteró la respiración.

Por la ventana de la cocina se veía la luna, una media luna mora. La luna tenía color de sangre, sus pálidos círculos eran lenguas rojizas que lamían los tejados de las casas.

El roce se detuvo para reanudarse al cabo de un instante. El miedo me acribillaba el pecho. Oí un ir y venir en la habitación que se concretó en una esquina, cerca de la vieja cómoda. Sonó el crujido de una silla. A este le siguió una especie de suspiro y luego una espiración ronca, un lamento casi.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, agarrando el cuchillo con el brazo tembloroso y los músculos contraídos a más no poder. Volví a oír la silla y después los pasos que se aproximaban. Me pegué contra la pared. Tenía los brazos tan tensos que me dolían y la mandíbula tan crispada que oía el rechinar de mis dientes.

Entonces la puerta se abrió lentamente. Lisa entró. La palidez de su cara interrumpió la oscuridad. Apuntaba hacia mí un objeto oscuro de forma oblonga. Un arma.

De lo que ocurrió después no me acuerdo ya muy bien; pero no transcurre ni un día en que no oiga resonar su último grito, un grito terrible, de dolor, de impotencia y de estupor, que exhaló mientras le desgarraba el vientre con la punta acerada. Todavía conservo en el cuello la cicatriz que me dejaron sus uñas cuando, en un último esfuerzo, se agarró a mí para no caer.

Se vino abajo. Yo me agaché.

Entonces vi el cuaderno marrón que me tendía y que yo había tomado por un arma.

Sostuve a Lisa durante más de una hora, mientras leía el cuaderno marrón y leí el cuaderno llorando, mis lágrimas se mezclaban con la sangre de Lisa, a quien había matado, y la sangre y las lágrimas empapaban el viejo cuaderno amarillento, borrando las palabras a medida que iba pasando las páginas.

Cerré el libro con manos temblorosas. Lisa, oh, Lisa. ¡Oh, Dios! ¡Dios de la luz y Dios de la oscuridad!

Chillé como un perro, como un lobo que aullara a la luna. Lancé alaridos durante horas; hasta que los vecinos avisaron a la policía.

No llevaba ningún arma, simplemente había venido a verme, para darme el cuaderno marrón..., el cuaderno que sin duda le había hecho llegar Félix esa noche, para que me lo trajera, para que la matara.

Creyendo que dormía, se había quedado a esperarme en la sala de estar, leyendo.

Después había oído ruido y venía al fin hacia mí, ella, la pura, la bella Lisa, y él, él lo había destrozado todo.

¿Él? La ley no le da miedo y además, no le tiene miedo a nada. La transgresión es su terreno. Su antro es el reino de las tinieblas sin colores, donde todo está oscuro, es el sitio más extraño... más que la luna, el sol y las estrellas que se ven en la lejanía, más remoto que Alaska, con sus icebergs sumergidos y sus hoyos de agua hirviendo bajo el hielo, más profundo que todos los cráteres y más incandescente que un volcán enfurecido. Ese es el sitio de donde viene y donde vive: el hombre.

Los que se cruzan en su camino están perdidos para siempre. Es como un fuego abrasador; hechiza, posee. Toca las cosas arcaicas, las hace desaparecer y, con un golpe de varita mágica, hace que renazcan a sí mismas, distintas y parecidas; parecidas a él. Verlo es ponerse en peligro; oírlo es ir derecho a la perdición. Es lo que se denomina maleficio. Los espíritus débiles sucumben; los espíritus fuertes capitulan. Unos y otros se convierten en discípulos suyos. Él les dice: «Estás en el fondo de un hoyo negro y mis palabras circulan por tu columna y flotas allá abajo. Me miras, fijas la mirada y puedes ver lo que hay en mi interior. No tienes ya conciencia de la existencia de los otros. Ninguna parte de tu cuerpo está en contacto con nada. Me ves sólo a mí y te sientes en el interior de ti mismo. Poco a poco te abandonas. Perfecto, cierra los ojos, ya está. Vamos, deja las riendas. Pronto desaparecerás y yo naceré. Naceré en ti».

Él es el mal. Es lunar: ama las tinieblas y todos los colores oscuros. Desciende y excita la cólera de los hombres. A través de él, el fuego baja hasta este mundo e incita a los hombres al asesinato o a los actos sanguinarios. Ha emanado de las tinieblas y se extiende aquí abajo; seductor y terrible, recorre el mundo. Él ha inventado la cólera y la cólera no cesará jamás, nunca jamás.

Me detuvieron el 3 de noviembre de 1997, dos días antes de que se iniciara, en Jerusalén, el juicio contra Álvarez Ferrara, en el que debía comparecer como testigo.

Me trasladé a la sala escoltado por dos policías. Quedaban ya pocas personas para declarar en su contra. Por mi parte, dije lo que sabía, es decir bien poco. Lo había visto examinar un cadáver con detenimiento y él me había explicado que había sido médico. Eso era todo, no sabía nada más.

¿Álvarez Ferrara de Buenos Aires, Argentina, padre y esposo ejemplar, embajador en la ONU, era Wilhem Kleis, el verdugo, el médico de la SS de Auschwitz?

Sonrió durante todo el juicio. Los testigos manifestaban a gritos su repugnancia y Ferrara se burlaba de ellos.

—¿Vio usted morir a Wilhem Kleis? —preguntó a uno de los testigos el abogado cuya cara desfigurada por efecto del ácido había quedado reducida a una siniestra máscara de ojos caídos, boca deforme y piel devastada.

—No, lo oí decir. No lo vi personalmente —respondió Gladstein, el testigo principal.

—Entonces, ¿por qué está escrito en su diario que había muerto?

—Porque lo había oído decir.

—¿Por qué no precisó en su cuaderno que lo había oído decir?

—No lo pensé; escribí lo que vi, justo después de salir del campo. Quería anotar todo antes de que se difuminaran los recuerdos.

—¿Por qué cuenta en su libreta que algunos prisioneros lo habían estrangulado? —prosiguió el abogado.

—No lo vi con mis propios ojos, me lo explicaron. ¿Cómo iba a dudar? Lo creí con todo mi corazón porque quería creerlo...

¿Era posible que aquel exembajador de la ONU, agente de la CIA, aquel hombre con el que yo mismo había tenido trato, al que respetaban sus amigos y quería su familia, fuera el verdugo sanguinario que describían? Ferrara reía porque nadie, en el fondo, lo creía y, de pronto, Ferrara se levantó del asiento y habló por el micro abierto que había en la mesa de los abogados de la defensa y gritó a Gladstein: «¡Embustero!». Y luego se echó a reír, aún con más ganas que antes. Embustero.

La diferencia de este juicio respecto a los anteriores era que ya nadie estaba seguro de nada. Los testigos creían haber reconocido en él a Wilhem Kleis, pero al final parecía que fueran ellos, es decir las víctimas y su memoria vacilante, lo que se sometía a juicio allí. Si no se puede confiar en la memoria humana, «parcial» y «partidista», ¿cómo hay que proceder entonces? Igual que cincuenta años antes, aquellos testigos se habían desvanecido al pensar que reconocían a su verdugo. Querían justicia, lo que era bien comprensible, y para ello estaban dispuestos a todo, incluso a inventar recuerdos...

Por otra parte, se había exagerado: es muy normal, claro, bajo el influjo de la emoción...

Todo se acababa con el juicio contra Ferrara y, al concluir este, Ferrara salió en libertad: había pasado demasiado tiempo, ya no era la misma cara, ni quizás el mismo hombre, o quizá sí, pero no se sabía con seguridad. Ferrara, con sus gafas de sol y su boca relajada, reía y reía con su risa sardónica, reía a carcajadas, y los historiadores y los jueces y los historiadores constituidos en nuevos jueces no creían ya a los testigos, a aquellos que habían vivido la Shoah, aquellos que habían protagonizado la Resistencia.

Todo estaba tan claro, sin embargo, cincuenta años antes: la Segunda Guerra Mundial era la guerra de los hijos de las luces contra los hijos de las tinieblas. Jamás en un conflicto había sido tan fácil saber dónde estaba el bien y dónde estaba el mal.

Y de repente todo era tan confuso... Decían que los testigos eran falsos testigos, que los únicos testigos auténticos habían muerto. Decían que no podían decir la verdad, precisamente porque habían regresado del infierno. No eran fiables para los investigadores serios. Decían que sus textos eran dudosos, «incluso con las mejores personas puede ocurrir que se alteren los recuerdos o que determinadas informaciones sean de segunda mano y que entrañen por tanto algunos errores». Decían que había inverosimilitudes, sí, inverosimilitudes, como si el fenómeno —la Shoah— no fuera de por sí inverosímil.

Noche y niebla: ese era en efecto el proyecto de los nazis. Eran ellos los que habían ganado. Tenían el tiempo a su favor; y el tiempo era su territorio y la circunspección, su cualidad...

Era como los antimonumentos de Lisa. Inmensas columnas de plomo donde cada cual podía firmar, escribir, y así lo hacían toda clase de personas, hasta los neonazis que plasmaban consignas antisemitas, y en la piedra quedaba registrada una memoria viva, cada vez más evanescente y, poco a poco, la columna se hundía en el suelo. Todo desaparecía como desapareció todo en los campos de exterminio y como desaparece en estos momentos con la muerte de los últimos supervivientes.

La mujer que había arrojado ácido sulfúrico a la cara del abogado de Ferrara y cuya familia había sido casi por completo exterminada en Auschwitz era una israelí que vivía en Francia: se llamaba Tilla Perlman.

El segundo abogado del acusado se había suicidado misteriosamente en su despacho unas semanas después de hacerse cargo del caso. Su cadáver había sido descubierto por un médico que se encontraba allí por casualidad: se trataba de Paul Perlman.

El 2 de diciembre de 1997, en el aeropuerto de Tel-Aviv cuando se disponía a tomar un avión con destino a Brasil, Alvarez Ferrara murió abatido por un balazo en la cabeza.

Su asesino era un conocido filósofo, hijo de un superviviente del campo de Auschwitz II-Birkenau. Se llamaba Ron Bronstein.

Pronto se celebrará mi juicio.

La policía dice que Lisa Simmer no fue la autora del asesinato de Carl Rudolf Schiller.

La policía dice que fui yo el autor de ese asesinato.

La policía dice que fui yo quien mató a Carl Rudolf Schiller.

Los encargados de la investigación dicen que fui yo quien filmó la escena del asesinato y que yo envié la película a Robertson, adjuntando instrucciones sobre su posible utilización.

Dicen que fui yo quien escondió la pistola en casa de Béla Perlman para que lo acusaran a él y para que, a su vez, él hiciera recaer las sospechas sobre Jean-Yves Lerais.

Dicen que fui yo quien puso la mitad del cadáver en la biblioteca de la École de Roma para inculpar a Jean-Yves Lerais.

Dicen que fui yo quien envió el cuaderno marrón al padre Franz. Después fui yo el que fue a desenterrarlo a Auschwitz, justo antes de que fuera a buscarlo Mina.

Dicen que había coincidido a menudo con Carl Rudolf Schiller en los coloquios o en casa de los Perlman. Dicen que estaba fascinado por ese personaje y que la fascinación era mutua.

Dicen que comencé a odiarlo cuando me enteré de su repentina transformación. Según ellos, no habría soportado que hubiera encontrado dentro de sí un alma justa y que hubiera cambiado de comportamiento con ocasión del juicio contra Crétel o bien hablando en favor de los Talment después de haberlos calumniado.

Creen que fui yo quien fue a buscar el cuaderno marrón a Auschwitz y que este se hallaba en mi piso cuando Lisa me lo tendió.

Tengo que dárselo. ¿Dónde está? ¿Qué hay escrito en ese cuaderno?

En la primera parte, se explica cómo se toma posesión de un individuo.

En la segunda parte, se refiere la muerte de un niño.

En la tercera, se detallan los planos de un cementerio.

¿Qué significa todo eso? ¿Dónde está ese cuaderno? ¿Qué contiene?

Ese cuaderno contiene el secreto del origen del Mal.

¿Dónde está?

¿Dónde está ese cuaderno? Ese cuaderno se ha esfumado. Ha desaparecido, desaparecido para siempre.

O quizás esté delante de mí, en todas partes. Se dispersa para propagar su nueva por toda la tierra. Quienquiera que lo lee comprende el mal y se vuelve malo. Como él. Como ellos. Como yo.

Mi abogado, el señor Ansel, quiere que me declare culpable. Dice que alegando locura tendré posibilidades de evitar la cárcel.

—¿Que sea un hospital psiquiátrico o una cárcel, qué más da? —le contesté yo.

Dice que debo tener una actitud más colaboradora.

—¿Por qué se empeña de ese modo en defenderme? —le dije.

Dice que quiere defenderme porque, aunque soy culpable, no soy culpable de ser culpable.

No entiendo muy bien lo que dice el señor Ansel. Creo que, en el fondo, le gustan los criminales, los perdularios, los canallas.

He mantenido largas conversaciones con los expertos psiquiatras. Les he contado mi historia durante horas.

Ellos dicen que nunca hubo ningún Félix Werner. ¿Quién es Félix Werner?, me preguntan una y otra vez. ¿Quién es Félix Werner?

Entonces yo les dije:

Félix Werner era algo más que un amigo para mí. Nos veíamos o hablábamos casi a diario, charlábamos y comíamos o cenábamos juntos. Había una confianza mutua absoluta. Yo tenía la llave de su piso y él la del mío. Antes de mí, él no había tenido nunca a nadie en quien apoyarse, nadie que le escuchara y comprendiera hasta ese punto.

Yo era todo lo que no era él, todo lo que yo habría querido ser; un hombre seguro de sí, un intelectual feliz, un seductor. Él era tímido y reservado, desconfiado en ocasiones; yo era abierto y generoso. No tenía miedo de dirigir la palabra a los demás, de ir hacia ellos, de apreciarlos y granjearme su afecto.

Él admiraba mi inteligencia, mi clarividencia. Me consideraba lúcido en mis ideas, genial en mis intuiciones. Decía que era dinámico y alegre. La perspectiva de verme le llenaba de gozo, mis palabras seguían con él mucho después de haberse separado de mí. Cuando estaba en mi compañía, se sentía plenamente él. Decía que yo era de esa clase de personas que hacen aflorar el lado espiritual de los demás. Le inspiraba. Muchas veces me asaltaba una peculiar exuberancia que hacía de mí un ser casi inquietante. Fumaba, caminaba, escribía, hablaba, lo hacía todo a la vez porque yo era la vida misma, con todo lo que ello comporta, incluido el apetito bestial, algo desmesurado que poseen las personas de talento.

Él era lo opuesto a mí, mi complemento. Era tímido, apagado, pensativo. Yo era expansivo y voluble. Él era soñador y distraído, yo era realista y organizado. Él tenía tendencia a evadirse en desvarios solitarios, en viajes imaginarios; a mi me interesaba lo real por encima de todo. Leía todos los periódicos, estaba al corriente de lo que ocurría en el mundo. Él no sabía nada de la actualidad.

Dicen que Félix Werner no existe. Dicen que Félix Werner es una invención mía, un doble ideal de mí mismo.

Yo les digo: «Vayan al Lutétia y pregunten al camarero si no nos vio todas las noches juntos a los dos».

Fueron al Lutétia. El camarero del bar dijo que se había fijado en un hombre que gesticulaba y hablaba solo. Pero ese camarero no estaba siempre allí y su turno se acababa a las doce. Después había otro, pero ya no trabajaba en el hotel.

Yo les digo: «¿No era periodista? ¿No escribía artículos firmados con su nombre?». Fueron a verificarlo: en el periódico, les dijeron que el tal Félix Werner enviaba siempre sus artículos por fax.

Yo les digo: «Vayan a su casa, yo tengo la llave de su apartamento». Fueron a su casa: allí no hay nadie, nadie. Los vecinos no lo conocen, no lo han visto nunca.

¡Eso es, les digo a esos aprendices de brujo, yo lo he hecho desaparecer! Llámenme Samael, ya puestos, Samael Rifer.

Félix decía que el fenómeno burocrático traía como consecuencia la amoralidad. Decía que en el aparato nazi la burocracia funcionaba a través de la formulación de un objetivo concreto y la posterior realización de informes que permitían tener una visión técnica de la destrucción, en términos éticamente neutros. La deshumanización fue posible debido a esa disposición que, con el distanciamiento generado entre sujeto y objeto pretendía reducir al primero a una mera medida.

Félix habría dicho que yo era una presa de esa maquinaria infernal que constituye el aparato judicial, que cree tener la verdad pero que es el emblema de la deshumanización burocrática, corolario de la tendencia racionalista del pensamiento occidental, según el cual el hombre es un objeto del que se puede hablar en función de un lenguaje técnico.

Félix se habría reído si me hubiera visto a merced del aparato psiquiátrico, de su lenguaje neutro desprovisto de connotación moral, que, en su adaptación perfecta a la ideología del odio, coloca el mal en un universo borroso, situado más allá de la moral. Si alegáramos esquizofrenia, decía el abogado, tendría una posibilidad de evitar la cárcel. Pero si yo he cometido realmente esos crímenes, señores del jurado, ¿por qué no condenarme? ¿Por qué justificarme?

Félix decía que había que huir del peligro de la relativización y la historización, que al implicar que el mal cometido no puede considerarse único, conducía de modo inevitable a la apología.

No, no era eso lo que decía. ¿Qué decía?

Pero ¿dónde está? ¿Dónde está Félix Werner?

Félix decía que cuando uno queda atrapado en un sistema, pierde los puntos de referencia. Es propio del Mal comprender a quien quiere comprenderlo. No, no era eso lo que decía. Decía que había que comprender, que era lo único que valía la pena hacer.

Félix decía... Pero ¿quién es Félix Werner? ¿El ángel caído, el que aporta la luz o

las tinieblas, el bien o el mal?

Nunca sabrán hasta qué punto me inspiró con su genio, lo mucho que me cambió, la apertura al mundo que produjo en mí su contacto. Nunca sabrán hasta qué punto lo detesto, a él y a todo lo que es él, ni hasta dónde me pervirtió.

Lo veo a través de una columna de humo que asciende, se alza y se desliza en las alturas del cielo, que se lleva los fragmentos del universo, cosas quemadas, escoria de hierro, carbón y papel, liviano, liviano. El humo se eleva para desaparecer para siempre. Conmigo. Yo, un suspiro que hace volar las cenizas.

Dicen que Félix Werner no existe. Dicen que es un personaje que me inventé, un doble de mí mismo. Dicen que Félix Werner soy yo.

Esta mañana, el padre Franz ha venido a visitarme a mi celda.

—¿Qué hace aquí? —le he dicho—. ¿No sabe que los demonios de las personas poseídas se apoderan de todos los que las ven?

—Mi vista ha empeorado aún más. Ya no veo casi nada.

—¿Qué quiere?

—Lo sabe muy bien. Convertirlo.

—¿Convertirme? —dije—. ¿Convertirme a qué? ¿No cree que mi pecado es demasiado grave?

—Incluso en usted hay una fisura.

—¿Una fisura, cuál?

—¿No la amó de verdad?

Guardé silencio.

—¿No deseó sinceramente, por ella, que le fuera recreado un corazón puro, un espíritu nuevo? ¿No se dijo, en el fondo de su alma: dame la fe para luchar contra la muerte que priva a mi alma de gracia, acepta mis sacrificios, sácame de las tinieblas y déjala unirse a mí? Si ha amado, ha sabido reservar en su interior un *shio* al otro: ha conocido la experiencia de la abertura, de la falta del otro. ¿Sabe? Es esa misma oquedad la que crea el mal, es ese mismo vacío lo que hay que oponerle, vacío de ser, vacío de sentido..., no de palabras, pues no es el silencio lo que le pido; lo que quiero es que cree en usted esesitio que se niega a absorberlo, esa desgarradura semejante a la herida del amor. La atracción que ejerce en usted la pureza: esa es su fisura.

—Ese asesinato de la escisión lleva una firma inconfundible. Usted mismo lo dijo: el Diablo los mató a todos.

—Y usted se encuentra en manos de su sacerdote.

—¿A quién se refiere?

—A él, a su confesor que viene a visitarlo con regularidad: ya le dije que se alejara de él.

Desconfíe del padre Francis, huya de él, huya de él como del diablo; eso mismo le había dicho yo a Schiller cuando entabló amistad con él.

—Pobre padre Franz... No entiende nada, veo. ¿Qué vamos a hacer con usted? ¿Habrá que infligirle el mismo destino que a Schiller para que comprenda al fin?

Entonces el padre Franz dirigió los ojos al cielo, aquellos pobres ojos que no veían nada.

Al menos usted lo sabe, lo sabe todo. Usted es la mirada absoluta. Usted sondea las entrañas y los corazones. Es mi hermano, mi confidente, mi compañero. Me otorga confianza. Me escucha, me comprende, me admira. Es lo opuesto a mí, mi complemento. Cuando estoy en su compañía, me siento plenamente yo mismo. Sople: su aliento me inspira.

Sople..., ¿lo ve? Está allí, muy cerca de usted, se aproxima. En los ríos y en los estanques donde borbotean los metales fundidos, las hogueras, en las ascuas y los calderos de pez y de azufre y en las llamas devoradoras, alrededor de las cadenas y los clavos candentes, en el centro justo de las bolas de fuego que suben y bajan sin descanso en una lluvia de cenizas, dentro de las humaredas asfixiantes, ¿lo siente?

En medio de las exhalaciones nauseabundas que suben de los pozos, en los efluvios pestilentes, en el aire irrespirable, cuando las aguas límpidas se transforman en ciénagas inflamadas de miasmas, allí está. En la mordedura del frío, en el sudor y el calor, cuando el cielo desmenuzado truena y salen de él como excrementos las lluvias torrenciales, en las heladas y los huracanes, entre las bestias inmundas, las serpientes, los sapos y las sabandijas, y todo lo que desgarrar, la destrucción y la devastación, es él.

En los alaridos estridentes de los ajusticiados y en las risas entusiastas de los que se mofan, en cada insulto y en cada humillación, está allí, muy cerca de usted, de usted a mí, de mí a usted, la serpiente gigantesca, reina de este mundo, que aspira el aire y lo engulle todo, para verter sobre toda criatura su aliento tóxico, abominable. La serpiente hipnotizadora, sabia y reflexiva, prudente, hábil, la serpiente mesiánica que a la manera de una onda se enrosca en el hueco de su mirada, temible en su hechizo y belleza cuando avanza reptando por la tierra y ondulándose en el aire: la serpiente vertical es él. Él es el amo más sagaz, el más astuto. Es él, no lo dude.

Cerca de un lago de sangre, en una ciudad rodeada de una muralla y provista de una alta torre como las ciudadelas medievales, excavada en el hielo del Cocito por el hálito del negro serafín, allí está él: dando la bienvenida a las almas puras y hermosas, atrayéndolas a su seno para pervertirlas, para degradarlas, acogiendo a los cobardes, a los que no eligieron ni el bien ni el mal, recibiendo a los pecadores por incontinencia y a los pecadores por malicia, no a sus víctimas sino a sus mayordomos, abrazando a los espíritus más negros y más violentos, los de los estafadores, los traidores y los criminales, a los que eligieron deliberadamente sumarse a sus filas y a los que no lograron resistir a sus tentaciones: la tarea de todos ellos consiste en golpear a los inocentes. En el sexto círculo, donde crecen las más extrañas plantas, de hojas torcidas, tonalidades violáceas, que rezuman viscosas sustancias, están los personajes vivos cuya alma no será nunca condenada, aquellos que nunca serán precipitados al Infierno porque lo dislocarían para convertirlo en un lugar cenagoso, un río borboteante de sangre: esos son sus amigos, a los que

denominan los buscadores de oro.

Misterio de los misterios. Él. ¿Quién es él? ¿Un espíritu? ¿Un genio? Entonces es imperecedero, es el elemento inmaterial y modesto, origen de los pensamientos, del amor, de la voluntad y de todo cuanto existe. Es el cuerpo sutil, emisor de vibraciones, el fluido vital que pone de manifiesto la gran energía cósmica, el doble del cuerpo físico, que lleva consigo todas las marcas, todos los estigmas humanos, todos los conflictos, de los primeros a los últimos, y las grandes agonías. Traba relación con uno, se instala en su interior como en casa propia, le convierte a uno en su demonio y, mediante su cuerpo, surge a la vida.

Él es el ser inefable, que hace aparecer y desaparecer todas las cosas. Es el gran prestidigitador.

Sople, vamos. ¿Lo ve, cubierto de sangre? Tiene coágulos negros pegados a los ojos, a los labios, a la nariz. Contéplelo en el espejo; le costará reconocer una cara.

¿Una cara? Si él no tiene cara. Tiene mil caras.

Con el agua se limpian bastante bien los grumos; pero le cuesta desincrustarlos de su sortija de sello: los objetos lo delatan siempre más que los hombres.

¿Lo ve? ¿Sabe de quién hablo?

Desde el primer momento supe que usted y yo estábamos hechos para entendernos.

CRONOLOGÍA

- 27 de enero de 1945*: nacimiento de Carl Rudolf Schiller.
- 28 de septiembre de 1991*: suicidio de Ron Bronstein.
- 24 de octubre de 1994*: carta de Michel Perraud a Maurice Crétel.
- Otoño de 1994*: caso Talment.
- 27 de enero de 1995*: asesinato de Carl Rudolf Schiller.
- 30 de enero de 1995*: encuentro con Samy y Mina Perlman.
- 27 de febrero de 1995*: coloquio sobre la Shoah en la Universidad Católica de París.
- 28 de febrero de 1995*: cena en casa de Félix Werner.
- 29 de febrero de 1995*: viaje a Washington.
- 13 de marzo de 1995*: cita en el Lutétia con Lisa Perlman.
- 29 de marzo de 1995*: primer beso a Lisa Perlman.
- 1 de abril de 1995*: viaje a Roma.
- 3 de abril de 1995*: regreso a París.
- 10 de abril de 1995*: pedida de mano de Lisa Perlman.
- 6 de mayo de 1995*: boda con Lisa Perlman.
- 7 al 30 de mayo de 1995*: viaje de bodas a Israel.
- 28 de septiembre de 1995*: viaje a Auschwitz.
- 29 de septiembre de 1995*: regreso a París.
- 24 de octubre de 1997*: juicio contra Jean-Yves Lerais.
- 3 de noviembre de 1997*: detención de Rafael Simmer.
- 5 de noviembre de 1997*: juicio contra Álvarez Ferrara.
- 2 de diciembre de 1997*: asesinato de Álvarez Ferrara.
- Mañana*: juicio contra Rafael Simmer.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi madre, lectora perspicaz y apasionada, y a mi padre, intérprete espiritual de las diferentes versiones de este libro.

Mi agradecimiento para Rosa Lallier, de quien proviene el germen de la idea de este libro, tanto en su fondo como en la forma. Le doy las gracias asimismo por las múltiples relecturas y el aliento que me ha dispensado.

Gracias a Yulal Dolev.

Querría expresar también mi agradecimiento a:

Françoise Samson por su paciencia, su talento, su rigor y su trabajo obstinado: este libro le debe mucho. Daniel Radford, por su confianza y su espléndida fe. Henri Verdier, por haberme introducido en la gnosis, por haber querido hacer de esta un tema de novela, por haberme releído atentamente y haberme arropado con su amistad. Laurent Verdier, por su lectura atenta y por el descubrimiento del mundo jurídico. Emmanuelle Abécassis, por su rápido diagnóstico y su lectura médica. Thierry Binisti, cuyas apreciaciones tengo en alta estima. Tilla Rudel-Maidenberg, que me ha apoyado, releído, corregido e inspirado. Nicolás Weil, por todo lo que me ha enseñado, en persona y a través de sus escritos y consejos de lectura. Franck Debié, mi primer lector cuyo entusiasmo medio fuerzas para proseguir. Catherine Bray, por sus esfuerzos y sus noches en blanco. Jean-Richard Freyman, por su «asesoría psiquiátrica». Théo Klein, por su información sobre el mundo jurídico.

Gracias a Aaron Lobel, Master Dowling y Vicky Macy: sin su calurosa acogida y su apoyo no habría podido llevar a cabo las investigaciones que necesitaba hacer. Gracias a Richard Marius, que me abrió su casa para que pudiera escribir en ella.

Quiero dar finalmente las gracias a Howard Stern, que se reconocerá muchas veces en este libro, desde las referencias a la música de Elgar a las numerosas discusiones que hemos mantenido en relación a la Shoah. Le agradezco en especial el detalle que tuvo al prestarme el poema *Ararat* (quinta parte).



ELIETTE ABÉCASSIS (Estrasburgo, Francia, 1969). Nace en una familia judía sefardí de origen marroquí. Su padre, Armand Abécassis, profesor de filosofía en la Facultad de Burdeos, es uno de los mayores pensadores contemporáneos sobre el tema del judaísmo. Es el autor de la obra *Pensamiento judío*. Crece así, Eliette siendo muy practicante en un ambiente de religión y cultura judías.

En 1993, consigue la licenciatura en filosofía en la Facultad Henni IV de París y en 1996 publica su primera novela *Qunrám*. Una novela policiaca metafísica, donde un joven judío ortodoxo investiga sobre unos misteriosos homicidios relacionados con la desaparición de manuscritos del Mar Muerto. Tendrá un éxito inmediato. Se venden mas de 100.000 ejemplares y el libro se traducirá en 18 idiomas. Un año después publica *El oro y la ceniza* y comienza a impartir clases de filosofía en la facultad de Caen. En 1998 se traslada durante seis meses al barrio ultraortodoxo de Mea Shearim en Jerusalén, para escribir el guión de *Kadosh*, una película israelí de Amos Gital que fue nominada en el Festival de cine de Cannes para el mejor guión. En esta historia se inspiró para su novela *La repudiada* (2000).

En marzo de 2001 recibe el premio de los Escritores Creyentes (concurso creado en Francia en 1979) y en junio de ese año se casa en Jerusalén. Actualmente, trabaja en la realización de la tercera parte de su serie “metafísica”

Notas

[1] Comunidad judía de la Europa oriental. <<

[2] «Marais», palabra que da nombre a un barrio de París, significa comúnmente ciénaga, zona pantanosa. (*N. de la T.*) <<

[3] «Escucha, Israel.» Así empieza una de las oraciones judías, que suele rezarse tres o cuatro veces al día. (*N. de la T*) <<

[4] Secta gnóstica caracterizada por su rigurosísima postura con respecto a las relaciones sexuales. (*N. de la T.*) <<

[5] Entre los cátaros, los perfectos eran predicadores y enseñantes, tanto hombres como mujeres, que hacían unos votos especiales de castidad. (*N de la T.*) <<

[6] Revista de orientación fascista. (*N. de la T.*) <<

[7] «Pordiosera, puta», palabra que designa a la República en círculos de la extrema derecha. (*N. de la T.*) <<

[8] Estos versos, al igual que el que aparece más adelante en cursiva y buena parte de los dispersos en el capítulo 5, pertenecen al poema *Fuga de la muerte* <<

[9] En la teología hebrea, la morada de los muertos o de los espíritus difuntos; el infierno. (*N. de la T.*) <<

[10] Oración en memoria de los difuntos. (*N. de la T.*) <<

[11] En el gnosticismo, conjunto de los eones, especie de seres superiores derivados de Dios e intermediarios entre él y el mundo. (*N. de la T.*) <<

[12] *Emblema del gobierno de Vichy en que se representaba la francisca, hacha de guerra de los francos. (N. de la N) <<*

[13] Prisionero judío que designaban los alemanes para controlar a otros en los campos y que gozaba por ello de ciertas ventajas. (*N. de la T.*) <<